



JAMES HADLEY CHASE

Acuéstala sobre
los lirios



Una serie de asesinatos parecen silenciar a todo el que descubre la causa real de la muerte de Janet Crosby, una joven heredera aparentemente fallecida de insuficiencia cardíaca. El investigador Vic Malloy, contratado por la hermana menor de la difunta Janet, irá siguiendo las pistas que se ocultan tras las muertes de los posibles candidatos para conocer la verdad con una única esperanza: atrapar al sanguinario criminal antes de que él mismo se convierta en su próxima víctima.

Pero cuando parece hallarse cerca del final, la investigación da un vuelco inesperado: súbitamente, Malloy se despierta en un manicomio de alta seguridad, donde ha sido encerrado bajo una nueva identidad, y desde donde no solo deberá averiguar quién le ha metido allí, sino también como recuperar la libertad...

JAMES HADLEY CHASE

**ACUÉSTALA SOBRE
LOS LIRIOS**

Traducción de
FACUNDO PIPERNO

Título original: *Lay Her Among the Lilies*

© Hervey Raymond, 1950.

© de la traducción: Facundo Piperno, 2012.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2012.

Avda. Diagonal, 189 – 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición en esta colección: octubre de 2012.

R.F.F.: OAFI745

ISBN: 978-84-9006-376-7

DEPÓSITO LEGAL: B-23.786-2012

Era una de esas cálidas y agotadoras mañanas de julio, agradables cuando estás en bañador en la playa junto a tu rubia favorita pero difíciles de soportar si estás encerrado en una oficina, como era mi caso. Por la ventana abierta se colaba el murmullo de las olas, el zumbido de los aviones y el ruido del tráfico del Orchid Boulevard. El sistema de aire acondicionado, escondido en las entrañas de los edificios Orchid, se las apañaba perfectamente para mantener a raya las temperaturas en ascenso. Los rayos del sol, calientes y dorados, proyectaban dibujos sobre la alfombra que Paula había comprado para impresionar a los clientes y que a mí me parecía demasiado cara para ponerle un pie encima.

Me senté en mi escritorio, sobre el cual había dejado unas cuantas cartas para que Paula creyera que estaba trabajando, si llegaba a entrar. Detrás de unos espectaculares libros legales había un vaso de whisky lo suficientemente fuerte para rajar cemento. Cada vez que me acercaba a él, el hielo tintineaba.

Solo tres años y medio antes había fundado la compañía Universal Services, una organización que se hacía cargo de cualquier cosa: desde pasear a un cachorrillo hasta coger por las orejas a un usurero en pleno festín con el dinero de mi cliente. Era, en esencia, un negocio para millonarios y con tarifas muy caras. Pero, en fin, en Orchid City los millonarios son tan numerosos como los granos de arena de la playa. Durante estos tres años y medio nos habíamos divertido, habíamos jugado, habíamos ganado algo de dinero y aceptado trabajos de lo más variados. Incluso tuvimos que hacernos cargo de un asesinato.

Pero en los últimos días, el negocio estaba tan tranquilo como un soltero comiendo bollos en una sala de conferencias. Seguían llegando trabajos rutinarios, pero de esos se encargaba Paula Bensinger; únicamente cuando aparecían asuntos fuera de lo común, mi compañero Jack Kerman y yo nos poníamos manos a la obra. Pero no había aparecido nada fuera de lo común, de modo que no hacíamos más que esperar sentados, vaciando botellas de whisky y fingiendo estar muy ocupados delante de Paula.

Jack Kerman estaba recostado sobre la silla de los clientes. Era un hombre largo, delgado y elegante, con mechones blancos que se destacaban entre su pelo oscuro y un bigotito a lo Clark Gable. Se pasó el vaso helado de whisky por la frente para refrescarse. Llevaba un immaculado traje color verde oliva, una corbata a rayas rojas y unos llamativos zapatos de piel de ante, blancos con motas verdes. Cada centímetro de su ser tenía el aspecto de haberse fugado de las páginas de *Esquire*.

—¡Vaya! —dijo después de un prolongado silencio—. ¡Quítale los brazos y podrías confundirla con la mismísima Venus!

Se acomodó sobre la silla y suspiró.

—¡Por cierto, me encantaría que alguien le arrancara los brazos! ¡Chico, qué fuerte era! Y yo fui lo suficientemente tonto para creer que podría manejarla.

—No empieces —le rogué, levantando mi vaso—. Lo último que necesito en una mañana como esta es un resumen de tu vida amorosa. Prefiero las obras completas de Krafft-Ebing.

—Ese viejo no te llevará a ninguna parte —dijo Kerman con sorna—. Además, todas sus ñoñerías están en latín.

—Te sorprenderías de la cantidad de gente que estudia latín solo para descubrir qué dice. Es lo que llamo matar dos pájaros de un tiro.

—Lo cual nos lleva nuevamente a mi rubia —dijo Kerman, estirando las piernas—. Me la

encontré en la tienda de Barney anoche.

—No me interesan las rubias —le dije con firmeza—. En lugar de estar aquí hablando de tus conquistas, deberías estar en la calle tratando de conseguir nuevos clientes. A veces me pregunto para qué te pago.

Kerman se quedó pensativo. En su cara había una expresión de sorpresa.

—¿Quieres trabajar? —preguntó de golpe—. Creía que la idea era que Paula lo hiciera todo mientras nosotros descansábamos.

—Esa es la idea general, pero no estaría mal que de vez en cuando hicieras algo para ganarte la vida.

Kerman se sintió aliviado.

—Por supuesto, de vez en cuando. Por un momento creí que te referías a este momento. —Tomó un trago de su vaso y cerró los ojos—. Ahora, esta rubia de la que te estaba hablando es guapa como ninguna. Cuando le pedí una cita me dijo que no quería saber nada de hombres. ¿Sabes lo que le dije?

—¿Qué le dijiste? —le pregunté, porque de todos modos me lo iba a contar. Además, si yo no le escuchaba sus mentiras, ¿quién iba a escuchar las mías?

Kerman soltó una risotada.

—Señorita, puede que usted no vaya detrás de los hombres, pero las ratoneras tampoco van detrás de los ratones. ¿A que estuve listo? Pues mira, se derritió. No tienes por qué mirarme con esa cara de vinagre. Puede que tú ya lo hayas oído antes, pero para ella era la primera vez. Y surtió efecto.

Después la puerta se abrió sin que me diera tiempo a esconder mi vaso. Entró Paula.

Era alta, morena y adorable. Tenía unos ojos castaños y atentos, y una silueta que suscitaba toda clase de ideas lascivas. A mí, no a ella. Era rápida, implacablemente eficiente e incansable. De hecho, fue ella quien me animó a comenzar con Universal Services, e incluso me prestó dinero durante los difíciles seis meses posteriores a la puesta en marcha de la empresa. El éxito comercial de Universal Services se debía, sin duda, a su habilidad para administrar el negocio. Si yo era el cerebro de la organización, Paula era la médula. Sin ella habríamos cerrado en una semana.

—¿No tenéis nada mejor que hacer que estar ahí sentados bebiendo? —espetó, plantándose delante del escritorio y dirigiéndome una mirada acusatoria.

—¿Es que existe algo mejor? —respondió Kerman con insolencia.

Paula le dedicó una mirada gélida fugaz y acto seguido volvió a clavar sus brillantes ojazos marrones sobre mi persona.

—De hecho, Jack y yo discutíamos sobre la necesidad de conseguir algún nuevo cliente —informé, echándome el pelo para atrás—. Venga, Jack, vayamos a ver qué podemos encontrar.

—¿Dónde buscaréis? ¿En el bar de Finnegan? —preguntó Paula con sorna.

—Esa es una idea absolutamente brillante —dijo Kerman—. Es probable que Finnegan tenga algo para nosotros.

—Antes de iros, podríais ver esto —pidió Paula, y me acercó un sobre alargado—. Acaba de traerlo el portero; lo encontró en el bolsillo de uno de esos abrigos que tan amablemente le has regalado.

—¿De veras? —Cogí el sobre—. Qué extraño. No he usado esos abrigos desde hace más de un año.

—El matasellos lo confirma —dijo Paula, con ominosa calma—. La carta fue enviada hace catorce meses. Supongo que algo pasó: no es posible que la guardases y luego te olvidaras de ella. No serías capaz de hacer algo así, ¿verdad?

El sobre iba dirigido a mí y estaba escrito con una caligrafía apretada y femenina. No lo habían abierto.

—Ni siquiera recuerdo haberlo visto antes.

—No me sorprende. Te olvidas de todo lo que yo no te recuerdo —recriminó Paula con aspereza.

—Uno de estos días, querida harpía —dijo Kerman—, alguien se te plantará y te dará una bofetada.

—No creo que eso la detenga —observé, rasgando el sobre—. Lo he intentado y solo conseguí enfadarla más.

Metí los dedos en el sobre y saqué una nota y cinco billetes de cien dólares.

—¡Santo Dios! —exclamó Kerman, poniéndose en pie—. ¿Le diste eso al portero?

—No empieces tú ahora —dije, y leí la carta.

Crestways

Foothill Boulevard

Orchid City

15 de mayo de 1948

¿Podría citarse conmigo en la dirección arriba indicada mañana a las tres de la tarde? Estoy desesperada por obtener información sobre alguien que está chantajeando a mi hermana. Entiendo que usted se dedica a estas cosas. Por favor, considere esta carta como confidencial y urgente. Le adjunto quinientos dólares como garantía.

JANET CROSBY

Siguió un largo y doloroso silencio. Ni siquiera Jack Kerman encontró algo que decir. Nuestro negocio dependía de las recomendaciones, y retener durante catorce meses un pago de quinientos dólares sin siquiera saberlo no era la mejor carta de presentación.

—Urgente y confidencial —murmuró Paula—. Después de olvidarlo durante catorce meses, se lo da al portero para que se lo cuente a sus amiguitos. ¡Brillante!

—¡Cierra el pico! —gruñí—. ¿Por qué nadie reclamó? Debió de creer que su carta se perdió... ¡Un momento! Está muerta, ¿verdad? Una de las chicas de la familia Crosby murió. ¿Fue Janet?

—Creo que sí —dijo Paula—. Lo averiguaré.

—Y desentierra todo lo que tenga que ver con Crosby.

Cuando salió del despacho, dije:

—Estoy seguro de que ha muerto. Creo que tendremos que devolverle este dinero a su familia.

—Si hacemos eso —observó Kerman, a quien no le gustaba devolver dinero—, puede que llamemos la atención de la prensa. Una noticia así sería una pésima publicidad, Vic. Puede que lo mejor sea no decir nada en absoluto.

—No podemos hacer eso. Prefiero ser ineficiente que deshonesto.

Kerman volvió a su butaca.

—Es más seguro dejar que los perros duerman. Crosby es petrolero, ¿verdad?

—Lo era. Está muerto. Murió en un accidente con armas de fuego hace un par de años. —Cogí el cortaplumas y empecé a agujerear el cartapacio—. No entiendo cómo pude olvidar esa carta. Paula nunca me lo perdonará.

Kerman, que conocía bien a Paula, sonrió comprensivamente.

—Pues sí —dijo Kerman—. Y me alegra no estar en tu pellejo.

Seguí haciendo agujeros hasta que Paula apareció con un montón de recortes de periódico.

—No me sorprende que no hayas sabido nada de ella. Murió de un ataque al corazón el 15 de mayo, el mismo día que escribió la carta —dijo, cerrando la puerta de la oficina.

—¿De un ataque al corazón? ¿Cuántos años tenía?

—Veinticinco.

Dejé el cortaplumas y busqué a tientas un cigarrillo.

—No parece una edad para morir de un infarto. De todos modos, sigamos adelante. ¿Qué más tienes?

—No mucho más. Casi todo lo sabíamos ya —dijo Paula sentándose en el borde del escritorio—. MacDonalld Crosby ganó millones con el petróleo. Era un hombre duro y difícil de querer, con una mente tan amplia como el espacio entre dos dientes. Hasta 1943 vivió en San Francisco; luego se retiró del negocio y se instaló en Orchid City. Se casó dos veces y tuvo dos hijas: Janet, la mayor por cuatro años de diferencia, era producto de su primer matrimonio, mientras que Maureen fue fruto de la relación con su segunda mujer. Las dos eran completamente opuestas. Janet era estudiosa y se pasaba el día pintando (varios de sus óleos están en el Museo de Arte). Al parecer tenía mucho talento, un carácter reservado y un temperamento ácido. Maureen es la guapa de la familia; lleva una vida plagada de excesos, salvaje, vaga y licenciosa. Antes de la muerte de Crosby era frecuente verla en los titulares de los periódicos, de escándalo en escándalo.

—¿Qué clase de escándalos? —pregunté.

—Hace un par de años arrolló y mató a un muchacho en la avenida Central. Los rumores dicen que iba borracha, lo cual parece factible teniendo en cuenta que bebía como si no hubiera mañana. Crosby habló con la policía y la chica quedó en libertad tras pagar una cuantiosa multa por conducción temeraria. En otra ocasión, recorrió Orchid Boulevard a caballo sin nada encima; alguien apostó a que no se atrevería a hacerlo, de modo que lo hizo.

—Déjame comprobar si lo he pillado —dijo Kerman, excitado—. ¿Quién iba sin nada encima, el caballo o la chica?

—La chica, so burro.

—¿Y dónde estaba yo? No la vi.

—Solo pudo cabalgar cincuenta metros antes de que la detuvieran.

—Si yo hubiera estado allí, no la habría dejado avanzar ni siquiera eso.

—No seas basto. Y cállate.

—Parece la víctima ideal de un chantaje —agregué.

Paula asintió con la cabeza.

—Ya sabes lo del accidente de Crosby. Estaba en su despacho limpiando un arma que se disparó y lo mató. Le dejó tres cuartos de su fortuna a Janet, sin condiciones, y un cuarto a Maureen, bajo fianza. Cuando Janet murió, Maureen se quedó con todo y, al parecer, se reformó. No ha aparecido en la prensa desde que murió su hermana.

—¿Cuándo murió Crosby?

—En marzo de 1948, dos meses antes que Janet.

—¿Qué suerte para Maureen.

Paula arqueó las cejas.

—Janet estaba muy alterada por la muerte de su padre. Nunca fue muy fuerte y, según la prensa, la consternación acabó por matarla.

—Sigo pensando que todas las circunstancias fueron muy favorables para Maureen. No me gusta, Paula. Acúsame de suspicaz, si quieres. Janet me escribe porque están chantajeando a su hermana, y de pronto, muere de un infarto y su hermana consigue dinero. Todo esto es muy sospechoso.

—No veo qué podemos hacer nosotros —dijo Paula frunciendo el ceño—, es imposible trabajar para un cliente muerto.

—¡No lo es! —exclamé, levantando los quinientos dólares—. Podemos devolverle este dinero a sus dueños o podemos tratar de ganárnoslo.

—Ha pasado demasiado tiempo —reflexionó Kerman, dubitativo—. Las pistas ya se habrán enfriado.

—Si es que había pistas... —agregó Paula.

—Ya —dije, echando mi silla hacia atrás—, pero si la muerte de Janet esconde algo siniestro, el tiempo que ha pasado juega a nuestro favor. Cuando nadie te achucha sobre el tema durante catorce meses, tiendes a sentirte seguro y bajar la guardia. Creo que llamaré a Maureen Crosby para preguntarle en qué se gasta el dinero de su hermana.

Kerman dejó escapar un gemido.

—Algo me dice que se han acabado las vacaciones —dijo lastimeramente—. Ya me parecía que era demasiado bueno para que durase. ¿Quieres que me ponga a trabajar ya o prefieres que espere a que vuelvas?

—Espera hasta que regrese —dije, yendo hacia la puerta—. Pero si has hecho planes con esa ratonera de la que me has hablado, más te vale que le digas que se busque otro ratón.

Crestways, la propiedad de los Crosby, se escondía detrás de unas paredes cubiertas de buganvillas que se extendían delante de un seto alto y recortado de pino australiano. Detrás de las paredes había una valla recubierta de alambre de espino. Custodiaban la entrada unos pesados portones de madera. En el portón de la derecha había una mirilla. A lo largo de Foothill Boulevard, a espaldas del desierto de Crystal Lake, había media docena de fincas similares, separadas de sus vecinas por cuatrocientas hectáreas de tierra baldía cubierta de matorrales, arena y calor.

Sin mucho interés, bajé la ventanilla de mi Buick convertible de antes de la guerra. Aparte de la inscripción sobre mármol en la fachada que consignaba el nombre de la casa, no había en ella nada particular ni diferente a las otras mansiones de Orchid City. Todas se escondían detrás de muros inexpugnables; todas tenían altos portones de madera para impedir la entrada de visitantes inoportunos; en todas habitaba el mismo silencio reverente, el mismo olor a flores y a jardines bien regados. Aunque no podía ver más allá de las puertas, sabía que allí estarían la magnífica piscina, el acuario, el paseo de piedra y el jardín de rosas de todas las casas. Cuando uno posee un millón de dólares tiene que vivir del mismo modo en que viven los otros millonarios. Quien hace lo contrario, es juzgado negativamente por sus pares. Esa es la forma en que funcionaron, funcionan y funcionarán las cosas cuando uno tiene un millón de dólares.

Nadie parecía tener prisa por abrirme la puerta, así que bajé del coche y me colgué de un extremo de la cadena de la campanilla, que respondió retumbando tenuemente. No ocurrió nada. El sol caía a plomo sobre mí. Demasiado calor para quedarse ahí parado sin hacer nada, así que empujé la puerta, y esta se abrió crujiendo.

Un camino de hierba lo suficientemente grande como para realizar maniobras de tanques guiaba el camino en el interior de la finca. El césped no había sido cortado desde hacía meses, y las dos extensas fronteras herbáceas que crecían a ambos lados de la calzada tampoco habían recibido ninguna atención esa primavera, ni el otoño anterior. Los narcisos y tulipanes eran desordenadas manchas de color marrón entre las peonías muertas. Las plantas crecían completamente enmarañadas y una franja de hierba desdibujaba los bordes del camino; malas hierbas asomaban entre las grietas del camino de asfalto; una rosa olvidada se agitaba perezosamente al son del viento del desierto. Aquel era un jardín abandonado y olvidado. Viéndolo, uno podía imaginar fácilmente al viejo Crosby retorciéndose en la tumba.

Al final de la calzada se hallaba la casa: una mansión de dos pisos, con techo de tejas rojas, persianas verdes y un balcón terraza. Las persianas cubrían las ventanas y no se advertía movimiento alguno en el patio de baldosas verdes. Decidí que era mejor caminar que luchar contra las puertas de entrada para dar paso a mi Buick.

En la mitad de la descuidada calzada había una pérgola cubierta de flores de vid. Bajo su sombra, tres chinos jugaban a los dados. Eran tres hombres sucios y de apariencia estúpida, que fumaban cigarrillos ajenos al resto del mundo. No se molestaron en levantar la mirada, no; ni siquiera cuando me detuve a mirarlos. Pero, después de todo, tampoco se habían molestado en cuidar del jardín durante este tiempo.

Proseguí mi marcha.

La siguiente curva me llevó a la piscina. Tenía que haber una piscina, pero no necesariamente una como aquella. Vacía, los hierbajos y el musgo se acumulaban en sus bordes y en su agrietado fondo. El toldo blanco, que seguramente había lucido muy elegante en otra época, se había soltado y

se batía quejumbroso.

En un ángulo recto con respecto a la casa había una hilera de cocheras con sus dobles puertas cerradas. Sentado al sol sobre un tanque de gasolina, un sujeto pequeño tallaba un trozo de madera, ataviado con unos sucios pantalones de franela, una camiseta de tirantes y una gorra de chófer. El tipo alzó la vista y al verme frunció el ceño.

—¿Hay alguien en casa? —le pregunté al tiempo que buscaba un cigarrillo. Cuando lo encontré, lo encendí.

Le costó una vida hallar la fuerza suficiente para decir:

—No me molestes. Estoy ocupado.

—Ya lo veo —respondí, soplándole el humo a la cara—. Me encantaría verte cuando te relajas.

El hombre escupió con toda precisión en una maceta de geranios y siguió con lo suyo. Pasé a ser parte del descuidado paisaje.

Como era imposible conseguir algo útil de aquel tipo y, además, hacía demasiado calor para preocuparse, decidí ir hacia la casa. Subí los anchos escalones de la entrada y llamé al timbre, pero solo obtuve un silencio fúnebre por respuesta. Tuve que esperar mucho tiempo antes de que alguien respondiera a mi llamada. No me importó. Estaba a resguardo del sol, y además en la finca reinaba una atmósfera de sopor y desidia que ejercía en mí una especie de influencia hipnótica. Si me hubiera quedado allí un poco más, también yo habría empezado a tallar madera.

La puerta se abrió, y aquella especie de mayordomo me miró por encima del hombro, de la forma en que miras por encima al sujeto que te ha despertado de una siesta tranquila y agradable. Era un bichejo alto, delgado, de cara larga, pelo gris y un par de ojos muy juntos y amarillentos. Llevaba puesto un chaleco y unos pantalones tan arrugados que parecía haber estado durmiendo con ellos, cosa que probablemente había hecho. No llevaba chaqueta y las mangas de su camisa sugerían que ardían en deseos de pasar por la lavandería, pero que seguían allí por pura pereza.

—¿Sí? —preguntó, distante, levantando las cejas.

—Busco a la señorita Crosby.

Me di cuenta de que, medio oculto en la mano ahuecada, sostenía un cigarrillo encendido.

—La señorita Crosby no recibe visitas ahora —dijo, y comenzó a cerrar la puerta.

—Soy un viejo amigo. Le gustará verme —repliqué, y llevé el pie hacia delante para bloquear el paso de la puerta—. Me llamo Malloy. Dígame mi nombre y espere a ver su reacción. Apuesto a que le encarga una botella de champán.

—La señorita Crosby no se encuentra bien —rebufizó maquinalmente, como si estuviera representando un papel en una obra de teatro de barrio—. Ya no recibe a nadie más.

—¿Como la señorita Otis?

Esa frase no le impactó en lo más mínimo.

—Le diré que ha llamado.

La puerta se estaba cerrando. No se dio cuenta de mi pie y se sorprendió cuando notó que la puerta no cerraba.

—¿Quién la cuida? —le pregunté sonriendo.

En sus ojos apareció una expresión de desconcierto. Su vida había sido tranquila y apacible durante tanto tiempo que no estaba en forma para hacer frente a un evento inesperado.

—La enfermera Gurney.

—Entonces me gustaría ver a la enfermera Gurney —espeté, cargando mi peso sobre la puerta. La falta de ejercicio, el exceso de sueño, el tabaco y el acceso a una bodega completa habían debilitado sus músculos. Cedió ante mi presión como una flor ante una segadora de árboles y me

encontré dentro de una gran sala, frente a un amplio tramo de escaleras en curva que conducía a las habitaciones superiores. A mitad de camino había una figura vestida de blanco: una enfermera.

—Está bien, Benskin —dijo—. Yo me ocuparé de él.

Aquel tipejo alto y delgado se mostró aliviado. Me dedicó una mirada breve, perpleja, y acto seguido cruzó de puntillas la sala.

La enfermera bajó lentamente por las escaleras, consciente de que era agradable a la vista y contenta de que la observaran. Era una enfermera de comedia musical, capaz de subirte la temperatura con una simple mirada. Rubia, con labios color escarlata y ojos sombreados en azul. Un número muy ingenioso, una sinfonía de curvas y sensualidad tan apasionante, viva y caliente como la llama de un soplete de acetileno. Si alguna vez ella tuviera que cuidarme, no me importaría estar en cama por el resto de mis días.

Ahora estaba a mi alcance, y tuve que contenerme para no estirar la mano y tocarla. Noté en la expresión de sus ojos que era consciente de la impresión que me había causado y me pareció que yo le interesaba tanto como ella a mí. Con un largo dedo afilado ocultó un rizo debajo de la cofia; una ceja cuidadosamente depilada se elevó un centímetro; la boca pintada de rojo se curvó en una sonrisa; detrás de la máscara de pestañas unos ojos azul verdosos brillaban y se mantenían alerta.

—Esperaba ver a la señorita Crosby —le dije—. He oído que no está bien.

—Así es. Me temo que ni siquiera tiene fuerzas para recibir visitas.

Tenía una profunda voz de contralto que hacía vibrar mis vértebras.

—Mal asunto —le dije, y eché un vistazo rápido a sus piernas. Puede que las de Betty Grable fueran mejores, pero no mucho mejores—. Acabo de llegar a la ciudad, soy un viejo amigo. No tenía idea de que estuviera enferma.

—Ha estado así los últimos meses.

Tuve la impresión de que la enfermedad de Maureen Crosby no era un tema que la enfermera Gurney quisiera tocar.

—Nada serio, ¿verdad?

—Bueno, no es grave, pero necesita descanso y tranquilidad.

Si lo hubiera necesitado, ese habría sido el momento ideal para un bostezo.

—Bueno, esto es bastante tranquilo —observé, y me sonrió—. Demasiado para usted, supongo.

Eso era todo lo que necesitaba. Podía ver cómo se empezaba a soltar la melena.

—¿Tranquilo? Este sitio podría ser la tumba de Tutankamón —exclamó.

Luego, recordando que era una enfermera criada en la mejor tradición de Florence Nightingale, tuvo la decencia de ruborizarse.

—Creo que no debí haber dicho eso, ¿verdad? No ha sido muy refinado.

—No tiene que ser refinada conmigo —le aseguré—. Yo soy un tipo sociable, que se relaja aún más con un whisky doble mezclado con agua.

—Bien, eso es bueno.

Sus ojos hicieron una pregunta y los míos le contestaron. De repente, se echó a reír.

—Si no tiene nada mejor que hacer...

—Como dice un viejo amigo mío: ¿qué puede ser mejor que esto?

La ceja volvió a levantarse.

—Creo que yo podría darle una respuesta a su amigo.

—Dígame a mí.

—Tal vez lo haga, un día de estos. Si realmente desea tomar una copa, venga conmigo; sé dónde esconden el whisky.

La seguí hasta una habitación grande al final del pasillo. Sacudía sus caderas con cada paso, controlando el peso y el contoneo bajo el traje blanco; se movían igual que una pelota de béisbol entre los dedos del lanzador. Podría haberla seguido el día entero.

—Siéntese —dijo, señalando un sofá de dos metros— mientras voy a preparar unas bebidas.

—Bien —repliqué, apoyándome sobre el acolchado sillón—, pero con una condición: nunca bebo a solas. Tengo ideas muy firmes respecto a eso.

—Yo también —dijo.

La observé mientras sacaba una botella de Johnny Walker, dos vasos de medio litro y una botella de agua tónica de un armario de estilo jacobino.

—Podríamos ponerles hielo, pero tendría que pedírselo a Benskin... y creo que ahora mismo podemos prescindir de Benskin, ¿no? —insinuó, mirándome por debajo de esas pestañas que eran como rejas con púas.

—Olvide el hielo —le dije—, y tenga cuidado con la tónica. Esas cosas pueden arruinar un buen whisky.

Sirvió tres centímetros de whisky en dos vasos y añadió una cucharadita de tónica a cada uno.

—¿Le parece bien así?

—Perfecto —le dije, extendiendo una mano bien dispuesta—. Tal vez será mejor que me presente. Soy Vic Malloy. Vic, para los amigos, y todas las rubias guapas cuentan con mi más profunda amistad.

Se sentó, sin preocuparse por ajustarse la falda. Tenía las rodillas bonitas.

—Eres la primera persona que hemos tenido por aquí en cinco meses —dijo—. Había empezado a creer que este lugar estaba maldito.

—En cierto modo, lo está. Ayúdeme un segundo con esto, ¿quiere? La última vez que estuve aquí, esto era una finca, no un proyecto de desierto. ¿Es que ya nadie hace su trabajo por aquí?

Ella encogió unos hombros bien formados.

—Ya sabes cómo son las cosas. A nadie le importa un bledo.

—¿Tan mal está Maureen?

La chica torció el gesto.

—Oye, ¿te importa si hablamos de otra cosa? Estoy bastante cansada de Maureen.

—Tampoco es la niña de mis ojos —dije, probando el whisky. Era lo suficientemente fuerte para provocarle ampollas a un búfalo—. Pero la conozco desde siempre y siento curiosidad. ¿Qué es lo que le sucede exactamente?

Echó la cabellera rubia hacia atrás y dejó correr por la garganta que habitaba dentro de su hermoso cuello casi todo el contenido de su vaso. Por el modo en que se terminó el matarratas, supe que no era la primera vez que bebía.

—No debería decírtelo —murmuró. Y sonrió—. Pero si me prometes no contárselo a nadie...

—A nadie.

—Ha tenido problemas con las drogas y está en plena recuperación. Esto es completamente confidencial.

—¿Está muy mal?

La chica se encogió de hombros.

—Bastante mal.

—Y mientras el gato duerme los ratones van de fiesta, ¿verdad?

—Podría decirse así. Aquí nunca viene nadie y no parece que Maureen vaya a recuperarse pronto. Mientras ella trepa por las paredes y se desgaña, sus empleados se relajan. Es lo más justo,

¿no te parece?

—Claro. Y vaya si se relajan.

La chica se terminó su trago.

—Ahora basta de Maureen. Ya tengo suficiente de ella por las noches como para que también sea el centro de mis conversaciones.

—¿Trabajas por las noches? Eso sí que es una pena.

—¿Por qué? —Los ojos azul verdosos se pusieron alerta.

—Pensé que sería divertido sacarte a pasear una noche y mostrarte algunas cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Para empezar, mi adorable colección de aguafuertes.

Se rió.

—Si hay algo que me guste más que un aguafuerte es una colección de aguafuertes —dijo. Se puso en pie y caminó hasta la botella de whisky. El modo en que movía las caderas me tenía en vilo como un perro de caza—. Déjame que te llene de nuevo el vaso. No estás bebiendo.

—No hace falta. Estoy empezando a hacerme a la idea de que hay mejores cosas que beber.

—¿De veras? —Se sirvió más licor en su vaso. Esta vez dejó el agua tónica a un lado.

—¿Y quién cuida de Maureen durante el día?

—La enfermera Fleming. No te gustaría; odia a los hombres.

—¿Sí? —Se sentó junto a mí, cadera con cadera—. ¿Crees que puede oírnos?

—Si pudiera, daría igual, pero lo cierto es que no puede. Está en el ala izquierda, encima de las cocheras. Cuando Maureen empezó a chillar la pusieron allí.

Eso era exactamente lo que quería saber.

—Al diablo con las resentidas —dije, deslizando mi brazo por la espalda de la chica, que se apretó a mi cuerpo—. ¿Qué hay de ti? ¿También odias a los hombres?

—Depende de qué hombre hablemos.

Su cara estaba muy cerca de la mía; le apoyé los labios en la frente. Pareció gustarle.

—¿Qué tal este hombre?

—Bastante bien.

Cogí su vaso de whisky y lo dejé en el suelo.

—Es una pena derrocharlo.

—Pronto lo necesitarás.

—¿Tú crees?

Se abalanzó sobre mí, su boca en la mía, y nos quedamos así por un momento. De repente, me dio un empujón y se puso en pie. Pensé que le había asaltado la culpa, pero me equivoqué. Fue hacia la puerta y echó el cerrojo. Luego, volvió a sentarse a mi lado.

Aparqué el Buick fuera de los edificios del Condado, en la esquina de las avenidas Central y Feldman. Subí los escalones y entré en un mundo de formularios y pasillos silenciosos.

El registro de nacimientos y muertes quedaba en la primera planta. Llené un formulario y lo deslicé a través de las barras de una ventanilla. Un empleado pelirrojo le puso un sello, cogió mi dinero y me señaló con la mano una pila de archivos.

—Sírvase usted mismo, señor Malloy —dijo—, es el sexto archivo empezando por la derecha. Le di las gracias.

—¿Cómo va el negocio? —me preguntó inclinándose sobre el mostrador, listo para derrochar su tiempo y hacerme malgastar el mío—. Hacía meses que no lo veía.

—Lo sé —contesté—. El negocio marcha bien. ¿Y el tuyo? ¿Todavía se mueren?

—Y todavía nacen. Una cosa compensa la otra.

—Claro que sí.

No tenía nada más que decirle. Estaba cansado; mi pequeña sesión con la enfermera Gurney me había dejado exhausto. Decidí centrarme en los archivos para terminar lo más pronto posible. La carpeta C pesaba una tonelada y apenas pude llevarla hasta un escritorio. Eso también era culpa de la enfermera Gurney. Pasé las páginas hasta que, finalmente, di con el certificado de defunción de Janet Crosby. Cogí un sobre viejo y un lápiz. Había fallecido el 15 de mayo de 1948, a causa de una endocarditis maligna, sea lo que fuere aquello.

Según constaba, tenía veinticinco años y era soltera. El certificado estaba firmado por un tal John Bewley. Apunté el nombre del doctor y luego pasé otra docena de páginas hasta que hallé el certificado de Macdonald Crosby. El cabeza de familia había muerto a causa de las lesiones cerebrales provocadas por un impacto de bala. El médico había sido J. Salzer y el forense, Franklin Lessways. Tomé más notas, dejé el archivo sobre el escritorio y me acerqué al empleado, que me miraba con curiosidad.

—¿Puede ayudarme a subirlo? —pedí, pegándome al mostrador—. No soy tan fuerte como creía.

—No se preocupe, señor Malloy.

—Otra cosa, ¿quién es el doctor Bewley? ¿Dónde vive?

—En un pequeño apartamento en la avenida Skyline —me dijo el empleado—. No se lo recomiendo si lo que busca es un buen médico.

—¿Cuál es su problema?

El empleado extendió los brazos.

—Es viejo, simplemente. Tal vez hace cincuenta años fuese una eminencia, pero ahora no es más que un carroza. Para él, una trepanación es abrir una lata de guisantes.

—¿Y acaso no tiene razón?

El empleado rió.

—Depende de la cabeza del paciente.

—De modo que no es más que un viejo inútil, ¿eh?

—Por supuesto. De todos modos, es inofensivo. No creo que le queden más de una docena de pacientes. —Se rascó la oreja y me miró con la firmeza de un búho—. ¿En qué está trabajando?

—Yo nunca trabajo. Nos vemos en otro momento. Adiós.

Salí, lenta y pensativamente, a la luz de la calle. Una chica con un millón de dólares se está

muriendo y llaman a un viejo carroza; no es precisamente lo que suelen hacer los millonarios. Para salvar de la muerte a alguien tan importante, habría esperado que llegara a la ciudad un ejército de médicos privados.

Me metí en el Buick y arranqué el motor. Había una limusina Dodge color verde oliva aparcada en el otro lado de la calzada, en dirección contraria al tráfico. Sentado al volante, un tipo con un sombrero color beige y una cuerda trenzada alrededor de la copa, leía el periódico. El hombre no me habría llamado la atención de no haber sido porque al verme arrojó el periódico al asiento trasero y puso en marcha el motor. Le miré, preguntándome qué le había hecho perder el interés en su lectura tan abruptamente. Era un tipo grande, con los hombros anchos como la puerta de un granero. No había en él indicios de que tuviera cuello; su cabeza parecía salir directamente del tronco. En algún momento de su vida le habían atizado bien fuerte en la nariz y en una oreja, que nunca se recuperaron del todo. Era un matón clavado a los que aparecen en las películas de la Warner Brothers. De esos que dejan a Humphrey Bogart hecho un guiñapo.

Incorporé mi Buick al tráfico en dirección al este y subí por la avenida Central sin darme prisa, manteniendo un ojo fijo en el espejo retrovisor.

El Dodge se movió hacia el oeste, hizo un giro en U y, ajeno a los cláxones y a los insultos de los demás conductores, vino tras de mí. Traté de entender cómo era posible que alguien hiciera aquella maniobra y no fuera detenido inmediatamente; los polis, o estaban durmiendo o no querían dar un palo al agua con tanto calor.

Volví a mirar el espejo en la intersección con Westwood: el Dodge estaba justo detrás de mí. Podía ver al conductor, con un puro entre los dientes y el codo apoyado sobre la ventanilla. Me fijé en su matrícula y confié en mi memoria para recordarla. Si me estaba siguiendo, no lo hacía demasiado bien.

En la avenida Hollywood aceleré al máximo. El Dodge, después de unos segundos de duda, rugió y se abalanzó sobre mí. Continué a gran velocidad hasta que al llegar a Foothill Boulevard me pegué al bordillo de la acera y frené bruscamente; el Dodge pasó de largo. El conductor no me dirigió la mirada. Siguió por la autopista que iba a Los Ángeles y San Francisco.

Apunté el número de la matrícula en el mismo sobre en que había apuntado los datos del doctor Bewley. Luego volví a arrancar el coche y regresé a la avenida Skyline. A medio camino divisé una placa de bronce que brillaba al sol. Estaba clavada a un portón bajo de madera detrás del cual se extendía un pequeño jardín y una cabaña de pino canadiense. Era una casita modesta y apacible, que casi parecía una pocilga al lado de las lujosas mansiones que la rodeaban.

Me asomé por la ventanilla, pero a esa distancia era imposible leer la placa. Me apeé del coche y me acerqué para mirar más de cerca. Ni así era fácil descifrar aquello, pero al menos pude leer el nombre del doctor John Bewley y confirmar que esa era su residencia.

Busqué a tientas el cerrojo del portón. En ese mismo momento, el Dodge verde oliva apareció en la carretera y pasó de largo. El conductor no miró en mi dirección, pero supe que me había visto y que sabía adónde me dirigía. Hice una pausa para observar el coche; pasó rápido por la carretera y lo perdí de vista en cuanto cogió Westwood.

Me eché el sombrero para atrás, cogí un Lucky Strike, lo encendí y me deshice del envoltorio. Después, levanté el cerrojo del portón y me dirigí a la cabaña por el camino de gravilla.

El jardín era pequeño, pero estaba limpio y ordenado como una barraca ante una inspección inminente. Las ventanas estaban cubiertas con unas persianas pintadas de amarillo que habían dejado atrás su mejor momento. La puerta de entrada necesitaba una mano de pintura, al igual que las persianas y el resto de la casa.

Hundí el dedo pulgar en el timbre y esperé. Después de un rato me di cuenta de que alguien me estaba espiando tras las persianas. No había nada que pudiera hacer al respecto, salvo sonreír y esperar. De modo que sonreí y esperé. Justo cuando pensaba que tendría que llamar de nuevo, escuché un ruido parecido al que hacen los ratones en los zócalos de madera, y se abrió la puerta de entrada.

La mujer que abrió se me quedó mirando. Era delgada, pequeña y parecía un pájaro. Llevaba un vestido negro de seda que probablemente había estado de moda hacía cincuenta años entre las personas que vivían aisladas y no habían leído el *Vogue* en su vida. Su rostro, viejo y delgado, denotaba cansancio y apatía, y sus ojos confesaban que su vida allí no era muy divertida.

—¿Está el doctor? —pregunté, quitándome el sombrero. Era consciente de que si todavía quedaba alguien en este mundo capaz de apreciar una cortesía, sin duda sería aquella mujer.

—Ajá —respondió. Su voz sonaba derrotada, también—. Está en el jardín; iré a llamarle.

—Preferiría que no lo hiciera; puedo acercarme yo mismo. No soy un paciente, solo quiero hacerle una pregunta.

—De acuerdo. —La mirada de esperanza que había comenzado a asomarle a los ojos se desvaneció de inmediato. No era un paciente. No traía dinero. No era más que un joven saludable con una pregunta—. Pero no le entretenga mucho tiempo, no le gusta que le molesten.

—Será un momento.

Levanté el sombrero, la saludé como supuse que solían hacerlo los caballeros en tiempos mejores, y cogí de nuevo el camino del jardín. La mujer cerró la puerta principal; un momento después, su sombra recortada entre las persianas de las ventanas delanteras me indicó que me estaba espiando.

Rodeé la cabaña y llegué al jardín trasero. Puede que el doctor Bewley no hubiera sido una lumbrera como médico, pero tenía mucho talento para la jardinería. Con gusto habría llevado allí a los tres empleados de Crosby; probablemente habrían aprendido algo. En la parte inferior del jardín, junto a una dalia gigante, había un hombre alto y viejo, vestido con un abrigo blanco de alpaca, un panamá de color amarillo, unos pantalones desgastados y unas botas de goma. Miraba a la dalia de la forma en que un médico nos examina la garganta cuando decimos «aaaah», aunque seguramente la planta le resultaba mucho más interesante.

El ruido de mis pasos le hicieron alzar la vista. Su cara, marchita y arrugada, parecía una uva pasa; de las orejas le salía una mata de pelo blanco y grueso. No era un rostro noble ni inteligente, sino el de un hombre muy viejo satisfecho consigo mismo; el de alguien con pocas expectativas, obstinado, poco lúcido, pero aun así, imbatible.

—Buenas tardes —le dije—. Espero no molestarle.

—La consulta funciona de cinco a siete, joven —murmuró en un tono de voz tan débil que apenas era audible—. Ahora no puedo atenderle.

—No vengo como paciente —repuse, mirando la dalia por encima del hombro. Era una flor de lo más bonita: no había ni un solo defecto en sus ocho centímetros de diámetro.

—Mi nombre es Malloy. Soy un viejo amigo de Janet Crosby.

El viejo pasó sus dedos sarmentosos por los pétalos de la flor.

—¿De quién? —preguntó vagamente, sin interés; un viejo poco lúcido con una flor.

—Janet Crosby —dije.

El sol, el zumbido de las abejas y el olor de las flores me distrajeran un poco.

—¿Qué pasa con ella?

—Usted firmó su certificado de defunción.

Sus ojos dejaron la dalia para concentrarse en mí.

—¿Quién me ha dicho que es usted?

—Victor Malloy. Tengo algunas dudas respecto a la muerte de la señorita Crosby.

—¿Por qué tiene dudas? —preguntó.

Sus ojos desprendían un destello de alarma. El viejo sabía que estaba viejo y que su cabeza ya no respondía como antes; era consciente de que a su edad, el riesgo de cometer un día u otro un error profesional era demasiado alto. Por todo ello, temía que yo creyera que se había equivocado en algo.

—Pues mire —dije con tranquilidad—; he estado fuera durante tres o cuatro años. Janet Crosby era una buena amiga. No tenía ni idea de sus problemas cardíacos. Fue tremendo enterarme de que se había ido así. Quiero asegurarme de que no hubo ningún error.

Se comprimieron los músculos de su cara y se le dilataron las fosas nasales.

—¿Qué está insinuando? Murió por una endocarditis maligna. Los síntomas eran inconfundibles. Además, también estuvo allí el doctor Salzer. No hubo ningún error. No sé a qué se refiere.

—Si es así, me alegra oírlo. ¿Qué es exactamente una endocarditis maligna?

El viejo frunció el ceño. Por un momento creí que me diría que no sabía de qué demonios le estaba hablando. Pero se recompuso, revolvió en su vieja memoria y luego, como si repitiera de memoria la página de algún viejo diccionario médico, recitó—: Es una infección microbiótica progresiva de las válvulas cardíacas. El sistema circulatorio arrastra los pedazos de las válvulas por todo el cuerpo. La mujer no tuvo ninguna oportunidad. No habría podido salvarla aunque me hubieran llamado horas antes.

—Eso es lo que me preocupa, doctor —dije. Le sonreí para que viera que yo estaba de su parte—. ¿Por qué lo llamaron a usted? Después de todo no era su paciente, ¿verdad?

—Desde luego que no —admitió, casi con enfado—. Pero hicieron lo correcto al llamarme. Vivo muy cerca del sitio donde ella vivía. No habría sido ético llamar al doctor Salzer por un certificado de defunción.

—¿Quién es ese doctor Salzer?

Volvió a distraerse y sus dedos buscaron la dalia. Entendí que quería quedarse a solas; que deseaba que dejaran que su cabeza siguiera absorta en su pacífica contemplación de las flores; que lo que menos necesitaba en el mundo era un tío bronco que le hiciera perder el tiempo.

—Es el dueño de un loquero que hay junto a la propiedad de los Crosby —dijo, finalmente—. Es amigo de la familia y, por eso, no era ético que firmara el certificado. Me halagó mucho que me pidieran ayuda.

Podía imaginarlo. A saber cuánto le habían pagado.

—Mire, doctor —espeté—, iré directo al grano. He intentado hablar con Maureen Crosby, pero no se encuentra bien. Ahora me marcharé, pero antes me gustaría entender una cosa. Lo único que sé es que Janet murió de repente. Según usted, por un problema cardíaco. ¿Qué se lo provocó? ¿Usted estaba allí cuando murió?

—Pues no —dijo mientras la alarma volvía a sus débiles ojos—, llegué media hora después de su muerte. Falleció mientras dormía. Sus síntomas eran inconfundibles. El doctor Salzer me dijo que sufría de la enfermedad desde hacía unos meses; la había tratado él mismo. Poco se puede hacer en casos como el suyo, excepto descansar. Pero no entiendo por qué me hace tantas preguntas —regateó, mirando hacia la casa con la esperanza de que su mujer lo necesitara para algo. No era el caso.

—Simplemente quiero saber —le tranquilicé. Volví a sonreír—. Usted llegó a la casa y Salzer ya estaba allí, ¿no es así?

Asintió con la cabeza. Con el transcurrir de los segundos se ponía cada vez más nervioso.

—¿Había alguien más allí?

—La más joven de las Crosby.

—¿Maureen?

—Creo que ese es su nombre.

—Y Salzer lo llevó a la habitación de Janet, si no me equivoco. ¿Maureen los acompañó?

—Sí. Ambos vinieron conmigo a la habitación. La joven parecía estar muy alterada. Estaba llorando. —Acarició la dalia—. Tal vez debería haber pedido una autopsia —reflexionó de repente—. Pero le aseguro que no era necesario. La endocarditis maligna es inconfundible. Además, hay que tener en cuenta los sentimientos de los que quedan.

—Y, sin embargo, después de catorce meses, acaba de decir que debería haber habido una autopsia —repliqué, levantando un poco la voz.

—Si nos ajustamos al procedimiento, debería haberse hecho la autopsia. Sí, porque el doctor Salzer, que había estado tratándola, es doctor en ciencias, no en medicina. Pero los síntomas...

—Sí... ya lo sé. Son inconfundibles. Otra cosa, doctor. ¿Alguna vez había visto a Janet Crosby antes? Quiero decir, ¿antes de su muerte?

Me miró con desconcierto, como preguntándose si estaba a punto de caer en alguna trampa.

—La había visto en su coche, pero nunca había cruzado una palabra con ella.

—Y no tan cerca como para notar una afección cardíaca.

Guiñó los ojos.

—No entiendo a qué se refiere.

—Dice que estaba enferma desde hacía meses y que la vio en su coche. ¿Cuándo fue eso? ¿Cuánto tiempo antes de que muriera?

—Uno o dos meses antes. No lo recuerdo.

—Lo que trato de decir —agregué, pacientemente— es que esta enfermedad seguramente muestra síntomas que un médico habría reconocido.

—No veo por qué.

—¿No dijo usted que es una enfermedad de síntomas inconfundibles?

Se lamió sus delgados labios.

—No sé de qué está hablando realmente —dijo, retrocediendo—. Yo no puedo dedicarle ya más tiempo; es un bien muy valioso. Le pido que me disculpe.

—De acuerdo, doctor —dije—. Lamento haberle molestado. Ya sabe cómo es esto; quería sentirme en paz. Quería mucho a esa chica.

Haciendo caso omiso, el doctor continuó retrocediendo en dirección a sus rosales.

—Otra cosa, doctor. ¿Cómo puede ser que el doctor Salzer sí haya firmado el certificado de defunción de Macdonald Crosby cuando se pegó el tiro? ¿Qué pasó en aquella ocasión con la ética?

Me miró del modo en que mirarías a una araña que acaba de caer en tu bañera.

—Deje de molestarme —replicó con voz temblorosa—. Pregúntele a él y no me moleste más.

—Sí —dije—, es una buena idea. Gracias, doctor.

Se giró, dirigiéndose hacia sus rosas; por detrás parecía más viejo aún. Mientras me alejaba vi como cogía una rosa muerta y noté que le temblaba la mano. Me temo que había estropeado su tarde.

La pequeña mujer estaba parada en el pórtico de la puerta delantera. Fingió no verme.

—Creo que he abusado del tiempo del doctor —dije, levantando mi sombrero—. Me dijo que su tiempo vale mucho. ¿Cinco dólares serán suficientes?

Sus cansados ojos se aclararon, su fina cara se iluminó.

—Es muy considerado de su parte —dijo la mujer, mirando furtivamente al jardín, a la vieja

espalda arqueada y al panamá amarillo.

Deslicé el billete en su mano y ella lo cogió como una lagartija atraparía una mosca. Por lo menos, no había estropeado la tarde de aquella mujer.

Abrí la puerta de mi oficina y entré. Jack Kerman dormitaba en la butaca, junto a la ventana; Paula estaba en mi escritorio trabajando en uno de sus centenares de ficheros. Esas fichas eran el alma de nuestro trabajo en Orchid City. Nos decían quién era quién, quiénes seguían en la ciudad y quiénes la habían dejado, quién se había casado con quién, y así sucesivamente. Paula tenía cuatro muchachas que trabajaban continuamente en las fichas, pero insistía en tener personalmente controladas las más importantes.

Al verme, Paula dejó mi silla. Yo tiré mi sombrero sobre Kerman, para despertarlo. Kerman roncó abruptamente, asustado, se frotó los ojos y bostezó.

—¿Cómo ha ido eso? ¿Se te ha dado bien eso de trabajar? —preguntó—. ¿O todavía no has empezado?

—Cállate —gruñí.

Me senté, busqué un cigarrillo, lo encendí, tiré de los puños de mi camisa y empecé a contarles todo lo que había pasado. Les di todos los detalles, a excepción de los referidos a mi sesión con la enfermera Gurney. Esos me los guardé para mí; a Paula no le habría hecho ni pizca de gracia, y Kerman se habría excitado demasiado para pensar con claridad.

—No es mucho, pero sí lo bastante para ver que vale la pena seguir con esto. Mejor no hacer mucho ruido, aún no tenemos nada en firme y no nos interesa que alguien se dé por enterado. Todavía.

—Si el individuo del Dodge te estaba siguiendo, creo que ya es tarde para eso —precisó Kerman.

—No podemos estar seguros. Quizá le parecí muy guapo, o estaba practicando para ser detective.

Estiré el brazo en busca del teléfono.

—Póngame con la jefatura de policía —le dije a la muchacha al otro lado de la línea.

—¿Tienes su matrícula? —preguntó Paula, distraída con una pila de tarjetas que tenía entre las manos.

—Lo comprobaremos ahora. Póngame con el teniente Mifflin —dije cuando una voz poco entusiasta anunció que me había puesto en contacto con la jefatura de policía. Hubo un silencio en la línea, hasta que la arenosa voz de Mifflin dijo «hola».

Tim Mifflin era un poli de los buenos y duros. En más de una ocasión habíamos trabajado juntos. Yo lo ayudaba cada vez que me era posible; él me echaba un cable cada vez que podía hacerlo. Tenía un gran respeto por mis corazonadas con los caballos, y es que gracias a mis consejos se había ganado unos cuantos pavos extra.

—Soy Malloy. ¿Cómo te encuentras, Tim?

—¿Qué te importa? —respondió con brusquedad—. Nunca te has interesado por mi salud y nunca lo harás. ¿Qué quieres esta vez?

—¿Quién es el dueño de un Dodge O.R. 3345?

—Me fascina cuando usas a la policía en tu propio beneficio —advirtió Mifflin—. Como Brandon se entere alguna vez de lo que hago por ti, me joderá bien jodido.

—Pues no seré yo quien se lo diga, de modo que no me vengas con esas —alegué. Reí—. Y otra cosa, hablando de réditos: juégate la camisa a Crab Apple a la cabeza. Mañana. Cuatro treinta.

—¿Lo de la camisa lo dices en sentido literal?

—Solo te digo que yo lo haría. Vende tu casa, empeña a tu mujer, atraca la caja fuerte de Brandon... lo que quieras. Dos contra seis. La única forma de parar a ese caballo es pegándole un tiro.

—Tal vez alguien lo haga —dijo Mifflin, que siempre era extremadamente cauto—. Pero si tú lo dices...

—Es la apuesta más segura que tendrás en tu vida. ¿Qué hay de la matrícula?

—Sí, sí, un momento, la tendré en diez segundos.

Mientras esperaba vi que Jack Kerman estaba ocupando el otro teléfono.

—¿Qué crees que haces? —le dije.

—Estoy llamando a mi corredor. Ese Crab Apple suena bien.

—Déjalo. Solo le he dicho lo que oí por allí. Ese fue un consejo para un poli, no para un amigo.

Kerman colgó el teléfono como si este le hubiera mordido.

—¿Te imaginas que vende la casa y empeña a su mujer? Ya sabes lo pesado que se pone.

—¿Las has visto? Pues yo sí, y créeme si te digo que le haría un favor. —La voz de Mifflin volvió a la línea—. ¿Qué tienes?

—¿Has dicho O.R. 3345?

—Sí.

—El coche está registrado a nombre de la clínica del doctor Jonathan Salzer, en Foothill Boulevard. ¿Es lo que querías saber?

Traté de disimular la excitación de mi voz.

—Puede que sí. ¿Quién es ese Salzer? ¿Lo conoces?

—No mucho. Dirige un loquero. Si te duele la barriga te da zumo de frutas y espera a que fermentes. Hace bien.

—¿Alguna irregularidad?

—A veces levanta la voz. No necesita nada turbio. Gana una pasta.

—Bien. Gracias, Tim.

—¿Estás seguro sobre ese caballo?

—Claro que lo estoy. Juégate la camisa.

—Vale, le pondré cinco pavos, pero no más.

Colgué.

—¡Cinco pavos! ¡Vaya apostador!

—¡Así que es el coche de Salzer! —exclamó Kerman.

Asentí con la cabeza.

—Tal vez sí hayamos dado con algo —añadió Paula, optimista.

—¿Tienes información sobre Salzer?

—Ya veré —respondió, y puso una ficha delante de mis narices—. Puede que esto te interese. Es todo lo que tenemos sobre Janet Crosby.

Mientras leía la ficha, Paula se fue a la habitación del archivo.

—Le gustaban las fiestas, el tenis y el golf —cité, buscando la mirada de Kerman al otro lado del escritorio—. No parecen aficiones propias de alguien con problemas cardíacos. Amigos íntimos: Joan Parmetta y Douglas Sherrill. Un par de años atrás estuvo relacionada sentimentalmente con Sherrill, pero rompieron. Se ignoran los motivos. ¿Quién es el tal Sherrill?

—No me suena de nada. ¿Quieres que lo averigüe?

—No estaría mal que fueras por ahí tras Parmetta y Sherrill. Diles que eres un amigo de Janet, de sus épocas en San Francisco. Prepáralo un poco, no vaya a ser que te metas en líos. Paula te

ayudará. Lo que quiero, Jack, es que tomes nota de su reacción cuando les menciones lo de la afección cardíaca de Janet; porque es posible que realmente tuviera un corazón loco, pero si no fuera así, ya tendríamos una base sobre la que trabajar.

—De acuerdo —dijo Kerman.

Entró Paula.

—No hay demasiado —pregonó—. Salzer abrió su clínica en 1940. Una residencia de lujo a doscientos dólares la semana.

—Buena entrada —observé, envidioso.

—Hay personas que están locas. Imagina pagar tanta pasta por un vaso de zumo de frutas —añadió Kerman, horrorizado—. Me parece que deberíamos cambiar de negocio.

—¿Nada más?

—Tiene cincuenta y tres años. Está casado pero no tiene hijos. Posee un doctorado en ciencias y habla con fluidez francés e italiano —leyó Paula—. Eso es todo, Vic.

—De acuerdo. —Me puse en pie—. Échale una mano a Jack con Parmetta y Sherrill, ¿quieres? Yo bajaré a hablar con la madre Bendix. Quiero investigar a la cuadrilla de trabajadores de los Crosby. Ese mayordomo me ha parecido muy falso; es posible que ella le haya conseguido el trabajo.

A primera vista —y a segunda, dicho sea de paso— la señora Martha Bendix, directora ejecutiva de la Agencia Doméstica Bendix, podía ser fácilmente confundida con un hombre. Era alta, ancha de hombros y llevaba el cabello corto. Vestía camisa de hombre, americana y corbata, pero cuando se levantaba del escritorio dejaba a la vista, para gran sorpresa de los presentes, una falda de tweed, medias de seda y zapatos bajos de piel.

Era muy campechana, y, si no procurabas mantenerte fuera de su alcance, acostumbraba a golpearte violentamente en la espalda con tal fuerza que quedabas mareado durante dos o tres horas. También tenía una risa estruendosa como la detonación de una escopeta del calibre 12; si te pillaba distraído, te hacía saltar en tu sitio. No era una chica con la que podría llegar a convivir; era un alma generosa y de buen corazón, mucho más interesada en las rubias un poco frágiles que en un tío grande como yo.

Una chica con cara de conejo tímido me hizo pasar a la oficina color verde y crema de Bendix, y a continuación se apartó de mí como si estuviera lleno de malas intenciones. Al hacerlo, le dirigí a la señora Bendix una breve sonrisa que bien podía significar algo o no significar nada, dependiendo del estado mental de los presentes.

—Adelante, Vic —retumbó la voz de Bendix desde el otro lado de un escritorio lleno de basura—. Siéntate. Cuántos días sin verte. ¿Qué has estado haciendo?

Me senté y le sonreí.

—De todo un poco. Mantengo los lobos alejados de la puerta. Necesito un poco de ayuda, Martha. ¿Has hecho negocios con los Crosby?

—Llevo mucho tiempo sin trabajar con ellos.

Se inclinó para coger una botella de whisky, dos vasos y media docena de granos de café.

—El mío hazlo ligero —prosiguió—. No quiero escandalizar a Mary. Ella no aprueba que beba en horas de oficina.

—¿Quién es Mary, la de los dientes de conejo?

—No te preocupes por los dientes, no va a morderte. —Le puse un vaso lleno de whisky y tres de los granos de café—. ¿Te refieres a los Crosby de Foothill Boulevard?

Le contesté que sí, que me refería a los Crosby de Foothill Boulevard.

—Hice un trabajo para ellos, hace unos seis meses. Les conseguí la totalidad de su personal, pero cuando Janet Crosby murió, quitaron a todos los trabajadores que coloqué y contrataron gente nueva. La nueva gente no tiene nada que ver conmigo.

Probé el whisky. Era suave, sedoso, y bajaba por mi garganta con autoridad.

—¿Quieres decir que despidió a todo el mundo?

—Eso es lo que estoy diciendo.

—¿Qué pasó con ellos?

—Los coloqué en otra parte.

Me quedé rumiando esa información.

—Mira, Martha, esto queda entre tú, yo y los granos de café. Estoy tratando de investigar la muerte de Janet. Me han pasado una información que podría valer la pena investigar. No me cuadra totalmente la idea de que muriera por un paro cardíaco y por eso me gustaría hablar al respecto con algunos de los antiguos empleados. Es posible que hayan visto algo. El mayordomo, por ejemplo. ¿Quién era?

—John Stevens —respondió la señora Bendix tras pensarlo un momento. Luego terminó su bebida, se metió tres granos de café en la boca, apartó de su vista las copas y el whisky y hundió el pulgar en el timbre de su escritorio. La chica con cara de conejo apareció al instante.

—¿Dónde está trabajando John Stevens ahora, cariño?

La conejita dijo que iba a averiguarlo. Al cabo de unos minutos regresó e informó de que Stevens trabajaba para Gregory Wainwright en la avenida Jefferson de Hillside.

—¿Qué me dices de la asistenta personal de Janet? ¿Dónde está ahora? —pregunté.

Con un gesto de la mano, la señora Bendix le indicó a la chica con cara de conejo que se fuera. Cuando estuvimos solos, bramó:

—¿Esa perra? Creo que está sin trabajo. Yo no le daría un puesto ni aunque se arrodillase ante mí.

—¿Qué pasó con ella? —le pregunté, empujando mi vaso vacío hacia delante con deseos de verlo lleno—. Sé amable, Martha. Un solo trago no es nada para los chicos grandes y fuertes como tú y yo.

Bendix rió por lo bajo, alzó de nuevo la botella y sirvió.

—¿Qué pasó con ella? —repetí, después de chocar mi copa con la suya.

—Esa tía no vale nada —dijo la señora Bendix, frunciendo el ceño—. Es una maldita perezosa.

—Sabes de qué hablamos, ¿verdad? Estoy preguntándote sobre la asistenta personal de Janet Crosby.

—Yo también —asintió la señora Bendix, llevándose otros tres granos de café a la boca—. Se llama Eudora Drew. Está fuera de sí. Yo quería una buena asistenta personal para la señora de Randolph Playfair. Me tomé la molestia de ponerme en contacto con Drew para decirle que podía conseguirle ese trabajo. ¿Sabes cuál fue su respuesta? Que me fuera al carajo. Bonita manera de hablar, ¿no crees? Me dijo que no iba a trabajar nunca más y que, ya puestos, además de al carajo me fuera a tomar por culo. —Bendix reflexionó sobre el insulto—. Hubo un tiempo en que pensé que era una buena chica. Inteligente. Eso demuestra que no puedes confiar en nadie, lo mejor es usar y exprimir a los trabajadores y luego tirarlos, ¿no es cierto? Apuesto a que está viviendo a costa de alguien. Tiene una casa en Coral Gables, y se pega una buena vida.

—¿En qué parte de Coral Gables?

—En la avenida Monte Verde. ¿Te interesa?

—Puede ser. ¿Qué pasó con el resto del personal?

—Los reubiqué a todos. Puedo darte sus direcciones, si quieres.

Me terminé la bebida.

—Si las necesitara ya te lo haría saber. ¿Cuánto tiempo pasó desde la muerte de Janet hasta que se quitaron de encima a esta Drew?

—Fue al día siguiente. Todo el personal tuvo que irse antes del funeral.

Me comí un grano de café.

—¿Explicaron el motivo de su decisión?

—Maureen Crosby se fue un par de meses y cerraron la casa.

—No es costumbre despedir a todo el personal cuando se deja una casa solo un par de meses, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Dime más sobre esta chica, Drew.

—¿Qué quieres saber? —dijo la señora Bendix, suspirando—. Y dame esa copa, a menos que quieras otro trago.

Decliné el ofrecimiento y me la quedé mirando mientras ocultaba el whisky y los dos vasos. Luego volvió a hundir su pulgar en el timbre y la chica con cara de conejo entró y le regaló otra tímida sonrisa.

—Búscame la ficha de Eudora Drew, cariño —dijo la señora Bendix—. Quiero echarle un vistazo.

La chica con cara de conejo regresó con una tarjeta minutos después y se la entregó a la señora Bendix con actitud idéntica a la que hubiera adoptado una admiradora de Frank Sinatra al entregarle un ramillete.

Cuando se hubo marchado, Bendix dijo:

—No sé si esto es lo que buscas. Edad: veintiocho. Dirección: calle Kelsie número 2243, en Carmel. Tres años con la señora Franklin Lambert. Excelentes referencias. Asistente personal de Janet Crosby a partir de julio de 1943. ¿Te sirve esto?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Podría ser. Creo que será mejor que vaya a hablar con ella. ¿Qué te hace pensar que está viviendo a expensas de un hombre?

—¿De qué otro modo conseguiría dinero? Ya no está trabajando. O es un hombre, o... varios hombres.

—Janet Crosby podría haber dejado un legado.

Bendix levantó sus pobladas cejas.

—No había pensado en eso. Es posible, por supuesto. Sí, ahora que lo pienso, esa podría ser la respuesta.

—Bueno, está bien —la corté, levantándome—. Gracias por el trago. Ven a vernos tú también alguna vez; tenemos bebidas.

—Ni lo sueñes. Esa chica, Bensinger, no me soporta. Lo puedo ver en sus ojos.

Sonreí.

—Tampoco me soporta a mí, pero si yo no permito que eso me preocupe, a ti tampoco debería preocuparte.

—No me preocupa. Y no te engañes, Vic. Esa chica está enamorada de ti.

Sopesé sus palabras y luego sacudí la cabeza.

—Te equivocas, no está enamorada de nadie. No es de las que se enamoran.

Bendix frunció los labios e hizo un ruido fuerte y grosero.

Coral Gables es un pueblo de cabañas que surgió alrededor del puerto, en el extrarradio de Orchid City, donde florecen a paso de tortuga la venta de esponjas, la pesca, los mercados y algún que otro personaje turbio. La ribera está dominada por el bar Delmonico, el más duro de la costa, donde las mujeres son a menudo más duras que los hombres y tres o cuatro peleas por noche constituyen la rutina habitual.

La avenida Monte Verde se encuentra al final de Coral Gables, y es una carretera amplia y sin carácter rodeada de cabañas casi idénticas entre sí. Como distrito tal vez esté un poco por encima del nivel medio de Coral Gables, lo cual desde luego no significa mucho. La mayor parte de las cabañas están ocupadas por jugadores profesionales, por damas ligeras de aspecto llamativo, por matones que se relajan en la ribera durante el día y se encargan de sus asuntos después del anochecer, o por los apostadores y sus nenas. La única casa de dos plantas que se ve en la carretera es propiedad de Joe Betillo, empresario de pompas fúnebres, embalsamador, fabricante de ataúdes, abortista y experto en infligir heridas de cuchillo o de bala.

Conduje mi Buick hasta que llegué a la cabaña de Eudora Drew, hacia el final de la carretera. Era una cabaña azul y blanca de madera, con cinco habitaciones y un jardín que no era sino un trozo de tierra lo suficientemente grande para jugar al Halma. Dos macetas con hortensias de aspecto cansado presidían la puerta principal. Me acerqué y golpeé una aldaba de bronce que no se había limpiado desde hacía meses.

Hubo un retraso de diez segundos: no más. Luego, la puerta se abrió. Una mujer maciza me miró con los ojos inyectados en sangre y llenos de sospechas. Llevaba puestos unos pantalones gris verdosos y una blusa de seda blanca. Su cabello oscuro se amontonaba sobre la parte superior de su cabeza. No era una belleza, pero había en ella algo animal que hacía que cualquier hombre la mirara dos veces, y algunos hasta tres.

—Ahórrese el aliento si está vendiendo algo —me espetó antes de que yo pudiera abrir la boca, con una voz ligeramente más musical que una docena de latas siendo arrastradas por una bicicleta—. Nunca compro en la puerta.

—Debería poner un cartel —repuse alegremente—, imagine el tiempo que se ahorraría. ¿Es usted la señorita Drew?

—¿Y a usted qué le importa?

—Tengo que discutir un asunto con la señorita Drew —agregué, paciente—. Un negocio importante.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Vic Malloy. Soy un viejo amigo de Janet Crosby.

De repente contrajo un músculo de su labio superior, pero por lo demás no hubo reacción.

—¿Y qué?

—¿Es usted la señorita Drew o no?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Esperaba que pudiera ayudarme. —Apoyé una mano en la pared, descargando sobre ella todo mi peso—. El caso es que tengo dudas sobre la muerte de la señorita Crosby.

Esta vez apareció en sus ojos una expresión cautelosa.

—Es usted de los que escarban en el pasado, ¿eh? Está muerta desde hace tiempo. De todos modos, yo no sé nada al respecto.

—¿Estaba allí cuando ella murió?

La mujer se aferró a la puerta principal y la empujó hacia su costado.

—Le he dicho que no sé nada al respecto y no tengo tiempo que perder en algo que no me concierne.

Estudié el rostro, duro, suspicaz.

—Señorita Drew, ¿sabe qué es lo que apenas hace ruido pero se puede oír a un kilómetro de distancia? —le pregunté, sonriéndole con la mirada.

—¿Está chiflado o algo así?

—Algunas personas incluso lo oyen a tres kilómetros de distancia. ¿Alguna conjetura?

Ella encogió sus sólidos hombros con impaciencia.

—No lo sé, dígamelo usted, ¿qué es?

—Un billete de cien dólares doblado que cruje suavemente entre los dedos y el pulgar.

La mirada hosca abandonó su cara.

—¿Le parezco alguien necesitado de un billete de cien dólares? —dijo con desdén.

—Incluso Pierpont Morgan cogería un centenar de dólares. Y podría subir la recompensa si usted tuviera algo que valiera la pena comprar.

Su cerebro se puso en marcha; al menos ya hablábamos el mismo idioma. Se me quedó mirando como si fuera una señal en un camino lleno de dólares y secretos. De repente sonrió, con una mueca que no iba dirigida a mí, sino a un pensamiento que le había pasado por la cabeza.

—¿Qué le hace pensar que haya habido algo irregular en su muerte? —preguntó bruscamente, clavándome la mirada.

—No he dicho que pensara que había algo mal. He dicho que tenía mis dudas, y las tengo. Y me mantendré dubitativo hasta que hable con toda la gente que estaba con ella cuando falleció. ¿Sabe si tenía problemas de corazón?

—Ha pasado mucho tiempo, señor —farfulló sonriendo—. Tengo una memoria pésima para estas cosas. Tal vez si vuelve a las nueve de esta noche ya haya tenido tiempo para recordar. Y no venga con cien dólares. Soy una chica grande, con ideas grandes.

—¿Cuánto me costarían esas ideas? —le pregunté educadamente.

—Más bien unos quinientos. Tal vez quinientos consigan sacudir mi memoria. Ni un céntimo menos.

Le hice creer que me lo pensaría.

—¿A las nueve de la noche?

—Aproximadamente.

—Quinientos dólares son mucho dinero para una información que no sé si tendrá algún valor.

—Si consigue que mi memoria funcione, estoy segura de que encontrará información muy valiosa.

—Nos vemos a las nueve, entonces.

—Traiga el dinero con usted, señor. En efectivo.

—Por supuesto. Esperemos que este sea el comienzo de una hermosa amistad.

Me dirigió una mirada larga y pensativa. Y después me cerró la puerta en las narices.

Regresé lentamente por el sendero, crucé el portón de acceso y me metí en el Buick. «¿Por qué a las nueve?», me pregunté mientras pisaba el acelerador. ¿Por qué no ahora?». El dinero, por supuesto, podía tener la respuesta. Sin embargo, la mujer no tenía modo de saber que yo no llevaba conmigo un taco de quinientos dólares. No preguntó. Era un bebé suave y brillante, un bebé que conocía todas las respuestas, y podía hacer que cuatro más cuatro sumaran nueve.

Metí el Buick en la carretera. A los pocos metros, el velocímetro subió hasta los ciento cuarenta kilómetros por hora. Al final de la carretera clavé los frenos y trompeé en dirección a Beach Road, dándole a un señor mayor motivos para tres diferentes tipos de infarto. Me incorporé a la derecha de la calzada y continué hasta una farmacia. Me apeé, entré en la tienda y fui hasta la cabina telefónica. Paula contestó al segundo tono.

—Buenas noches —saludó, con voz suave y cortés—, Universal Services a sus órdenes.

—Tu viejo amigo Vic Malloy a las tuyas. Te llamo desde una farmacia de Coral Gables. Coge tu coche, ojillos brillantes, y ven a todo gas. Vamos a cogernos de las manos y hacer el amor. ¿Qué te parece?

Hubo una pausa. Habría dado lo que no tenía por ver su expresión.

—¿Dónde estás exactamente? —preguntó. Su voz sonaba tan excitada como si le hubiera preguntado la hora.

—Camino de la playa. Ven tan rápido como puedas.

Y colgué.

Dejé aparcado el Buick enfrente de la farmacia y me dirigí a la esquina de Beach Road, desde donde tenía una vista privilegiada de la casa de Eudora Drew. Me apoyé contra una farola y clavé los ojos en la puerta de la cabaña. Con tres horas de espera por delante, deseé haberle pedido a Paula que trajese un poco de whisky y un bocadillo para pasar el tiempo.

Durante los siguientes veinte minutos no me moví de la farola ni despegué los ojos de la cabaña. Nadie salió. Nadie entró. Varios hombres de aspecto rudo salieron de las otras chozas. Tres chicas, todas rubias y con voces estridentes, salieron de la cabaña contigua a la de Eudora y se acercaron a mí por la carretera, balanceando las caderas y comiéndose con los ojos todo aquello que llevara pantalones y estuviera a la vista. Al pasar junto a mí me miraron incitadoramente pero yo mantuve mis ojos en la cabaña.

«Bonito barrio», pensé. El tipo de sitio que la secretaria con cara de conejo odiaría visitar.

El elegante biplaza de Paula rugió a lo lejos. Se acercó y abrió la puerta. Paula, vestida con su trajecillo sastre color gris, se veía estilizada y glacial. Sus ojos marrones me miraron inquisitivamente.

—¿Adónde vamos? —me preguntó mientras me acomodaba a su lado.

—Sube por aquí lentamente y detente en la curva. La casa de Eudora es la abominación blanca y azul de la derecha —le indiqué.

Mientras el coche avanzaba, le expliqué con toda rapidez lo que había pasado.

—Supongo que intentará comunicarse con alguien —concluí—. Puede que me equivoque, pero creo que valdrá la pena vigilarla durante el próximo par de horas, y la única forma de hacerlo sin levantar sospechas es fingir que somos una pareja en busca de intimidad. Eso es algo que todo el mundo entiende en este distrito.

—Es una lástima que tuvieras que recurrir a mí —reprochó.

—Bueno, es mejor que recurrir a Kerman —contesté, un poco molesto—. Déjame decirte que hay muchas chicas que pagarían por una oportunidad como esta.

—Algunas chicas tienen gustos muy raros, es cierto. No puedo hacer nada al respecto —dijo ella, subiendo la curva—. Es aquí, ¿no?

—Sí. Ahora, por el amor de Dios, relájate. Se supone que estás disfrutando.

Deslicé un brazo alrededor de su cuello. Ella se apoyó en mi hombro y fijó una mirada pensativa en la cabaña. Un maniquí habría sido más cálido.

—¿No puedes echarle un poco de entusiasmo? —pregunté, tratando de mordisquearle la oreja.

—Puede que eso funcione con tus otras novias —se desmarcó, con frialdad—, pero no conmigo. Si abres la guantera encontrarás un poco de whisky y un par de bocadillos. Creo que con eso tendrás suficiente para entretenerte.

Aparté mi brazo de su cuello y hundí las manos en la guantera.

—Piensas en todo —le comenté antes de empezar a picar—. Esta es la única cosa en el mundo mejor que besarte.

—Lo sé —admitió con aspereza—. Por eso lo he traído.

Ya estaba trabajando en el segundo sándwich, cuando apareció desgarrando el camino un Dodge verde oliva. No tuve que mirar dos veces para darme cuenta de que era el mismo Dodge verde oliva, conducido por el mismo hombre.

Me repantigué en el asiento para quedar fuera de su vista.

—¡Ese es el tipo que me ha estado siguiendo! —exclamé—. Fíjate adónde va.

—Ha aparcado delante de la puerta de Eudora, y está saliendo del coche —informó Paula.

Levanté la cabeza con cautela, hasta que mis ojos quedaron al nivel del parabrisas. El Dodge, tal como Paula había dicho, estaba frente a la puerta de la horrible cabaña azul y blanca. El hombretón cerró la puerta del Dodge con tanta fuerza que casi tumbó el coche de lado, y corrió por el camino en dirección a la puerta principal. En lugar de tocar el timbre, giró el pomo y entró directamente.

—Y eso, ojillos brillantes, es lo que se llama una corazonada. —Paula observaba la escena con creciente interés—. No sabía si saldría o llamaría por teléfono. Bueno, pues ha llamado por teléfono y ya está aquí nuestro muchachote. Ciertamente, las cosas se me han puesto de cara; será interesante ver cómo se desarrollan los acontecimientos a partir de ahora.

—¿Qué vas a hacer cuando él se vaya?

—Volveré y le diré que no he conseguido los quinientos pavos. Ya veremos qué cartas juega.

Ya estaba empezando con el whisky cuando se abrió la puerta principal de la cabaña y salió nuestro enorme amigo; según el reloj del cuadro de mandos, estuvo dentro once minutos y medio. Miró a derecha e izquierda y torció el gesto al ver el coche de Paula. Trató de vislumbrar quién había dentro pero tras comprobar que no le alcanzaba la vista, avanzó tranquilamente por el camino, saltó por encima de la entrada, se subió al Dodge y se fue tranquilamente.

—Una visita muy breve —comenté—. Si todo el mundo hiciera sus transacciones así de rápido trabajaríamos la mitad. Vamos, cariño, es nuestro turno. Llévame hasta allí y espérame fuera; no me gustaría que se pusiera nerviosa.

Paula puso el coche en marcha y condujo hasta la puerta de la cabaña azul y blanca.

—Es posible que oigas gritos —advertí mientras me apeaba—. Si así fuera, no hagas nada. Solo será Eudora impresionada por mi personalidad.

—Ojalá te atice en la cabeza con una plancha de hierro.

—Tal vez lo haga. Es una de esas mujeres impredecibles, como a mí me gustan.

Crucé la puerta y seguí el sendero hasta la puerta principal. Llamé y esperé, silbando por lo bajo, pero la casa estaba tan silenciosa como un ratón que acaba de ver un gato. Llamé de nuevo. De pronto recordé la suspicacia con la que aquel grandote había examinado el camino y, súbitamente, me vino a la mente una imagen siniestra. Empujé la puerta, pero estaba cerrada. Fue entonces mi turno para escudriñar el camino de arriba abajo; aparte de Paula y su coche, la calle estaba tan vacía como una playa un día de tormenta. Levanté la aldaba y golpeé otras tres veces, haciendo bastante ruido. Paula observaba con preocupación por la ventanilla del coche.

Esperé pero no pasó nada. El silencio era dueño del interior la casa.

—Vete a Beach Road —le ordené a Paula—, y espérame allí.

La chica encendió el motor y se alejó sin mirarme. Esa era una de las cosas buenas de Paula: saber reconocer una emergencia a las primeras de cambio y obedecer las órdenes sin hacer preguntas. Examiné la calle otra vez, por si acaso descubría a alguien espiando, oculto entre las sombras o tras las cortinas de alguna de las numerosas cabañas de la zona.

Me dirigí a la parte trasera de la cabaña. La puerta de servicio estaba abierta, y se abría y cerraba por efecto de la corriente. Daba a una pequeña cocina, del tipo que uno esperaría encontrar en la casa de una chica como Eudora Drew; probablemente la limpiaba una vez al mes. Por todas partes reinaba el desorden: en el fregadero, sobre la mesa, en las sillas y hasta por el suelo, había platos sucios, restos de vajilla y vasos; el cubo de la basura estaba lleno de botellas vacías de ginebra y whisky; una sartén llena de grasa seca y moscas chamuscadas me miraba de reojo desde el fondo del fregadero. Y en el aire, una magnífica amalgama de olores: a decadencia, a suciedad y a leche agria. No es la manera en que yo quisiera vivir, pero gustos son gustos.

Crucé la cocina, abrí la puerta y me adentré en una sala pequeña y desordenada. Las puertas se abrían hacia dos habitaciones que aparentemente cumplían las funciones de sala de estar y comedor. Decidí fisgar por la puerta de la derecha, donde solo había más desorden, más polvo y más desidia; ni rastro de Eudora allí, ni en el comedor. Solo quedaban los cuartos de arriba. Subí las escaleras sigilosamente, al tiempo que me preguntaba si acaso no estaría tomando un baño. Aunque eso explicaría que no hubiese oído mi llamada, decidí que era poco probable: no parecía el tipo de mujer acostumbrada a darse baños.

La encontré en el dormitorio principal; nuestro amigo había hecho un buen trabajo con ella. Estaba tumbada en una cama destartada, con las piernas abiertas, y la blusa arrancada. Habían anudado alrededor de su garganta un pañuelo de seda azul y rojo, probablemente de su propiedad.

El brillo de sus ojos contrastaba con el tono negro azulado de la cara, y su lengua yacía sobre una pequeña película de espuma. No era algo bonito de ver, así que aparté la mirada antes de verme afectado por la escena.

La habitación estaba tan sucia y desordenada como las otras y apestaba a perfume rancio.

Me acerqué de puntillas a la puerta y salí de la habitación sin volver la mirada hacia la cama y teniendo cuidado de no tocar nada. Al bajar por las escaleras, froté la barandilla con un pañuelo para borrar mis huellas. Salí de la casa por la misma puerta cochambrosa, crucé el jardín y me fui sin prisa al encuentro de Paula.

El capitán de policía Brandon se sentó detrás de su escritorio mirándome fijamente. Era un hombre en el lado equivocado de la cincuentena, con una tendencia definitiva al sobrepeso, un montón de pelo grueso y blanco como nieve recién caída, y unos ojos fuertes, amables y expresivos.

Formábamos un interesante cuarteto. Estaba Paula, fresca e imperturbable, sentada al fondo. Tim Mifflin, apoyado contra la pared, inmóvil, pensativo, se mantenía silencioso como un anciano centenario echándose una siesta. Yo ocupaba el lugar de honor, frente a la mesa de trabajo. Y, por supuesto, estaba el capitán de policía Brandon.

La habitación era grande, espaciosa y bien amueblada. Había una bonita alfombra turca en el suelo, varios sillones y una o dos reproducciones de las escenas campestres de Van Gogh en las paredes.

En un rincón de la habitación, entre las dos ventanas que daban al distrito comercial de la ciudad, había una gran mesa; ya había estado antes en esta sala y todavía conservaba frescos los recuerdos de la desagradable escena que se produjo entonces. Brandon me gustaba tanto como a Hiroshima la bomba atómica. Me esperaba, una vez más, lo peor.

La entrevista no había empezado bien y no tenía visos de mejorar. Brandon estaba jugando con un cigarro, un tic que denotaba su malestar.

—Muy bien —dijo en voz baja, exasperado—, vamos a empezar desde el principio otra vez. Usted tenía una carta... —se inclinó hacia delante para mirar la carta de Janet Crosby como si estuviera infectada con el tétanos. Tuvo cuidado de no tocarla—... con fecha del 15 de mayo de 1948.

Bueno, al menos eso demostraba que Brandon sabía leer.

—Junto con esta carta le dieron cinco billetes de cien dólares, ¿verdad? —añadió.

—Correcto —le dije.

—Recibió la carta el 16 de mayo, pero la guardó en un bolsillo de un abrigo sin abrirla y se olvidó de ella. Solo volvió a verla cuando regaló su abrigo y el beneficiario le notificó que había una carta en su interior. ¿Es correcto?

—Lo es.

Brandon frunció el ceño y miró en dirección a su cigarro antes de apoyarlo sobre su nariz gorda y ancha.

—Una manera muy inteligente de manejar un negocio.

—Esas cosas pasan —dije, cortante—. Recuerdo que durante el juicio a Tetzi, la policía extravió...

—Aquí no importa el juicio a Tetzi —sentenció Brandon con una voz que bien podría haber cortado un jamón—. Estamos hablando de esta carta. Fue a la propiedad de los Crosby con la idea de ver a la señorita Maureen Crosby, ¿no es así?

Asentí, un poco cansado de todo aquello.

—Como no la pudo ver porque no se encontraba bien, metió usted sus narices en la vida de la asistente personal de la señorita Janet Crosby. ¿Correcto?

—Si es así como quiere verlo, a mí no me importa.

—¿Es correcto o no lo es?

—Oh, por supuesto que sí.

—Esa mujer, Drew, dijo que quería quinientos dólares a cambio de sus palabras y le citó a las

nueve de la noche. Usted vigiló la casa, y después de un tiempo vio llegar un Dodge verde oliva, con un conductor corpulento que se metió en la casa, permaneció allí durante unos diez minutos y luego se largó. A continuación, entró usted y encontró muerta a la tal Drew. ¿Correcto?

Volví a asentir.

Le quitó la banda de protección a un cigarro y buscó una cerilla a tientas, sin quitarme de encima sus inexpresivos y malhumorados ojos.

—Usted afirma que el Dodge pertenece al doctor Salzer —dijo, raspando a la vez la cerilla en la suela de su zapato.

—Lo dice Mifflin. Le pedí que comprobara el número de registro.

Brandon miró a Mifflin, quien mantenía, con ojos vidriosos, la mirada fija en la pared opuesta.

—Media hora después de que Malloy llamara por teléfono preguntando por el dueño de este coche, usted recibió una denuncia del doctor Salzer que consignaba que el coche había sido robado. ¿Es eso correcto?

—Sí, señor —dijo Mifflin fríamente.

Los ojos de Brandon se giraron en mi dirección.

—¿Ha oído eso?

—Claro.

—Muy bien. —Brandon acercó la cerilla encendida a su cigarrillo y aspiró el humo—. Puede que no lo sepan, pero el doctor Salzer es un ciudadano muy respetado en esta ciudad y no quiero que lo molesten; ni usted, ni nadie. Se lo digo para que deje a un lado cualquier fantasía sobre el doctor Salzer. ¿Estamos de acuerdo?

Eso fue inesperado.

—Lo estamos —le dije.

Me echó el humo del cigarrillo en la cara.

—Yo no le gusto, Malloy, y a mí no me gusta su birria de agencia. A lo mejor tiene su utilidad, pero lo dudo. Estoy jodidamente seguro de que no es usted más que un buscapleitos. Ya armó suficiente bulla con el caso Cerf hace algunos meses, y si no hubiera sido tan condenadamente rápido, usted solito se habría metido en serios problemas. La señorita Janet Crosby está muerta. —Se inclinó hacia delante para mirar nuevamente la carta—. Los Crosby fueron y siguen siendo una familia muy rica e influyente, y no voy a permitir que vaya usted por ahí creándoles problemas. Sobra decir que no tiene ningún derecho legal a los quinientos dólares que le envió la señorita Crosby, por lo que deberá devolverlos a sus verdaderos dueños de inmediato. Además va a dejar en paz a la señorita Maureen Crosby. Si tiene problemas con algún chantajista, ya vendrá aquí para que la ayudemos nosotros. Este asunto no tiene nada que ver con usted, y si me entero de que sigue dando la lata voy a encargarme de tomar todas las medidas necesarias para ponerlo en un sitio donde no represente una amenaza para nadie durante mucho tiempo. ¿Lo ha entendido?

Le sonreí.

—Empiezo a entenderlo. —Me incliné hacia delante y pregunté—: ¿Cuánto dinero le da Salzer a su Fondo de Deportes, Brandon?

La cara gorda y rosada del policía se tornó color malva. Sus ojos inexpresivos adoptaron el brillo del diamante pulido.

—Se lo advierto, Malloy —amenazó—. Mis chicos saben lidiar con matoncillos como usted. Una de estas noches le llevarán a un callejón oscuro y le darán una paliza. Aléjese de los Crosby y de Salzer. Y ahora, ¡lárguese de aquí!

Me puse en pie.

—¿Y los Crosby cuánto le han pagado, Brandon? —pregunté—. ¿Cuánto le pagó el viejo Crosby hace dos años para que tapara el intento de suicidio de Maureen? ¿Respetable y eminente, ha dicho? No me haga reír. Salzer es tan respetable y eminente como el segurata de Delmonico. ¿Cómo explica que haya firmado el certificado de defunción de Macdonald Crosby sin ser médico?

—Largo de aquí —dijo Brandon muy tranquilamente.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro durante casi cuatro segundos. Luego me encogí de hombros, le di la espalda y me encaminé a la puerta.

—Ven, Paula, salgamos de aquí antes de que nos asfixiemos —dije, abriendo la puerta de par en par—. No olvidaré su delicado comentario sobre los callejones oscuros; demandar a un policía por amenazas será de lo más divertido.

Dejé que pasase Paula y cerré la puerta de un golpe. Acto seguido salió Mifflin, que avanzó tratando de alcanzarnos.

—Espera un minuto. Ven aquí —incitó, abriendo la puerta de su despacho.

Entramos porque Mifflin nos caía bien tanto a Paula como a mí. Además, era demasiado útil para echarlo a perder. Cerró la puerta y apoyó su espalda contra la misma. Su cara gomosa y roja reflejaba lo preocupado que estaba.

—Vaya modo de hablarle a Brandon —dijo con amargura—. Te has vuelto loco, Vic. Sabes tan bien como yo que esa actitud no te llevará a ningún sitio.

—Lo sé —dije—, pero es que esa rata saca lo peor de mí.

—Debería habértelo dicho antes, solo que no tuve tiempo. Brandon no te soporta.

—Ya lo sé, pero ¿qué puedo hacer yo? Tenía que contarle lo que había pasado. ¿Cuál es su relación con Salzer?

Mifflin se encogió de hombros.

—Salzer tiene muchos amigos en la policía. Está claro que su clínica no es del todo limpia, pero no se dedica a nada ilegal. —Bajó la voz y siguió—: ¿De dónde demonios crees que sacó Brandon su Cadillac? Te aseguro que el sueldo de capitán no da para tanto. Y otra cosa: Maureen Crosby enchufó al chico de Brandon en la universidad y se hace cargo de pagar los médicos de su esposa. Te has metido con los jefes de Brandon.

—Imaginé que debía de estar pasando algo así —dije—. Dime, Tim, ¿es verdad que Salzer denunció el robo del coche?

—Sí. Yo mismo cogí la llamada.

—¿Qué vais a hacer con el asesinato?

—Pues, desde luego que vamos a coger al asesino. Sé perfectamente lo que estás pensando, Vic, pero te equivocas. Salzer es demasiado listo para involucrarse en un asesinato, puedes descartarlo.

—De acuerdo.

—Y ten cuidado. Lo del callejón y la paliza no era ficción. No serías ni el primero ni el último tío que termina con las orejas coloradas porque no le cae bien a Brandon. Te lo advierto, ten cuidado.

—Gracias, Tim, sé cuidar de mí mismo. Vigilaré mis espaldas.

Mifflin se frotó su deforme nariz con el dorso de la mano.

—No es tan sencillo. Si devuelves los golpes terminarás con cargos por resistencia a la autoridad; te encerrarán y entonces sí que irán a por ti sin temor.

Le di una palmada en el brazo.

—No te preocupes. ¿Tienes algo más?

Mifflin negó con la cabeza.

—Solo cuídate —dijo.

Abrió la puerta de su despacho, recorrió el pasillo con la mirada para asegurarse de que no había moros en la costa y nos empujó fuera de su despacho.

Bajamos por las escaleras de piedra y llegamos al vestíbulo. Junto a la puerta doble de entrada había dos agentes de paisano. Uno de ellos era un pelirrojo de tonos brillantes y cara pálida; el otro era un hombre delgado, feo como el hierro en bruto. Ambos nos miraron lenta y detalladamente. El pelirrojo escupió con magnífica puntería sobre un recipiente de bronce que estaba a casi seis metros de distancia. Pasamos por delante de ellos y salimos a la calle.

Detrás de los edificios Orchid hay un callejón estrecho que se usa fundamentalmente como aparcamiento para los coches de los ejecutivos y trabajadores del edificio. Al final del callejón está el bar de Finnegan.

Mike Finnegan era un viejo amigo que me resultaba muy útil, puesto que conocía a todos los criminales y estafadores de Orchid City, y estaba al tanto de cualquier actividad —honesta o deshonestá— que se estuviera cocinando. Unos años atrás lo había ayudado a salir del paso en una discusión que tuvo con tres matones que querían arrancarle los ojos con una botella de whisky rota. Finnegan estaba convencido de que sin mi ayuda habría perdido la vista y me daba constantes (y comprometedoras) muestras de gratitud.

Además de ser una fuente inagotable de información, el bar de Finnegan era un excelente lugar de encuentro tras la jornada de trabajo. Sabía que encontraría a Kerman allí, de modo que aparqué mi Buick y entré con Paula.

Eran poco más de las once y solo quedaban unos pocos pobres diablos apoyados en la barra. Jack Kerman estaba en una esquina, sentado en un mesa y leyendo el periódico con una botella de whisky al alcance de la mano. Levantó la cabeza y nos saludó.

Cuando cruzamos el salón levanté una mano en dirección a Finnegan, que me ofreció una amplia sonrisa; desde luego nunca ganaría un concurso de belleza. Tenía la complexión de un gorila y un rostro feo y chistoso, machacado a golpes y cosido a cicatrices. Era una cruce entre King Kong y un furgón de carga de diez toneladas.

Kerman se puso de pie y le dedicó a Paula una reverencia artificial.

—Jamás creí que te vería en un tugurio como este. No me lo digas: te has dejado la amargura y la represión olvidadas en la caja fuerte de la oficina.

—Déjalo, Jack —dije, sentándome—. Antes de que te suelte el rollo, ¿tienes algo para mí?

Finnegan apareció antes de que Kerman pudiera abrir la boca.

—Buenas noches, señor Malloy. Buenas noches, señora.

Paula le sonrió.

—Tráeme otro vaso, Mike —pedí—. Ayudaré a Kerman con este whisky.

Busqué a Paula con la mirada.

—¿Quieres café?

Asintió con la cabeza.

—Y un café para la señorita Bensinger.

Cuando Finnegan nos hubo traído el vaso y el café, incité a Kerman:

—Suéltalo.

—Ví a Joan Parmetta —dijo Kerman, con los ojos en blanco—. Muy... exuberante. —Dibujó unas curvas femeninas con las manos—. De no ser por las continuas interrupciones de su mayordomo, podríamos haber empezado una hermosa amistad. —Suspiró—. Me pregunto qué tengo que las atrae tanto.

—La falta de cerebro —le aclaró Paula—. A las chicas nos encanta enseñar.

—Venga, dejadlo ya —ordené, enfadado.

Kerman se levantó ligeramente de la silla y estiró la mano hacia la botella de whisky.

—Olvidemos su aspecto. ¿Qué dijo sobre Janet?

Kerman volvió a sentarse sin quitar la vista de Paula.

—Dijo que nada la sorprendió más que enterarse de que Janet había muerto de un paro cardíaco. Dos días antes de que falleciera, jugaron al tenis juntas y Janet la destrozó en la pista. ¿Os parece que una persona con problemas cardíacos podría hacer algo así?

—¿Algo más?

—Le pregunté sobre ese tío, Sherrill. No está en la ciudad. Joan Parmetta me dijo que Janet estaba perdidamente enamorada de Sherrill. Se veían mucho. Pero una semana antes de la muerte de Macdonald Crosby, Sherrill dejó de ir a casa de Janet y rompieron sin razón aparente. Ni siquiera le dieron explicación alguna a Joan, que era amiga íntima de Janet. Aun así, llegó a saber algo: Janet le dijo que habían tenido un desacuerdo sobre un asunto acerca del cual no pensaba decir nada.

—¿Te dijo qué clase de hombre es Sherrill?

Kerman se encogió de hombros.

—Solo lo vio un par de veces. Dijo que era guapo, que no sabía a qué se dedicaba, ni si tenía o no tenía dinero. Tiene una pequeña casa en la avenida Rossmore, humilde pero linda; se hace cargo de su cuidado una chica china. —Kerman lanzó un beso al cielorrasso—. Guapa, también. Sin embargo, no pude sacarle gran cosa. No sabe cuándo volverá Sherrill. El tío vive bien, probablemente gane buena pasta. En la cochera había un Cadillac del tamaño de un acorazado y el jardín tiene pinta de haber costado mucho dinero. Tiene una piscina, también; las típicas extravagancias de los exitosos a escala pequeña, pero agradable.

—¿Eso es todo?

Kerman asintió con la cabeza.

Le informé brevemente sobre Eudora Drew, el muchachote, el asesinato y mi reunión con Brandon. Al escuchar, sus ojos se fueron abriendo más y más. Al cabo de un rato se olvidó de su trago.

—¡Por el amor de Dios! —estalló en cuanto terminé—. ¡Vaya día! ¿Qué hacemos? ¿Abandonamos y seguimos como si no hubiera pasado nada?

—No lo sé —dije, sirviéndome otro trago—. Tendríamos que devolver el dinero, y para eso, deberíamos averiguar quiénes son los herederos de Janet. Supongo que tendría abogados que se encargaban de sus asuntos. Tal vez podamos acceder al testamento de Crosby; y quiero ver el de Janet también, para comprobar si le dejó dinero a Eudora. Si no es así, ¿de dónde sacaba Eudora su dinero? No estoy diciendo que sigamos adelante ni que nos retiremos, solo que avancemos la investigación un poco más y decidamos según lo que descubramos. Tendremos que andarnos con mucho cuidado: Brandon podría hacernos la vida imposible.

—Si devolvemos el dinero, el caso estará cerrado —dijo Paula—. No tiene sentido trabajar por nada.

—Lo sé —dije—. De todos modos, me interesa todo este entuerto. Y además, no me gusta que Brandon me dé órdenes. —Terminé mi trago y me recosté sobre la silla—. Vale, pues será mejor que lo dejemos por hoy. No me vendría mal dormir un poco.

Kerman estiró las piernas y los brazos, bostezó y se puso de pie.

—Acabo de recordarlo: mañana por la mañana tengo que llevar a los chicos de Hofflin a Hollywood —dijo, sonriendo con una mueca—. Una visita guiada por los estudios de la Paramount. Si no fuera porque tengo la oportunidad de ver a Dot Lamour, me iría bien lejos. Esos tres demonios me ponen enfermo.

—De acuerdo —dije—. ¿Estarás de regreso pasado mañana?

—Si sigo de una pieza, eso creo.

—Para ese entonces ya tendré decidido lo que haremos. Si seguimos adelante tendremos que

movernos muy rápido. Esperadme un momento, quiero hablar con Mike.

Me acerqué a la barra, donde Finnegan lustraba copas sin demasiado interés. Un viejo y su rubia se estaban yendo. La rubia me miró por debajo de sus largas pestañas y me guiñó un ojo. Yo le devolví el gesto. Cuando ya no podían oírme me incliné sobre la barra.

—Me ha estado siguiendo un tipo, Mike. Grande, con aspecto de boxeador, orejas y nariz cuadradas. Lleva un sombrero color beige con un lazo alrededor. Fuma puros y parece lo bastante duro como para comer clavos oxidados. ¿Lo has visto alguna vez?

Mike frotó un vaso, lo levantó en dirección a la luz y lo miró con los ojos entrecerrados. Luego lo posó, con sumo cuidado, en un estante.

—Debe de ser Benny Dwan. Si huele a ajo seguro que es él.

—Nunca lo tuve tan cerca. ¿Quién es Benny Dwan?

Mike cogió otro vaso, lo enjuagó debajo del grifo y empezó a frotarlo. A la hora de responder preguntas a veces llegaba a ser irritantemente lento. No lo hacía por ninguna razón de peso, simplemente era su modo de hacer las cosas.

—Es duro —admitió, mirando con los ojos entrecerrados el vaso, para acto seguido lustrarlo un poco más—. Trabaja en la clínica Salzer. Antes de trabajar con Salzer se dedicaba al juego. Estuvo en chirona durante cinco años cumpliendo una condena por robo con violencia. Eso fue en 1938. Se supone que se ha reformado, pero dudo mucho que sea cierto.

—¿Qué hace en la clínica de Salzer?

Mike se encogió de hombros.

—Trabajillos. Lava los coches, cuida el jardín... cosas de esas.

—Esto es importante, Mike. Si Dwan es el tipo que busco, es posible que haya asesinado a alguien.

Mike apretó los labios y lanzó un imperceptible silbido.

—Pues creo que es él. He visto ese sombrero.

Volví a describirlo cuidadosa y detalladamente.

—Sí —confirmó Mike—. Tiene que ser él. Siempre fuma puros y tiene la nariz achatada.

Me sentía ligeramente excitado.

—Pues muchas gracias, Mike.

Volví con Paula y Kerman, que me esperaban al fondo del pasillo.

—Mike ha identificado a nuestro muchachote —les dije—. Es un tipo llamado Benny Dwan. Y ¿sabéis qué? Trabaja para Salzer.

—Tu capacidad detectivesca no deja de sorprenderme —dijo Kerman sonriendo—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Contárselo a Mifflin —decidí—. Espera un segundo.

En el cuartel de la policía me dijeron que Mifflin ya se había ido a casa, así que busqué su número de teléfono en la guía y lo llamé. Después de una breve espera, la exasperada voz de Mifflin resonó en la línea.

—Habla Malloy —le dije—. Discúlpame por llamar tan tarde, pero estoy seguro de que puedo identificar al tipo que se cargó a Eudora Drew.

—¿Estás seguro? —La voz de Mifflin cobró vida—. Muy bien. ¿Quién es?

—Benny Dwan. Y escucha esto, Tim: trabaja para Salzer. Si vas ahora a la clínica puede que lo pilles desprevenido.

Se hizo un silencio largo y pesado. Esperé, sonriendo de solo imaginar la cara de Mifflin.

—¿Salzer? —dijo por fin. Su voz sonaba como si tuviera la boca llena de patatas.

—Exacto, el amiguito de Brandon.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Totalmente. De todos modos, tanto Paula como yo lo identificaremos con gusto.

—¿Lo harás? —Había indecisión en su voz.

—Claro. Es posible que Salzer se moleste, pero ¿a quién (aparte de Brandon) le importa?

—¡Demonios! —exclamó Mifflin—. Tendré que hablar con Brandon; no quiero seguir envuelto en todo esto.

—Ve y habla con él. Asegúrate de decirle que llamaré al editor del *Herald* para contarle mi historia. No quiero que Dwan se me escape solo porque Brandon no quiere que sus amigos se enfaden.

—¡No te atrevas a hacer eso! —chilló Mifflin—. Escúchame, Vic, por el amor de Dios, no hagas el tonto con la prensa. Brandon no lo tolera.

—Pues es una pena, porque es precisamente lo que haré. Díselo, y atrapa a Dwan a menos que quieras que la prensa te atrape a ti. Hasta luego, Tim.

Cuando colgué, todavía berreaba.

Paula y Kerman se habían acercado a la cabina y habían escuchado toda la conversación.

—¿Lo hiciste enfadar? —preguntó Kerman, frotándose las manos.

—Se puso un poco histérico. No le hace gracia que Salzer se enfade.

Marqué un número, esperé y cuando por fin una voz de hombre anunció que me había comunicado con el *Herald*, pedí que me pusieran con el encargado de la edición nocturna.

Contarle la historia entera me llevó unos dos minutos. La recibió como un muerto de hambre recibiría un almuerzo de cinco platos.

—Salzer está malcriando a Brandon —le expliqué—. No me sorprendería que tratara de silenciar todo este asunto.

—Si lo logra, no será gracias a mí —masculló entre tenebrosas risas la voz del editor—. Gracias, Malloy. Llevaba tiempo buscando un palo lo suficientemente gordo para golpear a esa rata.

Colgué y salí de la cabina.

—Algo me dice que he iniciado un pequeño escándalo —anuncié—. Si no me equivoco, Brandon no dormirá demasiado bien esta noche.

—Pues qué pena —lamentó Kerman.

Si conduces por el Orchid Boulevard en dirección norte y cruzas Santa Rosa, llegará el momento en que topará con una calle estrecha que conduce a una serie de médanos y a mi cabaña.

Como lugar para vivir no es gran cosa, pero al menos está alejada de los ruidos de la ciudad y nadie se molesta si quiero cantar en la bañera.

Es una construcción de cuatro habitaciones hecha en pino canadiense, con un jardín tamaño pañuelo que Tony, mi chico filipino, mantiene razonablemente arreglado. A cien metros de la puerta de entrada se extienden las azules aguas del Pacífico. Al fondo —tanto a la izquierda como a la derecha— hay arbustos, arena y un semicírculo de palmitos. Es un hogar tan solitario y silencioso como la tumba de un pobre, pero me gusta. He vivido y dormido allí durante cinco años y ya no me gustaría ni vivir ni dormir en ningún otro sitio.

Después de dejar el bar de Finnegan conduje por la carretera de arena camino a casa. Faltaban veinte minutos para la medianoche. La luna cubría la arena con su manto de luz; el mar parecía un espejo negro; el aire era tibio y cálido. Si hubiera tenido una rubia a mano, habría sido el ambiente ideal para una noche romántica.

«Mañana será un día duro», me dije. Paula me había prometido revisar los testamentos de Macdonald y Janet Crosby en cuanto abrieran los registros. Yo quería volver a ver a la enfermera Gurney. También debía averiguar quién era el abogado de Maureen Crosby, y contactar con él. Y si fuera posible, obtener más información sobre Douglas Sherrill. Si no había nada interesante en los testamentos, si el abogado de Maureen estaba satisfecho con el estado de las cosas y si Douglas Sherrill no ocultaba ninguna siniestra verdad, tenía decidido devolver los quinientos dólares y dar el caso por terminado. Pero, aunque estaba abierto a la posibilidad de que me convencieran de estar perdiendo el tiempo, sospechaba que no iba a cerrar este caso tan fácilmente.

Me detuve delante de la cabaña de madera de pino que me sirve de garaje y caminé sobre la arena para abrir las puertas. Volví al Buick, lo hice avanzar, apagué el motor e hice una pausa para encender un cigarrillo. Mientras lo hacía, algo se movió en el rabillo de mi ojo, y miré por el espejo retrovisor, en dirección a los arbustos.

Apagué la cerilla y me quedé muy quieto, sin dejar de vigilar el grupo de arbustos a través del espejo. Algo se movía a unos cincuenta metros de distancia y en línea directa a la parte trasera del coche. Un nuevo movimiento hizo que las ramas se flexionaran y temblaran. Luego se quedó inmóvil, una vez más. Casi no había viento, ni ninguna razón lógica por la cual los arbustos debieran moverse. Ningún pájaro podía ser lo suficientemente grande para producir un movimiento así. Estaba seguro de que alguien —un hombre o una mujer— se escondía detrás de los arbustos y que, o había apartado las ramas para verme con mayor claridad, o en su defecto, había perdido el equilibrio y se había agarrado a las ramas para evitar la caída.

Aquello no me gustaba nada. La gente que se esconde tras los arbustos no suele planear nada bueno. Paula me había advertido en varias ocasiones de que en aquella cabaña estaba peligrosamente solo; en mi trabajo he hecho enemigos, y algunos han amenazado con borrar me del mapa. Aquel sitio aislado era tentador para cualquier persona con malas intenciones: podía iniciarse una guerra en miniatura sin que nadie lo notara. Lamentablemente, mi revólver del 38 especial reglamentario descansaba en un cajón de mi armario.

Apagué el motor y las luces del coche, y el garaje quedó completamente a oscuras. Si el sujeto que estaba al acecho en los arbustos tenía previsto hacer algo, lo intentaría en cuanto yo saliera del

garaje para cerrar las puertas y quedara expuesto a la luz de la luna. Bajo esa luz y a aquella distancia, era imposible fallar.

Si quería sorprender a mi atacante tenía que actuar deprisa. Cuanto más tiempo me quedara sentado dentro del coche, más iba a crecer la desconfianza en aquel hombre, si es que se trataba de un hombre. Y si no me escabullía rápidamente, incluso era posible que comenzara a disparar a la parte trasera del coche con la esperanza de que me alcanzara una bala perdida. Eso siempre y cuando fuera armado; yo esperaba fervientemente que no fuera así.

Abrí la puerta y me deslicé en la oscuridad. Desde donde yo estaba podía ver un tramo de la playa, los arbustos y los árboles, sorprendentemente grandes bajo el claro de luna. Caminar por ahí bajo ese resplandor de luz blanca era una locura que no estaba dispuesto a cometer. Di un paso atrás y pasé las manos por las rugosas tablas de la pared posterior. Algún tiempo atrás, después de una noche con Jack Kerman, metí el Buick a toda velocidad en el garaje y a punto estuve de atravesarlo. Sabía que algunos de los tablones nunca habían sido reemplazados, y con un poco de suerte podría soltarlos y escabullirme.

Encontré una tabla suelta y comencé a forzarla hasta que se soltó. Durante todo el tiempo que me tomó la operación, no despegué los ojos del grupo de arbustos. Nada se movía por ahí. Quienquiera que estuviese al acecho, se mantenía muy, muy quieto. Otro tablón cedió bajo mi presión. Empujé un poco más y, a continuación, atravesé la abertura arrastrándome de costado.

Detrás del garaje había una gran extensión de arena y, a continuación, unos arbustos. Corrí a través de la arena y me puse a cubierto sin hacer ruido, pero casi sin resuello. Hacía demasiado calor para ese tipo de ejercicio. Me senté jadeando sobre la arena y traté de hacerme una idea de la situación.

Lo más sensato era arrastrarme a la parte trasera de mi cabaña, entrar y recoger el calibre 38 del cajón de mi armario. Entonces sería capaz de hacer frente a cualquiera que anduviese en busca de problemas; es más, si disparaba desde mi habitación hacia los arbustos, mi acosador muy probablemente se largaría de allí.

También existía la posibilidad de que al no verme salir del garaje, el acosador supusiera que lo había descubierto y fuera en mi dirección para acabar conmigo. Por otro lado, bien podía creer que yo todavía estaba en el garaje, temeroso y dispuesto a esperar hasta que se fuera.

Poco a poco me puse en pie y, manteniendo la cabeza baja, comencé a deslizarme silenciosamente hasta la cabaña, refugiándome detrás de los arbustos y pisando con cuidado. Eso funcionó mientras hubo arbustos; la hilera que formaban se cortaba tras recorrer unos pocos metros para surgir de nuevo seis metros más adelante. Ese trecho quedaba penosamente al descubierto, y la luz de la luna parecía caer directamente sobre él. Para entonces yo ya no contaba con la protección que me otorgaba la cochera, y si cruzaba, era imposible que mi acosador no me viera. Seguí avanzando hasta que estuve a pocos metros de la brecha; luego hice una pausa y miré a través de la maleza. El único consuelo de mi nueva situación era que había aumentado considerablemente la distancia entre los arbustos y yo.

En lugar de estar a cincuenta metros de distancia, ahora estaba a unos ciento veinte. Para darle a esa distancia a un blanco en movimiento —incluso a uno tan grande como yo— se necesitaba una puntería de tirador olímpico. Decidí correr el riesgo.

Me quité el sombrero y, sujetándolo por su borde, lo hice volar en el aire hacia el macizo de arbustos, con la esperanza de que sirviera de distracción. Entonces, antes de que el sombrero tocara la arena, salté hacia delante y salí corriendo.

Una cosa es salir en velocidad sobre tierra firme y otra muy distinta hacerlo con los pies

hundidos en la arena hasta los tobillos. Mi cuerpo avanzaba a toda velocidad hacia delante, pero mis pies se empeñaban en no moverse del sitio. Si no hubiera sido por la maniobra del sombrero, que ahora rodaba bajo la luz de la luna, sería un pato muerto.

Me tendí sobre las manos y las rodillas, tratando de pasar desapercibido. Una detonación resquebrajó la calma y el silencio de la noche. La bala rozó la parte superior de mi cabeza como una avispa enfurecida. Aquel disparo fue demasiado bueno. Me arrastré sobre mi estómago, enrollé las piernas, di una voltereta lateral y me puse a resguardo de nuevo. El arma disparó una vez más y el proyectil levantó un montón de arena que me dio en la cara. Mi situación era más desesperada que la de un cubito de hielo en el desierto.

Me arrastré hacia un escondite más firme, sacudiendo los arbustos y golpeando la arena como un rinoceronte fuera de control. Hubo otro disparo, y esta vez la bala se deslizó por el dorso de mi mano, rompiendo la piel y quemándome como si me hubiera tocado un atizador al rojo vivo. Caí al suelo y allí me quedé, jadeando, incapaz de ver nada más allá de las raíces, las ramas y las espinosas hierbas que brotaban de la arena.

Si Buffalo Bill quería acercarse para darme el tiro de gracia, lo tenía demasiado fácil; tenía que mantenerme en movimiento. La cabaña estaba muy lejos, pero yo aún estaba a cubierto y podía tratar de moverme sin hacer ningún ruido. Estaba seguro de que conseguiría llegar, pero no podía desperdiciar más oportunidades. Por otra parte, el sicario, o lo que fuese, ya había estado a punto de darme a una distancia considerable, lo que demostraba que era un gran tirador.

Si bien yo no estaba aterrado, sudaba hielo y mi corazón bombeaba sangre con la fuerza de un martillo neumático. Empecé a gatear por la arena, moviéndome tan rápido como me era posible y sin hacer ruido. Ya había avanzado unos quince metros cuando oí un crujido en la hierba y el chasquido repentino de una rama seca. Me quedé inmóvil, escuchando, conteniendo la respiración; mis nervios se arrastraban por mi columna vertebral como patas de araña. Crujió más hierba; al crujido le sucedió un sonido suave y perturbador de algo arrastrándose en la arena. Cerca, demasiado cerca. Se me erizó el pelo de la nuca. A pocos metros se movió un arbusto, se quebró otra rama y se hizo el silencio. Lo tenía justo encima de mí. Traté de escuchar e imaginé que lo oía respirar.

No había nada que hacer excepto esperar. Por lo tanto, esperé. Pasaron los minutos. Probablemente mi acosador también había adivinado que yo estaba muy cerca de él, y aguardaba a la espera de que un ruido mío lo ayudara a localizarme. Yo estaba dispuesto a quedarme allí toda la noche. Después de lo que me parecieron horas, cambió de posición una vez más, pero esta vez para alejarse de mí. Yo no me moví. Oí sus pisadas, que se movían de arbusto en arbusto, buscándome. Muy lentamente, con mucha cautela, me apoyé sobre las manos y las rodillas para levantarme. Centímetro a centímetro elevé la cabeza, hasta que pude ver a través de las delgadas ramas de los matorrales. Entonces lo vi: era nuestro muchachote, que dejaba vislumbrar bajo el claro de luna su curioso sombrero, sus hombros anchos como la puerta de un granero, su nariz achatada y sus feas orejas. Estaba a unos treinta metros de mí, y llevaba una Colt 45 en la mano. Me daba la espalda, sus ojos me buscaban entre los arbustos de la derecha. Si hubiera tenido un arma de fuego, habría sido como disparar a un elefante a diez metros. Pero no la tenía, de modo que no podía hacer otra cosa que mantenerme alerta y esperar a que se fuera.

Oteaba el terreno inmóvil, tenso, con el brazo de la pistola en alto. Luego se volvió, miró en mi dirección y comenzó a avanzar hacia mí, sin rumbo, como si no estuviera seguro de ir en la dirección correcta, pero decidido a encontrarme. Empecé a sudar de nuevo. A la distancia que estaba, le bastaban diez pasos para dar conmigo. Me puse en cuclillas. Escuché sus pasos cautelosos. Mi corazón latía con extrema urgencia. Mis dientes apretados no dejaban salir el aliento.

Se detuvo tan cerca de mí que podía distinguir la tela de sus pantalones. «Si fuera posible apoderarme de su arma», pensé. En ese momento me dio la espalda y salté sobre él. Mis manos y mi cerebro no tenían otro objetivo que su arma. Le sujeté la muñeca con ambas manos, cargué contra su pecho con toda la fuerza de un hombro y, sorprendentemente, lo tumbé. Dio un grito sobresaltado, mezcla de furia y de alarma. Le torcí la muñeca, le aplasté los dedos y me aferré a la pistola.

Por una fracción de segundo todo salió a pedir de boca: mi ataque por sorpresa y el dolor al estrujar sus dedos contra la culata de la pistola lo paralizaron por completo. Pero en cuanto tuve la pistola en la mano, volvió a la acción. Estrelló un puño contra mi cuello con la fuerza suficiente para clavar un clavo de diez centímetros en un bloque de madera de roble. Me aferré al arma y, tratando de alcanzar el gatillo, disparé en dirección a los arbustos. Dwan me soltó una patada y el arma voló hasta internarse en la maleza; eso no era del todo malo: ahora yo no iba armado, pero él tampoco.

Se me acercó arrastrando los pies, arrancando a su paso las ramas de las plantas; pero los arbustos de arena se hacen respetar, y antes de dar un par de pasos, el pie de Dwan chocó contra una raíz y el gigante cayó de bruces. Eso me dio el tiempo suficiente para ponerme en pie y correr hacia el espacio abierto. Si tenía que luchar, no quería verme obstaculizado por montones de hierba, matorrales y raíces silvestres. Ese tipo era mucho más pesado que yo y tenía un golpe fuerte como la patada de una mula. Por otra parte, el golpe que había recibido en la nuca todavía me tenía aturdido y no ardía en deseos de recibir otro.

En décimas de segundo se levantó y estuvo nuevamente detrás de mí. Vaya si se movía. Me alcanzó cuando estaba por atravesar el último monte de arbustos. Esquivé su primer ataque y le respondí con un puñetazo en la nariz. Se acercó de nuevo, y esta vez recibí un golpe en la sien que hizo que me rechinaran los dientes.

La luz de la luna cayó sobre su figura, dejando a la vista un rostro frío, una máscara de aspecto brutal y gesto asesino, la cara de un hombre que tiene la intención de matar y que sabe que nada ni nadie le detendrá. Le propiné un puñetazo en la oreja aplastada que hizo tambalearse al gigante. Eso me devolvió la confianza. Era grande, sí, pero no era difícil golpearle ni hacerle daño. Gruñó, se agachó, sacudió la cabeza, hizo un gancho con los dedos y adelantó las manos. No esperé a que empezara a correr; empecé a golpearlo con ambos puños, pero esta vez mis manos no encontraron su rostro. Las suyas, por su parte, se aferraron al cuello de mi abrigo y tiraron de mí hasta que quedamos cara a cara.

Lancé un rodillazo, pero parecía conocer muy bien todos los estilos de lucha, y tras girarse para esquivarlo, terminé dándole en el hueso de la cadera. Una de sus manos me cogió del cuello; yo le golpeé en las costillas. Volvió a gruñir. Sus dedos, duros como garfios de acero, seguían hundidos en mi tráquea.

Entonces decidí ir realmente a por él. Sabía que en cuanto me debilitara ya no podría defenderme, y que si no hacía algo para zafarme de esa mano que me paralizaba, mis fuerzas iban a desaparecer en cuestión de segundos. Por eso le di unos golpes en las costillas y le hundí los dedos en los ojos.

Profirió un agudo chillido y retrocedió con pasos vacilantes. Lo seguí y lo rodeé con mis brazos mientras se cubría los ojos con ambas manos; no había mucho que pudiera hacerse por ellos.

Lo obligué a ponerse de rodillas. Seguir golpeándolo no tenía sentido, así que di unos pasos hacia atrás y esperé a que se quitara las manos del rostro. Respiraba entre cortos jadeos; trató de ponerse en pie, pero no lo consiguió. Gruñó, y de nuevo apoyó las manos en el suelo para tratar de levantarse. Eso era justo lo que yo estaba esperando. Calculé la distancia que había entre nosotros y lancé un puñetazo que, trazando un semicírculo desde la arena hasta la altura de su cara, le dio en

plena mandíbula. Dwan retrocedió, escarbó la arena como una ardilla, cayó de espaldas, trató de ponerse en pie y volvió a caer.

Me acerqué. Estaba muy golpeado y, al ver la sangre que le caía por el rabillo del ojo, sentí pena por él. No había querido hacerle tanto daño, pero era una cuestión de vida o muerte. Afortunadamente, no lo había matado.

Me incliné sobre él, me apropié de su cinturón de piel, hice que rodara sobre sí mismo y le sujeté las manos por detrás de la espalda. Luego le até los tobillos con mi cinturón.

Pesaba mucho para arrastrarlo y yo tenía prisa por ir a buscar mi teléfono y mi pistola. Supuse que podía dejarlo solo, de modo que me di la vuelta y corrí a mi cabaña.

Despertar nuevamente a Mifflin me tomó un par de minutos. Esta vez estaba enfadado como un avispon después de ser atacado con un matamoscas.

—Vale, vale —le calmé—. Tengo a Dwan conmigo.

—¿Dwan? —dijo, ya sin enfado—. ¿Contigo?

—Sí. Venga, busca a los chicos y tráete una patrulla. Me gustaría echarme a dormir.

—¡Dwan! Pero Brandon dijo que...

—¡A la mierda con lo que dijo Brandon! —rugí—. ¡Ven aquí y llévatelo!

—No te desvistas todavía —dijo Mifflin—, voy para allí.

En el mismo momento en que colgué el teléfono, se oyó el ahogado ruido de un disparo en las dunas. En dos saltos llegué hasta mi armario, abrí la puerta y cogí mi revólver. Cuando llegué a la puerta de entrada, aún se desvanecía el eco del disparo. Me camuflé entre las sombras del pórtico, desde donde no se veía nada y nada se oía. Soplaba un aire aterrador.

Entonces, en algún sitio más allá de las palmeras, se encendió el motor de un coche que, exprimiendo sus revoluciones a fondo, se alejó de allí a toda velocidad.

Bajé los escalones del pórtico con la pistola a la altura de la cintura. Crucé el sendero del jardín y llegué al claro de arena. El ruido del motor del coche se hizo más y más débil, hasta que finalmente desapareció.

Me acerqué a Benny Dwan. Le habían disparado en la cabeza desde muy cerca. La bala había impactado en un costado del cráneo, quemándole su maltrecha oreja.

Tenía el aspecto de un hombre inofensivo y abandonado. También el de un hombre muerto.

La rubia menuda que se ocupaba de la central telefónica en la oficina exterior me saludó con una sonrisa cómplice. Abrí la puerta que consignaba en letras de oro que aquel sitio era Universal Services y que agregaba, en la esquina inferior derecha y en letras más pequeñas: Víctor Malloy, director ejecutivo.

—Buenos días, señor Malloy —dijo, mostrándome sus pequeños y hermosos dientes blancos. La chica tenía una nariz altiva y modales de cachorro. Daba la sensación de que solo había que darle una palmadita para que meneara la cola. Era una niña bonita de dieciocho años y con dos amores en el corazón: Bing Crosby y yo.

Las dos niñas sentadas detrás de las máquinas de escribir eran otros cachorros igual de rubios. Me sonrieron como si yo fuera su héroe y saludaron al unísono:

—Buenos días, señor Malloy.

El señor Malloy echó un vistazo a su harén y se dijo que era una mañana maravillosa.

—La señorita Bensinger está en los edificios del Condado. Puede que llegue un poco tarde —informó la rubia de la centralita.

—Gracias, Trixy. Estaré en la oficina. Cuando llegue, dile que quiero verla.

Ella bajó la cabeza y me miró de un modo que habría significado algo si no trabajara para mí. Luego se dio la vuelta sobre su taburete para contestar una llamada entrante.

Cerré la puerta de mi oficina. El reloj de la recepción marcaba las diez y cinco, demasiado pronto para tomarme la copa que necesitaba desesperadamente. Después de un momento de vacilación, llegué a la conclusión de que la botella no tenía modo de saber cuán temprano era, así que la saqué fuera del cajón del escritorio y tomé un pequeño y vergonzante trago. Luego me senté, encendí un cigarrillo y ojeé el correo de la mañana, en busca de algo que captara mi interés. Dejé el montón de cartas en la bandeja de Paula para que ella se hiciera cargo, puse los pies sobre el escritorio y cerré los ojos. Después de la emoción de la noche anterior, me sentía un poco desgastado.

Una mosca se puso a zumbear alrededor de mi cabeza; desde la oficina exterior me llegaba el repiqueteo de las dos máquinas de escribir; Trixy jugaba con las clavijas del conmutador. Me quedé dormido.

A las once menos veinte la voz de Paula me despertó repentinamente. Apenas si me dio tiempo a quitar los pies del escritorio y arrastrar hacia mí la bandeja de la correspondencia.

—¡Mira quién ha llegado! —dije, tan animadamente como me fue posible—. ¡Pasa!

—Ya que duermes en la oficina, ¿por qué no tratas de evitar los ronquidos? —espetó, cogiendo una silla y tomando asiento—. Afectas negativamente a la moral del equipo.

—Su moral está baja desde hace años —repliqué, sonriendo—. Anoche no dormí ni dos horas, y esta mañana me siento viejo y cansado. Trátame con cariño.

Sus fríos ojos color café se fijaron en la herida de mi mejilla y sus cejas se levantaron.

—¿Problemas?

—De lo más excitantes.

Le conté todos los detalles de lo ocurrido la noche anterior durante la visita de Benny Dwan.

—¿Está muerto? —preguntó, anonadada—. ¿Quién le disparó?

—No estoy seguro, pero me puedo hacer una idea —dijo, apoyando los pies sobre el escritorio—. La policía llegó diez minutos después de que llamara a Mifflin, pero Mifflin no estaba entre

ellos. ¿Te acuerdas de los dos policías del cuartel? ¿El tío pelirrojo y el otro con pinta de matón? Pues fueron ellos quienes vinieron. El sargento MacGraw (ese es el pelirrojo) y el sargento Hartsell. Son un par sumamente educado, agradable y discreto. No se preocuparon en disimular la alegría que les producía que Dwan estuviera muerto. Desde luego, es comprensible: de este modo, Salzer queda a salvo. Le basta con declarar que Dwan ya no trabajaba para él. Quedará, por supuesto, descubrir por qué Dwan robó el coche de Salzer, mató a Eudora y trató de matarme a mí, pero eso está en manos de la policía, y apuesto a que nunca conseguirán averiguarlo.

—Has dicho que tienes una idea sobre quién mató a Dwan.

—Sí. Cuando se llevaron a Dwan di unas vueltas en busca de pistas. Los polis llegaron con un coche patrulla cuyos neumáticos tenían un diseño en forma de rombo, el mismo diseño que encontré sobre la arena y en el fondo de mi casa. Sospecho que me estaban vigilando y que fueron espectadores privilegiados del pequeño espectáculo que me tenía preparado Dwan. Luego, cuando vieron que lo había derribado, no pudieron con la tentación: se acercaron y lo silenciaron.

—¿Quieres decir que sospechas que dos agentes de policía...? —comenzó Paula, con los ojos abiertos en toda su circunferencia.

—Piensa en todo lo que se evitan de esa forma —argumenté—. Ponte en su lugar. Un tipo buscado por homicidio que seguramente no dudará en hablar frente a un tribunal y que, sin duda, tiene un montón de información interesante para la prensa. Brandon es colega de Salzer. ¿Qué puede haber más conveniente que meterle a Dwan una bala en la cabeza para ahorrarse un juicio que expondría a la luz pública al amiguito de Brandon? Es sencillo, ¿verdad? Desde luego, puede que me equivoque, pero lo dudo mucho. De todos modos, no ganamos nada haciendo conjeturas. Dejemos el tema a un lado y dediquémonos a lo nuestro. ¿Has podido ver los testamentos de los Crosby?

Paula asintió con la cabeza.

—Janet no hizo testamento. Crosby le dejó tres cuartos de su fortuna a ella y el otro cuarto a Maureen. Evidentemente, Janet era su favorita. Maureen solo pudo acceder a toda la herencia cuando Janet murió, y bajo la premisa de cambiar su comportamiento. El testamento consigna que si Maureen vuelve a meterse en líos o a salir en los periódicos, toda su fortuna pasará al Centro de Investigaciones de Orchid City y ella solo recibirá mil dólares al año. Los albaceas de Crosby son Glynn y Copley, y sus oficinas están en la tercera planta de nuestra finca. La mitad del capital está bloqueado pero Maureen puede disponer libremente del resto, siempre y cuando se comporte correctamente.

—Eso es una perita en dulce para un chantajista —dije—. Si mete la pata y algún sin escrúpulos llega a saberlo, puede sacarle todo cuanto tiene. No creo que le hiciera gracia tener que vivir con mil dólares al año, ¿verdad?

Paula se encogió de hombros.

—Muchas chicas viven con menos.

—Seguro, pero no las hijas de los millonarios. —Cogí el abrecartas y me puse a hacer agujeros sobre el escritorio—. Entonces, Janet no dejó testamento, lo cual significa que Eudora no heredó nada. ¿De dónde sacaba su dinero? —Levanté la mirada en dirección a Paula—. Supongamos que estaba al tanto de la adicción de Maureen, y que Maureen le pagaba para que mantuviera la boca cerrada; es solo una idea. Entonces aparezco yo y Eudora cree que puede sacar un poco más de dinero. Me cita a las nueve y llama por teléfono a Maureen o a su representante, digamos que al doctor Salzer. De hecho, bien podría ser el doctor. «O me dais más pasta o hablo», dice. Salzer envía a Dwan para que Eudora entre en razón. En lugar de ello o, tal vez, siguiendo órdenes, la liquida. ¿Qué te parece?

—Suenan bien —respondió Paula, dubitativa—, pero no son más que conjeturas.

—De acuerdo, son conjeturas, pero tal vez sean ciertas. Creo que voy a tener que hablar otra vez con la enfermera Gurney. Mira, Paula, Gurney no trabaja durante el día, ¿podrías llamar a la asociación de enfermeras para pedir su dirección? Cuéntales alguno de tus cuentos.

En cuanto Paula salió de la oficina tomé otro trago de whisky y fumé otro cigarrillo.

Primero la enfermera Gurney y después Glynn y Copley, me dije.

Paula volvió al cabo de unos minutos y deslizó un trozo de papel sobre mi escritorio.

—Avenida Hollywood número 3882, apartamento 246 —informó—. ¿Sabes que es una de las enfermeras del doctor Salzer?

—¿Lo es? —dije con indiferencia, empujando mi silla hacia atrás—. Pues mira tú qué bien, ¿no? Otra pista que nos lleva a Salzer. —Empujé mi bandeja del correo en dirección a Paula—. No hay mucho que hacer con esto. Nada que no puedas manejar.

—Me alegra saberlo. —Cogió la bandeja—. ¿Seguiremos con el caso?

—Todavía no lo sé. Te lo diré esta tarde —contesté, buscando mi sombrero—. Nos vemos.

Tardé media hora en llegar a la avenida Hollywood. El tráfico de media mañana en la avenida Central ralentizaba el paso, pero yo no tenía prisa.

En el número 3882 de la avenida Hollywood se levantaba un bloque de pisos de seis plantas construido a toda prisa para ganar dinero rápido a expensas de la comodidad de los compradores. El recibidor era oscuro y desangelado. En el ascensor había sitio suficiente para tres personas a las que no les preocupara demasiado viajar como sardinas. De las escaleras que daban al sótano colgaba un torcido cartel impreso que tenía escrito CONSERJE en letras azules.

Entré en el ascensor, cerré la puerta de rejilla y marqué la segunda planta. El ascensor subió crujiendo como si le doliera moverse. El de la segunda planta era un pasillo sin fin, flanqueado a ambos lados por lamentables y desconchadas paredes. Después de una caminata de medio kilómetro llegué al apartamento 246, al final del pasillo, de frente a otro apartamento. Atornillé mi pulgar sobre el timbre, me recosté en la pared y busqué un cigarrillo. Sospechaba que la enfermera Gurney estaba en su cama. Me pregunté si estaría contenta de verme otra vez. Esperaba que sí.

Tuve que esperar un par de minutos hasta que se abrió la puerta. La enfermera Gurney se veía mucho más interesante sin su uniforme de enfermera. Llevaba un salto de cama hasta los tobillos que dejaba las rodillas a la vista; sus pies y piernas estaban desnudos.

—Vaya, hola —dijo ella—. ¿Quieres entrar?

—No me importaría.

Se hizo a un lado.

—¿Cómo encontraste mi dirección? —preguntó, conduciéndome a una pequeña sala de estar—. Esto es toda una sorpresa.

—¿Verdad que lo es? —dije, arrojando mi sombrero sobre una silla—. Parece que te he despistado.

Ella rió nerviosamente.

—Estaba mirando por la ventana y te vi llegar. He tenido tiempo para recuperarme. ¿Cómo supiste que vivía aquí?

—Llamé a la asociación de enfermeras. ¿Ya te ibas a la cama?

—Ajá. Pero no pienses en irte por eso.

—Métete en la cama que me sentaré a tu lado y te cogeré de la mano.

Ella negó con la cabeza.

—Eso suena aburrido. Tomemos un trago. ¿Has venido por algo en especial o es una visita

social?

Me repanchingué en una butaca.

—Mitad y mitad. No me pidas que prepare las bebidas, estoy en baja forma. No dormí bien ayer por la noche.

—¿Con quién estuviste?

—No se trata de eso.

Alcancé agradecido la copa y la levanté para brindar. Ella se acercó y se tiró en el diván dejando caer su salto de cama. Mis ojos tuvieron tiempo para estar a punto de estallar antes de que ella se ajustara la ropa de nuevo.

—¿Sabes que no esperaba volver a verte? —dijo ella, sosteniendo el vaso de whisky y con hielo de tal manera que su mentón se apoyaba sobre el borde de vidrio—. Creía que eras uno de esos tíos de «toco y me voy».

—¿Yo? ¿Uno de esos? No, chica, no lo has pillado bien. Soy de los tíos firmes y fieles que nunca sueltan su presa.

—No pienso apostar. Esperaré hasta que la novedad haya desaparecido —dijo un poco amargamente—. ¿Está bien esa copa?

—Está muy bien. —Estiré las piernas y bostecé. Me sentía cansado, lo bastante para colarme silenciosamente en la madriguera de una ardilla y quedarme allí—. ¿Cuánto tiempo crees que cuidarás de la muchacha Crosby?

Fue una pregunta sin intención, pero ella me dirigió inmediatamente una mirada sostenida y sorprendida.

—Las enfermeras nunca hablan de sus pacientes —dijo ella con remilgos. Acto seguido tomó un sorbo de su bebida.

—A menos que tengan una buena razón para hacerlo —repuse yo—. Dime la verdad, ¿no querrías cambiar de trabajo? Yo podría ayudarte.

—¡Claro que cambiaría! ¡Estoy hasta las narices del mío! Hasta te diría que me cuesta llamarlo trabajo, porque la verdad es que allí no hay nada que hacer.

—Seguramente debe de haber algo que hacer...

Ella negó con la cabeza y comenzó a decir algo. Pero de pronto cambió de idea.

—¿Qué trabajo podrías conseguirme? —preguntó—. ¿Quieres que te cuide a ti?

—Nada me haría más feliz. Pero no, no es para mí, sino para un amigo mío. Depende de un pulmón artificial y quisiera que una enfermera bonita lo animara. Tiene un montón de dinero. Podría hablarle de ti si me lo pidieras.

Ella pareció considerarlo. Luego frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo. Quiero, pero hay dificultades.

—No veo por qué. La asociación de enfermeras podrá arreglarlo.

—No estoy contratada por la asociación de enfermeras.

—Eso lo hace todavía más fácil, ¿no? Si eres independiente...

—Estoy contratada por el doctor Salzer. Es el mandamás de la clínica mental Salzer, que queda más arriba, en Foothill Boulevard. Tal vez hayas oído hablar de él.

Asentí con la cabeza.

—Salzer, ¿eh? ¿No es el doctor de Maureen?

—Sí. Al menos eso creo. Nunca le he visto cerca de ella.

—¿Cómo lo hace, entonces? ¿Tiene un ayudante?

—Nadie se acerca a ella.

—Eso es raro, ¿no crees?

—¿No estás haciendo muchas preguntas?

Le sonreí con una mueca.

—Soy un tipo curioso. ¿Maureen no debería tener un doctor?

Ella me miró.

—Entre tú y yo, no lo sé. Nunca la he visto.

Me incorporé, derramando algo de mi whisky.

—¿Que nunca la has visto? ¿Qué quieres decir? ¿No estás a cargo de ella?

—No debería decírtelo, pero estoy preocupada y tengo que contárselo a alguien. Prométeme que no se lo dirás a nadie más.

—¿A quién podría contárselo? ¿Me estás diciendo que nunca has visto a Maureen Crosby?

—Exacto. La enfermera Fleming no me deja entrar en el cuarto de la enferma. Mi trabajo es hacerme cargo de los posibles visitantes, y ahora que nadie nos visita, no tengo nada que hacer.

—¿Qué haces, entonces, por las noches?

—Nada. Duermo en la casa. Si suena el teléfono se supone que debo contestarlo. Pero nunca suena.

—¿Y nunca has entrado en la habitación de Maureen cuando la enfermera Fleming no está?

—No he podido, porque mantienen la puerta trabada. Apuesto a que ni siquiera está en la casa.

—¿Dónde crees que está? —pregunté, inclinándome hacia delante sin molestarme en disimular mi entusiasmo.

—Si lo que Fleming dice es cierto, podría estar en la clínica.

—¿Y qué es exactamente lo que dice Fleming?

—Ya te lo he dicho: que está sufriendo el síndrome de abstinencia.

—Si está en el sanatorio, ¿a qué viene el engaño? ¿Por qué no decir directamente que está allí? ¿Qué sentido tiene contratar un par de enfermeras y crear una situación falsa?

—Amigo, si supiera la respuesta, te la daría —dijo la enfermera Gurney, y acabó con su bebida—. Es una coincidencia condenadamente jodida: siempre que tú y yo nos encontramos, hablamos de Maureen Crosby.

—Pero no todo el rato —dije, poniéndome en pie y sentándome a su lado, en el sofá—. ¿Hay algún motivo por el cual no puedes dejar a Salzer?

—Tengo un contrato por dos años. No puedo dejarlo ahora.

Dejé que mis dedos le tocaran la rodilla.

—¿Qué clase de tipo es Salzer? He oído decir que es un charlatán.

Ella me dio un golpe en la mano.

—Es un buen hombre. Quizá sea un charlatán, pero él solo pone a dieta a los pacientes y recoge el dinero. No hace falta ser un hombre cualificado para hacer eso.

Mi mano se perdió de nuevo en su rodilla.

—¿Crees que podrías ser una muchacha lista e inteligente y descubrir si Maureen está en el sanatorio? —pregunté, y comencé una maniobra complicada.

Le dio otra palmada a mi mano, esta vez con mayor dureza.

—¿Vuelves con Maureen?

Me froté el dorso de la mano.

—Tú sí que sabes golpear.

Ella se rió nerviosamente.

—Las chicas guapas como yo tenemos que aprender a defendernos.

Entonces el timbre de la puerta sonó insistentemente.

—No contestes —dije—. Estoy listo para dejar de hablar de Maureen.

—No seas tonto. Es el tendero de la tienda de ultramarinos.

—¿Qué tiene él que no tenga yo?

—Te lo explicaré cuando regrese. No puedo morir de hambre solo para agradarte.

Salió del cuarto y cerró la puerta; aproveché la oportunidad para refrescar mi bebida, y después me tumbé en el diván. Todo lo que ella me había dicho había sido muy interesante. Tanto el descuidado jardín como los chinos jugando a los dados, el chófer que tallaba madera y el mayordomo fumador demostraban una verdad evidente: que Maureen ya no vivía en Crestways. Pero ¿entonces dónde estaba? ¿En el sanatorio? ¿Sobreponiéndose al síndrome de abstinencia? La enfermera Fleming lo sabía. El doctor Jonathan Salzer lo sabía también. Probablemente hasta Benny Dwan estaba al tanto. Si Glynn y Copley aún no estaban enterados de todo aquello, seguramente la historia les iba a encantar.

Comenzaba yo a vislumbrar en este negocio un sesgo financiero. Mi cabeza volvió a Brandon. Si tuviera a Glynn y Copley de mi parte, difícilmente Brandon se atrevería a iniciar ninguna acción. Glynn y Copley eran los mejores y los más famosos y costosos abogados de California. Tenían sucursales en San Francisco, Hollywood, Nueva York y Londres. No eran la clase de gente que se deja amedrentar por un granuja como Brandon. De hecho, tenían suficientes contactos para sacarlo a patadas de su propia oficina.

Cerré los ojos y pensé en lo agradable que sería librarse de Brandon y tener en la policía un capitán bueno y honesto, como Mifflin. Cuánto más fácil sería conseguir cooperación en lugar de amenazas en callejones oscuros.

Entonces se me ocurrió que la enfermera Gurney estaba tardando más de lo necesario en recoger unos comestibles y me incorporé, frunciendo el ceño. No se la oía. No se oía nada. Dejé mi bebida en el suelo y me puse en pie. Crucé el cuarto, abrí la puerta y miré hacia el pasillo. La puerta delantera estaba entreabierta, pero no había nadie junto a ella. Miré furtivamente en el pasillo, pero como no vi nada más que la puerta del apartamento opuesto, volví al pasillo. Quizá esté en el lavabo, pensé, y regresé al salón. Me senté y esperé, pero solo conseguí ponerme cada vez más nervioso. Después de cinco minutos me acabé la bebida y fui a la puerta otra vez.

En alguna parte del apartamento un refrigerador emitió un ronco zumbido que me hizo saltar del susto. Levanté la voz y la llamé:

—¡Hola! —Nadie contestó.

Moviéndome en silencio, abrí la puerta de la sala de estar y eché un vistazo a una habitación que era obviamente su dormitorio. Tampoco estaba allí; miré incluso debajo de la cama. Entré en el cuarto de baño, en la cocina y en una minúscula sala que probablemente era el cuarto de huéspedes. Ni rastro de ella. Regresé a la sala de estar, pero seguía vacía.

Comprendí que ella no estaba en el apartamento, así que fui a la puerta delantera y corrí por el pasillo hasta que llegué al vestíbulo principal. Estudié el terreno a derecha e izquierda. Nada, excepto las pétreas puertas que parecían mirarme.

Nada se movió, nada sucedió; apenas dos líneas de puertas, un kilómetro de un empapelado lamentable, dos o tres ventanas mugrientas y ninguna enfermera Gurney.

Sin saber qué hacer, miré al exterior por la ventana de la sala de estar; allí estaba el pequeño techo de mi Buick.

La chica no podía haber ido muy lejos sin medias ni zapatos, a no ser que... Volvió a mi cabeza la imagen de Eudora Drew, tumbada en la cama con aquel pañuelo rodeándole el cuello.

Por algunos instantes me quedé allí quieto, de pie, indeciso. No había mucho que hacer, nada a lo que aferrarme. Suena el timbre de la puerta; ella dice que es el tendero; sale al pasillo y desaparece. Sin gritos; sin manchas de sangre; sin señales.

Fui a la puerta delantera y me fijé en la del apartamento opuesto. Crucé el pasillo y toqué el timbre. Una mujer abrió la puerta casi inmediatamente, como si hubiera estado esperando mi llamada.

Era baja y rolliza, de cara redonda, pelo blanco y piel suave. Unos ojos azules y brillantes, vagos, del tono de las nomeolvides, eran su único rasgo notable. Calculé que estaría cerca de los cincuenta. Cuando sonrió me mostró unos dientes grandes y demasiado blancos que no podían ser naturales.

Llevaba un abrigo y una falda beige que debían haberle costado mucho dinero, pero que no le hacían ningún favor a su figura. Su mano, pequeña, gorda y blanca, sostenía un saco de papel.

—Buenos días —dijo, y sus dientes grandes casi me cegaron con su blancura.

—Lamento molestarla —me disculpé, levantando mi sombrero—. Estoy buscando a la enfermera Gurney. —Señalé hacia la puerta de Gurney—. Ella vive allí, ¿no?

La mujer regordeta metió la mano en el saco de papel y cogió una ciruela. La examinó de cerca, con suspicacia. Satisfecha, se la metió en la boca. La miré, fascinado.

—Pues sí —respondió con voz amortiguada—. Sí, ahí vive —dijo levantando una mano ahuecada, lista para sacar de su boca el hueso de la fruta, el cual guardó de una manera muy refinada dentro del saco—. ¿Quiere una ciruela?

Dije que no me gustaban las ciruelas y le agradecí el gesto.

—Son buenas para la salud —señaló, hundiendo la mano en el saco para sacar otra pieza de fruta. Esta vez la ciruela no pasó su escrutinio, la separó de las demás y buscó otra más acorde a su gusto.

—¿Usted no la ha visto? —pregunté, mirando como el manjar desaparecía entre aquellos enormes dientes.

—¿A quién?

—A la enfermera Gurney. Acabo de entrar y me he encontrado la puerta delantera abierta. He tocado el timbre pero no contesta.

Ella masticó su ciruela. Su mente poco lúcida estaba completamente en blanco. Después de librarse del hueso de ciruela, dijo:

—Debería comer ciruelas. No tiene buen color, usted. Yo como dos kilos al día.

Por su silueta, se notaba que no era lo único que comía.

—Bien, tal vez le haga caso uno de estos días —dije pacientemente—. ¿La enfermera Gurney no está en su apartamento?

Hurgó dentro del saco de papel otra vez y, de pronto, miró para arriba, asustada.

—¿De qué me habla?

Siempre que me cruzo con una mujer como esta me alegro mucho, pero mucho, de ser soltero.

—De la enfermera Gurney —recordé, haciendo señales con las manos, como hago cuando hablo con un extranjero—. La mujer que vive en ese apartamento. Me preguntaba si no estaría con usted.

Los ojos azules parecían perdidos.

—¿La enfermera Gurney?

—Exacto.

—¿En mi apartamento?

Tomé aire.

—Sí. ¿Ella no está en su apartamento, verdad?

—¿Por qué debería estar aquí?

Sentí que la sangre comenzaba a zumbear en mis oídos.

—Bien. Como puede ver, su puerta está abierta. Ella no parece estar en casa. Me preguntaba si ella no se habría cruzado con usted.

Otra ciruela. Evité mirarla. Esos dientes comenzaban a minar mi estabilidad mental.

—Oh, no, ella no ha venido.

Por lo menos era un progreso.

—¿Y no sabría decirme dónde está?

El hueso de la ciruela cayó en el saco. En la cara gorda y vacía se hizo visible una expresión de dolor: la mujer estaba pensando.

—Quizá esté en... en el cuarto de baño —dijo, por último—. ¿Por qué no espera y toca otra vez?

Un comentario de la más brillante estupidez.

—Ella no está allí dentro. He mirado.

La mujer estaba a punto de morder otra ciruela. En lugar de hacerlo, levantó la cabeza para dirigirme una mirada llena de reproche.

—Eso no está nada bien.

Me saqué el sombrero y me pasé los dedos por el pelo. Si aquello continuaba un poco más me encontrarían subiéndome por las paredes.

—Llamé antes de entrar —farfullé entre dientes—. Si ella no está con usted volveré allí e intentaré llamar otra vez.

La mujer seguía mascullando algo, o al menos eso denotaba la expresión dolorida de su rostro.

—Sé lo que haría yo si estuviera en su lugar —dijo.

Podía imaginar lo que haría, pero no se lo dije. Tenía la impresión de que se sentiría insultada.

—Dígame.

—Le preguntaría al conserje. Es un hombre muy servicial. —Luego lo arruinó todo diciendo—: ¿Seguro que no quiere una ciruela?

—Seguro, seguro. Muchas gracias, le haré caso e iré a ver al conserje. Lamento haberle robado tanto tiempo.

—Pues ha sido un placer. —Y sonrió.

Di unos pasos para atrás. La mujer, mientras cerraba la puerta, se metió otra ciruela en la boca.

Cogí el ascensor en dirección al vestíbulo y bajé por las escaleras polvorientas y oscuras que conducían al sótano. Al final de las escaleras me esperaba una puerta, CONSERJE, rezaba el solitario cartel.

Levanté la mano y golpeé la puerta. Apareció un hombre delgado con un cuello largo y fibroso, vestido con un peto descolorido. Era viejo y olía ligeramente a creosota y whisky. Me inspeccionó sin demasiado interés, tras lo cual su garganta dejó salir una sola y ronca palabra:

—¿Sí?

Tuve la sensación de que no iba a conseguir mucha ayuda de ese viejo a menos que le sacudiera de su letargo. Se le notaba en la mirada que raramente se alejaba de la oscuridad y que su contacto con otros seres humanos era escaso. Rip Van Winkle^[1] y él habrían formado una buena dupla para los negocios, aunque solo con Van Winkle a la cabeza; no de otra manera; decididamente no de otra manera.

Me incliné hacia delante y enganché un dedo en el bolsillo de su peto.

—Escuche, colega —dije, en el tono duro de los polis de Orchid City—. Quítese el heno de su pelo. Necesito un poco de cooperación de su parte. —Mientras le hablaba, lo sacudí adelante y atrás—. El apartamento 246. ¿Qué se cuece allí?

Se tragó la manzana de Adán dos veces. La segunda vez creí que ya no podría salir a la superficie, pero finalmente lo hizo, aunque solo un poco.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, parpadeando—. ¿Cuál es el problema con el apartamento 246?

—Eso es precisamente lo que le estoy preguntando. La puerta de entrada está abierta y no hay nadie allí. Usted debería saber cuándo una puerta está abierta sin motivo.

—Ella está allí —balbuceó el viejo—. Siempre está allí a esta hora.

—Pues ahora no está. Venga, colega. Usted y yo vamos a subir a echar un vistazo.

Me siguió, manso como un cordero. Mientras el ascensor subía, me dijo débilmente:

—La que vive allí es una buena muchacha. ¿Qué quiere la policía de ella?

—¿He dicho yo que la policía quiera algo de ella? —pregunté, frunciendo el entrecejo—. Lo único que quiero saber es porqué la puerta de su casa está abierta si ella no está allí.

—Tal vez haya olvidado cerrarla al salir —concluyó después de darle vueltas al asunto. Pude ver que estaba satisfecho con su idea.

El ascensor se detuvo con un crujido. Me alegró poder salir de allí, no parecía bastante fuerte para soportar a una persona, y menos todavía a dos.

—¿La vio salir?

Negó con la cabeza.

—¿La habría visto si hubiera salido?

—Sí. —La manzana de Adán volvió a moverse—. Mi sitio da a la entrada principal de la finca.

—¿Está usted seguro de que ella no salió en los últimos diez minutos?

—No podía asegurarlo; estuve preparando el almuerzo.

Caminamos por el pasillo largo hasta llegar al apartamento de la enfermera. Registramos cada habitación, pero no había ni rastro de ella.

—No está aquí —dije—. ¿Cómo ha podido dejar el edificio sin usar la entrada principal?

Se quedó mirando fijamente la pared, concentrado, y finalmente insistió en que no había otra salida.

Apunté con el dedo la puerta del otro piso.

—¿Quién es la mujer gorda que come ciruelas?

—¿Ciruelas? —repitió, dando un paso hacia atrás. Supongo que pensó que yo estaba loco.

—Sí. ¿Quién es?

Clavó la mirada en la puerta del apartamento 244. Cuando se volvió hacia mí, sus viejos ojos brillaban de miedo.

—¿Allí adentro, señor?

—Sí.

Él negó con la cabeza.

—Ahí no hay nadie. Ese piso está en alquiler.

De repente, un escalofrío me recorrió el espinazo. Pulsé el timbre, pero nadie se acercó a la puerta.

—¿Tiene una llave maestra?

El viejo rebuscó en sus bolsillos, sacó una llave y me la dio.

—No hay nadie dentro, señor —insistió—. Lleva vacío unas cuantas semanas.

Giré la cerradura, abrí la puerta y me encontré con un recibidor idéntico al de la enfermera Gurney. Registré rápidamente todas las habitaciones. El lugar estaba tan vacío y pelado como un set de filmación al final de un rodaje.

La ventana del cuarto de baño daba a una salida de emergencias. Levanté la hoja de la ventana y saqué fuera de la misma parte de mi cuerpo. Abajo estaba el callejón que conducía a la avenida Skyline; habría sido fácil para un hombre fuerte bajar a esa muchacha por allí y meterla en un coche.

Tras un segundo registro mis ojos alcanzaron a ver un hueso de ciruela que reposaba sobre uno de los escalones de hierro. Lamenté que la mujer no se hubiera atragantado con él; seguramente la habría asfixiado.

Hubo una época en la que me imaginaba como el orgulloso dueño de una oficina bien equipada, llamativa y lujosa. Entre nosotros, Paula y yo habíamos gastado mucho de nuestro dinero (dinero, por cierto, ganado con mucho esfuerzo) en el escritorio, la alfombra, las cortinas y los estantes para libros. Incluso habíamos comprado un par de acuarelas originales pintadas por un artista local que, a juzgar por sus precios, se consideraba a sí mismo un gran maestro.

Pero todo esto fue antes de tener la ocasión de ver las demás oficinas de los edificios Orchid. Algunas eran más elegantes que la mía, y otras, menos, pero las que vi no me hicieron arder en deseos de reconstruir mi oficina por entero, hasta que conocí el despacho de Manfred Willet, el presidente de Glynn y Copley, abogados. Entonces entendí que tendría que ahorrar muchos dólares antes de poder pagar por el verdadero y auténtico lujo. Su oficina hacía que la mía pareciera un tugurio del Eastside.

Era una sala grande, de altos cielorrasos y artesonados de roble. En un extremo de la sala, ante tres ventanas inmensas que se elevaban casi hasta el techo, había un escritorio lo bastante grande para jugar al billar sobre él. Alrededor de una enorme chimenea de piedra había cuatro o cinco sillas reposeras y un gran Chesterfield. La alfombra, de tan alta, parecía necesitar de un cortacésped.

Sobre la repisa de la chimenea y dispersas alrededor del cuarto sobre mesillas pequeñas había piezas muy bien escogidas talladas en jade. Los objetos de escritorio, de plata maciza, lucían brillantes a fuerza de cariño y pulidos constantes. Las grisáceas persianas venecianas mantenían a raya al sol. Un silencioso equipo de aire acondicionado controlaba la temperatura. Las ventanas dobles, las paredes insonoras y una puerta revestida en caucho terminaban por redondear la apariencia de la estancia. En esa oficina, un rugir de tripas sonaría como una manada de búfalos.

Manfred Willet estaba detrás del inmenso escritorio, fumando un cigarrillo oval grueso adornado con una boquilla de oro. Willet era alto y macizo y tenía unos cuarenta y cinco años. Su pelo oscuro tachonado de gris, su afeitado impecable y su bello rostro hacían juego con el escritorio de caoba. Su traje de corte inglés habría puesto verde de envidia a cualquier estrella de cine. Era de un lino tan immaculado y tan blanco como la nieve en primavera.

Me dejó hablar. Sus ojos gris verdoso no abandonaron en ningún momento la colección de plumas de plata de su escritorio, y la expresión de su cara lucía tan vacía como un agujero en la pared.

Comencé mostrándole la carta de Janet Crosby; después le hablé sobre mi visita a Crestways, sobre el estado en que estaba aquel lugar, sobre la supuesta enfermedad de Maureen y sobre el hecho sospechoso de que Janet estuviera jugando al tenis dos días antes de morir de endocarditis. Mencioné al doctor Bewley y expliqué que Benny Dwan, que trabajaba para el doctor Salzer, me había seguido en su coche; le conté brevemente mi visita a Eudora y que Dwan había llegado después y la había estrangulado; hablé sobre mi entrevista con el capitán de policía Brandon y sobre sus exigencias en lo que respectaba a Salzer y a Maureen Crosby; mencioné que mis actos perjudicaban a Brandon y le expliqué el porqué de ello.

Continué describiendo el ataque de Dwan y aclarando que lo había liquidado alguien con neumáticos con dibujo en forma de diamante en su coche, e hice hincapié en que los sargentos MacGraw y Hartsell conducían un coche con tales neumáticos. Concluí con el relato sobre mi visita al apartamento de la enfermera Gurney, sobre la mujer que comía ciruelas y sobre la desaparición de la enfermera Gurney. Era una historia larga; contarla me tomó su tiempo, pero el abogado no se

impacientó, ni me interrumpió, ni me sugirió que me ahorrara los detalles. Se quedó quieto, mirando la pluma, duro como una estatua, sin perderse ni el más pequeño de los detalles. Detrás de ese rostro de caoba vacío había un cerebro muy, muy despierto.

—Bien, esa es la historia —concluí, y me incliné para descargar la ceniza de mi cigarrillo en el cenicero de su escritorio—. Pensé que usted, como administrador de los bienes, tenía que conocerla. Brandon me ha dicho que devuelva los quinientos dólares.

Cogí mi cartera y puse un fajo de billetes sobre el escritorio. Apoyé mi dedo sobre el fajo y sin atisbo de duda, lo empujé hacia el abogado.

—Hablando en sentido estricto, esto me deja fuera del caso. Por otra parte, usted puede pensar que debería haber una investigación sobre todo esto. Si así fuera, me encantaría seguir adelante. Francamente, señor Willet, todo este asunto me interesa mucho.

El abogado me miró fijamente. Pasaron varios segundos en los que parecía no verme. Estaba, ciertamente, pensando.

—Una historia extraordinaria —dijo de repente—. Le habría creído aunque no conociera la reputación de su compañía. Usted ha manejado varios trabajos difíciles para clientes míos y ellos me han hablado muy bien de usted. Por lo que me ha contado, creo que tenemos argumentos para comenzar una investigación, y me encantaría que fuera usted quien la llevara a cabo.

Arrastró su silla hacia atrás y se puso de pie.

—Solo espero que entienda que esta investigación debe ser secreta y que no quiero que mi firma aparezca vinculada a la misma de ninguna manera. Le pagaremos sus honorarios, pero usted deberá asegurarse de mantenernos a cubierto. Nuestra posición es difícil. No estamos autorizados a hurgar en los asuntos de la señorita Crosby a menos que estemos seguros de que algo va mal, y en este momento ni siquiera estamos seguros de eso, por muchas sospechas que tengamos. Si usted descubre alguna evidencia tangible que conecte definitivamente a la señorita Crosby con estos sucesos extraordinarios, entonces, por supuesto, podremos salir a la luz. Pero no antes.

—Eso complica un tanto las cosas —dije—. Confiaba en que usted pudiera mantener a raya a Brandon.

Le brillaron los ojos.

—Seguro que usted podrá manejar a Brandon sin mi ayuda. Pero si llegara a ponerse demasiado... pesado, siempre podría consultarme como abogado. Si se atreve a atacarlo, estaré encantado de representarlo ante el tribunal sin cargo alguno.

—Vaya trato —repliqué, sarcásticamente—. Eso, si sobrevivo al ataque.

Al abogado, un ataque de la policía no le parecía algo por lo que uno debiera preocuparse.

—Supongo que usted ajustará sus honorarios para cubrir ciertos riesgos personales —dijo con ligereza—. Después de todo, un trabajo como el suyo implica riesgos.

«Los honorarios subirán hasta el firmamento», pensé.

—Todo resuelto, pues. Entonces ¿puedo seguir?

El abogado comenzó a caminar en círculos por el cuarto, con las manos detrás de su espalda, la cabeza doblada, los ojos sobre la alfombra, el ceño fruncido.

—Oh, sí. Usted siga.

—Hay algunas preguntas que quisiera hacer —añadí, encendiendo otro cigarrillo—. ¿Cuándo vio por última vez a Maureen Crosby?

—En el entierro de Janet. No la he visto desde entonces. Sus asuntos con nosotros son absolutamente administrativos. Cualquier papel que necesite de su firma se le envía a través del correo. No he tenido ninguna otra ocasión de verla.

—¿No sabe que ella está enferma?

Él negó con la cabeza. No, él no tenía ninguna idea de que lo estuviera.

—¿Cree que la muerte de Macdonald Crosby fue un accidente? —espeté.

Mi pregunta lo cogió por sorpresa.

—¿Qué insinúa? Por supuesto que fue un accidente.

—¿No pudo ser un suicidio?

—No había razón para que Crosby quisiera suicidarse.

—Que usted sepa.

—Generalmente un suicida no se dispara con una escopeta si tiene un revólver, y Crosby tenía un revólver. La escopeta complica las cosas.

—Si se hubiera suicidado, ¿eso habría afectado a su herencia?

—Pues sí. —Sus ojos ahora mostraban sorpresa—. Tenía un seguro de vida por un millón y medio de dólares, pero la póliza quedaba anulada en caso de suicidio.

—¿Quién recibió el dinero del seguro?

—No veo adónde quiere ir a parar con esto —dijo, volviendo a sentarse en su escritorio—. Quizá debería explicármelo.

—Me parece extraño que ese Salzer, que no es médico colegiado, haya firmado el certificado de defunción. El forense y Brandon tuvieron que ponerse de acuerdo con él. Estoy tratando de convencerme de que no hubo nada siniestro en la muerte de Crosby. Suponga que Crosby se suicidó. Según usted, los herederos habrían perdido un millón y medio de dólares. Pero un charlatán, un forense y un capitán de la policía poco escrupulosos y con la disposición adecuada, podrían arreglarlo todo para que pareciera un accidente, ¿verdad?

—Eso que dice es un poco arriesgado. ¿Ha dicho que Salzer no es médico?

—No lo es. ¿Quién recibió el dinero del seguro?

—Janet. Y, tras su muerte, Maureen.

—Vamos, que Maureen ahora tiene un millón y medio en efectivo, ¿verdad?

—Sí. Intenté convencer a Janet de que invirtiera el dinero, pero ella prefirió dejarlo en el banco. Luego pasó en efectivo a Maureen.

—¿Qué sucedió después? ¿Todavía está en el banco?

—Según la información de que dispongo, sí. No tengo acceso a su cuenta.

—¿Podría conseguirlo?

Me miró fijamente por unos instantes.

—Podría, pero no sé si debería.

—Sería interesante averiguar cuánto le queda. Si Franklin Lessways, el forense, y Brandon obtuvieron lo suyo es posible que no quede mucho. Sería bueno poder averiguarlo.

—De acuerdo, veré qué se puede hacer. —El abogado se frotó la quijada cuidadosamente—. Supongo que se podrían tomar acciones contra Salzer si lo que usted dice es verdad; él no tenía ningún derecho a firmar el certificado de defunción. No estoy impaciente por dejarme ver todavía. No parece haber duda acerca del accidente y la compañía de seguros quedó satisfecha en su momento.

—Habrá dudas si se demuestra que Brandon y el forense falsificaron el certificado. En mi opinión fue Salzer quien financió tanto a Lessways como a Brandon. ¿Qué sabe sobre Lessways?

Willet hizo una mueca.

—Oh, pudieron haberle comprado. No tiene precisamente buena reputación.

—¿Conocía usted bien a Janet Crosby?

Él negó con la cabeza.

—La vi dos o tres veces. No más.

—¿Parecía una persona con una afección cardíaca?

—No, pero eso no significa nada. Mucha gente tiene problemas cardíacos que no son visibles.

—Pero no juegan al tenis dos días antes de morir, como Janet.

Podía notar que él comenzaba a sentirse preocupado.

—¿Qué insinúa?

—Nada. Solo estoy indicando un hecho. No me cuadra la idea de que ella muriera de un paro cardíaco.

El silencio en el cuarto era lo bastante pesado para hundir un acorazado.

—Usted no estará sugiriendo que... —comenzó a decir.

—No todavía —interrumpí—. Solamente es algo que debemos tener presente.

Evidentemente, aquello no le gustó nada.

—Pero dejemos eso para otro momento —continué— y concentrémonos en Maureen Crosby. Teniendo en cuenta el estado de la casa y lo que la enfermera Gurney me contó, es posible que Maureen no esté viviendo en Crestways. Y si ella no está allí, ¿dónde está?

—Siga —dijo el abogado—. Siga.

—¿Estará en el sanatorio de Salzer? ¿Cree usted que podría estar presa allí?

Eso le hizo saltar de la silla.

—Está dejando que su imaginación lo lleve demasiado lejos. Maureen me envió una carta la semana pasada.

—Eso no significa mucho. ¿Por qué motivo le escribió?

—Le pedí que firmara algunos papeles. Ella los firmó y me los mandó de vuelta con una nota dándome las gracias por enviarlos.

—¿La carta venía de Crestways?

—La dirección de la carta era Crestways.

—Eso no prueba que ella no esté prisionera. No estoy diciendo que lo esté, pero esa es otra cosa que tendremos que tener presente.

—Podemos descubrirlo enseguida —dijo enérgicamente—. Le escribiré y le pediré que me invite. Me inventaré una excusa profesional para entrevistarme con ella.

—¡Buena idea! ¿Me dirá cómo le ha ido? Podría seguirla cuando la deje para ver adónde va.

—Ya le contaré.

Me puse de pie.

—Creo que eso es todo. ¿Se acordará de revisar el extracto de su cuenta?

—Veré lo que puedo hacer. No vaya muy deprisa, Malloy. No deseo ningún contraataque. ¿Lo entiende?

—Haré lo posible.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Tengo que hacer algo por la enfermera Gurney. Me gusta mucho esa muchacha. Si está viva, tengo que encontrarla.

Cuando lo dejé, Willet parecía un abogado muy preocupado, un hombre de mediana edad acosado por las dudas. Por lo menos, así demostró que era humano.

El sargento del escritorio me indicó que Mifflin estaba libre e hizo un gesto para que subiera. Me miró con ojos esperanzados, y supe de inmediato que esperaba que le chivase el ganador de la carrera del día siguiente, pero yo tenía otras cosas en mente.

Subí por las escaleras de piedra. En el descanso me encontré con MacGraw, el sargento pelirrojo.

—Vaya, vaya, pero si es el chico maravilla otra vez. —Sonrió burlonamente—. ¿Qué mosca te ha picado ahora?

Miré sus pequeños y duros ojos y no me gustó lo que vi en ellos. Eran los ojos de un individuo que gozaba al infligir dolor; uno de esos polis duros que se ofrecen voluntarios con sumo placer cuando hay que ablandar a alguien.

—Ninguna —dije—. Pero si me pego a ti un tiempo puede que eso cambie.

—Eres un listillo, ¿eh? —Al sonreír me mostró una hilera de dientes amarillos y pequeños—. Mantén tu hocico fuera, chico maravilla. Te estamos vigilando.

—Siempre y cuando no me disparéis en la cabeza. —Pasé a su lado, lo empujé y seguí recto, camino a la oficina de Mifflin.

Me detuve brevemente antes de golpear la puerta y miré por encima de mi hombro. MacGraw todavía estaba parado en las escaleras, clavándome sus diminutos ojos. Había una expresión asustada en su cara, y sus flojos labios le colgaban de la boca. Cuando se encontraron nuestras miradas, se dio la vuelta y bajó las escaleras.

Cuando entré en su oficina, Mifflin levantó la vista y frunció el ceño.

—¿Tú otra vez? Por Dios, no vengas a verme tan a menudo. A Brandon no le gusta.

Cogí una silla de respaldo recto y me senté.

—Recuérdame llorar cuando tenga tiempo. Estoy en misión oficial.

—¿Qué misión es esa? —preguntó Mifflin, echándose para atrás en su silla de escritorio y cruzando sus manos velludas por detrás de la nuca.

—Una de las enfermeras que atendían a la señorita Crosby ha desaparecido —dije—. A Brandon debería interesarle, ya que la enfermera es empleada de Salzer.

—¿Ha desaparecido? —repitió Mifflin—. ¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

Le conté que cuando estaba con la enfermera Gurney sonó el timbre de la puerta de su casa, que fue a abrir y ya nunca volvió; le hablé de la gorda del piso vacío, del hueso de ciruela en la salida de emergencia y de lo sencillo que sería para un hombre con fuerza suficiente cargarla hasta la calle y de allí hasta un coche que estuviera esperando.

—Vale, todo esto es jodidamente divertido —dijo, pasándose los dedos por el pelo—. Hace dos años desapareció otra enfermera de Salzer. Nunca la encontramos.

—¿Alguna vez la buscaron?

—Pero, Vic, no tienes por qué ponerte en ese plan —protestó—. Claro que la buscamos, pero no pudimos encontrarla. Salzer dijo que, en su opinión, la chica se había fugado para casarse; al padre no le gustaba el novio, o algo así.

—¿Salzer no ha denunciado la desaparición de Gurney?

Negó con la cabeza.

—No debe de haber tenido tiempo, ¿verdad? Además, puede que la chica simplemente haya ido a buscar algo que había olvidado. Puede haber abandonado su casa por infinitas razones.

—¿Descalza, sin medias y en la mitad de una conversación? No te engañes. La han secuestrado y tú lo sabes.

—Me acercaré allí y hablaré con el conserje. Mantente al margen de esto. Le diré a Brandon que fue el conserje quien llamó.

Me encogí de hombros.

—Mientras hagas algo, da igual. Me interesa ese antiguo caso. ¿Cómo se llamaba la enfermera? Mifflin dudó. Luego se puso en pie y se dirigió a un fichero.

—Se llamaba Anona Freedlander —recordó. Registró varias fichas, escogió una y la llevó a su escritorio—. No hay mucha información. Su padre es George Freedlander. Vive en el número 257 de la calle California, en San Francisco. Anona desapareció el 15 de mayo del año pasado. Salzer se lo dijo a Brandon y Freedlander nos visitó. Fue él quien nos dio la idea de que había podido escapar con el novio, un chaval de nombre Jack Brent, que estaba en la marina. Desertó un par de semanas antes de la desaparición de Anona. Brandon nos pidió que no nos esforzáramos demasiado, que no tenía sentido.

—¿Encontraron a Brent?

—No.

—Me pregunto con cuánto empeño buscarán a la enfermera Gurney.

—Dependerá de cuánto nos convenzamos de su secuestro. Brandon no va a actuar porque tú se lo pidas. Dependerá de Salzer.

—Salzer parece manejar toda esta maldita ciudad.

—Supongo que eso lo dices solo por decir.

Me puse en pie.

—Encuétrala, Tim, o me veré obligado a actuar. Me gusta esa chica.

—Tranquilo. Si se ha perdido la encontraremos. ¿Estás seguro de ese caballo, Crab Apple? No quisiera perder cinco pavos.

—Olvida a Crab Apple y céntrate en la chica —le contesté. Me fui corriendo.

Cogí el coche y me dirigí a los edificios Orchid. En la oficina me esperaba Paula.

—Seguiremos —le anuncié, sentándome tras mi escritorio—. Vi a Willet. Financiará la investigación, pero quiere que seamos discretos.

—Muy astuto —dijo Paula, algo despectivamente—. Supongo que todos los riesgos corren por cuenta nuestra, ¿verdad?

—Creo que pagará algún extra. —Sonreí—. Parece que este Salzer acostumbra a hacer que sus enfermeras desaparezcan. ¿Has visto la fecha? El 15 de mayo; ese día murió Janet. Apostaría a que su desaparición está relacionada con esa muerte.

Paula me miró de arriba abajo.

—Tú crees que a Janet la asesinaron, ¿verdad?

Encendí un cigarrillo. Antes de contestar tiré la cerilla en el cenicero.

—Creo que es posible. El móvil está a la vista: un montón de dinero. El arsénico, entre otros venenos, produce ataques cardíacos. Y no sería difícil engañar a un viejo ignorante como Brewley.

—Pero no puedes estar seguro —objetó Paula—. No puedes declarar que Maureen mató a su hermana.

—Pues no le faltaban incentivos. No solo por la fortuna de dos millones de dólares, sino por el pequeño detalle del seguro. No digo que lo haya hecho, pero hablamos de una cantidad de dinero muy tentadora, en especial para un chantajista. Por lo demás, tampoco descarto que hayan asesinado a Crosby. Si el disparo había sido como dicen, ¿por qué entonces Salzer no llamó a alguien para que

firmara el certificado de defunción? ¿Por qué lo firmó él mismo? Terminó sobornando a Lessways y probablemente también a Brandon. O se suicidó o lo mataron, no creo que haya sido un accidente. Ya lo dijo Willet: si un hombre tiene una pistola es difícil que se mate con una escopeta. De modo que solo nos queda el asesinato.

—Te apresuras en sacar conclusiones —observó Paula—. Ese es tu gran error, Vic. Siempre estás con tus descabelladas conjeturas...

Le guiñé un ojo.

—Pero ¡qué bien te lo pasas conmigo!

Me gusta resolver puzzles para entretenerme. Paula me los consigue las tardes que le quedan libres, por medio de un veterano de guerra sin piernas. El chico pasa su tiempo recortando carteles que le lleva Paula, y con ellos hace unos puzzles maravillosos que a veces tardo un mes en resolver. Luego los envío al hospital y el amigo de Paula me da otro.

Mi amplia experiencia con los puzzles me ha enseñado que, por lo general, las piezas que parecen más pequeñas e insignificantes son la clave para resolverlos, y por eso dedico mucho tiempo a buscarlas; de igual modo procedo cuando estoy trabajando. Busco en detalles que parecen no tener relación con el caso, pero que a menudo acaban cobrando sentido.

Había pasado una hora en la oficina, meditando. Eran poco más de las siete, la oficina estaba cerrada, y estábamos a solas la botella de whisky y yo. Tenía un montón de notas que parecían importantes pero que no aportaban nada nuevo a lo que ya sabía. Al leer otra vez la lista de posibles pistas me encontré nuevamente con el nombre de Douglas Sherrill. ¿Por qué había roto Janet el compromiso con él solo una semana antes de la muerte de Macdonald Crosby? El hecho no parecía estar relacionado con mi caso, pero no podía descartar que existiera alguna conexión. No iba a estar seguro hasta averiguar exactamente los motivos de la ruptura. ¿Quién me lo podía decir? Douglas Sherrill, evidentemente, pero no podía ir a visitarlo así, sin más.

Consultando mis notas di con el nombre de John Stevens, el mayordomo de los Crosby. Decidí que le haría una visita para averiguar qué clase de persona era el tal Stevens; tal vez podría usarlo de confidente.

Martha Bendix me había dicho que ahora trabajaba para Gregory Wainwright. «No tendré una oportunidad mejor que esta», pensé, y busqué el número de Wainwright en la guía. Marqué el número. Después del segundo o tercer tono contestó una voz firme:

—Residencia del señor Wainwright.

—¿Hablo con el señor John Stevens? —pregunté.

Hubo una pausa.

—Soy Stevens. ¿Quién habla?

—Me llamo Malloy. Señor Stevens, me gustaría hablar con usted sobre un asunto importante, en privado. Está relacionado con los Crosby. ¿Podemos vernos esta noche?

Otra pausa.

—No entiendo. —La voz era la de un hombre viejo, suave, de escaso temperamento—. No recuerdo que nos conociéramos.

—Tal vez haya oído hablar de Universal Services.

Claro que había oído hablar de Universal Services.

—Soy el director —dije—. Sería importante que habláramos sobre los Crosby.

—No creo que tenga derecho a hablar con usted sobre mis antiguos jefes. Lo lamento.

—Lo que tengo que decirle no le hará ningún daño. Después de que le explique mi situación, estoy seguro de que se sentirá obligado moralmente a decirme lo que necesito saber. Si no, pues no pasa nada.

Esta vez la pausa fue más larga.

—Vale, podemos vernos, aunque no le prometo que...

—Perfecto, señor Stevens, podemos encontrarnos en el café de la esquina de Jefferson y Felman.

—¿A qué hora?

Quedamos a las nueve.

—Llevaré sombrero y estaré leyendo el *Herald* —avisé.

Cortó la comunicación.

Faltaban casi dos horas para el encuentro y decidí pasar el rato en el bar de Finnegan. Cerré la oficina con llave. Al darle la vuelta a la cerradura de la caja fuerte y las ventanas pensé nuevamente en la enfermera Gurney. ¿Quién podía haberla secuestrado? ¿Y por qué motivo? Salí a la oficina exterior todavía pensativo. Eché un vistazo para asegurarme de que estaba todo en orden, crucé la sala, salí al pasillo y cerré la puerta.

Advertí que al final del pasillo había un hombre bajo y fornido. Estaba apoyado en la pared leyendo el periódico, junto a las puertas del ascensor. Cuando me crucé con él para apretar el botón del ascensor, no levantó la vista; yo sí le miré. Su rostro era oscuro, simple, y estaba minado por la viruela. Tenía pintas de italiano, o de español. Los codos de su traje azul estaban lustrosos, pero los puños de su camisa blanca necesitaban un lavado.

El ascensorista abrió la puerta y entramos el tipo y yo. El ascensor se detuvo en la tercera planta para recoger a Manfred Willet, quien me miró sin expresar emoción alguna y de pronto se sintió interesado por los titulares de la edición nocturna. Cierto es que me había pedido que mantuviéramos en secreto nuestra relación, pero fingir que no me conocía me pareció una exageración. De todos modos, él era quien me pagaba, así que contaba con mi consentimiento para dirigir el asunto como mejor le pareciera.

Compré un *Evening Herald* en el puesto de periódicos para que Willet tuviera la oportunidad de dejar el edificio sin tener que cruzarse conmigo. Lo vi subirse a un Oldsmobile del tamaño de un acorazado de guerra. El matón de los puños sucios se había sentado en uno de los sillones del vestíbulo y continuaba absorto en su periódico. Seguí el pasillo hasta la salida de atrás y crucé el callejón en dirección al bar de Finnegan.

El salón estaba lleno de humo, tipejos duros y vozarrones. Mi mesa favorita estaba a un par de metros; ya casi había llegado cuando Olaf Kruger, el director de la academia de boxeo de la calle Princess, me agarró del brazo.

—Hola, Vic —dijo, dándome un apretón de manos. Olaf era pequeño como un jockey, calvo como un huevo y listo como ambos.

—Ven a emborracharte conmigo. Hace semanas que no te veo. ¿Qué has estado haciendo?

Me abrí paso hasta la barra y le guiñé un ojo a Mike, quien servía cerveza afanosamente bajo dos hileras de luces de neón.

—He estado yendo a las peleas —dije. Olaf trepó a un taburete, hizo sitio con los codos y ensayó un par de gestos amenazadores que nadie se tomó en serio—. Si no te he visto, ha sido por casualidad. El chico O'Hara está en buena forma.

Olaf hizo una señal a Finnegan.

—¡Trae un par de vasos de whisky, Mike! —gritó con su aguda y chillona voz—. ¿O'Hara? Sí, está muy bien, lástima que sea un desastre para el *cross*. Se lo he dicho mil veces, pero no me hace caso. Uno de estos días se va a encontrar con un tipo en racha y acabará mal.

Pasamos la siguiente media hora hablando de boxeo; con Olaf no se podía hablar de nada más. Mientras charlábamos, comimos dos bocadillos cada uno y acabamos tres whiskys dobles.

Se acercó a nosotros Hughson, el comentarista de boxeo del *Herald*, e insistió en pagar otra ronda de tragos. Era un tipo alto, flaco y de mirada cínica. Le colgaban bajo los ojos unas bolsas de trasnochador. Llevaba un cigarro que olía como si lo hubiera encontrado dos años antes en un cubo

de basura, y todo el frente de su americana estaba cubierto de cenizas.

Después de oír tres o cuatro de sus cuentos sucios e interminables, Olaf preguntó:

—¿Es cierto que Dixie Kid se metió anoche en una gresca? ¿Tú sabes algo?

Hughson respondió con una mueca.

—No lo sé. Kid no ha querido decir nada. Tenía un ojo morado, si es lo que quieres saber.

Según un taxista del muelle, llegó nadando a la playa.

—Si lo tiraron del Dream Ship tuvo que nadar un buen trecho —comentó Olaf, haciendo una mueca.

—Seguid hablando vosotros —indiqué mientras encendía un cigarrillo—. No os molestéis por mí.

Hughson metió sus dedos manchados de nicotina en el bolsillo de mi camisa.

—Dixie Kid fue anoche hasta el Dream Ship y peleó con Sherrill. Según dicen, cuatro matones lo tiraron por la borda, aunque antes le dio duro a Sherrill. Dicen que va a denunciar a Sherrill por agresiones. Si lo hace, se acabará todo para él. En este momento está con el agua al cuello por las deudas.

—Creo que Sherrill también emprenderá acciones legales —agregó Olaf, sacudiendo su calva cabeza—. Tiene fama de hacer esas cosas.

—No lo hará —dijo Hughson—, no puede permitirse esa publicidad. Ya le he dicho a Kid que está a salvo, pero de todos modos la pequeña rata no quiere hablar.

—¿Quién es ese Sherrill? —pregunté, tratando de mantener la calma.

Le hice señas a Mike para que volviera a llenar los vasos.

—No eres el primero en preguntarlo —desveló Hughson—. Nadie lo conoce. Vino a Orchid City hace cosa de un par de años y empezó a trabajar en la compraventa de propiedades para Selby & Lowenstein. Parece que ganó dinero: no mucho, pero sí el suficiente para comprarse una casa en la avenida Rossmore. Después se comprometió con Janet Crosby, la niña rica, aunque eso no duró mucho. Desapareció durante seis meses y, de repente, apareció con una embarcación de trescientas toneladas, el Dream Ship, un antro de juego anclado justo a cuatro kilómetros de la costa, el límite legal; tiene una flota de taxis acuáticos que van y vienen. El sitio es tan exclusivo como el palacio de Buckingham.

—Y no solo se dedican al juego. También son bienvenidos otros vicios —agregó Olaf, guiñando un ojo—. A bordo hay media docena de chicas finas. Es un negocio perfecto porque al estar a cuatro kilómetros de la costa, Brandon no tiene autoridad; puedes estar seguro de que hace mucho dinero.

—Lo que no entiendo es cómo un sinvergüenza como Sherrill consiguió dinero para comprar un barco —dijo Hughson.

—Dicen que formó una compañía —dijo Olaf—. Si hubiera venido a verme para ofrecerme el negocio, no lo habría dudado. Apuesto a que sus socios también ganan fortunas.

—Parece un barco muy divertido —observé como de pasada—. Me gustaría ser uno de los socios.

Hughson hizo un gesto despectivo.

—A ti y al resto del planeta, pero no tienes posibilidades. Solo pueden subir a su barco aquellos que figuran en el Libro Blanco. Los miembros son elegidos con sumo cuidado. Si no tienes pasta, no le sirves a Sherrill. La matrícula es de doscientos pavos al año y la suscripción, de quinientos. Está junto a los señores burgueses, no junto al proletariado.

—¿Qué clase de tipo es Sherrill? —pregunté.

—Es un tío atractivo —describió Hughson—, con buena planta, fuerte y brillante: el tipo de caradura que les encanta a las mujeres. Tiene el cabello ondulado, ojos azules, músculos trabajados, y se viste como un actor de Hollywood. Lo que se dice un hijo de puta de alto nivel.

—¿Y sabes por qué rompió el compromiso con Janet?

—Era una chica centrada. No sé qué pasó pero sospecho que hizo caso a las señales de alarma. Él solo buscaba su dinero y ella se dio cuenta a tiempo.

—¿Creéis que Dixie Kid ofrecería un buen espectáculo frente a O'Hara? —preguntó Olaf, a quien la conversación ya le empezaba a aburrir—. Me han ofrecido el combate, pero no estoy seguro de que valga la pena.

Durante los siguientes quince minutos discutimos desde todas las perspectivas posibles los méritos de Dixie Kid. Luego, el reloj que había sobre la barra me indicó que era hora de irme.

—Tengo que dejaros, amigos. Daré una vuelta por el gimnasio un día de estos. Nos vemos.

Olaf me dijo que se alegraba de verme y mandó saludos a Paula. Los dejé sirviéndose más whisky.

Cuando cruzaba el salón noté la presencia del matón de los puños sucios ocupando una mesa cercana a la puerta. Seguía concentrado en su periódico, pero cuando abrí la puerta, lo dobló en dos sin ningún cuidado, lo metió en el bolsillo de su americana y se puso en pie.

Caminé rápidamente hacia mi Buick. Subí al coche, puse en marcha el motor y avancé por el callejón oscuro. Detrás de mí, otro motor se animó estrepitosamente y un juego de luces apareció reflejado en mi retrovisor.

Avancé por la calle Princess sin quitar los ojos del espejo. El coche que me seguía era un Lincoln. A través del parabrisas azul antirreflejos no podía ver bien al conductor, pero sospechaba quién era.

Al final de la avenida giré a la derecha en dirección a la calle Felman. El tráfico era menos denso y aceleré, pero el Lincoln no tuvo problemas para seguirme; delante brillaba la luz de neón del café en el que me esperaba Stevens. Poco antes de llegar hice un giro brusco en la esquina de la calle y frené de golpe. El Lincoln, que me seguía muy de cerca, no pudo hacer otra cosa que ralentizar su marcha y seguir su camino.

Bajé de mi Buick a toda prisa y me escondí en el oscuro portal de una tienda. El Lincoln se había detenido a unos cincuenta metros. El tipo se apeó y me buscó calle abajo sin ninguna intención de disimular sus acciones. Comprendió de inmediato que yo no estaba en mi Buick y se acercó hasta el mismo con las manos dentro de los bolsillos.

Me sumergí en las sombras. Vi como examinaba el coche vacío y acto seguido, tras mirar a derecha e izquierda, seguía su marcha. Mi ausencia no parecía desconcertarlo; siguió caminando como si hubiera salido a la calle a tomar un poco de aire fresco.

Apurado por el tiempo, esperé a que el hombre desapareciera para cruzar la calle por el pasaje del metro y entrar rápidamente en el café.

El reloj de la pared que tenía frente a mí daba las nueve menos cinco. Media docena de personas ocupaban las mesas: una adolescente rubia y su novio, dos viejos que jugaban al ajedrez, dos mujeres con la compra y una chica enjuta de cara afilada que tomaba leche.

Elegí sentarme lejos de la puerta. Abrí el *Evening Herald* y lo extendí sobre la mesa. Después, obsesionado por descubrir quién era el tipo que me estaba siguiendo, encendí un cigarrillo.

¿Era uno de los hombres de Salzer o un nuevo elemento de aquella intriga? Estaba claro que me estaba siguiendo, y que lo hacía bastante mal. O eso, o no le importaba demasiado que me enterase de su persecución. Había apuntado la matrícula de su coche. «Otro pequeño trabajo para Mifflin»,

me dije; eso me recordó algo. Busqué las páginas de deportes y carreras. Crab Apple había ganado. Vaya, eso sí que era una suerte; ahora que le había hecho ganar dinero, a Mifflin no le quedaba más remedio que hacer unas averiguaciones sobre esa matrícula.

A las nueve se abrieron las puertas del local y entró un anciano alto. Supe que era Stevens en el mismo momento en que le vi. Parecía un arzobispo haciendo turismo. Caminó hacia mí como lo hacen los mayordomos cuando entran al comedor para anunciar que la cena está servida. Su cara reflejaba un leve malestar y sus ojos, prudencia y desconfianza.

Me puse de pie.

—¿Es usted el señor Stevens?

Asintió.

—Soy Malloy. Tome asiento, por favor. ¿Quiere un café?

Dejó su chistera sobre una de las sillas, se sentó y me agradeció el café.

Me acerqué yo mismo al mostrador, para ganar tiempo. Pedí dos cafés y los llevé a la mesa. La adolescente miraba fijamente a Stevens, riéndose como una tonta, con los malos modales típicos de la juventud. Le susurró algo a su novio, y este también se echó a reír como un idiota mirando a Stevens. Tal vez pensarán que era divertido ver a un arzobispo en un café de autoservicio; o tal vez les hiciera gracia la chistera.

Puse las dos tazas sobre la mesa.

—Ha sido muy amable de acercarse hasta aquí. —Le ofrecí un cigarrillo y le estudié mientras lo encendía. Me dio la sensación de que aún habitaba en él un fiel y confidente criado. Podía ser de fiar, si conseguía que hablara—. Lo que voy a decirle es estrictamente confidencial —dije mientras me sentaba—. Me han contratado para investigar la muerte de la señorita Janet Crosby. Hay personas que no creen que haya muerto de un ataque cardíaco.

Stevens, de repente, se puso serio y se enderezó.

—¿Quién lo ha contratado? —preguntó—. ¿No es un poco tarde para investigar?

—Prefiero no decirlo de momento —respondí—. Coincidimos en que es un poco tarde, sí, pero es que recientemente han sucedido cosas que hacen necesaria la investigación. ¿Usted cree que Janet murió de un ataque cardíaco?

Dudó.

—No es mi problema —dijo, de mala gana—. Pero ya que me lo pregunta, debo decir que para mí fue una gran sorpresa. ¡Era una joven tan activa! El doctor Salzer me explicó que el ataque se había debido a la obstrucción repentina de una arteria que no había manifestado síntomas previamente. Algo que, de todos modos, me costó creer.

—Me pregunto si usted sabe por qué la señorita Crosby rompió su compromiso con Douglas Sherrill.

—Lo siento mucho, pero no contestaré a esa pregunta sin saber quién le ha encargado esta investigación. Conozco su compañía y sé que tiene buena reputación, pero no voy a revelar intimidades de mis últimos empleadores sin saber a quién se las estoy contando.

Eso fue lo más lejos que pudimos llegar. Una calma fría y repentina me hizo girarme bruscamente. Se abrió la doble puerta de vidrio y entraron al café cuatro matones. Dos de ellos iban armados con ametralladoras Thompson; los otros dos, llevaban Colts automáticas. Uno de los angelitos era mi amigo de los puños sucios.

Los tipos de las Thompson se abrieron en abanico y tomaron ambas esquinas del café, desde donde dominaban toda el campo visual. El tipo de los puños sucios y un pequeño italiano de ojos enrojados cruzaron el salón en dirección a mi mesa.

Stevens emitió una especie de grito sofocado y se puso en pie, pero lo cogí del brazo y lo empujé nuevamente hacia la silla.

—Quédese tranquilo —le ordené entre dientes.

—¡Que nadie se mueva! —vociferó uno de los matones que portaban las Thompson. Su voz cortó el silencio de la sala con tanta facilidad como una bala atraviesa una hoja de papel—. ¡Quiero a todo el mundo sentado, quieto y con la boca cerrada, o tendrán su merecido!

Tanto quienes estaban de pie como quienes estaban sentados se quedaron paralizados, inmóviles como cadáveres; aquello parecía una escenificación con figuras de cera. Un camarero de ojos redondos dejó la mano congelada sobre un sifón; uno de los hombres mayores —la cara tensa— mantenía los dedos sobre la reina en el momento del jaque mate; la chica delgada de cara afilada se quedó sentada cerrando los ojos con todas sus fuerzas y tapándose la boca con las manos; la adolescente se había inclinado hacia delante, con la mandíbula inferior dormida y sus ojos brillando como si estuviesen profiriendo un alarido estremecedor.

Cuando el matón pasó a su lado el alarido saltó de los ojos a la boca y cortó el silencio del salón con un sonido vibrante y estridente. El matón maldijo y la golpeó brutalmente con el cañón de su arma en la deliciosa cara y en el estúpido sombrero que llevaba. El golpe fue fuerte y el cañón, al hacer contacto con la paja del sombrero, hizo un ruido muy feo y se incrustó en el cráneo. La chica cayó de la silla, comenzó a brotarle sangre de los oídos y se hizo un charco en el suelo. El chico que la acompañaba se puso del color del vientre de un pez y comenzó a retorcerse entre arcadas.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó el tipo de la Thompson.

Por el modo de mirar de los matones, supe que empezarían a disparar al menor movimiento. Eran asesinos crueles de gatillo ligero y solo necesitaban una excusa. Yo no podía hacer nada. No habría hecho nada ni siquiera con una pistola; contra dos Thompson la pistola es tan eficaz como un mondadientes contra una placa de acero. Y no habría sido yo el único que terminara perforado.

Los dos matones llegaron a mi mesa.

Yo les miraba, rígido como una piedra, con las manos sobre la mesa. Stevens, a mi lado, respiraba con dificultad, como si le fuera a dar un ataque. El tipo de los puños sucios me miró e hizo una mueca maligna.

—Muévete, hijo de puta, y tus tripas rodarán por el suelo.

Ninguno de los dos matones estaba en la línea de fuego de las Thompson. Uno de ellos cogió a Stevens del brazo.

—Venga. Usted y yo daremos un pequeño paseo.

—Déjalo en paz —mascullé.

El matón me dio un golpe en la cara con el cañón de su arma. No tan fuerte que me hiciera daño, pero lo suficiente para que me doliera.

—¡Cierra el pico! —dijo.

El otro le había clavado la punta de la pistola en un lado y lo estaba sacando por la fuerza de la silla.

—¡No me toque! —protestó Stevens, entrecortadamente, tratando de soltarse.

El matón gruñó, le dio un golpe con el puño y acto seguido lo agarró del cuello y lo sacó volando.

Mi amigo de la camisa sucia se apartó y el matón de la Thompson se me acercó un poco más, con la mira apuntándome al pecho. Me quedé quieto, sosteniéndome la cara, sintiendo en mis dedos la sangre pegajosa y tibia.

Stevens cayó al suelo.

—Venga, daos prisa —gritó el tipo de los puños sucios—. Sacad a este viejo de mierda de aquí. —Se inclinó y lo cogió de uno de los tobillos. Otro le ayudó con la extremidad inferior restante y entre los dos arrastraron a Stevens sobre sus espaldas, apartando cualquier obstáculo en su camino hacia la puerta.

Abrieron la puerta doble de una patada y arrastraron al viejo por la acera hasta un coche que los esperaba. Otro dos matones estaban delante del coche, armados con ametralladoras, amenazando a la multitud que se había amontonado boquiabierta frente al café.

Fue la cosa más fríamente calculada y más desvergonzada que haya visto.

Los matones de las Thompson salieron del café caminando de espaldas y subieron rápidamente al coche. Uno de los que esperaban en la calle se dio la vuelta y me disparó a través de la ventana. Yo me lo esperaba, y en el momento en que se giró me tiré de bruces contra el suelo. Las balas mordieron las paredes; algunos trozos de pared cayeron sobre mi cabeza y mi cuello. Otro proyectil mandó a paseo el tacón de uno de mis zapatos. Luego hubo un alto el fuego y me asomé por encima de la mesa, a tiempo para ver que el matón saltaba sobre el estribo del coche, mientras este doblaba la esquina y desaparecía a gran velocidad.

Me puse en pie como pude y me metí en la cabina telefónica.

La voz sonó como el eco en un túnel; llevaba esperando oírla la última media hora. El puzle que tenía disperso sobre la mesa me importaba tanto como el ratón que había caído en la ratonera esa misma mañana, y hasta es posible que un poco menos. La pantalla de la lámpara de lectura proyectaba sobre la alfombra un solitario charco de luz. Sobre el piso, al alcance de mi mano, había una botella y un vaso. Ya me había tomado un trago; tal vez dos. O tres. Después de una noche como la que había pasado, un trago más o un trago menos no importaba.

Todavía estaba nervioso. A nadie le gusta que descarguen en su dirección el cargador de una Thompson, y yo no era la excepción. Me torturaba la imagen de los dos matones arrastrando a Stevens por el suelo. Sentía que debía haber hecho algo al respecto. Después de todo, estaba allí por mi culpa.

«Hoy a las nueve de la noche —dijo el locutor, como si interrumpiera mis pensamientos—, seis hombres presumiblemente italianos entraron al café Blue Bird de Jefferson y Felman armados con pistolas y ametralladoras. Dos de los hombres vigilaron la entrada, otros dos aterrorizaron a los clientes del café y los dos restantes cogieron al señor John Stevens y se lo llevaron a rastras hasta un coche.

»John Stevens, a quienes las personas de la alta sociedad recordarán como mayordomo del multimillonario del acero Gregory Wainwright, apareció escaso tiempo más tarde a un costado de la autopista Los Ángeles-San Francisco, muerto. Se especula con que la muerte se produjo a causa de un golpe que recibió durante el brutal proceder de los secuestradores, quienes, al descubrir lo que habían hecho, lo habrían tirado del coche en marcha».

La voz del locutor reflejaba la misma emoción que si leyera los precios de la mantequilla. Me habría gustado sorprenderle por detrás con una ametralladora y despertarlo con una ráfaga de balas.

«La policía solicita cualquier información que pueda conducir a la captura de los criminales —prosiguió—. Según las descripciones, son seis hombres bajos, robustos, morenos, vestidos todos con trajes de color azul oscuro y sombreros negros. También desea hacerle preguntas al desconocido que compartía la mesa con John Stevens cuando lo secuestraron. El desconocido llamó al departamento de policía, dio una descripción de los criminales, de la matrícula del coche de los mismos, y luego desapareció. Los testigos presenciales lo describen como un sujeto alto, fuerte, de cabello oscuro, piel aceitunada y rasgos finos. Tiene una herida en el lado izquierdo de la cara, producto del golpe de uno de los secuestradores. Si reconocen a este hombre, comuníquense de inmediato con el jefe Brandon, del departamento de policía, Graham 3444...».

Me incliné para apagar la radio. Piel aceitunada, rasgos finos, pero no guapo. Nadie mencionó que soy muy guapo.

Me giré lentamente sobre la silla. Frente a la puerta abierta estaba el sargento MacGraw y detrás de él acechaba el sargento Hartsell.

Salté casi treinta centímetros. Un acto reflejo imposible de controlar.

—¿Quién os ha dado permiso para entrar? —pregunté.

Me puse de pie.

—Quiere saber quién nos ha dado permiso —dijo MacGraw con la boca de costado—. ¿Se lo decimos?

Entró Hartsell. Su delgada cara mostraba una expresión fría. Sus ojos hundidos parecían de piedra.

—Sí, díselo.

MacGraw, sin quitarme los ojos de encima, bajó las persianas.

—Ha sido un pajarillo —contestó, guiñando un ojo—. Tenemos un pajarillo que nos lo dice todo. Y esta vez nos ha dicho que estuviste con Stevens.

Sudé ligeramente. Tal vez fuera por el calor de la noche, tal vez porque no me gustaba el modo en que esos dos me miraban; o quizá era porque recordé que Brandon me había prometido una paliza en un callejón oscuro.

—Es cierto —admití—. Estuve con él.

—Eso es lo que yo llamo un tío astuto —reconoció MacGraw—. El chico maravilla diciendo la verdad para variar. —Me señaló con un grueso dedo—. ¿Por qué no se quedó allí? A los muchachos les habría encantado charlar con usted.

—No tenía nada que decirles. El sargento de la estación recibió mi descripción del coche y de los matones. Con eso, ya cumplí; además, ya había tenido suficiente jaleo para una noche, así que me esfumé.

MacGraw se sentó en uno de los sillones, rebuscó en uno de sus bolsillos interiores y sacó un cigarro. Mordió un extremo, escupió un trozo de filtro (con muy poco decoro) sobre la pared y lo encendió.

—Eso me gusta —dijo, conteniendo el espeso humo dentro de su boca antes de soltarlo—, es muy bonito. Pero, amigo, te equivocas. Tu noche acaba de empezar.

No dije nada.

—Vámonos —dijo Hartsell—. Entro de servicio en una hora.

MacGraw frunció el ceño.

—Tranquilo, tranquilo. ¿Qué pasa si te retrasas un poco? Ahora estamos trabajando, ¿no? —Me miró—. ¿Qué le dijiste a Stevens?

—Le pregunté si estaba satisfecho con la explicación de que Janet Crosby había muerto de un ataque cardíaco. No estaba convencido.

MacGraw se rió entre dientes y se frotó sus grandes y blancas manos. Parecía feliz de oírme.

—Ya sabes que el jefe no es ningún tonto —le dijo a Hartsell—. No digo que sea un hombre solidario, pero no es tonto. Esas fueron sus palabras, precisamente: «Puedes apostar a que ese hijo de puta estaba hablando con Stevens de los Crosby». Lo intuyó en cuanto le contaron lo que había pasado; y ya ves que tenía razón.

Hartsell me miró larga y malignamente.

—¿Eso era todo lo que querías saber, chico maravilla? —preguntó MacGraw—. ¿O tenías otras preguntas?

—Eso era todo.

—¿No te ordenó el jefe que te olvidaras de los Crosby?

—Creo que mencionó algo al respecto.

—Quizá creas que habla porque le gusta el sonido de su propia voz.

Llevé mi mirada hasta MacGraw y de él a Hartsell y de él a MacGraw.

—No lo había pensado. Tal vez le pregunte al respecto.

—No te hagas el chico maravilla. No nos gustan los chicos listos, ¿verdad, Joe?

Hartsell se movió, impaciente.

—Por Dios, dejemos esto de una vez —dijo.

—¿Qué quieres que dejemos?

MacGraw se inclinó hacia delante y volvió a escupir contra la pared. Después, esparció la

ceniza por la alfombra.

—Creo que no le gustas al jefe. Y cuando al jefe no le gusta algo, se irrita; y cuando se irrita lo pagamos sus muchachos. Por eso pensamos que es bueno mantenerle contento, y qué mejor manera de hacerlo que venir a darte una buena paliza. Nos pareció una gran idea romperte las orejas; tal vez incluso arrancártelas. También se nos ocurrió que sería fantástico destrozar este lugar, romper tus muebles a patadas y destrozar las paredes. Eso fue lo que se nos ocurrió, ¿no es cierto, Joe?

Hartsell se relamió y dejó que sus ojos de piedra miraran de soslayo. Del bolsillo trasero de su pantalón sacó un tubo de goma que balanceó cuidadosamente entre sus dedos.

—Sí —puntualizó con su habitual verborrea.

—¿Y se les ha ocurrido pensar qué les pasaría si llevaran a cabo sus planes? —pregunté—. ¿No se les ocurrió que yo podría denunciarlos y que alguien, digamos Manfred Willet, podría citarlos en el juzgado y quitarles sus insignias de policía? ¿No les pasó esa idea por sus cerebros pequeños y reblandecidos?

MacGraw se inclinó hacia delante con una mueca de desprecio en su rostro y apagó el cigarro en la superficie lustrada de la mesa.

—No eres el primer imbécil al que damos su merecido, chico maravilla, y no serás el último. Sabemos tratar con abogados y no nos asustan los borrachos como Willet; descuida, no nos va a llevar al juzgado. Solo vinimos aquí para conocer tu opinión sobre Stevens. Tal vez no te gusten nuestras caras; tal vez hayas bebido más de la cuenta; tal vez te duela algún golpe. Cualquier cosa sirve. Lo pones difícil. Muy difícil, a decir verdad, chico maravilla. Tanto que Joe y yo tenemos que calmarte, y aunque lo hacemos con el mayor tacto que nos es posible, tú te pones un poco agresivo y dejas tu cuarto hecho un desastre. No es nuestra culpa. No nos gusta que las cosas sucedan de esa manera, y nada habría sucedido de no haber sido porque no te gustaban nuestras caras, o porque estabas un poco bebido, o porque te dolía algo. Eso es lo que en el juzgado llaman tu palabra contra la de dos oficiales de policía respetables y eficientes, y ni siquiera un borracho como Willet podría contra eso. Luego, podríamos llevarte a los calabozos y meterte en una celda apartada donde podría aparecer de tanto en tanto algún prisionero para jugar con tu cara. Así que dejemos de hablar de denuncias, de insignias y de abogados listos; tú sabrás lo que te conviene.

De pronto se me revolvió el estómago. Mi palabra contra la de ellos. No podía hacer nada para impedirles que me arrestaran y me encerraran en una celda. Podían haber pasado centenares de cosas (malas) para cuando Willet empezara a moverse; desde luego, esa no era mi noche más alegre.

—Tienen todo calculado, ¿eh? —observé, tan tranquilo como podía estarlo en aquella situación.

—Como tiene que ser, amiguito —dijo MacGraw, con una mueca—. Lidiamos con demasiados imbéciles con ganas de problemas y en las celdas no hay sitio para todos. De vez en cuando hay que repartir un poco de disciplina para ahorrarle dinero a la ciudad.

No debí perder de vista a Hartsell, que estaba de pie detrás de mí, a pocos pasos. Si hubiera tenido más cuidado, habría podido reaccionar. Me tenían cogido y yo lo sabía; y lo peor era que también lo sabían ellos. De todas formas, dejar de observarlos en todo momento fue una estupidez. De repente oí un zumbido y traté de agacharme, pero fue demasiado tarde. El tubo de goma me golpeó en medio de la cabeza y caí apoyando las manos y las rodillas, en posición perruna.

Eso era lo que MacGraw había estado esperando. Su pie salió disparado. La punta cuadrada, de acero, me dio en la garganta. Caí de lado y traté de coger aire, pero tenía la tráquea contraída. Algo me golpeó el antebrazo; algo me golpeó la nuca; algo cortante me quemó en el costado. Me dolía hasta el cráneo.

Giré y me apoyé como pude sobre las manos y las rodillas. Hartsell venía hacia mí y traté de

esquivarlo. El tubo pareció impactarme directamente en el cerebro. Sentía como si me hubieran trepanado el cráneo y tuviera el cerebro al aire, y este recibiera todos los golpes. Conteniendo las ganas de gritar y apretando los puños, caí sin fuerzas sobre la alfombra.

Me cogieron por los pies y me arrastraron. Yo lo veía todo como a través de una cortina roja: MacGraw me parecía demasiado grande, demasiado ancho y demasiado feo. Me soltó y caí hacia delante, sobre su puño, que volaba en mi dirección. El golpe me hizo tambalearme y tirar al suelo una mesa. Caí de espaldas, entre una lluvia de piezas de puzle.

Me quedé allí, tendido e inmóvil. La luz se me echaba encima, se quedaba en su sitio y desaparecía. Lo hizo varias veces, de modo que preferí cerrar los ojos. En mi interior, sabía que aquello no acabaría hasta que aquellos dos asesinos, MacGraw y Hartsell, se cansaran, pero no aspiraba a que eso sucediera pronto. Lo cierto era que no iba a quedar mucho de mi persona cuando terminaran. Me pregunté entre sueños por qué no se acercaban, por qué me dejaban allí tendido. Yo no me movía, porque estando quieto podía soportar mejor el dolor. Mi cabeza parecía colgar de un hilo y temía que un solo movimiento bastara para echarla a rodar.

Entre el dolor y el aturdimiento, oí una voz de mujer.

—¿Es así como os divertís vosotros? —preguntó.

¡Una mujer! El último golpe debía haberme dejado tonto.

—Señora, es un hombre peligroso —replicó MacGraw, como si fuera un niño al que acaban de pillar robando—. Se resistía al arresto.

—¡Cómo se atreve a mentirme! —Era, claramente, la voz de una mujer—. Os he visto desde la ventana.

Ni muerto iba a perderme aquello. Levanté la cabeza con cuidado. «¡Asesino!», gritaron latiendo, expandiéndose y adoptando un estado general de histeria todas las venas, arterias y nervios de mi cuerpo. Me las apañé para sentarme; la luz era como una flecha clavada en los ojos. Me sostuve la cabeza con las manos y espí entre mis dedos. MacGraw sostenía una humillante sonrisa de «yo no he sido» y Hartsell se comportaba como el que encuentra un ratón en el fondillo de sus pantalones.

Con la cabeza quieta, me di la vuelta y miré hacia las puertas acristaladas.

Entre las cortinas vislumbré a una chica con un traje de noche blanco y escotado que dejaba a la vista unos hombros dorados y un generoso canalillo. El cabello negro le caía como la melena de un león. Me costaba un poco enfocarla, y su belleza me llegó lentamente, como una película proyectada por un principiante. Los bordes de la cara, confusos, se fueron definiendo lentamente. Los ojos —dos turbios huecos— se llenaron de sustancia y cobraron vida. Pronto tuve ante mí una cara ovalada de rasgos dulces, una nariz pequeña y perfecta, unos rojos y sensuales labios y unos ojos grandes, oscuros y duros como el carbón.

A pesar de que me bullía la sangre en la cabeza, de que me dolía la garganta y de que me sentía como si una apisonadora me hubiera pasado por encima, no pude evitar el seductor impacto que producía aquella chica, más fuerte que el del puño de MacGraw. Su magia no radicaba solo en su aspecto, sino en su actitud. Bastaba con observar su modo de estar de pie, sin hacer nada, para darse cuenta.

—¡Cómo se atreven a golpear a ese hombre! —gritó, atravesando el cuarto con el calor y la fuerza de un lanzallamas—. ¿Ha sido idea de Brandon?

—Señorita Crosby, este tipo estaba metiéndose en asuntos que solo le competen a usted —declaró MacGraw—. El jefe nos pidió que lo desalentáramos. Esa es la verdad.

Ella estiró la cabeza para mirarme. Era, que yo supiese, la primera vez que lo hacía. Yo no

debía de tener un aspecto particularmente agradable. Había recibido muchos golpes y ahora era un cúmulo de chichones y magulladuras. El corte de la mejilla me estaba sangrando otra vez. Hice lo que pude para sonreír; me salió un gesto torcido, sin demasiada expresión, pero que aun así seguía siendo una sonrisa.

Me miró como si fuera una rana en el tazón de su desayuno.

—¡Levántese! —dijo, bruscamente—. No pueden haberle hecho tanto daño.

Desde luego, a ella no la habían golpeado en el cráneo tres o cuatro veces, ni le habían dado una patada en la garganta y en las costillas, ni le habían dado un puñetazo en la mandíbula. Su comentario sobre mi estado físico era, por así decirlo, poco justo.

Tal vez hice el esfuerzo de ponerme de pie solo porque era una mujer encantadora; los Malloy tenemos orgullo, y no queremos que las mujeres nos traten de vagos. En cuanto estuve en pie tuve que cogerme del respaldo de una silla y estuve a punto de caer de bruces sobre el suelo. Hice frente a los agudos pinchazos en los talones, y al dolor de mi cráneo. Finalmente, como un barco costero a la deriva, pude salir a flote y, como suele decirse, recobrar el aliento.

MacGraw y Hartsell me miraban como mirarían un par de tigres un trozo de carne que les hubieran quitado de las fauces.

La chica volvió a hablarles en ese tono entre despectivo y molesto:

—No me gusta cómo actúan ustedes dos. Algo haré al respecto. Si Brandon maneja la policía de este modo, será mejor que se vaya cuanto antes.

Mientras MacGraw ensayaba una excusa, yo reajusté mi brújula y avancé en zigzag hasta la botella de whisky volcada en el suelo. Agacharme y cogerla fue toda una proeza, pero me las apañé. Me la encajé en la boca y bebí.

—Antes de largarse, probarán un poco de su propia medicina —dijo. Y en cuanto bajé la botella me encontré con que me ofrecía el tubo de goma con el que me habían golpeado—. ¡Venga! ¡Pégueles! —ordenó con malicia—. Vénguese.

Cogí el tubo solo para evitar que ella misma me golpease con él. Miré a MacGraw y a Hartsell: parecían dos cerdos a la espera de que los degollaran.

—¡Que les pegue! —repitió ella, gritando—. Es hora de que reciban su merecido. Lo aceptarán. Yo me encargo de ello.

Por extraño que parezca, estaba seguro de que no se habrían movido hasta que les arrancara la cabeza.

Tiré la porra sobre el sofá.

—No, señorita, no me parece divertido —farfullé con una voz que sonaba a disco rayado.

—¡Que les pegue, he dicho! —ordenó, furiosa—. ¿Qué teme? No volverán a tocarlo; no se atreverán. ¡Pégueles!

—Lo siento —dije—. Los sacaré de aquí; ensucian mi cuarto.

La chica se dio la vuelta, cogió el tubo de goma y se acercó a MacGraw, quien se puso amarillo pero no se movió. La chica levantó el brazo y le golpeó en la cara. En la flácida mejilla apareció una marca roja. Gruñó, quejumbroso, pero permaneció inmóvil.

El brazo de la señorita Crosby se levantó otra vez, pero la agarré fuerte de la muñeca y le quité por la fuerza la porra; una punzada de dolor me atravesó el cuerpo. Me gané una bofetada muy dolorosa, también. La chica trató de quitarme la porra, pero la cogí por las muñecas y grité:

—¡Largaos de aquí, estúpidos! ¡Fuera, antes de que ella os mate!

Su fuerza era sorprendente, parecía un tigre hambriento. Mientras forcejeábamos, MacGraw y Hartsell dejaron el cuarto como si los persiguiera el demonio; de tanta prisa que llevaban terminaron

rodando por la escalera. Cuando oí el motor de su coche, solté las muñecas y me aparté.

—Tranquila. Se han ido.

Por un momento se quedó boquiabierta, con la cara muda y los ojos encendidos; encantadora y furiosa. Después se calmó y los ojos perdieron esa chispa.

De repente, echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír.

—Pues sí que les hemos hecho cambiar de parecer a esas dos ratas. —Se dejó caer, floja, sobre el sofá—. Prepáreme un trago y sírvase usted también, tiene aspecto de necesitarlo.

Me estiré para coger la botella y la miré fijamente.

—Usted es Maureen Crosby, ¿verdad?

—¿Es adivino? —se frotó las muñecas e hizo un gracioso mohín—. ¡Me ha hecho daño, animal!

—Lo siento —me disculpé. Lo decía de verdad.

—Tuvo suerte de que me asomara. De no haberlo hecho, ahora estaría bastante peor.

—Es cierto —confirmé.

Serví cuatro dedos de whisky en un vaso; me temblaba la mano y volqué un poco sobre la alfombra.

—¿Solo o con agua?

—Solo —me contestó.

Levantó el vaso hacia la luz.

—No creo en mezclar los negocios con el placer, ni el whisky con agua. ¿Usted?

—Depende del negocio y del whisky —contesté. Me dolían tanto las piernas como si me hubieran arrancado la tibia—. ¿Así que es Maureen Crosby? Vaya, vaya. Es usted la última persona que esperaba ver.

—Quise darle una sorpresa.

Sus ojos negros se burlaban; su media sonrisa estaba perfectamente calculada.

—¿Cómo sigue su rehabilitación?

Siguió sonriendo, pero sus ojos no la acompañaron.

—No debería creer todo lo que le cuentan.

Bebí un poco de whisky. Estaba muy fuerte y me agitó, por lo cual lo dejé sobre la mesa.

—No lo hago. Espero que tampoco lo haga usted.

Nos quedamos sentados mirándonos durante un buen rato hasta que por fin habló. Su cara, pese a lo inexpresiva, no había perdido su encanto.

—Voy a serle sincera: he venido para hablar con usted. Me está causando muchos problemas.

¿No cree que es hora de que recoja sus bártulos y excave en otro cementerio?

Fingí reflexionar al respecto.

—¿Es una pregunta o una propuesta?

Apreté la boca. Se le borró la sonrisa.

—¿Podré convencerlo? Me han dicho que es usted uno de esos tipos puros y honrados a los que no se puede recompensar.

Saqué un cigarrillo.

—Pensé que habíamos acordado no creer todo lo que se dice de nosotros —le recordé, inclinándome hacia delante para ofrecerle un cigarrillo. Como lo aceptó, tuve que sacar otro. Al encenderlo, sentí otra puñalada de dolor en la cabeza; no contribuyó a mejorar mi humor.

—Quizá sea una propuesta —insinuó, echándose hacia atrás y soltando el humo en dirección al cielorraso—. ¿Cuánto quiere?

—¿Qué quiere comprar?

Estudió el cigarrillo como si fuera el primero que veía en la vida.

—Quiero eliminar los problemas —respondió, sin mirarme—. Usted está provocando problemas. Podría darle dinero si aceptara olvidarse del tema.

—¿Cuánto?

Me miró.

—Me siento decepcionada. Al final, es usted como cualquiera de esas otras serpientes chantajistas.

—Debe conocerlas muy bien.

—Sí, lo sé todo sobre ellas. Sé, por ejemplo, que cuando le diga cuánto pienso darle, usted se reirá como lo hacen ellas y redoblará la apuesta. Entonces me dirá cuánto quiere y seré yo quien ría.

De pronto, se me quitaron las ganas de seguir con aquello. Tal vez fuera que la cabeza me dolía demasiado; o tal vez no quería que esa mujer tan atractiva pensara que yo era un aprovechado.

—Vale, dejémoslo. Estaba bromeando, no va a poder sobornarme; sin embargo, quizá pueda persuadirme. ¿Por qué le causo problemas? Si tiene motivos válidos, es posible que haga como me ha dicho usted y me vaya a exhumar otros muertos.

Atravesó mis ojos durante diez segundos: pensativa, silenciosa, dubitativa.

—No debería bromear con ciertas cosas —aconsejó—. Podría ser desagradable y no quisiera que usted me desagradara; no si pudiera evitarlo.

Me recliné y cerré los ojos.

—Eso me gusta más. ¿Está hablando para ganar tiempo o realmente cree en lo que dice?

—Me han comentado que es usted un egoísta sin modales y que trata a las mujeres de un modo muy particular. En cuanto a lo del egoísmo, no se han equivocado.

Abrí los ojos y la miré de lado.

—Lo del trato con las mujeres es cierto, también. Deme tiempo.

El timbre del teléfono nos sobresaltó a ambos. Cuando me estiré para coger la llamada, la mujer metió la mano en su bolso, sacó rápidamente un revólver del calibre 32 automático y antes de que pudiera reaccionar, apretó el pequeño cañón de la pistola contra mi sien.

—¡No se mueva de donde está! —ordenó. Su mirada me dejó helado—. ¡Ignore el teléfono!

Nos quedamos quietos. Mientras tanto, el teléfono no paraba de sonar. El estridente pitido rebotaba en las paredes de la sala, trepaba por las ventanas y me ponía de los nervios.

—¿Cuál es su plan? —pregunté, y retrocedí lentamente. No me gustaba tener un revólver en la cara.

—¡Silencio! —su voz era ligeramente ronca—. ¡Quédese quieto!

Por fin, el teléfono se hartó de sonar y la chica se puso en pie.

—Vamos, larguémonos de aquí —dijo, amenazándome con la pistola.

—¿Adónde? —pregunté, sin moverme.

—Lejos de los teléfonos. Muévase, si no quiere que le haga daño en una pierna.

Fue la curiosidad, más que el temor a una herida, lo que me hizo seguirla. Aquello era muy extraño; de repente era ella quien estaba asustada. El miedo se percibía en sus ojos tan claramente como el abismo entre sus pechos.

El teléfono volvió a sonar mientras bajábamos las escaleras, camino de un coche aparcado frente a la puerta.

Era un Rolls negro de líneas aerodinámicas con un motor tremendamente potente. No se sentía la velocidad; no oscilaba, no se columpiaba, y el motor no emitía sonido alguno. Lo único que confirmaba que el cuentakilómetros no estaba trucado era el ruido del viento sobre el techo aerodinámico.

Iba sentado junto a Maureen Crosby en una butaca que parecía un sillón bajo, suspendido en el aire, atento al destellante lago de luz que teníamos delante y que desaparecía a nuestro paso como un fantasma temeroso.

Maureen conducía a todo gas a lo largo de Orchid Boulevard, abriéndose paso entre los coches con estallidos arrogantes de su claxon. Esquivando a los coches que venían de frente, se escabulló por espacios cada vez más estrechos, hasta el punto de raspar la pintura de su guardabarros delantero. Avanzó por la avenida Monte Verde, ancha y oscura, y siguió por la autopista de San Diego. Monopolizó el sexto carril de la autopista y procuró dar alcance a todo lo que se movía por la ruta, con un ímpetu silencioso que a buen seguro estaba provocando espanto en el resto de los conductores.

Yo ignoraba adónde íbamos.

—¡No hable! Necesito pensar —interrumpió cuando me puse a hablar.

De modo que me entregué a admirar en silencio, hundido en la comodidad de mi butaca, el modo en que conducía ese coche en la oscuridad; y a rezar por que no chocáramos contra nada.

La autopista de San Diego recorre un desierto de dunas y arbustos, sale de pronto junto al océano y reaparece luego en dirección al desierto. En lugar de mantenerse sobre la autopista una vez que llegamos al mar, bajó la velocidad a unos perezosos sesenta por hora y se salió del asfalto en dirección a un camino que corría paralelo a la costa, en pronunciada cuesta. Seguimos por él hasta que llegamos a una cima escarpada.

Redujo la marcha, apenas circulábamos a treinta; después de la velocidad a la que habíamos viajado, esos treinta se parecían mucho a la inmovilidad total. Los faros delanteros, muy potentes, iluminaron un cartel en otro camino estrecho rodeado de arbustos: PRIVADO, PROHIBIDO PASAR. Giró el volante y tomó el nuevo camino con la suavidad con la que una mano entra en un guante. Cruzamos colinas y avanzamos por retorcidos senderos que no parecían llevar a ninguna parte. Después de unos minutos, el coche disminuyó la velocidad y se paró frente a una puerta de unos cinco metros protegida con alambre de espino. Tres veces sonó el claxon. Sus agudas y breves llamadas hicieron eco en el silencio del lugar; el retumbar aún se mantenía cuando se abrió el portón.

—Muy ingenioso —observé.

No dijo nada, ni me miró. Siguió avanzando. Miré hacia atrás y vi que el portón se cerraba. Me pregunté si me estarían secuestrando como a la enfermera Gurney. Tal vez me estaba haciendo efecto el whisky que me había tomado; lo cierto era que me daba igual. Habría estado bien poder echar una cabezadita, no en vano según el reloj del tablero eran las doce menos dos minutos: mi hora de dormir.

Luego el camino se hizo lo suficientemente ancho para que pasara un coche y cruzamos otro portón, abierto esta vez. Volví a mirar hacia atrás. Una mano invisible lo cerró.

Entre una gran cantidad de luces se hizo visible una casa de madera rodeada por arbustos y árboles en flor. Las ventanas de los bajos estaban iluminadas. Una farola brillaba sobre la escalera de la puerta principal. Maureen aparcó el coche, abrió la puerta y se apeó. Yo tardé en bajarme.

Delante de mí, bajo la luna, había un terraplén con un jardín. Al fondo, a una distancia considerable, divisé una piscina. En la distancia, el mar hacía de perpetuo fondo sonoro, y en el aire tibio de la noche flotaba el aroma de las flores.

—¿Esto le pertenece? —pregunté.

Estaba de pie junto a mí. Su cabello liso caía sobre mi hombro.

—Sí —contestó después de una pausa—. Disculpe lo del arma, pero quería traerle cuanto antes.

—Habría venido con pistola o sin ella.

—Pero antes habría contestado el teléfono.

—Mire: me han dado una patada en la garganta, me duele la cabeza y estoy cansado. Voy a pedirle que no juegue a los misterios. ¿Podría decirme qué estoy haciendo aquí y qué quiere de mí?

¿Por qué era importante que no contestara el teléfono?

—Por supuesto. ¿Quiere pasar? Le prepararé un trago.

Subimos por las escaleras. La puerta de entrada estaba abierta. Entramos en una recepción, cruzamos un pasillo y llegamos a un gran salón con el ancho de una casa; no habían escatimado en gastos. Era la casa que uno espera que tengan los millonarios. De color beige y rojo brillante, llamativa pero no vulgar. No era exactamente el tipo de salón que me gustaba, pero es que yo tenía gustos más sencillos.

—Sentémonos en el porche —propuso—. ¿Quiere pasar usted primero? Traeré las bebidas.

—¿Vive sola?

—Con una criada. No nos molestará.

Salí. Encontré una enorme tumbona de tres metros, orientada en dirección a unas fabulosas vistas. Me tumbé sobre un cómodo cojín de piel y miré al mar. Durante todo el camino me había preguntado qué quería de mí esa mujer. Seguía preguntándomelo.

Apareció al poco. Empujaba un carrito con botellas, vasos y un cubo con hielo. Se sentó en un extremo de la tumbona; nos separaban dos metros y medio de espacio y piel.

—¿Quiere un whisky?

—Gracias.

La observé servir el whisky. Las oscuras luces azules del techo eran suficientes para verla en acción, pero no para leer en sus ojos. Decidí que era la mujer más guapa que había visto en mi vida; valía la pena incluso mirar la forma en que se movía.

Guardamos silencio mientras servía las bebidas. Me ofreció tabaco y lo acepté. Encendí su cigarrillo y el mío.

Estábamos listos para empezar, pero ella no parecía dispuesta a decir nada y yo no quería decir nada que pudiera desviarla del tema. Nos quedamos mirando el jardín, el mar y la luna mientras el tiempo seguía avanzando en las agujas de mi reloj.

—Lamento mucho haber actuado como lo hice —dijo de repente—. Es decir, ofrecerle dinero para que me dejase tranquila. Sé que eso no estuvo acertado, pero quería tener claro qué clase de persona era usted. Lo cierto es que necesito que me ayude: me he metido en líos y no sé cómo librarme de ellos. Fui terriblemente estúpida y estoy asustada. De hecho, estoy muerta de miedo.

No parecía una mujer asustada.

—Me gustaría saber si él conoce este sitio... —se dijo—. Si lo conoce no tardará en venir.

—¿Qué le parece si me lo cuenta todo lentamente y en orden? —sugerí con suavidad—. Tenemos tiempo. Empiece por decirme por qué era tan importante que no cogiera aquella llamada.

—Porque él se habría enterado de dónde estaba usted. Lo está buscando —contestó, como si le hablara a un chico un poco lerdo.

—¿A quién se refiere? ¿A Sherrill?

—Claro que sí.

—¿Por qué me busca?

—Porque no le gusta que metan las narices en sus asuntos. Está decidido a quitarle de en medio; le oí decirle a Francini que lo hiciera.

—¿Francini? ¿Un italiano pequeño con marcas de viruela?

—Sí.

—¿Y trabaja para Sherrill?

—Sí.

—¿Así que fue Sherrill quien ordenó que secuestraran a Stevens?

—Sí. Eso lo hizo por mí. Pero cuando supe que habían matado al pobre viejo corrí a verlo a usted.

—¿Sherrill tiene conocimiento de este refugio suyo?

Negó con la cabeza.

—Creo que no. Yo no se lo he dicho, y nunca ha estado aquí. Pero podría averiguarlo. Se le escapan muy pocas cosas.

—Vale, ahora que eso está aclarado, ¿qué le parece si empezamos por el principio?

—Primero déjeme preguntarle algo: ¿por qué fue a Crestways preguntando por mí? ¿Por qué fue a ver al doctor Bewley? ¿Lo han contratado para seguirme?

—Sí.

—¿Quién?

—Su hermana Janet.

Se echó hacia atrás como si hubiera pisado una serpiente, y la hamaca se columpió violentamente.

—¿Janet? —El nombre brotó como un suspiro de terror—. Janet está muerta. ¿Qué quiere decir? ¿Cómo puede decir algo así?

Saqué la cartera, busqué la carta de Janet y se la mostré.

—Lea esto.

—¿Qué es? —preguntó. Parecía temerosa de mirarlo.

—Lea y mire la fecha. Yo lo leí por primera vez hace un par de días.

Al ver la caligrafía de la carta, su cara se tensó y sus pupilas se contrajeron. Tras leerla, se quedó quieta varios segundos mirándola fijamente. Yo no le metí prisa; se le notaba en la cara un auténtico e indisimulable miedo.

—¿Y esto fue lo que le empujó a investigar? —preguntó, por fin.

—Su hermana me envió quinientos dólares. Me sentí obligado moralmente. Fui a Crestways a verla y a hablar sobre este asunto. Si usted hubiera estado allí para aclararme el misterio de la carta, yo le habría devuelto el dinero y lo habría terminado; pero no la encontré. Entonces empezaron a ocurrir montones de cosas, de modo que no tuve más elección que seguir investigando.

—Ya lo veo.

Esperé a que volviera a hablar, pero no lo hizo. Se quedó quieta, sentada, sin apartar la vista de la carta. Estaba pálida y sus ojos miraban con dureza.

—¿La chantajeaban? —pregunté.

—No. No tengo idea de qué la llevó a escribir esto. Supongo que quería fastidiarme. Siempre trataba de fastidiarme. Me odiaba.

—¿Por qué la odiaba?

Durante un largo rato se quedó mirando el jardín sin decir ni un palabra. Yo tomé whisky y fumé. Si tenía algo que decirme, lo haría en su momento.

—No sé qué voy a hacer —reconoció, finalmente—. Si le explico por qué me odiaba me expondría demasiado. Usted podría destruirme.

No supe qué contestarle.

—Pero si no se lo explico, no sé cómo voy a librarme de este lío. Necesito a alguien en quien pueda confiar.

—¿No tiene un abogado? —comenté, por decir algo.

—Sería poco menos que inútil, solo es mi apoderado. De acuerdo a los términos del testamento de mi padre, lo perderé todo si me meto en un escándalo. Y estoy con el agua al cuello por un asunto que, si sale a la luz, será un horrible escándalo.

—¿Se refiere a Sherrill? ¿Financió el Dream Ship? —supuse.

Se puso tiesa. Giró la cara y me miró petrificada.

—¿Usted lo sabe?

—Solo hago conjeturas. Si se descubre que usted tiene un vínculo con el Dream Ship, el escándalo será mayúsculo.

—Sí —dijo, acercándose a mí de golpe—. Janet estaba enamorada de Douglas, pero yo también estaba loca por él y se lo quité. Trató de matarme de un disparo, pero papá me salvó; él recibió la bala en mi lugar —confesó, escondiendo la cara detrás de las manos.

Me quedé quieto como una estatua de piedra, esperando. Desde luego, no era lo que había imaginado.

—Lo mantuvimos en secreto —continuó, tras una larga pausa—, no importa cómo. Pero a Janet la carcomió por dentro. Se envenenó. Eso también se mantuvo oculto, nos daba miedo que se descubriera el motivo de su muerte. El médico era muy viejo y pensó que había sufrido un ataque cardíaco. Luego conseguí el dinero, mucho dinero; y Douglas me mostró su verdadera cara. Me dijo que si no financiaba el Dream Ship contaría todo lo que había pasado con Janet, conmigo y con mi padre; contaría que había matado a papá y se había suicidado, y que todo había sido por mi culpa. Puede imaginar lo que habrían hecho los periódicos con esta historia: yo lo habría perdido todo. Así que le di el dinero para su jodido barco, pero ni entonces quedó satisfecho. Todavía sigue pidiéndome dinero y vigila todos mis movimientos. Descubrió que había aparecido usted haciendo preguntas y temió que destapara toda la historia, pues de ese modo perdería el control que ejerce sobre mí. Hará lo que sea para detenerle: secuestró a Stevens cuando supo que se encontraría con usted, y ahora quiere matarlo. ¡No sé qué puedo hacer! Tengo que esconderme en algún sitio. Ayúdeme. ¿Me ayudará? ¿Lo hará? —rogó, apretándome la mano—. Prométame que no va a dejarme. ¡Le compensaré, se lo juro! ¡Pídame lo que quiera! ¿Me ayudará?

Algo se movió a nuestras espaldas y nos dimos la vuelta los dos. Un tipo alto, fornido, de oscuro cabello ondulado, ataviado con una camiseta roja sin mangas y pantalones azul oscuro, me apuntaba directamente con una 38 automática. Su cara tostada sonreía condescendentemente, como disfrutando un chiste propio demasiado profundo para la inteligencia media.

—Qué historia tan bonita, ¿verdad? —dijo con una voz que era pura masculinidad—. ¿Quiere esconderse? Pues así será: la esconderemos donde jamás puedan encontrarla. Y lo mismo le digo a usted, mi curioso amigo.

Calculaba la distancia desde la que iba a disparar cuando el ya familiar zumbido de una porra cayó sobre mi cabeza.

Lo último que oí fue el aullido salvaje y desesperado de Maureen.

La habitación era grande y tenía las paredes y el cielorraso pintados de blanco. Unas frías cortinas de plástico cubrían las ventanas; una lámpara con pantalla proyectaba luz sobre la cama opuesta.

Había un hombre allí sentado, leyendo. Con esa cara huesuda y esa frente alta y amplia, parecía un joven estudiando para un examen.

Durante unos minutos lo miré con los ojos entrecerrados, preguntándome con indiferencia quién sería y qué hacía en la habitación. El libro que leía tenía algo extraño; era un ejemplar de gran tamaño, de impresión apretada y pequeña. Cuando dio la vuelta a la página y vi el encabezado, noté que lo sostenía del revés.

No me sorprendía tanto que yo estuviera allí. Sospechaba que había pasado algún tiempo, quizá días; o semanas. La cama alta y estrecha en la que estaba me resultaba tan familiar como la mía propia, que ahora me parecía tan lejana como la última nevada.

Por puro instinto supe que estaba en un hospital. Traté de recordar, pero me funcionaba mal la cabeza. Se negaba a concentrarse y me incitaba una y otra vez a fijarme en el hombre que estaba en la cama opuesta; solo me interesaba descubrir por qué tenía el libro del revés, pues me parecía un libro de por sí lo suficientemente árido para no necesitar dificultades añadidas.

Era un hombre joven, de no más de veinticuatro años. Tenía un pelo rubio, sedoso y demasiado largo, y los ojos hundidos y dispuestos bajo las sombras de la lámpara de tal modo que parecían dos huecos vacíos.

—Si le das la vuelta lo entenderás mejor —sugerí.

Me sorprendió cuán lejana resultaba mi voz, como si llegara de otro cuarto.

Levantó la vista y me sonrió. Tenía buena pinta. Parecía el típico colegial, de esos que están más a gusto con un bate de béisbol que con un libro.

—Es que siempre leo así —dijo. Hablaba en un tono insólitamente alto—. Me divierte más, y cuando le coges el truco resulta muy fácil. Aunque requiere mucha práctica. —Dejó el libro—. Bien, ¿cómo está usted, señor Seabright? Lamento que haya pasado un mal rato. ¿Cómo está su cabeza?

Ahora que lo mencionaba, noté que me dolía y me latía la arteria de la sien.

—Me duele. ¿Estoy en un hospital?

—Pues no exactamente. Está en una cloaca para enfermos mentales.

—¿Se refiere a una clínica? ¿Una fábrica de locos?

Sonrió y asintió moviendo su cabellera rubia.

—Precisamente eso: una fábrica de locos.

Cerré los ojos. Me costaba pensar pero hice el esfuerzo. Tardé unos minutos en recordar la porra bajando sobre mi cabeza, al hombre de la camiseta roja y el alarido desesperado de Maureen. ¡Una clínica! Trepó por mi espinazo un súbito ardor de miedo. ¡Una clínica para enfermos mentales! Me levanté con brusquedad. Algo sujetaba mi muñeca a la cama. Me giré para ver qué era: una esposa niquelada, brillante, revestida de goma; la otra esposa estaba sujeta a la barandilla de la cama.

El rubio me miró con interés.

—Están convencidos de que es más seguro para nosotros encadenarnos así —explicó—. Realmente es ridículo, pero no dudo de que lo hacen con buena intención.

—Sí —dije. Subieron más patas de araña por mi espina dorsal—. ¿Quién dirige este sitio?

—Pues el doctor Salzer, claro. ¿Aún no le conoce? Le gustará. Todos lo adoran. Es bastante

amable.

Entonces recordé que el tipo de la camiseta roja había dicho que me esconderían donde no pudieran encontrarme. Un asilo era un buen escondite, pero Salzer no dirigía un asilo, sino una clínica para obesos. Eso había dicho la enfermera Gurney.

—Pues yo creía que el doctor Salzer dirigía un lugar de curas naturales, no un loquero.

—Y así es, pero hay un ala para los enfermos mentales —explicó el rubio. Dos de sus dedos caminaban por el borde de una mesilla de noche—. Para las familias es mejor decir que estamos curándonos que reconocer que estamos encerrados en una celda de paredes acolchadas.

—¿Es así este sitio?

—Pues sí. Las paredes están acolchadas. Trate de golpearlas, es bastante divertido. —Se inclinó y golpeó la pared. Su puño no hizo ningún ruido—. Supongo que están revestidas de goma. Por cierto, me llamo Duncan Hopper. Puede que haya oído hablar de mi padre: Dwight Hopper.

Dwight Hopper, por lo que podía recordar, era un sujeto importante en el mundo de las pinturas y los colorantes. No sabía que tenía un hijo.

—Yo me llamo Malloy, Victor Malloy.

Ladeó la cabeza y me miró fijamente.

—¿Cómo?

—Malloy.

—¿Está seguro? —Esta vez sonrió socarronamente—. Me habían dicho que su nombre era Edmund Seabright.

—No, soy Malloy —repetí.

Las patas de araña subían y subían.

—Oh, entiendo —dijo. Hizo caminar otra vez los dedos por la mesilla de noche. Parecía que eso le gustaba—. Si no le molesta, preferiría seguir llamándolo Seabright; Bland lo llama Seabright, el doctor Salzer lo llama Seabright y con ese nombre figura en los papeles. Lo sé porque Bland me dejó verlos. Lo convencí. Usted es un maniaco depresivo, ¿lo sabía?

Se me secó la boca de repente.

—¿Un qué?

—Un maniaco depresivo. Yo diría que es una estupidez.

—Sí, lo es. —Cada vez me resultaba más difícil hablar y pensar con claridad.

—Me alegra saberlo. Los depresivos me cansan. Usted no me parece un depresivo. Ya se lo dije a Bland, pero es un estúpido y nunca escucha lo que le digo. Creo que no le gustará. Dice que yo soy un paranoico, pero no es más que otra tontería. Hoy discutimos sobre eso y me dejó este libro. Habla de la paranoia; es bastante interesante pero yo no tengo ni uno de los síntomas. Hay un capítulo interesantísimo sobre los maniaco depresivos. —Volvió a mover los dedos—. ¿Tiene alucinaciones, usted?

Le contesté que no.

—Eso es todo un alivio... Me extraña que crea que se llama Malloy. ¿O ya no lo cree?

Le hablé clara y lentamente:

—No debería extrañarle, porque el hecho es que me llamo Malloy.

—Ya veo —murmuró, hojeando el libro—. Pues si usted no es Edmund Seabright, ¿cómo es que le han encerrado aquí?

—Es una larga historia —dije.

De pronto, me pareció que era absolutamente imprescindible conseguir que aquel tipo me creyera. Si no me creía él, ¿quién iba a hacerlo?

—Soy algo así como un detective privado, y me he metido en un lío. Descubrí que el doctor Salzer es responsable del asesinato de una tal Eudora Drew. Me secuestraron por lo que descubrí. No tengo tiempo para explicarle los detalles.

No sé cómo pude decir aquello. Sonó bastante mal, pero no pude exponerlo de un modo mejor. Al ver la incredulidad con la que me miraba Hopper, se encendió en mí un pequeño chispazo de pánico.

—¿Dice que el doctor Salzer es un asesino? —preguntó, con su encantadora sonrisa—. ¡Qué interesante! ¿Y usted es un detective? ¿De verdad?

—Oiga —dije, esforzándome por levantarme de la cama—. Sé que debe de pensar que estoy loco, ¿verdad?

—Claro que no, señor Seabright —repuso, tranquilamente—. No es eso lo que creo. Sé que usted no está bien, pero no creo que esté loco. No, definitivamente no.

Me pasé la lengua por los labios resecos.

—¿Seguro?

—Seguro.

Pero la expresión burlona y divertida de sus ojos hundidos decía todo lo contrario.

Hopper me dijo que Bland vendría a apagar la luz a eso de las nueve.

—Dentro de cinco minutos —agregó, consultando su reloj—. Bland me deja llevar reloj porque le pago con cigarrillos: cien por semana. Me los manda mi madre pero a mí, claro, no me permiten fumar. ¡Creen que podría prender fuego a la cama! —Se rió dejando a la vista unos dientes blancos y pequeños—. Es ridículo, aunque supongo que lo hacen con buena intención.

Yo había estado tratando de librarme de las esposas por debajo de las sábanas. Nada, ni una ametralladora, iba a detener mis intentos de huir de aquel sitio. Pero las esposas se ajustaban a la forma de mi muñeca y no tenía forma de liberarme, como no fuera cortándome la mano o consiguiendo las llaves.

—¿Qué día es hoy? —pregunté.

Hopper abrió el cajón de su mesilla de noche y consultó un diario.

—Veintinueve de julio. ¿No lleva un diario? Yo sí. Mañana es mi aniversario: cumplo tres años aquí.

Me costó mucho recordar que era veinticuatro cuando Maureen me llevó consigo. ¡Habían pasado cinco días! Seguramente Paula y Kerman me estaban buscando. ¿Se les ocurriría buscarme aquí? Incluso sospechando mi paradero, era difícil que llegaran a encontrarme; a Salzer lo protegía Brandon, que no iba a escuchar a Kerman. Si Sherrill (estaba seguro de que él era el tipo de la camiseta roja) no hubiera estado tan absolutamente seguro de que nadie iba a encontrarme, me habría tirado al mar. ¿Por qué no lo había hecho? Tal vez no era un asesino. A Stevens no lo había asesinado; su muerte había sido un accidente. Pero Salzer no tenía tantos pruritos, a no ser que Dwan hubiera sobreinterpretado sus órdenes. Tal vez esto era lo mejor: terminar el resto de mis días encerrado en una habitación insonorizada.

«Tranquilízate, Malloy —me dije—. ¡Despierta! Vale, te han golpeado en la cabeza y seguramente, a juzgar por la sensación de tener la boca y la parte posterior de las orejas llenas de algodón, has recibido una gran cantidad de narcóticos, pero eso no es excusa para desesperar. Paula y Kerman te sacarán de este aprieto. Espera y tranquilízate hasta que lleguen».

Se abrió la puerta y entró un tipo moreno. Tenía un par de hombros propios de un gorila y una cara redonda, rojiza y pecosa con un pliegue que formaba una mueca permanente. Vestía camisa blanca, pantalones del mismo color y zapatos blancos con suela de goma. Llevaba en sus brazos una caja cubierta con una toalla. Se movía con ligereza, en silencio, como una pluma que flota hasta posarse en el suelo.

—Hola, Hoppie —saludó, dejando la caja junto a la puerta—. He venido a daros las buenas noches. ¿Cómo estás? ¿Has entendido algo del libro?

Hopper señaló en dirección a mi cama.

—Ahora nos acompaña el señor Seabright —dijo.

Bland (debía de ser él) se acercó a mi cama y se me quedó mirando. Todavía sonreía, tal vez un poco más que antes. Sus ojos verdosos eran tan duros, tan fríos y tan cortantes como el hielo.

—¡Hola, colega! —saludó. Su voz parecía un extraño susurro. Era ronca y misteriosa, como si tuviera problemas en la garganta—. Me llamo Bland. Soy quien te va a cuidar.

Apreté las sábanas con fuerza y me contuve de decir algo inapropiado. «Tranquilo —me dije—. Cálmate. No te precipites».

—Hola —dije. Mi voz sonó tan tensa como la cuerda de un piano—. No hará falta que me

cuide. ¿Cómo podría hablar con Salzer?

—Es el *doctor* Salzer, colega —corrigió Bland—. Ten un poco de respeto. —Le guiñó el ojo a Hopper—. Lo verás mañana.

—Quiero verle ahora.

—Mañana, colega. El doctor también necesita descansar. Si necesitas algo, dímelo. Yo soy quien manda en esta planta. Aquí se hace lo que yo digo.

—Quiero ver a Salzer —insistí, tratando de mantener mi voz en calma.

—Mañana, colega. Ahora ponte cómodo. Tengo que ponerte una pequeña inyección que te ayudará a dormir.

—Dice que es detective —le chivó Hopper de repente, frunciendo el ceño—. Dice que el doctor Salzer ha matado a alguien.

—Un rebelde, ¿eh? Ya nos ocuparemos de eso —contestó Bland, sacando una jeringuilla de la caja.

—Pues deberías ocuparte. Son alucinaciones —le espetó Hopper, con mal humor—. Lo dice el libro. No quiero tenerlo aquí conmigo; no me cae bien y puede ser peligroso.

Bland rió con fuerza.

—Eso, viniendo de ti, es de lo más divertido. Cierra el pico, colega, que tengo mucho trabajo. —Y llenó la jeringuilla con un líquido incoloro.

—Me quejaré al doctor. Mi padre no estará contento.

—Tú y tu padre podéis iros al demonio —dijo Bland, con impaciencia—. Bueno, levanta el brazo derecho.

Me incorporé bruscamente.

—No quiero que me clave eso.

—No te portes mal, colega. No te servirá de nada —me advirtió Bland, ensanchando la sonrisa—. Acuéstate y quédate tranquilo.

—He dicho que no quiero que me clave eso.

Me cogió de la muñeca con la mano derecha. Sus dedos, cortos y fuertes, me apretaron como unas tenazas.

—Si lo prefieres por las malas, no tengo inconveniente.

Torcí con esfuerzo mis músculos en un intento de soltarme que solo consiguió que estuviera a punto de romperme un brazo. Embestí con todo mi peso, tratando de golpearlo con el hombro, pero eso tampoco funcionó.

Seguía sonriendo y apretando, curioso por descubrir qué haría yo a continuación. No lo hice esperar demasiado. Traté de soltar mis piernas pateando las sábanas, pero me resultó imposible: eran duras como la lona y estaban sujetas con firmeza.

—¿Has terminado ya, colega? Ahora te clavaré la aguja y si te mueves se te quebrará dentro, así que ten cuidado.

Apreté los dientes y me aparté de él. Le hice perder el equilibrio y tropezó, pero se recuperó de inmediato. La sonrisa había desaparecido.

—Así que te crees un machote, ¿eh? —susurró—. Pues veamos lo fuerte que eres.

Empezó a torcerme el brazo. Yo me resistí, pero era como empujar un remolque. Era muy, pero muy fuerte. Increíblemente fuerte. Mi brazo se dobló por detrás y todos mis músculos crujieron. Me recorrió la espalda un sudor frío y casi no podía respirar.

Luché desesperadamente y recuperé unos centímetros. A Bland también le costaba respirar. Si hubiera podido defenderme con todo el peso de mi cuerpo habría sido capaz de retenerlo. Pero

estaba sentado sobre una cama, con un brazo sujeto y las piernas trabadas, y así no tenía ninguna posibilidad.

Me dobló hacia delante, centímetro a centímetro. Lentamente, mi brazo se levantó detrás de mí. Entonces, sentí la aguja. Sin dolor. Me soltó y retrocedió.

También él lo había pasado mal: su cara estaba bañada en sudor y le costaba respirar.

—Ya está bien, colega, tú te lo buscaste. Si fuera más bruto te habría arrancado el brazo.

Traté de golpearlo, pero el brazo se negó a responder. Sea lo que fuere que me había inyectado, me hizo efecto enseguida. La odiosa cara pecosa y colorada se difuminó y las paredes de la habitación se desmoronaron. Me esperaba un oscuro y largo túnel.

Abrí los ojos. La pálida luz del sol proyectaba sobre la pared blanca la sombra de los barrotes de la ventana. Seis rayas muy definidas que parecían estar allí solo para recordarme que estaba preso.

Bland se movía en silencio por la habitación, con la mirada concentrada. En su mano ancha y gorda llevaba un plumero con el que limpiaba compulsivamente; no había nada que escapara a su atención.

Hopper leía su libro, sentado sobre la cama. Tenía el ceño fruncido e ignoraba a Bland. Lo ignoró incluso cuando aquel se puso a limpiar la mesilla de noche.

Bland se me acercó y limpió mi mesa. Cuando se cruzaron nuestras miradas, su enorme sonrisa se ensanchó aún más.

—Hola, colega. ¿Cómo estás?

—Muy bien —respondí, acomodándome en la cama. Me dolían el hombro y el brazo derecho, y todavía tenía las marcas de sus dedos gordos en las muñecas.

—Me alegro. En unos minutos traeré la caja para que te afeites; luego podrás darte una ducha.

«Para eso tendrás que sacarme las esposas», pensé. Bland pareció leerme la mente.

—Oye, colega, no me causes problemas —amenazó—. No creas que podrás escaparte de aquí. No puedes. Ahí fuera hay un par de tipos como yo. La puerta que da a la escalera tiene la llave echada y las ventanas tienen barrotes; pregúntale a Hoppie, él te lo contará.

Guardé silencio.

—Pregúntale a Hoppie qué hacemos con los chicos que la lían. —Miró a Hopper—. ¿Verdad que se lo contarás, Hoppie?

Hopper levantó la mirada y torció el gesto.

—Yo no hablo contigo, rata inmunda. No te quiero ni ver.

Bland rió.

—No importa, colega. No me enfado. Estoy acostumbrado.

Hopper lo insultó.

—Tranquilo, colega —dijo Bland, sonriendo todavía mientras caminaba hacia la puerta—. A afeitarse. Luego a las duchas y a desayunar. Veré si puedo conseguirte un huevo extra.

Hopper le dijo lo que podía hacer con el huevo y Bland se fue, riendo.

—No se te ocurra intentarlo, Seabright —me dijo Hopper—. No tiene sentido. Te pondrán un chaleco de fuerza y te meterán en agua fría durante días. Lo de la puerta no es mentira, no se puede salir sin una llave.

Decidí esperar.

Después de un rato, Bland apareció con dos maquinillas de afeitar eléctricas. Las enchufó y nos dio una a Hopper y otra a mí.

—Deprisa, chicos. Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Cómo es que siempre estás refunfuñando? —preguntó Hopper con hastío—. No sabes cuánto deseo que te vayas. Estoy harto de ver tu horrible careto.

—Yo siento lo mismo, colega. Date prisa y hazlo bien. Al doctor no le gusta que sus pacientes estén poco presentables.

O sea, que iba a conocer a Salzer. No es que esperase conseguir nada de él, pero tal vez pudiera asustarlo. Sherrill me había metido allí, pero tal vez pudiera convencer a Salzer de que el secuestro

era un juego plagado de peligros. Era improbable, pero valía la pena intentarlo.

Cuando terminé de afeitarme, Bland entró con una bata blanca.

—No quiero sorpresas, colega —avisó, susurrando.

Rodeó la cama para abrir las esposas con la llave.

—Ten cuidado —agregó.

Me quedé quieto, dejando que me quitara las esposas. Hopper observaba con evidente interés. Bland dio unos pasos atrás y se me quedó mirando también.

—Levántate, colega.

Agité las piernas debajo de las sábanas, las llevé al suelo y me puse en pie. En ese momento me di cuenta de que me sería imposible intentar una fuga. Mis piernas estaban débiles y temblorosas, y no habría podido correr ni aunque me hubiese perseguido un toro.

Di unos titubeantes pasos y me senté en el suelo. No era para tanto, pero se me ocurrió que no sería mala idea que Bland me creyera más flojo de lo que estaba en realidad.

Me apoyé sobre las manos y las rodillas, y me puse nuevamente en pie; Bland no se había movido. Sospechaba que yo intentaba tenderle una trampa.

—Ayúdeme, ¿quiere? —rogué—. O déjeme volver a la cama.

—Mira, colega, te lo advierto —amenazó—. Si la lías, será lo último que hagas en mucho tiempo.

—Deja ya la cháchara. ¿Qué te pasa? ¿Me tienes miedo?

Eso sí pareció entenderlo, porque me agarró del brazo.

—Ni a ti ni a nadie.

Me ayudó a ponerme la bata, abrió la puerta y me condujo a un pasillo ancho y largo. Avancé un par de pasos y me detuve, como si todavía no estuviera seguro de mis fuerzas. La pausa me permitió mirar a un lado y al otro; el pasillo, en uno de sus extremos, terminaba en una puerta maciza. El otro extremo estaba sellado por una ventana alta cubierta por una rejilla.

—Vale, colega. Ahora ya lo has visto con tus propios ojos. Te dije que era así. Vamos.

Sí, lo había visto con mis propios ojos.

Seguí reflexionando a medida que avanzaba por el pasillo. Tenía que hallar el modo de conseguir las llaves de la puerta y de las esposas. De lo contrario, iba a quedarme allí hasta que me pudriera.

De pronto hubo una conmoción; se oyó un grito espantoso acompañado por un golpe fuerte y sordo, como si hubiera caído al suelo algo o alguien de mucho peso.

Bland me sujetó del brazo.

De repente se abrió una puerta cercana y una chica salió corriendo al pasillo. Lo más evidente: estaba totalmente desnuda. Parecía como si acabase de salir del baño, pues el agua le brillaba sobre la piel blanca y tenía jabón en los delgados brazos. Era rubia y el cabello era como una corona rizada alrededor de la cabeza. Ni bella ni corriente. Era interesante, definitivamente interesante, aunque sospecho que no lo era tanto. Tenía un cuerpo hermoso; las piernas largas, los pechos firmes y la piel del color de la nata batida. Supuse que tenía unos veinticinco años.

Bland aspiró hondamente.

—Demonios —lamentó por lo bajo. Saltó hacia delante y cogió a la chica con sus dedos gordos. Le brillaban los ojos, por los nervios. La cogió del brazo con tanta fuerza que el alarido de la chica rebotó en el cielorraso y en las paredes, pero la mano resbaló en la extremidad enjabonada, y la chica salió corriendo por el pasillo. Corría con una gracia inesperada y tan ligera como el viento.

Bland dio un paso adelante, pero cambió de idea enseguida; no había forma de que escapara.

Había llegado a la puerta maciza, la cual golpeaba con ambos puños.

Todo eso pasó en pocos segundos. Luego salió del baño una enfermera, una mujer alta, de complexión maciza y una cara afilada pálida de temor y rabia. Descubrió la espalda desnuda al fondo del pasillo. Luego vio a Bland.

—Saque de aquí a su paciente —ordenó—. ¡Y váyase usted también, bestia, simio!

—Tranquilícese —contestó Bland, con los ojos clavados en la chica—. Usted la ha dejado escapar, vieja imbécil.

—Salga de aquí con su paciente o lo denunciaré —contestó, furiosa, la enfermera.

—Y yo a usted —replicó Bland, despectivamente.

Me cogió del brazo con fuerza.

—Ven, colega, se ha acabado la diversión. No me digas que este sitio no es ideal para vivir: tienes una atención de primera y al mismísimo Folies Bergère gratis. ¿Qué más se puede pedir?

Me empujó dentro del baño que estaba frente al de la chica y esperó a que la enfermera se largara por el pasillo.

La chica la vio venir y se dio la vuelta para enfrentarla. Sus gritos me atravesaron la cabeza y me desquiciaron los nervios. Cuando la puerta se cerró y el sonido cesó, sentí un enorme alivio; no así Bland, que parecía nervioso. En sus ojos pequeños y duros había un destello de excitación y se pasaba la lengua por los labios.

—¡Vaya puta! —masculló entre dientes—. No hubiera querido perderme esto ni por una semana de paga. Bien, amigo, quítate la ropa y métete en la bañera. Menuda suerte la mía, tener que vigilarte mientras esa belleza hace exhibiciones ahí afuera.

—Déjate de infantilismos. —Me quité la bata y el pijama—. ¿Quién es ella?

—¿Esa putilla? No la conoces. Era enfermera, pero enloqueció cuando la dejó el novio. Eso es todo. Cuando entré a trabajar aquí ella ya estaba. Me tortura pensar en por qué la dejaría su novio; yo la habría tenido siempre entretenida.

Me quedé quieto y callado en la bañera. ¡Una enfermera! ¿Sería la chica sobre la que me había hablado Mifflin?

—Se llama Anona Freedlander, ¿verdad? —dije de golpe.

Bland me miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy detective —respondí, solemnemente.

Bland sonrió. Se sentó en una banca cerca de la bañera y encendió un cigarrillo.

—Venga, date prisa, colega. Deja ya ese rollo de los detectives que tengo mucho trabajo.

Tenía la cabeza ausente y dejó caer una cerilla en el agua.

—¿Qué tiene Hopper? —pregunté, cambiando de tema—. ¿Por qué está aquí?

—Hoppie es todo un caso —respondió, sacudiendo la cabeza—. Hay días en los que ni siquiera me atrevo a acercarme. No lo dirías al verlo, ¿a que no? Es muy tramposo. Si no fuera porque su padre tiene pasta, estaría en un asilo para criminales. Mató a una chica: le destrozó la garganta a mordiscos. No saldrá de aquí nunca. Hay que andarse con cuidado con él; un día puede estar bien y al día siguiente estar furioso como un tigre hambriento.

Me pregunté si Bland sería sobornable.

—¿Por qué no me das un cigarrillo? —pedí, recostándome en el agua—. Me vendría muy bien.

—Claro. Mientras te comportes, te trataré como a un hermano.

Sacó un paquete de Lucky Strike, me dio uno y lo encendió.

—Todos vosotros os hacéis los listos cuando llegáis. Sigue mi consejo y no hagas lo mismo.

Sabemos cómo reaccionar ante cualquier imprevisto.

Aspiré el humo. No me sentó tan bien como había esperado.

—¿Cuánto tiempo estaré aquí?

Sacó del bolsillo un viejo sobre, echó dentro la ceniza y me lo pasó a mí, para que hiciera lo mismo.

—Por tus antecedentes, yo diría que te quedarás aquí para siempre.

Decidí intentarlo.

—¿Te gustaría ganarte cien dólares?

—¿Cómo? —Sus pequeños ojos estaban alertas.

—Es sencillo. Tienes que llamar por teléfono a un amigo mío.

—¿Y qué tendría que decirle?

Era todo demasiado precipitado. Estudié un momento la situación y supe que no iba a funcionar; estaba jugando conmigo. La sonrisa burlona le delataba.

—Olvídalo —dije. Sumergí el cigarrillo en la bañera y tiré la colilla empapada dentro del sobre—. No importa. Pásame la toalla.

Me alcanzó una de las toallas.

—No te enfades, colega. Podría jugar contigo. Tal vez esos cien dólares no me vengan mal. ¿Cuál es el número de teléfono?

—Te he dicho que lo olvides.

Se quedó sentado, mirándome, sonriendo. La colilla de su cigarrillo colgaba de su labio inferior.

—Tal vez si aumentarás la suma —sugirió—. Digamos unos quinientos...

—Quítate la idea de eso que llamas cabeza. Uno de estos días nos veremos las caras en otros términos. Estoy planeando el modo.

—Perfecto. Sigue con tus sueños imposibles, no me molestan. —Abrió la puerta y miró afuera—. Vamos; tengo que despertar a Hopper.

Cuando salimos al pasillo ya reinaba el silencio; el baño me había sentado bien. Si hubiera encontrado el modo de cruzar la puerta, lo habría hecho, pero me había dado cuenta de que tenía que ser cauto. Caminé muy despacio, apoyado en el brazo de Bland. Si pensaba que estaba muy débil podría cogerlo por sorpresa cuando llegara el momento.

Me metí en la cama y permití, con total docilidad, que me colocara las esposas.

Hopper se negaba a darse un baño.

—Venga ya, colega, no te comportes así —le dijo Bland—. Tienes que estar presentable, la visita oficial es a las once. Vendrá a verte el médico forense Lessways. —Me miró y sonrió—. También a ti. Todos los meses vienen los concejales de la ciudad a ver a los locos. No prestan demasiada atención, pero vienen; y a veces hasta escuchan. No les digas lo del asesinato, colega. Ya han oído de todo, para ellos no eres sino otro loco lleno de papilla en la cabeza. No te servirá de nada.

Convencí a Hopper de que dejara la cama. Se fueron al baño y me dejaron solo. Me quedé quieto, fijándome en las rayas que marcaban los barrotes en la pared de enfrente. Usé la cabeza; así que vendría el médico forense Lessways. Vaya, eso era importante. Bland tenía razón: no tenía sentido contarle que el doctor Salzer había matado a Eudora Drew; parecía demasiado descabellado e increíble. Pero si tenía oportunidad, podía decirle algo que lo invitara a pensar. Por primera vez desde que había caído en esa trampa, guardaba ciertas esperanzas.

De repente levanté los ojos y vi que la puerta se abría lentamente. Se abrió por completo y así

quedó. Me incliné para mirar hacia el pasillo, pero no había nadie a la vista. Creí que la había abierto el viento, pero luego recordé que Bland había echado el cerrojo.

Aguardé mirando hacia la puerta fijamente, y escuché. Nada sucedió; nada se escuchó. Pero como sabía que alguien tenía que haber abierto esa puerta, me sentí inquieto.

Tras un rato que pareció un siglo, oí un crujido de papeles que, en aquel profundo silencio, sonó como el estallido de un trueno. Una mujer apareció y se quedó de pie en la entrada con una bolsa de papel en la mano y una expresión vacía en sus claros ojos azules. Me miró con el mismo interés que hubiera dedicado a un mueble. Buscó a tientas dentro de su bolsa. Sí, era ella: la mujer de las ciruelas. Lo peor era que se estaba comiendo una.

Cruzamos la vista durante un largo rato. Sus mandíbulas se movían lentamente pero con ritmo mientras masticaba. Estaba feliz y contenta como una vaca rumiando.

—Hola —saludé. Mi voz se había puesto irritantemente ronca.

Sus dedos gordos fueron a buscar una ciruela, la encontraron y la levantaron a la altura de los ojos.

—Es el señor Malloy, ¿verdad? —dijo, con la amabilidad de la mujer de un pastor al conocer a un nuevo miembro de una congregación.

—Sí. La otra vez que nos vimos no pudimos hacernos amigos. ¿Quién es usted?

Masticó durante un momento, se quitó el hueso de la boca, lo puso en el hueco de su mano y lo metió en la bolsa de papel.

—Pues soy la señora Salzer.

Debí adivinarlo. No podía ser nadie más.

—No quiero entrometerme en su vida, señora Salzer, pero, ¿a usted le gusta su marido?

A la mirada vaga la reemplazó otra de sorpresa, y a esta la sustituyó un ligero orgullo.

—El doctor Salzer es un hombre muy refinado. No hay otro en el mundo igual que él —dijo, apuntando hacia mi mentón un dedo regordete.

—Es una pena. Va a echarlo de menos. Aunque las celdas están iluminadas, todavía separan a las mujeres de sus maridos.

Volvió a mirarme vagamente.

—No sé qué quiere decir.

—Pues debería saberlo. Si a su marido no lo meten en la cámara de gas, le caerán veinte años. Es la sentencia que suele recibirse por secuestro y asesinato.

—¿Qué asesinato?

—Su marido ordenó matar a una mujer llamada Eudora Drew, me ha secuestrado a mí y a otra chica llamada Anona Freedlander. Y está también la enfermera Gurney.

La cara de la señora Salzer se iluminó con una sonrisilla tímida.

—Él no sabe nada de todo esto. Piensa que Freedlander es una amiga mía que ha perdido la memoria.

—Y me imagino que también debe de creer que soy amigo suyo.

—No exactamente. Amigo de mis amigos.

—¿Qué pasó con Eudora Drew?

La señora Salzer se encogió de hombros.

—Fue una desgracia; quería dinero. Le dije a Benny que la hiciera entrar en razón, pero se le fue la mano.

—¿Y la enfermera Gurney?

—Ay, tuvo un accidente —dijo.

Buscó nuevamente en la bolsa. Sacó una ciruela y me la ofreció.

—¿Quiere una? Son muy buenas cuando se guarda cama.

—No, deje las ciruelas. ¿Qué paso con ella?

Me volvió a mirar con esa expresión vaga.

—Estaba bajando las escaleras y tropezó, ay. La metí en el coche, pero me parece que se rompió la nuca. No sé por qué, pero al verme se asustó mucho.

—¿Qué fue de ella?

—La dejé entre unos arbustos en la arena. —Mordió la ciruela y señaló la ventana—. Allí, en el desierto. No se podía hacer otra cosa.

Me pasé los dedos por el pelo. Tal vez estuviera loca, o tal vez lo estuviese yo.

—¿Fue usted quien me trajo aquí?

—Claro que sí —admitió, apoyándose en el marco de la puerta—. ¿Sabe una cosa? El doctor Salzer no sabe nada de medicina ni de enfermedades mentales. Antes yo sabía mucho, pero no sé qué me pasó. El doctor Salzer compró este sitio para mí; él figura como rector, pero en realidad es solo una figura simbólica. Yo hago todo el trabajo.

—No, no es una figura simbólica. Él firmó el certificado de Macdonald Crosby y no tenía autorización para hacerlo.

—Se equivoca —dijo, tranquilamente—. Fui yo quien lo firmó. Da la casualidad de que tenemos las mismas iniciales.

—Pero estaba tratando a Janet por una endocarditis maligna. Me lo dijo el doctor Bewley.

—El doctor Bewley no tiene ni idea. Cuando murió la chica Crosby el doctor Salzer estaba en la casa por casualidad. Le dijo a Bewley que la estaba tratando yo, pero Bewley es un hombre viejo y sordo, y entendió mal.

—¿Para qué lo llamaron? —pregunté—. ¿Por qué no firmó usted el certificado, si la estaba tratando?

—En ese momento estaba fuera de la ciudad. Mi marido hizo lo correcto al llamar al doctor. Siempre hace lo correcto.

—Me alegra saberlo —comenté—. Entonces debería decirle que me dejara salir de aquí.

—Él está convencido de que usted es peligroso —alegó la señora Salzer, rebuscando otra vez en la bolsa—. Y lo es, señor Malloy, lo sabe muy bien. Lo lamento por usted, pero no debería haberse metido. —Levantó la cara y me regaló una sonrisa tonta—. Me temo que se quedará aquí y dentro de poco su mente empezará a deteriorarse. ¿Sabía que a la gente que se droga continuamente termina debilitándosele la mente?

—¿Es eso lo que va a pasarme?

Asintió.

—Lamento decirle que sí. Pero no quería que juzgara mal al doctor. ¡Un hombre tan refinado! Es por eso que le he explicado tantas cosas, más de las que debería haberle dicho, en realidad. Pero no importa, porque nunca saldrá de aquí.

Se fue tan silenciosamente como había llegado.

—¡Oiga! ¡No se vaya! —grité, incorporándome—. ¿Cuánto le paga Maureen Crosby por retenerme aquí?

Sus ojos se abrieron un poco.

—Esto no tiene nada que ver con ella. Creí que ya se había dado cuenta.

Se fue, como un fantasma agotado después de una aparición demasiado prolongada.

Después del baño Hopper estaba de mejor humor. Mientras tomábamos el desayuno le pregunté si alguna vez había tratado de escapar.

—No tengo adonde ir —dijo, encogiéndose de hombros—. Además, tengo el tobillo esposado y sujeto a la cama. Si la cama no estuviera fija podría llegar a intentarlo.

—¿Qué tiene que ver la cama? —pregunté, estirando mi mano sobre una tostada.

—La llave de repuesto de las esposas está guardada en ese cajón de allí —indicó, señalando un mueble en la pared opuesta—, por si hubiera un incendio. Si pudiera mover la cama intentaría cogerla.

Casi golpeé el cielorraso.

—¿Cómo? ¿En ese cajón de allí?

—Sí. Se supone que es un secreto, pero yo vi a Bland sacarla en una ocasión en que no encontraba su copia.

Me puse a calcular la distancia entre el extremo de mi cama y el mueble. Yo estaba más cerca que Hopper; si hubiera estado sujeto por el tobillo habría podido alcanzarla. Necesitaba un estirón, pero era imposible esposado como estaba por la muñeca.

—¿Por qué estás sujeto por el tobillo en lugar de la muñeca?

—Primero me sujetaron por la muñeca —contestó Hopper con indiferencia, haciendo a un lado su bandeja—. Pero me molestaba para leer, así que le pedí a Bland que me lo cambiara. Lo hará por usted si se lo pide. ¿Le molestaría que dejáramos esta conversación? Quiero terminar el libro.

No, no me molestaba en absoluto. Estaba muy excitado. Si conseguía convencerá Bland de que me soltara la muñeca, podría llegar a la llave. La idea me mantuvo ocupado durante la siguiente hora.

Bland entró poco después de las once. Traía consigo un jarrón lleno de gladiolos. Lo apoyó sobre una cajonera y dio unos pasos atrás para mirarlo.

—Bonito, ¿verdad? Es para los concejales. Es curioso cómo les gustan las flores: cuando hay un ramo, ni siquiera miran a los pacientes. La última vez no hicieron otra cosa que pasearse y hablar sobre las flores.

Recogió las bandejas de nuestros desayunos, se las llevó y regresó casi de inmediato. Nos examinó minuciosamente, estiró las sábanas de Hopper, se acercó a mí y acomodó mi cojín.

—Bien, ahora quedaos como estáis. Por Dios, no quiero veros desordenados. ¿No tiene un libro? —me preguntó.

—No me han dado ninguno.

—Debería tener uno. Les gusta que los pacientes lean; es otra de las excentricidades de esos payasos.

Salió de la habitación pesadamente y volvió con un enorme volumen que apoyó sobre mis piernas.

—Concéntrate, colega. Cuando se vayan te buscaré algo más entretenido.

—¿Cómo haré para dar la vuelta a las páginas con una sola mano? —pregunté, mirando el libro: *Ginecología avanzada*.

—Qué suerte que me lo has recordado, colega. —Sacó la llave—. Las esposas las escondemos. Estos payasos tienen el corazón débil.

Lo observé cambiar las esposas a mi tobillo, sin poder creer del todo la suerte que tenía. Fue un momento determinante en mi vida.

—Vale, colega, pórtate bien —continuó, mientras alisaba las sábanas otra vez—. Si te preguntan si estás a gusto, diles que te cuidamos muy bien. No quiero interrupciones: no van a creer ni una de las palabras que les digas, y cuando se vayan, tendrás que vértelas conmigo.

Abrí el libro. La primera lámina me hizo abrir los ojos.

—No sé si tengo edad suficiente para ver esto —dije, mostrándole la lámina.

Me miró fijamente, contuvo la respiración, me sacó el libro y se fijó en el título.

—Es para llorar, ¿verdad? —Salió disparado de la habitación y volvió, sin aliento, con una copia de la traducción del *Infierno* de Dante; en ese momento deseé haberme quedado callado.

—Esto causará buena impresión —dijo satisfecho—. Aunque dudo que esos infelices sepan leer.

Poco después de las once llegó desde el pasillo el sonido de unas voces. Franquearon la puerta entreabierta.

Bland, que esperaba junto a la ventana, se alizó la camisa y el cabello.

Hopper frunció el ceño y cerró el libro.

—Ahí vienen.

Entraron a la habitación cuatro hombres. El primero, evidentemente, era el doctor Jonathan Salzer. Era más refinado que el resto; delgado y con un mechón de cabello blanco como una paloma, al estilo de Paderewski. Tenía la cara tostada y surcada por arrugas frías y serenas. Sus ojos estaban hundidos, pensativos. Era un hombre de unos cincuenta años pero lucía fuerte, derecho y erguido como un cadete en un desfile.

Vestía una americana negra y pantalones a rayas, impecable como un maniquí. Después del mechón de pelo, lo que más impactaba eran sus manos largas, estrechas, de finos dedos. Manos de cirujano, o de asesino. Buenas, en todo caso, para ambos quehaceres.

Detrás venía Lessways, el médico forense. Lo reconocí porque salía con cierta frecuencia en los periódicos. Era bajo, gordo, tenía una cabeza que parecía un balón, ojos pequeños y una boca maligna y exigente. Era lo que parecía: un marrullero que se pasaba la vida arrimándose a los inmorales.

Linkheimer, su compañero, era otro tramposo sobrealimentado de la misma raza que Lessways.

El cuarto hombre se había quedado fuera de la habitación, como si dudara entre entrar o no entrar. No me molesté en mirarle, pues mi atención estaba centrada en Salzer.

—Buenos días, caballeros —pregonó con su profunda voz—. Espero que estén bien. El doctor Lessways, el concejal Linkheimer y el señor Strang quieren hacerles algunas preguntas. —Miró rápidamente a Lessways—. ¿Podría hablar con el señor Hopper?

Lessways miraba a Hopper con la boca abierta como una lechuza, manteniéndose a distancia.

Me di la vuelta, mientras tanto, para mirar al hombre al que Salzer había llamado Strang.

Por un momento pensé que había enloquecido, pues el hombre que estaba en el umbral de la puerta con expresión de aburrimiento no era otro que Jack Kerman. Llevaba un traje blanco de verano y gafas con marco de carey. Por su bolsillo asomaba un pañuelo de seda, rojo y amarillo, digno de todo un dandy.

El salto que di estuvo a punto de clavarme en el techo. Salzer, afortunadamente, estaba ocupado con mi historia clínica. Kerman me miraba con frialdad. Levantó una ceja y se dirigió a Salzer:

—¿Quién es este hombre, doctor? Parece estar bastante bien —preguntó.

—Se llama Edmund Seabright —dijo Salzer. Su cara fría, con aquella sonrisa, me recordaba a Papá Noel a punto de entregar un regalo—. Llegó hace muy poco. —Le pasó la historia clínica a Kerman—. Tal vez le interese. Es muy elocuente.

Kerman se ajustó las gafas y miró la historia por encima. Yo sabía muy bien que con esas gafas no podía ver nada. Supuse que alguien se las había prestado.

—Ah, claro —dijo, frunciendo la boca—, muy interesante. ¿Cree que podría tener unas palabras con él?

—Pero claro que sí —aseguró Salzer, acercándose a mi cama.

Kerman se le acercó y entre ambos me miraron fijamente. Les devolví la mirada, concentrándome en Salzer, pues temía que si miraba a Kerman, me delatara.

—Este es el señor Strang —me dijo Salzer—. Se dedica a escribir libros sobre enfermedades mentales. —Le sonrió a Kerman—. El señor Seabright se cree un gran detective, ¿verdad, señor Seabright?

—Sí —respondí—. Soy detective. Descubrí que Anona Freedlander está en esta planta, que la enfermera Gurney está muerta y que su mujer ha escondido el cadáver de la chica entre algún matorral del desierto. ¿Qué le parece?

Salzer envolvió a Kerman con una sonrisa triste y buena.

—Es un tipo perfecto, como podrá ver —murmuró—. Esas dos mujeres que menciona, desaparecieron; una desapareció hace dos años y la otra, muy recientemente. Salió en los periódicos. Por algún motivo, está obsesionado con ellas.

—Comprendo —dijo Kerman, seriamente. Me estudió y me miró de reojo a través de sus gruesas gafas.

—Y hay más cosas que debería saber. —Me senté como pude y susurré—: Me han esposado el tobillo.

Lessways y Linkheimer, que ahora estaban junto a Salzer, me miraron fijamente.

Kerman levantó las cejas.

—¿Es eso cierto?

Salzer inclinó la cabeza. Su sonrisa parecía deseosa de contener a todos los hombres que sufrían en este mundo.

—A veces se vuelve un poco ingobernable —explicó, compungido—. ¿Comprenden?

—Clarísimamente —contestó Kerman. Parecía estar triste. De tan bien que hacía su papel daban ganas de patearlo.

Bland se alejó de la ventana y se acercó a mi cama.

—Cálmate, colega —dijo, tranquilamente.

—No me gusta este sitio —seguí, dirigiéndome a Lessways—. No me gusta que me droguen cada noche, ni esa puerta al final del pasillo cerrada con llave, ni las ventanas enrejadas. Esto no es un sanatorio sino una cárcel.

—Querido amigo —dijo Salzer, antes de que Lessways pudiera abrir la boca—. Cuando te recuperes, podrás irte a casa. No te retendremos a menos que sea necesario.

Vi por el rabillo del ojo como Bland apretaba su puño, en advertencia para que tuviera más cuidado con lo que decía. Podía haber dicho un montón de cosas, pero ahora que Kerman estaba allí no era necesario; no quería correr riesgos.

—Bien, continuemos —dijo Lessways—. Esto tiene muy buen aspecto. —Miró a Kerman—. ¿Ha visto lo que quería ver, señor Strang? No quiero meterle prisas.

—Ah, sí —dijo Kerman—. Si el doctor Salzer me lo permite, me gustaría visitar a este paciente nuevamente.

—Me temo que eso iría contra los reglamentos —objetó Salzer—. Demasiadas visitas pueden terminar excitando a nuestro amigo. Espero que lo entienda.

Kerman me miró pensativamente.

—Tiene razón. No se me había ocurrido —dijo, dirigiéndose a la puerta.

Se fueron en tropel. Salzer fue el último en dejarnos.

—¿Hay alguien más en esta planta? —oí que preguntaba Kerman.

—No en este momento —contestó Salzer—. Hemos tenido muchas altas recientemente. Si le interesa, puede consultar nuestros ficheros.

Se alejaron las voces.

Bland cerró la puerta y me sonrió.

—No ha funcionado, colega. Ya te lo dije: era una locura intentarlo.

No me resultó fácil fingir el desengaño, pero me las apañé.

Salzer tenía razón cuando decía que las visitas excitaban a los pacientes. Fue evidente en el caso de Hopper, aunque no mostró señales de nerviosismo hasta que Bland trajo las bandejas con la comida.

Cuando se fueron Salzer y las visitas, Hopper se quedó inmóvil, con el ceño completamente fruncido, mirando hacia el cielorraso. Permaneció así hasta la hora de la comida, ignorando todas mis observaciones, razón por la cual lo dejé tranquilo; de todas maneras yo ya tenía suficientes cosas en qué pensar. Pero en cuanto Bland dejó la bandeja, desató su furia de golpe y mandó a volar por los aires su comida, que aterrizó en el suelo con terrible estruendo.

Se sentó. Tenía un aspecto que me puso la carne de gallina. Su cara mostraba una mueca que la hacía casi irreconocible: más afilada, más vieja y arrugada. Su mirada era tan feroz como la de un felino salvaje. Bland dio un salto de rana hacia atrás y se alejó de él.

—Cálmate, colega —dijo, más por costumbre que por querer realmente decirlo.

Hopper se agazapó y lo miró fijamente, como retándolo a que se pusiera a su alcance. Pero Bland no estaba para provocaciones.

—¡Maldita sea mi suerte! —gruñó, salvaje—. Justo me vienes con estas el día en que me toca librar.

Ordenó con esfuerzo los cacharros rotos y apiló los trozos en la bandeja. Cuando terminó decidió ignorar a Hopper, que seguía mirándolo con celo, echando chispas por los ojos.

—Aun así me largo, ¿sabes? —me dijo—. Tengo una cita y no pienso perdérmela. No te hará daño; no puede alcanzarte. Además, es probable que se le pase pronto. Si ves que trata de subirse por las paredes, toca el timbre. Quell estará de guardia, pero no lo llames si no es estrictamente necesario, ¿entiendes?

—Pues no lo sé —respondí, dubitativo. No me gustaba la pinta de Hopper—. ¿Cuánto tiempo me va a dejar solo?

—No volveré hasta mañana; pero tranquilo, Quell llegará de un momento a otro. Si no me largo ahora mismo Salzer me obligará a quedarme vigilando a este payaso. Soy el único que puede con él.

Me vino a la cabeza una idea. No me fascinaba quedarme con Hopper, pero con Bland lejos y las llaves de las esposas a dos metros, al menos tenía una oportunidad.

—Me gustaría largarme de aquí contigo. ¿Qué te parece? —dije, echándome hacia atrás con las manos detrás de la cabeza.

—Mi chica ya es bastante alocada sin necesidad de otro tipo revoloteando.

Traté de comer mientras Bland recogía la comida del suelo, pero la forma de mirar, la respiración pesada y la cara deformada de Hopper me revolvieron el estómago. Hice un par de intentos de tragar y alejé la bandeja; lo que quería era un cigarrillo. Era lo que más quería en el mundo.

Bland regresó un rato después. Se había quitado el uniforme blanco y estaba tan elegante que apenas lo reconocí. Su corbata pintada a mano estuvo a punto de dejarme ciego.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirando la bandeja—. ¿Crees que está envenenada?

—No tengo hambre.

Miró a Hopper, quien se había agazapado en la cama una vez más y lo fusilaba con la mirada.

—Bien, no me quedaré sin mi diversión —dijo, sonriendo—. Cálmate, colega, no exageres.

—Necesito un cigarrillo —exigí—. Si no me consigues uno tocaré la alarma antes de que salgas.

—No puedo darte un cigarrillo. Los locos son peligrosos con cerillas en la mano.

—No quiero cerillas. Quiero fumar. Enciende uno y déjame dos más, encenderé uno con el otro.

Si no fumo me pondré violento. No querrás cargar con los dos, ¿verdad?

Sin mucho agrado se deshizo de tres cigarrillos, encendió uno y corrió hacia la puerta.

—Avisa a Quell que se mantenga lejos —dijo desde la puerta—. Tal vez se tranquilice cuando me vaya. Haga lo que haga, no toques el timbre en los próximos cinco minutos; dame tiempo a salir.

Hopper trató de cogerlo, pero estaba demasiado lejos. La forma en que Bland se alejó sugería que le tenía miedo.

Fue la tarde más larga de mi vida; ni me atreví a buscar la llave. No sabía cuándo aparecería Quell y además estaba Hopper, que era todo un problema. ¿Cómo podría reaccionar ese loco? Por lo demás, yo tenía una única oportunidad de alcanzar la llave, y si la desperdiciaba no iba a tener otra. Decidí intentarlo por la noche, cuando Hopper durmiera y Quell descansara. Eso significaba que tenía que evitar las drogas, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Hopper se tranquilizó tan pronto se fue Bland. Se quedó quieto de cara a la pared del fondo, ignorándome y murmurando cosas para sí mismo, pasándose la mano por el pelo rubio. Traté de entender lo que decía, pero sus palabras eran un embrollo de ruidos incoherentes.

Traté de no moverme demasiado, para no llamar su atención, y por eso me quedé fumando, quieto. Cuando conseguía olvidarme de su desequilibrada presencia me preguntaba por Kerman. Sentía curiosidad por saber cómo había convencido a Lessways de que era un escritor dedicado a las enfermedades mentales. Sospechaba que Paula había tenido algo que ver. Por lo menos, ahora conocían la situación y sabían que Anona Freedlander estaba en la misma planta que yo. Sabían que al final del pasillo había una puerta y que la ventana tenía una reja. Para rescatarme, tenían que franquear una u otra. El problema era cómo lo harían.

La puerta se abrió cerca de las cuatro y media. Entró un joven con un traje blanco similar al de Bland. Era delgado, alto, de aspecto débil. Su cara, larga y delgada, tenía el aspecto serio del caballo que corre una carrera. De hecho, parecía un caballo: el largo labio superior y el tamaño de sus dientes le conferían un aire equino. Si hubiera relinchado, no me habría sorprendido. Pero no lo hizo. Lo que hizo fue sonreír.

—Soy Quell —dijo, apoyando la bandeja que sostenía en la mesilla de noche—. Usted es Seabright, ¿verdad?

—No, soy Sherlock Holmes. Si quiere seguir mi consejo, no se acerque a Watson. No tiene un buen día.

Me miró con ojos tristes y preocupados. Adiviné que no llevaba mucho tiempo rodeado de majaras.

—Pero si es el señor Hopper —dijo, en tono ñoño, como si le hablara a un niño.

En ese momento, Hopper se incorporó, abriendo y cerrando los puños y gruñendo.

El chico podía ser un novato, pero era lo suficientemente astuto para ver que Hopper no estaba de buenas. Lo miró como si fuera un tigre que se mete, súbitamente, en el salón de una casa.

—No creo que el señor Hopper quiera té —dije—. Siga mi consejo y no se le acerque hasta que Bland regrese.

—No puedo hacer eso. El doctor Salzer no está y es probable que Bland no regrese hasta la medianoche; la verdad es que no debería haberse ido.

—Ya es tarde para preocuparse por eso. Vuela, hermano. Aléjate de la rabia. Y si puedes traerme un poco de whisky para la cena, te lo agradeceré.

—Me temo que los pacientes no pueden tomar alcohol —repuso seriamente, sin apartar la

mirada de Hopper.

—Entonces tómate uno y hazme la respiración boca a boca.

Dijo que él no bebía alcohol y se fue, perplejo y asustado.

Hopper me miró fijamente. Aquellos ojos centelleantes me dieron un poco de miedo. Esperaba que su tobillo estuviera sujeto con la fuerza suficiente para contenerlo si se le pasaba por la cabeza la idea de soltarse.

—He tenido una idea, Hoppie —dije, hablando lento y claro—. Deberíamos cortarle la garganta al jodido Bland y bebernos la sangre. Ya deberíamos haberlo hecho.

—Sí —dijo Hopper. El brillo de sus ojos empezaba a desaparecer—. Lo haremos.

Me pregunté si sería prudente intentar coger la llave en ese momento pero decidí no hacerlo; no me fiaba del hermano Quell. Si me pescaba haciéndolo, su joven vida se iba a tornar más amarga de lo que lo era ya.

—Montaremos un plan —dije—. Bland es listo y no se dejará coger tan fácilmente.

—Yo montaré un plan también —agregó.

El resto de la tarde Hopper se dedicó a su plan y yo a pensar qué haría si conseguía librarme de las esposas. Parecía improbable escapar de allí, pero si al menos podía encontrar a Anona Freedlander, hablar con ella y decirle que pronto estaría fuera, me daría por momentáneamente contento. Luego, cuando llegara Kerman (sabía que eso sucedería, tarde o temprano) no perderíamos tiempo tratando de encontrarla.

Quell pasó y miró hacia el interior de nuestra habitación. En realidad, no hizo otra cosa que asomar la cabeza por la puerta. Hopper estaba demasiado ocupado con su plan para darse cuenta. Cada vez que aparecía yo hacía señales de silencio, señalando a Hopper y sacudiendo la cabeza. Quell movía la cabeza a modo de respuesta, con aspecto más equino que nunca, y se alejaba en silencio.

Cerca de las ocho, me trajo una bandeja con comida. Acto seguido fue hasta los pies de la cama de Hopper y sonrió.

—¿Querrá comer algo, señor Hopper?

La reacción de Hopper me asustó y a Quell casi le da un paro cardíaco: se lanzó hacia delante con dos brazos que parecían de elástico y rozó con sus dedos la chaqueta blanca de Quell; este dio un salto hacia atrás, se tambaleó y estuvo a punto de caer. Su cara se puso blanca como la harina.

—Creo que el señor Hopper no quiere comer —observé. El trozo de pollo que estaba masticando parecía serrín—. A mí tampoco me entusiasma esta porquería.

Pero a Quell no le importaba lo que yo pensase. Salió de la habitación rápido como el viento, acobardado, dando un portazo a sus espaldas.

Hopper se arrancó las sábanas y salió detrás de él. Aterrizó en el suelo con un golpe seco, sujeto por el tobillo, y se puso a gritar, tirando de la cadena y haciéndose más daño. Cuando descubrió que era imposible liberarse, se arrastró hasta la cama y comenzó a tirar de la cadena. Yo lo observaba, helado. Desde mi posición la cadena parecía tremendamente frágil. El solo hecho de pensar en que ese loco pudiera soltarse mientras yo estaba encadenado me retorció la espina dorsal. Estiré la mano hasta el timbre y lo apreté.

Ahora estaba agarrando la cadena con ambas manos y, con el pie apoyado en la barandilla de la cama, tiraba hacia atrás con todas sus fuerzas; la cara se le puso violeta del esfuerzo. La barandilla se dobló, pero se mantuvo en su sitio, lo mismo que la cadena. Cuando Hopper se dejó caer para atrás, jadeando, supe que ya había pasado el peligro; tenía la cara cubierta de sudor. Aunque no fui demasiado consciente de ello, esos minutos fueron, probablemente, unos de los más duros de mi

vida.

El color violáceo de Hopper dejó paso al blanco pálido. Estaba tumbado tranquilo, con los ojos cerrados. Le observé y esperé. Pasado un rato, para mi sorpresa, se puso a roncar.

Entonces llegó Quell, con una camisa de fuerza; pálido pero decidido.

—Tranquilízate —aconsejé. Me sorprendió el temblor de mi voz—. Se ha quedado dormido. Será mejor que le eches un vistazo a las esposas. Pensé que iba a soltarse.

—No podría hacerlo —dijo Quell, dejando caer la camisa de fuerza—. Son cadenas de fabricación especial. —Se acercó a Hopper. Lo miró—. Será mejor que le dé una inyección.

—No seas tonto —le advertí—. Bland te dijo que no te acercaras.

—Pero tengo que darle la inyección —insistió—. Si tiene otro ataque puede acabar mal. No es que quiera, pero es mi deber.

—¡Al diablo con el deber! —exclamé con impaciencia—. Ese chico es una bomba. Déjalo.

Quell se acercó a la cama con mucha cautela y observó a Hopper. El ronquido continuó, cada vez más firme, y Quell colocó las sábanas nuevamente sobre la cama. Lo miré sin soltar la respiración, temeroso de que Hopper estuviera fingiendo; para acercarse tanto a aquel chiflado había que ser completamente estúpido o tener temple de acero.

Quell metió las sábanas bajo el colchón y se quedó de pie, no demasiado cerca. Por la frente le corrían gotas de sudor; comprendí que no era estúpido. Un chico así, a mis órdenes, se habría ganado una medalla.

—Parece que está bien —dijo, con alegría—. Voy a ponerle la inyección. Si duerme bien esta noche estará mejor por la mañana.

Eso me era de mucha ayuda, pero seguía preocupado. Ni una montaña de medallas, ni todo el dinero del mundo, me habrían hecho acercarme tanto a Hopper.

—Te la juegas —avisé, solemne—. Soy Sherlock Holmes, no lo olvides.

Salió, triste como antes. Los minutos pasaron lentamente. Hopper no volvió a moverse. Seguía roncando, flojo y exhausto.

Quell regresó al cabo de diez minutos, que parecieron horas. Traía una bandeja cubierta por una toalla.

—Mira —le ofrecí—, sácame las esposas. Si tienes problemas podré ayudarte. Eres un chico sensato. Si se despierta, podré golpearle la cabeza.

Me miró severamente, como un caballo olisqueando un fajo de avena de origen sospechoso.

—No puedo —contestó—. Va en contra del reglamento.

Bien. Eso era todo lo que podía hacer. El balón estaba en su campo y dependía de él.

—Como quieras. Rezaré por ti.

Llenó la jeringuilla y se acercó a Hopper. Se me erizó el vello de la nuca y el corazón empezó a golpearme las costillas con fuerza.

Quell estaba tembloroso, pero su cara de caballo seguía imperturbable. Levantó la manga del pijama con suavidad y acercó la jeringuilla al brazo; era como ver a un hombre jugando con la mecha de una bomba de acción retardada. No podía hacer otra cosa que mirarlo y sudar; y vaya si sudé, deseando que se diera prisa y que, por Dios, no se quedara allí haciendo el tonto.

A pesar de llevar gafas, era un poco corto de vista y no conseguía dar con la vena. Acercaba más y más la cabeza, escudriñando el vigoroso brazo. Parecía no entender lo peligroso que era Hopper; solo intentaba hacer un buen trabajo. Cuando estaba a treinta centímetros de Hopper, asintió con la cabeza, como si hubiera encontrado por fin lo que buscaba. Colocó la aguja de lado, suavemente.

Yo ya no era capaz de respirar y me aferraba a las sábanas con fuerza. Entonces, en el momento en que iba a clavar la aguja, retrocedió con impaciencia y fue hasta la bandeja que había dejado sobre la cajonera.

—¿Qué diablos te pasa ahora? —pregunté, sibilante.

—Se me ha olvidado el éter —dijo—. Soy estúpido. Siempre hay que limpiar la piel antes de pinchar.

Sudaba tanto como yo, pero había aprendido que antes de dar una inyección había que usar éter y ese era el modo en que iba a hacerlo. No iba a cambiar ese procedimiento aunque en ello le fuera la vida.

Mientras Quell le pasaba el éter, Hopper se movió un poco. Yo estaba en el borde de la cama, nervioso y expectante. La mano de Quell volvió a la espantosa caza de la vena, esta vez con menos seguridad. Bajó la cabeza a un palmo del brazo de aquel loco, con la mirada atenta a su piel.

De pronto, Hopper abrió los ojos. Quell estaba demasiado ocupado para advertirlo.

—¡Cuidado! —grité.

Antes de que Quell pudiera hacer nada, Hopper, veloz como una serpiente, lo cogió por la garganta.

Con un violento tirón aparté las pesadas sábanas y salí de la cama. Pensé que si le aplicaba la fuerza suficiente sería capaz de arrancarla, para poder arrastrarla por el suelo hasta Hopper; pero la cama se mantuvo firme en su sitio y solo conseguí quedarme sin aliento. El salvaje grito de Quell rebotó en el cielorraso y estalló en mi cabeza como metralla. Volvió a chillar, y el aullido se transformó en un escalofriante gorgoteo de sangre. Hopper le cortó la respiración.

No quise mirar. En lugar de eso me incorporé, me deslicé a un extremo, pasé el pie libre por la baranda y lo bajé al piso. Sentía tanto pánico que apenas podía respirar y temblaba como un viejo paralítico. Me estiré hasta que las puntas de mis dedos rozaron el cajón superior de la cajonera. A mis espaldas se oyó un gruñido salvaje; jamás había oído un ruido así y jamás querré volver a oírlo. Me estiré frenéticamente hacia el cajón. Mis uñas consiguieron rozar el tirador. Tiré de las esposas, desesperado, y la piel del tobillo me dolió como si estuviera abrasándose.

Mis uñas engancharon el tirador y el cajón se abrió un par de centímetros, lo suficiente para tirar de él y hacerlo caer ruidosamente al suelo. Había vendajes quirúrgicos y toallas. Colgado de la barandilla, busqué como un enajenado entre todas esas cosas, desesperado por hallar una llave.

Un quejido a mis espaldas hurgó en mis nervios aún más, pero no interrumpí mi búsqueda. Por fin, la llave apareció entre dos toallas y me balanceé hacia atrás, sollozando y tratando de coger aire. Busqué la cerradura de las esposas, hundí la llave y las abrí. Me sangraba el tobillo, pero eso era lo de menos.

Salí de la cama y crucé la habitación; entonces me frené, retrocedí dos pasos y tragué toda la saliva que había acumulado.

Hopper me miraba sonriendo maliciosamente desde detrás del cuerpo de Quell, mostrándome los dientes. Tenía la boca llena de sangre. Había sangre por todos lados: sobre las sábanas, sobre las paredes, sobre Quell y sobre él mismo.

Quell estaba tirado sobre la cama como un maniquí con las ropas teñidas de rojo. Sus ojos entrecerrados me miraban llenos de espanto. Hopper le había hundido los dientes en la yugular. Estaba más muerto que un pez fuera del mar.

—Dame la llave —susurró—. Morirán otros, esta noche.

Me aparté. Yo me creía un tipo duro, pero no frente a eso. Frente a eso era Malloy, el mierdecilla, sudando frío y sosteniendo una bola de plomo en el estómago. Había visto algunas escenas terribles en la vida, pero esta se llevaba el Óscar.

—Dame la llave o te mataré a ti también —amenazó Hopper, empujando el cuerpo de Quell al suelo. Reptó por su cama en mi dirección, con la cara tensa y la boca ensangrentada brillando bajo la luz tenue de las lámparas; una pesadilla de prestidigitador; una escena de las que nadie se cree.

Empecé a moverme en círculos y hacia atrás, camino de la puerta.

—No me dejes, Seabright —advirtió Hopper, echando chispas por los ojos—. ¡Dame la llave!

Llegué a la puerta y mi mano se cerró sobre el tirador. Hopper soltó un alarido de furia salvaje y avanzó hacia mí; la cama se sacudió, pero no se movió. Las garras de sus dedos trazaron garabatos sobre la alfombra, a dos metros de mí.

Yo temblaba. Abrí la puerta y estuve a punto de caer de bruces. Cuando cogí la puerta del lado opuesto para cerrarla, volvió a estallar aquel espantoso sonido animal.

Por un instante me quedé de pie en el pasillo. El corazón me daba saltos y las rodillas casi no podían sostenerme. Me tomó unos minutos recobrarme. Apoyé una mano en la pared, para no caerme,

y me dirigí lentamente a la maciza puerta del final del pasillo. Cuando llegué, la recorrí con las manos, regodeándome en el tacto de la goma fría contra mi piel caliente. Giré el tirador, pero no pasó nada: la puerta tenía el cerrojo echado y estaba tan cerrada como la tumba de un faraón.

Tenía que salir de allí como fuera; la idea de volver a esa habitación mortuoria me daba escalofríos. Agarré el pasador de la puerta y me apoyé sobre ella con todo mi peso; hubiera sido igual de fácil empujar la Gran Muralla China.

Retomé mis pasos hacia la ventana enrejada. Solo habría podido moverla con una palanca de hierro, y ni siquiera así habría podido abrirla por completo.

Lo siguiente que hice fue buscar un arma. Necesitaba algo para usar como porra en caso de que apareciera alguien. Hasta un Malloy puede tener una idea de tanto en tanto.

Caminé por el pasillo. La primera puerta no tenía echada la llave. Miré dentro de la sala oscura con cautela. Traté de escuchar y solo oí mi respiración. Tanteé las paredes en busca del interruptor de la luz y cuando por fin di con él lo pulsé.

Probablemente era la habitación de Quell: estaba limpia y ordenada. No había ningún arma, ni nada que pudiera usarse como tal. Encontré un uniforme blanco colgado de una percha y tuve una idea. Me metí en el cuarto y me lo probé, pero me quedaba tan bien como la piel de un topo a un oso polar, así que cambié de idea.

En el siguiente cuarto tampoco había señales de vida. Sobre una cama de aspecto sucio había un enorme cartel impreso en colores que mostraba a una chica luciendo un collar de perlas y una cuerda con un lazo. La chica me sonreía de manera insinuante, pero no le hice caso. Eso demostraba que aquella era la habitación de Bland. Entré y cerré la puerta. Tras revisar la cajonera encontré, entre otras cosas, una porra revestida de piel con una correa para colgarla de la muñeca. Era pequeña y bien balanceada: justo lo que estaba buscando.

En el armario encontré un uniforme y me probé la chaqueta. Era grande, pero me quedaba razonablemente bien.

Me cambié y dejé el pijama en el suelo. Cuando me vi vestido y calzado otra vez, me sentí mucho mejor; un tipo descalzo y en pijama no está en las mejores condiciones para pelear. Me metí la porra en el bolsillo trasero. Habría preferido un revólver.

En el fondo del armario encontré una botella de whisky irlandés. Rompí el precinto, giré la tapa y eché un trago. El whisky bajó suavemente y explotó en mi estómago como una bomba Mills.

«Buena bebida», me dije. Para asegurarme, eché otro trago. Seguía siendo muy bueno. Me guardé la botella en el bolsillo trasero y volví a la puerta; ahora sí que estaba avanzando.

En cuanto abrí la puerta oí unos pasos. Esperé, inmóvil. Cruzó el pasillo —murmurando algo para sí— la enfermera de cara afilada. Pasó muy cerca de mí, tanto que me habría visto de haber mirado en mi dirección; por suerte no lo hizo. En lugar de ello, abrió la puerta del pasillo, se metió en un cuarto mal iluminado y cerró la puerta.

Los minutos pasaron lentamente. Rodó por el pasillo una pelusilla empujada por una corriente de aire; un chaparrón inesperado golpeó la ventana enrejada; el silbido del viento se colaba por las rendijas. Yo seguí esperando. Si podía evitar darle un porrazo a la enfermera, tanto mejor. Cuando hay que golpear a una mujer, me pongo sentimental. Ellas, en cambio, me golpean con frecuencia.

Volvió a aparecer la enfermera. Caminó a lo largo del pasillo, sacó una llave y abrió la puerta principal. A través de la puerta abierta se veía una escalera que llevaba a algún sitio iluminado. Salté hacia delante para ver mejor, pero la puerta se cerró.

Me consolé pensando que, de todos modos, no estaba listo para irme, no aún. La puerta podía esperar. Decidí que lo mejor era investigar en el cuarto que acababa de abandonar la enfermera;

puede que Anona estuviera allí.

Saqué la porra, me negué a tomar otro trago y caminé por el pasillo. Me detuve delante de la puerta, pegué la oreja y traté de escuchar; solo se oían el viento y la lluvia contra la ventana enrejada. Miré hacia atrás por encima de mi hombro; nadie me espiaba desde las otras puertas. El pasillo estaba tan vacío y abandonado como una iglesia el lunes por la tarde. Cogí el picaporte y lo moví lentamente. La puerta se abrió y me encontré con un cuarto muy similar al mío.

Había dos camas. Una estaba vacía; en la otra había una mujer. Una lámpara proyectaba una tenebrosa luz azul sobre las sábanas blancas y la cara pálida de la mujer. Descansaba sobre el cojín una corona de pelo rubio. Sus ojos miraban el cielorraso con la mirada perpleja de un niño perdido.

Empujé la puerta un poco más y entré al cuarto lentamente, cerrando la puerta y apoyándome contra ella. Me pregunté si gritaría; el revestimiento de goma de la puerta me dio la tranquilidad de que no la oirían si llegaba a hacerlo, aunque de todos modos, no lo hizo. Sus ojos siguieron mirando fijamente al exterior, y su mejilla tembló de forma casi imperceptible. Esperé. No me corría prisa y no quería asustarla.

Los ojos, lentamente, pasaron del cielorraso a la pared y de la pared a mí. Nos miramos. Me di cuenta de que mi respiración se había normalizado y de que la porra era tan necesaria como una pistola en un coro de niños. Por eso la guardé en el bolsillo.

Me estudió. Su mejilla seguía temblando y sus ojos se agrandaron.

—Hola —dije, alegre y tranquilamente. Hasta pude sonreír.

El tacto de Malloy para tratar con enfermos convalecientes. Un talento del que sus nietos hablarían con admiración, si es que llegaba a tenerlos.

—¿Y usted quién es?

No gritó, ni trató de subirse por las paredes; pero el temblor seguía haciendo de las suyas.

—Soy algo así como un detective —respondí, tratando de ganarme su confianza—. He venido a llevarla a casa.

Ahora que estábamos más cerca, noté que las pupilas de sus ojos azules eran finas como alfileres.

—No tengo ropa —dijo—. Me la quitaron.

—Yo le buscaré ropa. ¿Cómo se siente?

—Muy bien. —La cabeza rubia giró a derecha e izquierda—. Pero no me acuerdo de nada; ni de quién soy. El hombre de pelo blanco me dijo que perdí la memoria. Es muy amable, ¿verdad?

—Eso me han dicho —contesté con cuidado—. Pero usted querrá irse a casa.

—No tengo casa. —Sacó un brazo desnudo de debajo de las sábanas y se pasó los delgados dedos por el cabello. Luego bajó la mano hasta la mejilla saltarina y apretó un dedo sobre ella, tratando de esconderla—. No sé dónde está, pero la enfermera me dijo que la están buscando. ¿La ha encontrado usted?

—Sí. Por eso precisamente he venido.

Se quedó pensando y frunció el ceño.

—¿Así que sabe quién soy? —dijo, finalmente.

—Se llama Anona Freedlander y vive en San Francisco.

—¿Sí? No me acuerdo de nada. ¿Está seguro?

Miré su brazo de reojo. Estaba marcado por innumerables cicatrices pequeñas. La habían mantenido drogada durante mucho tiempo; en ese mismo momento estaba bastante drogada.

—Sí, estoy seguro. ¿Puede levantarse de la cama?

—Creo que no tengo ganas. Quiero dormir.

—Muy bien, duerma, entonces. Todavía no estamos preparados para salir. Nos iremos dentro de un rato, cuando haya descansado.

—No tengo ropa, ¿ya se lo he dicho? Estoy desnuda. Tiré mi camisón en el baño y la enfermera se enfadó.

—No se preocupe por eso. Cuando sea el momento, le buscaré algo que ponerse.

Sus párpados cayeron de golpe, pesadamente, y se abrieron de nuevo, con mucho esfuerzo. El dedo soltó la mejilla, que había dejado de saltar.

—Me gusta usted —murmuró, durmiéndose—. ¿Puede repetirme su nombre?

—Malloy. Vic Malloy. Algo así como un detective.

Ella asintió.

—Malloy. Intentaré recordarlo, mi memoria no es muy buena. Me parece que me olvido de todo.

—Se le volvieron a caer los párpados; me quedé mirándola—. Y que no consigo mantenerme despierta.

Después de una larga pausa, cuando creí que ya se había dormido, agregó:

—Lo mató ella. Yo estaba allí. Cogió el revólver y le disparó. Fue un horror.

Me froté la cara con el dedo índice. El cuarto quedó en silencio; ella se había dormido. Sea lo que fuere que le había metido la enfermera, se la llevó lejos, a la tierra del olvido. Era posible que no regresara con nosotros hasta la mañana. Eso significaba que para salir iba a tener que cargar con ella, si es que conseguía encontrar una salida. Ya habría tiempo de pensar en ello; en caso de que hubiera que cargarla, podía envolverla con una sábana, pero si quería caminar, tendría que encontrarle algo de ropa que ponerse.

Miré por la habitación. La cajonera estaba a los pies de la cama. La mayoría de los cajones estaban vacíos, o bien llenos de toallas y sábanas de repuesto. No había ropa.

Fui hasta el armario, lo abrí y miré dentro. Había una bata, unas zapatillas y dos grandes maletas apiladas con pulcritud en el estante superior. Bajé una de las maletas; las tapas tenían grabadas las iniciales AF. Aflojé las correas y la abrí. Dentro estaba la solución a mi problema: un uniforme de enfermera.

Metí los dedos en uno de los bolsillos, en el cual encontré un pequeño diario de 1948.

Lo hojeé rápidamente; había pocas entradas, y estaban bastante separadas cronológicamente las unas de las otras. Había varias referencias a un tal Jack que, sospeché, podía ser Jack Brett, el desertor de la Marina que había mencionado Mifflin.

24/1 Cine con Jack a las 7:45

28/1 Cena en L'Etoile. Cita con Jack a las 6:30

29/1 Fin de semana en casa

5/2 Jack ha regresado al barco

No había más entradas hasta el 10 de marzo:

10/3 Sin noticias de Jack

12/3 El doctor Salzer me ofreció un trabajo fuera. Acepté la oferta

16/3 Comencé a trabajar en Crestways

18/3 Hoy murió el señor Crosby

El resto del diario eran hojas en blanco, como su vida desde ese mismo día. Fue a Crestways supuestamente a cuidar a alguien y había presenciado la muerte de Crosby. Es decir, que llevaba dos años encerrada en esa habitación, ciega de drogas que le administraban para que su memoria dejara de funcionar. Era evidente que así había sido; pero ella todavía podía recordar. El espanto que había presenciado no se le había borrado de la mente. Tal vez estuviera cuando las mujeres forcejeaban por la pistola; seguramente había presenciado el disparo.

Me quedé mirando la cara pálida e inmóvil. Esa cara, tiempo ha, había mostrado decisión y carácter. No parecía ser del tipo de persona que se guarda cosas ni que se deja tentar por la pasta. Parecía más bien de esas que insisten en llamar a la policía cuando hay un problema. Seguramente por eso la habían encerrado.

Buscando concentración, me rasqué un lado de la cara y agité entre mis manos el pequeño diario. Tenía que salir de allí, y pronto.

De repente —como si mis pensamientos se hubieran materializado—, hubo un estallido aterrador que sacudió todo el edificio como si se hubiera derrumbado una parte del mismo.

Estuve a punto de caerme de espaldas. Con dos saltos llegué a la puerta y la abrí de un golpe; el pasillo estaba lleno de ladrillos y de polvo. Entre los escombros aparecieron dos hombres (Jack Kerman y Mike Finnegan), que corrieron hasta la habitación de Hopper armados con sendos revólveres. Chillé de felicidad al verlos. Se acercaron a mí, y me cubrieron con sus armas.

Kerman aflojó la cara y sonrió.

—Cortesía de Universal Services —dijo—. ¿Te apetece un trago, amigo?

—Lo que me apetece es un pequeño viaje hasta una rubia sin ropa —respondí.

Le di un abrazo. La palmada de Mike me hizo tambalear.

—¿Qué hicieron, una demolición?

—Le pusimos un par de cadenas a la ventana y la enganchamos a un camión de diez toneladas —me dijo Kerman. Tenía una sonrisa de oreja a oreja—. Ha sido un poco bestia, pero infalible. ¿Dónde está esa rubia?

La antigua ventana enrejada ahora era un agujero lleno de ladrillos despedazados. Fuimos a la habitación de Anona; Finnegan se quedó vigilando. Envolvimos a la chica inconsciente en diez segundos y la llevamos fuera de la habitación.

—Mike, protege la retaguardia —dije, mientras cruzábamos el agujero—. Si hace falta, dispara.

—Carga a la chica sobre mi espalda —ofreció Kerman—. Cerca de la pared hay una escalera.

Lo ayudé a subir por los ladrillos despedazados. Cerca de su cara colgaban un brazo y una pierna.

—Ahora entiendo por qué hay tipos que se hacen bomberos —bromeó mientras bajaba la escalera con sumo cuidado.

Abajo había un enorme camión; Paula estaba al pie de la escalera. Me saludó con la mano.

—¡Bien, Mike, nos vamos! —grité.

Cuando Mike llegó junto a mí apareció la enfermera de cara afilada. Nos miró incrédula y empezó a gritar tan pronto vio el agujero en la pared.

Bajamos la escalera corriendo y subimos al camión tan rápido como nos fue posible. Preparada al volante, Paula metió la primera marcha y salió pisando unos canteros de flores.

Kerman había dejado a la rubia en el suelo del camión.

—Vaya, si hubiera sabido de esta belleza habría venido antes —dijo, sin dejar de mirarla.

Cuando sonó el timbre del conmutador, una rubia platino dejó a la vista su sinuosa silueta y se acercó a mí. Me informó de que el señor Willet me recibiría enseguida. Hablaba como si aquello fuera un iglesia; parecía un exmiembro de las chicas de Izzy Jacob, del Orchid Room Follies.

Las caderas bamboleantes me llevaron de la oficina al despacho privado. Golpeó la puerta con una uña pintada de esmeralda, la abrió y me cedió el paso de un modo que destacaba cada una de sus curvas.

—El señor Malloy está aquí —anunció.

Se quedó a mi lado y me hizo señal de que entrara.

Willet estaba parapetado detrás de un escritorio de tamaño XL, mirando con curiosidad un documento que tenía todo el aspecto de ser un último testamento. Sin tan siquiera levantar la vista me indicó que me sentara en un sillón.

La rubia platino se largó y yo la miré irse; me dio pena que la puerta se cerrara detrás de ella. Me senté y miré el interior de mi sombrero, intentando recordar cuándo lo había comprado. Seguramente había pasado mucho, mucho tiempo. Me prometí a mí mismo un sombrero nuevo si Willet me soltaba un poco más de pasta. Si no, pues ese ya me estaba bien.

Pensaba en cosas como esas para entretenerme; Willet parecía estar atrapado en una película legal: la historia de un abogado de primera en pleno proceso de ganar pasta. Casi se podía escuchar los dólares caer en la cámara de su banco.

—¿Quiere un cigarrillo? —dijo de repente. Parecía ausente. Empujó una cigarrera de plata hacia mí, sin quitarle los ojos de encima al montón de papeles que tenía en la mano.

Cogí un cigarrillo de boquilla dorada y lo encendí. Supuse que me haría sentir también a mí como un fabricante de dinero, pero no fue el caso. Era una de esas cosas que parecen mejores de lo que son.

De repente, cuando yo ya me preparaba para dormitar un poco, dejó todos los papeles y empujó su sillón hacia delante.

—Bien, señor Malloy, vayamos con lo nuestro; dentro de diez minutos tengo otra cita.

—Entonces habría sido mejor venir en otro momento —contesté—. No nos alcanzarán diez minutos. No sé cuánto le importa a usted la cuenta de los Crosby, señor Willet, pero supongo que es una cuenta con un monto importante. Lo cierto es que no me sorprendería que dejara de tenerla muy pronto.

Mi comentario lo descolocó. Me miró, extrañado, aplastó el cigarrillo y se inclinó sobre la mesa del escritorio.

—¿Qué insinúa exactamente?

—¿Quiere los detalles o los trazos gruesos? —pregunté.

—¿Cuánto tiempo necesitamos?

—Media hora, o un poco más; y las preguntas. Digamos una hora. Tranquilo, no va a aburrirse.

Se mordió el labio inferior, frunció el ceño, cogió el teléfono y canceló sus tres citas siguientes; no le gustaba tener que recurrir a eso, pero lo hizo de todos modos. Diez minutos con un tipo como Willet cuestan cien dólares. A los clientes, no a él.

—Pues empecemos ya —dijo, reclinándose—. ¿Por qué no vino antes?

—Eso es parte de lo que le voy a contar —le contesté.

Coloqué mi sombrero bajo mi silla. Tuve una corazonada: muy pronto iba a poder comprarme

un sombrero nuevo.

—Pasé los últimos cinco días en una clínica para enfermos mentales.

No iba a conseguir conmocionarlo tan fácilmente.

—Pero antes de seguir, me gustaría preguntarle por la cuenta de la señorita Crosby. ¿Pudo examinarla?

Negó con la cabeza.

—El gerente se negó. Tenía derecho a hacerlo; si el asunto se hubiese divulgado habría perdido la cuenta, y es una cuenta muy grande. Afirmó que habían colocado el dinero del seguro en acciones y que lo habían retirado.

—¿Cuándo fue eso?

—En cuanto se aprobó el testamento.

—¿Y ya le ha pedido a la señorita Crosby que venga a verle?

—Sí, vendrá mañana por la tarde.

—¿Cuándo le escribió?

—Hace cinco días. El martes.

—¿Le contestó?

Dijo que sí.

—No creo que la cita siga en pie, aunque ya veremos. —Dejé caer la ceniza en el cenicero de plata—. Bien, eso es todo en cuanto a nuestro trabajo en común. Ahora, mejor sigo con mi historia.

Le conté la visita de MacGraw y Hartsell. Willet escuchó y se hundió en su butaca. Sus ojos no expresaban un gran interés. Cuando le describí la paliza, ni risas ni lágrimas. Después de todo, no era a él a quien le había sucedido, ¿por qué iba a parecerle interesante? Pero cuando le conté lo de la aparición de Maureen, bajó las cejas, frunció el ceño y empezó a dar golpecitos con las uñas sobre el escritorio, que era probablemente lo más parecido en él a una muestra de excitación.

—Me llevó a una casa en los acantilados de la autopista de San Diego. Según me dijo, era suya. Un sitio muy agradable, de los solo aptos para estrellas de cine. ¿Tenía constancia de su existencia?

Negó con la cabeza.

—Nos sentamos a conversar. Maureen quería saber por qué andaba husmeando en sus asuntos y le mostré la carta de su hermana. Algo la asustó. No fingía: estaba realmente asustada. Le pregunté si le estaban haciendo chantaje y lo negó. Según me dijo, Janet la odiaba. ¿Es verdad?

Willet, en ese momento, jugaba con un cortapapeles. Su cara no mostraba ni una emoción, pero en sus ojos se veía cierta inquietud.

—Que yo sepa, no se llevaban bien. No sé más. Ya sabe cómo son las hermanastras.

Durante unos minutos no pasó nada. Solo se oía el tictac del reloj que Willet tenía en su escritorio.

—Siga —dijo, bruscamente.

—Usted debe de saber que Janet estaba comprometida con un tipo llamado Douglas Sherrill; lo que probablemente no sepa es que Sherrill no es trigo limpio. Es posible que haya cumplido condena, seguramente por estafa. Según Maureen, ella le robó el novio a Janet.

Willet se quedó callado, esperando.

—Las dos chicas discutieron y terminaron peleando. Janet cogió un revólver. El viejo Crosby la vio, trató de arrebatárselo y terminó recibiendo un disparo mortal.

Por un momento creí que Willet saltaría de su silla, pero guardó la calma y me preguntó con una voz de ultratumba:

—¿Eso se lo contó Maureen?

—Sí. Quería soltarlo todo; pero espere, que lo que sigue también le gustará. Había que ocultar lo que había pasado. Yo no tenía razón cuando dije que Salzer firmó el certificado de defunción: lo firmó su esposa. Según me dijo, es médica y amiga de la familia. La llamó una de las chicas y ella hizo los arreglos. Lessways, que cuando hay dinero de por medio no es de los que se ponen duros, aceptó sin preguntar el cuento de que Crosby se había matado por accidente mientras limpiaba un arma. Confió en su palabra, lo mismo que Brandon.

Willet encendió un cigarrillo. Era como un hombre hambriento que descubre que el pastel que le han dado está hueco.

—Siga.

—Por alguna razón, en el momento del disparo estaba en la casa una enfermera llamada Anona Freedlander, que lo vio todo. La señora Salzer no quiso correr riesgos, de modo que la encerró y se aseguró de que no hablara. Desde entonces la chica ha estado en una habitación insonorizada.

—¿Se refiere a que la retuvieron allí contra su voluntad?

—No solo eso, sino que la han estado drogando durante dos años.

—¿Está sugiriendo que Maureen sabe todo esto?

—No lo sé.

Para entonces la respiración de Willet se había vuelto muy pesada. La posibilidad de que una clienta con tanto dinero como Maureen Crosby fuera una secuestradora parecía impresionarlo; por otra parte, la situación de Anona Freedlander no le había movido un pelo.

—Da la casualidad de que anoche sacamos a la chica de la clínica —agregué.

—¿Sí? —preguntó, desconcertado—. ¿Puede representar un problema?

Sonreí sarcásticamente.

—Me parece que es más que probable. ¿Usted no iniciaría acciones si lo encerraran durante dos años solo porque unos ricachones no quieren salir en las noticias?

Se cogió el mentón y meditó una respuesta.

—Tal vez podríamos compensarla —propuso finalmente, no del todo feliz—. Lo mejor sería que la viera.

—No va a verla nadie hasta que no esté lista; ahora no sabe ni quién es. —Apagué su cigarrillo y encendí uno de los míos—. Hay que denunciar el secuestro a la policía. Cuando lo hagamos, la historia aparecerá en todos los titulares. Su trabajo será entregar todos los millones al Centro de Investigaciones. Tal vez quieran que usted siga manejando la cuenta, pero es probable que no sea así.

—Razón de más para que la vea y hable con ella —dijo—. Estas cosas, en general, se pueden arreglar.

—Yo no lo tengo tan claro. Además, está mi pequeño incidente: también a mí me secuestraron. Me retuvieron contra mi voluntad durante cinco días y me drogaron. También eso debería denunciarse a la policía.

—¿Por qué se excluye de la investigación? —contestó—. Estaba a punto de ofrecerle un extra: pongamos que otros quinientos dólares —agregó, sonriendo por primera vez desde mi entrada al despacho.

Eso me aseguraba el sombrero nuevo.

—Es tentador. Podemos considerarlo un seguro contra todo riesgo —dije—. Pero tendría que ser aparte de los honorarios que ya me está pagando.

—De acuerdo.

—Vale, de momento podemos dejar a Anona Freedlander y seguir con la historia. Ahora viene lo mejor.

Empujó la silla y se levantó. Cruzó la sala hasta el pequeño bar que tenía en la pared de enfrente y volvió con una botella de Haigh & Haigh y dos vasitos.

—¿Bebe de esto? —preguntó, volviendo a sentarse.

Le dije que lo hacía cuando podía.

Sirvió dos whiskys, deslizó uno por el escritorio, se metió el otro entre pecho y espalda y volvió a llenar su vaso inmediatamente.

Colocó la botella entre los dos.

—Sírvese —ofreció.

Tomé un poco de whisky. Era muy bueno; el mejor que había tomado desde hacía meses. Era maravilloso ver hasta dónde podía llegar un abogado importante cuando veía que se avecinaban problemas y que estaba en juego su reputación.

—Según Maureen Crosby, la muerte de su padre enloqueció a Janet. Es posible que sea cierto. Pero su forma de demostrarlo era extraña, jugando al tenis y yendo de aquí para allá, que es lo que hizo. De todos modos, parece que Janet se suicidó seis o siete semanas después con arsénico.

Una gota de whisky tembló en el vaso de Willet.

—¡Dios mío! —exclamó.

—También lo ocultaron, pero en ese momento la señora Salzer estaba fuera, y Salzer y Maureen llamaron al doctor Bewley, un viejo ignorante e inofensivo. Le dijeron que Janet sufría de endocarditis maligna y el viejo extendió, servicial, un certificado de defunción; Janet tenía una asistenta: Eudora Drew, quien supongo que oyó a Salzer y a Maureen tramar el engaño. Los chantajeó. Le pagaron. Conseguí su dirección y la fui a ver. La muy astuta me engañó y le contó a Salzer que le había ofrecido quinientos dólares por sus palabras y que si le daban más dinero no hablaría; la señora Salzer tenía una respuesta: mandó a un matón que tenía en la clínica para que hablara con ella. Según la señora Salzer, la mató porque se pasó de la raya.

Willet aspiró el humo lentamente. Tomó un trago; lo necesitaba.

—John Stevens, el mayordomo de la familia, sospechaba algo. Cuando estaba a punto de conseguir hacerle hablar, unos matones que trabajan para Sherrill se lo llevaron a rastras; por lo visto, también se pasaron de la raya y Stevens murió. Van dos asesinatos. Ahora viene el tercero. ¿Le gusta?

—Siga.

—¿Se acuerda de la enfermera Gurney? La señora Salzer admitió que la secuestró. Según dice, la enfermera se cayó por las escaleras de emergencia y se rompió el cuello. La enterraron en alguna parte del desierto. Eso también es asesinato.

—Esto es fantástico —comentó Willet—. Increíble.

—Solo los motivos son increíbles. Hay dos personas, la señora Salzer y Sherrill, que cometen crímenes, secuestran a Anona y me secuestran a mí, para proteger a una chica. Eso sí que es increíble. Me parece que en este asunto hay mucho más de lo que sabemos. Esas personas ocultan algo mucho más importante y pienso averiguar qué es.

—No les preocupan los periódicos —dijo Willet—. Hay mucho dinero en juego.

—Sí, pero insisto en que hay algo que todavía no hemos descubierto, y voy a encontrarlo. Pero siga escuchando, que todavía no he terminado y el final es lo mejor. Cuando Maureen recibe su dinero, Sherrill cambia. Se vuelve un chantajista. Le dice que hará circular por la prensa todo tipo de rumores y que todos se enterarán del asesinato de su padre y del suicidio de Janet; a no ser que Maureen le compre el Dream Ship. Ella lo compra; por eso cambió el dinero del seguro por acciones que luego le daría a Sherrill. Imagine qué harán los medios si se enteran de que Maureen Crosby

financia una casa de juego. ¿No es suficiente para que el dinero de los Crosby pase al Centro de Investigaciones?

Willet se las apañó para parecer de color verde sin haberse puesto verde.

—¿Maureen compró el Dream Ship?

—Eso me contó. También dijo que Sherrill le daba miedo. Este hizo su aparición en el momento más dramático de nuestra conversación, y amenazó con encerrarnos a Maureen y a mí en un sitio donde nadie nos encontraría. Estaba por discutir su propuesta cuando me dieron por detrás con una porra; lo siguiente que recuerdo es la clínica. No le haré perder el tiempo con lo que pasó allí. Mi ayudante engañó a Lessways, le hizo creer que era un escritor muy conocido y consiguió hacerse invitar a la clínica. Me descubrió, me sacó y pudimos llevarnos a lo que queda de la enfermera Freedlander. Quiero saber qué hizo Sherrill con Maureen. Si mañana no aparece, apostarí a que está escondida, supongo que en su barco; si aparece, será la prueba definitiva de que forma parte del negocio.

Willet sirvió otro whisky. Su pulso no era muy firme.

—Es poco probable —dijo.

—Quiero verlo. ¿Tiene usted potestad para bloquear el dinero en caso de que Sherrill la tenga secuestrada?

—No tengo ningún poder sobre ese dinero. Lo único que puedo hacer es decirles a los demás apoderados que se han roto los términos del testamento.

—¿Quiénes son?

—Glynn y Copley, mis jefes. Están en Nueva York.

—¿Tiene que consultarles?

—No por ahora. —Se frotó la mandíbula—. Voy a serle franco, Malloy. No van a vacilar en llevar el contrato hasta las últimas consecuencias y no les va a importar que la chica sea culpable o inocente. El testamento, en mi opinión, es excesivamente severo. Crosby decidió que si Maureen se metía en líos, el dinero iría al Centro de Investigaciones. Estaba harto de sus aventuras y no se dio cuenta de que así la dejaba indefensa frente a chantajistas sin escrúpulos, tal y como probablemente haya sucedido.

—¿Es usted consciente de que estamos encubriendo tres crímenes? —pregunté, sirviéndome otro trago. Tenía seca la garganta de tanto hablar—. Brandon no se ha empleado a fondo hasta ahora por miedo a los Crosby, pero si se demuestra que Maureen estuvo implicada en los asesinatos tendrá que dejar el dinero a un lado y ponerse a trabajar; y usted y yo quedaremos expuestos.

—Hay que darle a la chica el beneficio de la duda —dijo Willet—. Si actuáramos demasiado deprisa y perdiera su fortuna injustamente por culpa nuestra, no me lo podría perdonar. ¿Qué me dice de la tal Freedlander? ¿Cuándo podrá hablar?

—No lo sé. Supongo que dentro de unos días. Ni siquiera recuerda quién es...

—¿Está en un hospital?

Negué.

—La está cuidando mi secretaria, la señorita Bensinger. Llamé a un médico para que la viese pero no hay mucho que se pueda hacer. Hay que dejar que pase el tiempo. Hoy iré a ver a su padre a San Francisco. Tal vez él la ayude a recordar.

—Correremos con todos los gastos —dijo Willet—, añádalo a nuestra cuenta. —Encendió otro cigarrillo—. ¿Cuál es el próximo movimiento?

—Esperar a que aparezca Maureen. Si no aparece, iré a buscarla al barco; estoy estudiando otras alternativas. Por ahora son varios los cabos sueltos que hay que atar.

Golpearon la puerta. La rubia platino se bamboleó hasta el escritorio de Willet.

—La señora Pollard está impaciente —informó—. Y acaba de llegarle un mensaje. Pensé que querría verlo de inmediato.

Le dio un pedacito de papel. Leyó lo que estaba escrito y levantó las cejas.

—Muy bien, dígale a la señora Pollard que la veré en cinco minutos. —Me miró—. La señora Crosby no vendrá mañana. Aparentemente va a hacer un viaje por México.

—¿Quién ha llamado? —pregunté.

—No dejó su nombre. Dijo que hablaba de parte de la señorita Crosby y que le pasara su mensaje de inmediato.

Willet levantó una ceja. Yo meneé la cabeza.

—Bien, señorita Palmetter, eso es todo.

Yo cogí mi sombrero y me puse en pie.

—Parece que tendré que hacer una visita al Dream Ship —dije.

Willet sacó el whisky y los dos vasos.

—Haría mejor en no mencionarlo. Tenga cuidado.

—Le sorprendería lo cuidadoso que puedo ser.

—Tal vez sí se haya ido a México.

Le sonreí, pero no me contestó.

—Nos vemos —dijo, y salió del despacho.

Afuera, sobre uno de los confortables sillones de la oficina, estaba sentada una señora gorda, muy arreglada, con perlas que parecían cebollas asadas, que me dedicó una mirada de piedra cuando pasé junto a ella. Miré a la rubia platino y probé mi sonrisa en ella.

Abrió los ojos, me miró sin expresión y luego desvió la mirada.

Salí, sonriendo como un bebé no deseado en el umbral de una puerta.

Cuando entré en mi oficina, Jack Kerman le estaba enseñando a Trixy, la chica de la centralita telefónica, cómo besaba Gregory Peck a las protagonistas de sus películas. Se separaron con la velocidad de un rayo; Trixy volvió a su sitio y comenzó a quitar y poner clavijas, haciendo ver que trabajaba de un modo que no convencía a nadie.

Kerman me dirigió una sonrisa tonta, sacudió la cabeza afligido y me siguió a mi despacho.

—¿Por qué haces esas cosas? —le pregunté, yendo a mi escritorio y abriendo un cajón—. ¿No es un poco joven?

Kerman hizo un gesto de desprecio.

—No actúa como tal.

Saqué la 38 especial de reglamento, la guardé en el bolsillo trasero del pantalón y cogí un par de cargadores.

—Tengo novedades —anunció Kerman—. ¿Quieres saberlas?

—Me las contarás en el coche. Nos vamos a San Francisco.

—¿Armados?

—Sí. De ahora en adelante no correremos riesgos. ¿Tienes tu pistola?

—Iré a buscarla.

Mientras lo hacía, llamé a Paula.

—¿Cómo está la chica? —le pregunté.

—Como antes, más o menos. El doctor Mansell acaba de irse.

—Voy camino de ver a su padre. Si se hace cargo de ella, quedaremos libres. ¿Estás bien?

Dijo que sí.

—Cuando regrese, me daré una vuelta por allí. —Colgué el teléfono.

Kerman y yo salimos del edificio y cruzamos la calle hasta el Buick.

—Esta noche iremos al Dream Ship —dije, mientras arrancaba el motor.

—¿Oficialmente?

—No; como lo hacen en las películas. Tal vez tengamos que nadar para llegar.

—Hay tiburones y otras cosas. Tal vez traten de dispararnos cuando subamos a bordo.

—Si nos ven, lo harán. Seguro.

Rebasé un camión y seguí por la avenida Central a una velocidad que dejó helados a dos conductores de taxi y a una chica que llevaba un Pontiac.

—Eso sería para grabarlo —dijo Kerman, hundiéndose, melancólico, en su butaca—. No puedo esperar a que lleguemos. Será mejor que vaya redactando mi testamento.

—¿Tienes algo para dejar? —pregunté.

Se encendieron las luces rojas y frené de golpe.

—Un par de postales pornográficas y una rata bien alimentada. Todo eso será tuyo.

—¿Cuáles son las novedades? —La luz cambió a verde—. ¿Descubriste algo sobre la señora Salzer?

Kerman encendió un cigarrillo y tiró la cerilla sobre el asiento trasero justo cuando el Pontiac trató de rebasarnos.

—¡Ya lo creo! Estuve trabajando toda la mañana. ¿Sabes quién es?

Doblé hacia Fairview Boulevard.

—Dímelo tú.

—La segunda mujer de Macdonald Crosby. La madre de Maureen.

Me desvié hasta el centro de la calle y esquivé un camión que iba por su mano. El conductor me insultó. Volví a mi carril.

—Te dije que fueras con cuidado —recalcó Kerman, sonriendo—. ¿Qué te parece la noticia?

—Sigue, ¿qué más?

—Hace veintitrés años era otorrinolaringóloga en San Francisco. Trató a Janet por una dolencia menor; Crosby la conoció y se casaron. Ella siguió trabajando, pero sufría de agotamiento nervioso y tuvo que dejarlo. Crosby y ella se llevaban mal. Un día, él la encontró coqueteando con Salzer y se divorciaron. Cuando él se trasladó a Orchid City, ella se mudó también para estar cerca de Maureen. ¿Te gusta?

—Bueno, me ayuda a entender —dije. Estábamos en la autopista de Los Ángeles y San Francisco y mi pie apretaba el acelerador a fondo—. Eso explica muchas cosas, pero no todas. Sirve para entender su papel en este juego. Naturalmente, quería todo el dinero para su hija pero, ¡Dios mío, a qué extremos ha llegado! Yo diría que está muy loca.

—Probablemente —asintió Kerman, complaciente—. En la Asociación Médica no quisieron hablar demasiado. Me contaron lo del agotamiento nervioso y poco más. Sufrió un desmayo en medio de una operación. Según una enfermera, habría degollado a un paciente de no haber mediado el anestesista; sí, tan mal está.

—¿Salzer tiene dinero?

—Ni un céntimo.

—Me pregunto cómo llegó a tener su clínica. Probablemente la haya pagado Crosby. No va a poder librarse de la muerte de la enfermera Gurney; cuando la policía encuentre el cadáver hablaré con Mifflin.

—Es posible que nunca lo encuentren —sugirió Kerman. No tenía en muy alta estima a la policía de Orchid City.

—Cuando encuentre a Maureen los ayudaré a buscar.

Conduje los siguientes diez minutos en silencio, pensando.

—¿No crees que ir a ver al viejo Freedlander es una pérdida de tiempo? —opinó Kerman—. Podríamos haberlo llamado.

—Las llamadas se interrumpen muy fácilmente. Tengo la sensación de que necesitamos charlar un poco cara a cara.

Poco después de las tres atravesamos Oakland Bay Bridge, cruzamos la Tercera en dirección a Montgomery y doblamos a la izquierda hasta la calle California.

La casa de Freedlander estaba a mitad de camino, a mano derecha. Era una vivienda difícil de describir: seis pisos de conejeras, radios a todo volumen y chillidos de niños.

Un regimiento de niños bajaron tempestuosamente las escaleras de piedra para recibirnos. Hicieron de todo con el coche, excepto pincharle los neumáticos y tirar cerillas encendidas dentro del tanque de gasolina.

Kerman buscó al más grande y fuerte y le dio medio dólar.

—Si consigues que tus amigos se mantengan lejos del coche te daré la otra mitad —dijo.

El chico salió corriendo y golpeó a otro de los niños en las orejas para mostrar su eficiencia. Cuando nos alejábamos, le estaba dando patadas a otro.

—Bonito barrio —dijo Kerman, alisándose el bigote con la uña del pulgar.

Subimos las escaleras y examinamos las dos largas hileras de buzones. La casa de Freedlander estaba en el número 25, en la quinta planta. Como no había ascensor, subimos a pie.

—Me daría una gran alegría si no estuviera —jadeó Kerman en el cuarto descansillo mientras se secaba el sudor.

—Bebes demasiado —dije, y me puse a subir la escalera hasta la siguiente planta.

Llegamos a un pasillo largo y sucio.

Una mujer desaliñada salió de la habitación contigua. Llevaba un sombrero de paja que había visto días mejores y sujetaba en sus manos una bolsa de la compra. Nos miró con inquisidor interés y se alejó por el pasillo rumbo a la escalera. Se dio la vuelta para mirarnos otra vez. Kerman se metió los pulgares en las orejas y agitó el resto de sus dedos en señal de burla.

Llegamos al apartamento 25. No había timbre ni llamador. Cuando estaba levantando la mano para golpear, sonó detrás de la puerta un estampido sordo, como el que hacen las bolsas de papel al estallarlas con las manos.

Antes de que el sonido se extinguiera yo ya había sacado el revólver y agarraba el picaporte. Lo hice girar y empujé. Para mi sorpresa, la puerta se abrió. El piso tenía un tamaño razonable y estaba bien amueblado.

Detrás de mí, la pesada respiración de Kerman. Registré el cuarto con una mirada rápida. No había nadie. Había dos puertas de salida y las dos estaban cerradas.

—¿Crees que fue un disparo? —murmuró Kerman.

Asentí. Caminé despacio por el cuarto, haciéndole señas a Kerman para que se quedara en su sitio. Crucé la estancia y escuché desde la puerta de la derecha, pero la ruidosa radio tapaba cualquier otro sonido.

Le hice señas a Kerman para que se escondiera, di vueltas al pomo y abrí la puerta con un suave empujón, al tiempo que daba un paso al costado y me apretaba contra la pared. Los dos esperamos y escuchamos, pero no pasó nada. Por la puerta llegó un ácido y penetrante olor a cordita. Me adelanté para investigar el interior del cuarto.

Un hombre yacía en el suelo. Tenía las piernas recogidas y las manos apretadas contra el pecho. La sangre empapaba sus manos, le corría por las muñecas y caía sobre el suelo. Tenía unos sesenta años; sospeché que se trataba de Freedlander. Cuando le miré, soltó un enorme suspiro y dejó caer las manos al suelo.

No me moví. Sabía que el asesino tenía que seguir allí; no podía haber escapado.

Kerman entró a hurtadillas en la sala y se aplastó contra el otro lado de la puerta. En su puño, la pesada 45 parecía un cañón.

—¡Sal con las manos en alto! —exclamé.

Mi voz parecía una sierra eléctrica cortando madera.

Sonó un disparo y una bala se abrió camino por la puerta, cerca de mi cabeza.

Kerman deslizó el brazo por la puerta y disparó un par de veces. Los disparos hicieron vibrar las ventanas.

—¡Sal ya! —ordené, tratando de parecer un recio policía—. ¡Estás rodeado!

Pero el asesino no jugaba. Se quedó en silencio y no se movió; me imaginé la llegada de la policía. No me gustaba la idea de enfrentarme con la policía de San Francisco: era demasiado eficiente.

Le hice a Kerman una señal para indicarle que se quedara donde estaba y me deslicé hacia la ventana. Mientras la levantaba, Kerman disparó otra vez dentro del cuarto. Cubriéndome con el disparo conseguí abrir la ventana. Me asomé. Unos palmos más allá estaba la ventana del cuarto interior. Podía subirme a la cornisa de la ventana y pasar al otro lado. Tenía treinta metros de caída. Mientras sacaba una pierna fuera miré hacia atrás. Kerman, con los ojos salidos de las órbitas,

miraba frenéticamente a un lado y a otro. Me agarré de la otra ventana, hice palanca y me subí a la cornisa.

Alguien, desde abajo, disparó un revólver. La bala hizo que cachitos de cemento me salpicaran en la cara; me sorprendió tanto que casi me caí al suelo.

Miré hacia abajo. Las caras de una considerable multitud me miraban. Justo en medio de ellos, me apuntaba un policía de aspecto jactancioso.

Di un grito agónico, salté en diagonal hacia delante, golpeé la ventana y atravesé el vidrio. Aterricé a cuatro patas. Un revólver disparó prácticamente en mi cara. Me tendí sobre el suelo y me arrastré desesperado para llegar detrás de la cama sin que me acertaran un tiro.

Tuve la súbita visión de una cara oscura que me miraba desde la cama y apuntaba con un arma directamente a mi cabeza. En ese momento hubo una detonación y la mano que empuñaba el revólver se transformó en una masa esponjosa y roja.

Era mi amigo de los puños sucios. Dio un alarido y corrió hasta la ventana. Kerman saltó sobre él y le dio un golpe con el dorso de la mano, pero se escabulló por un costado y corrió al comedor. Se oyeron más disparos; una mujer chilló. Un cuerpo cayó al suelo con un golpe seco.

—¡Cuidado! —avisé—. Ahí fuera hay un policía de gatillo fácil; disparará en cuanto te vea.

Nos quedamos quietos, esperando. Pero el policía no quería correr riesgos.

—¡Todos fuera! —gritó, desde detrás de la puerta. Se lo podía oír respirar—. Si sacan un revólver los mandaré a criar malvas.

—Ya vamos —prometí—. No se ponga nervioso y, por favor, no dispare.

Salimos al pasillo con las manos en alto. El matón estaba tirado en el pasillo, con un agujero de bala justo en medio de la frente.

El policía era un tipo macizo, de pies grandes y sólidos. Nos apuntó y gruñó.

—Tranquilo, amigo —dije. No me gustaba su forma de mirarnos—. Ya tienes dos cadáveres aquí; no querrás tener dos más.

—No me importaría; dos o cuatro me dan igual. Os quiero contra la pared hasta que llegue el camión.

No pasó mucho tiempo hasta que oímos el ruido de la sirena. Dos tipos de chaqueta blanca subieron las escaleras, jadeando, junto con un agente de Homicidios. Me alegré al ver que el jefe de distrito Dunnigan estaba con ellos. Ya nos habíamos visto en otras ocasiones.

—Hola, ¿es este vuestro funeral?

—Ha estado a punto de serlo —respondí—. Adentro hay otro cadáver. ¿Puede decirle a su oficial que no somos peligrosos?

Dunnigan le dijo al policía que se hiciera a un lado.

—Enseguida saldré a hablar con vosotros.

Entró a ver a Freedlander.

—Somos compañeros —le dije al policía, que nos miraba con los ojos hechos fuego—. De ahora en adelante, vigila a quién le dispara.

El policía escupió.

—Lamento no haberos matado —gruñó, enfadado—. Cuatro cadáveres me habrían hecho sargento.

—Una cabecita encantadora, la tuya —dijo Kerman, dando un paso atrás.

Regresamos a Orchid City a las cinco, después de un par de molestas horas en la oficina de Dunnigan. Hizo todo lo posible por tratar de entender un caso que no podía comprender.

Mi relato fue directo y más o menos verdadero: conté que la hija de Freedlander había desaparecido hacía dos años; lo pudo comprobar llamando a la oficina de personas desaparecidas de Orchid City. Le conté que la había encontrado vagando por las calles, sin memoria, y que tras llevarla a casa de mi secretaria había viajado a San Francisco para buscar a su padre.

Quiso saber cómo sabía yo que era hija de Freedlander y le conté que había leído el boletín de personas extraviadas y recordaba su descripción.

Me miró, decidiéndose entre creerme o no; yo aguanté su mirada.

«Pensaba que te dedicabas a cosas más importantes», fue su comentario final.

Le conté que al llegar a casa de Freedlander había oído un disparo, había encontrado a Freedlander muerto y al matón escondido. Le aseguré que disparamos en defensa propia, y le entregué los permisos de tenencia de armas; también le dije que era probable que el matón fuese un ladrón. No, no lo había visto antes, aunque ¿quién sabe? Todos los matones se parecen.

Dunnigan sospechaba que no le había dicho toda la verdad; se le veía claramente en su gran cara cuadrada.

Le dije que leía demasiadas historias de detectives y le pregunté si me podía ir. Me quedaba mucho trabajo por hacer.

Pero quiso retomar todo desde el principio e hizo preguntas, y perdió un montón de tiempo, y finalmente terminó en el mismo sitio en que había empezado. Parecía un toro desconcertado y enfadado.

Por suerte, el matón había cogido dinero y el reloj de oro que pertenecían a Freedlander. Era lo único de valor que había en el piso, suficiente para transformar el caso en un simple robo a mano armada. Finalmente, Dunnigan decidió soltarnos.

—Tal vez haya sido un robo —admitió—. Si no hubierais estado vosotros, estaría seguro; pero con vosotros allí, algo no cuadra.

Kerman le dijo que si dedicaba tanto tiempo a pequeños casos como aquel se jubilaría sin hacer nada importante en su vida.

—No importa —dijo—. No sé qué pasa con vosotros, muchachos, siempre que os veo por aquí hay problemas, y me toca a mí resolverlos. No quiero volver a veros; ya tengo bastante trabajo, para que encima deba preocuparme por vosotros.

Nos reímos cordialmente, le dimos la mano, prometimos ocuparnos de la investigación y nos marchamos.

No dijimos nada hasta que llegamos al Buick y cogimos Oakland Bay Bridge camino de casa. Entonces Kerman abrió la boca:

—Si este tipo descubre que su matón fue el mismo que mató a Stevens, creo que la vida se te hará un poco más difícil.

—Ya es difícil tal como está. Ahora no podemos librarnos de Anona.

Conduje más o menos durante tres kilómetros antes de volver a hablar.

—¿Sabes una cosa? Este es un caso gafado. Desde que empezó he tenido la impresión de que alguien trata de mantener encerrado un gato enorme dentro de un saco. Hay algo que se nos escapa. Estamos persiguiendo el saco en vez del gato, que es la clave. Todos los que lo han visto fueron

silenciados: Eudora Drew, Stevens, la enfermera Gurney y Freedlander. Y creo que también Anona Freedlander conoce al gato. Tenemos que hacer que vuelva a recordar. Y pronto.

—Si sabe algo, ¿por qué la encerraron en vez de matarla? —preguntó Kerman.

—Eso es lo que me intriga. Hasta ahora todos murieron más o menos por accidente, excepto Freedlander, que fue asesinado. Eso significa que ha empezado a cundir el pánico y que Anona está en peligro.

Kerman se incorporó.

—¿Crees que tratarán de llegar hasta ella?

—No me cabe la menor duda. Tenemos que buscarle un escondite seguro. Tal vez consigamos que el doctor Mansell la acoja en su clínica de Los Ángeles y que Kruger me preste uno de sus matones para que custodie la puerta.

—Tal vez seas tú quien ha estado leyendo demasiadas historias de detectives —dijo Kerman, mirándome de reojo.

Mantuve la velocidad de mi Buick y me dediqué a reflexionar sobre el asesinato de Freedlander. Cuanto más pensaba, más nervioso me ponía.

Llegamos a San Lucas y aparqué frente a un colmado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kerman, sorprendido.

—Voy a llamar a Paula. Debería haberla llamado desde San Francisco. Tengo un mal presentimiento.

—Tranquilo. Te estás dejando llevar por la imaginación.

—Espero que tengas razón. —Lo decía muy en serio.

Fui a la cabina telefónica.

Kerman me cogió del brazo.

—¡Mira eso!

Señaló una pila de periódicos de la tarde en un puesto de revistas.

Los titulares de la primera plana decían:

SE SUICIDA ESPOSA DE RECONOCIDO MÉDICO ESPECIALISTA.

—¿Lo ves? —dije.

Me solté y me encerré en la cabina telefónica. Pedí el número del piso de Paula y esperé. El teléfono llamaba, pero nadie contestó. Me quedé quieto, esperando, con la oreja apretada al receptor. El corazón me latía con fuerza.

Tenía que estar allí. Habíamos quedado en que Anona no debía quedarse sola.

Kerman se me acercó y vio a través del cristal mi rostro tenso. Sacudí la cabeza, corté la llamada y le pedí a la operadora que lo intentara una vez más.

Mientras hacía la conexión, abrí la puerta.

—No contestan —dije—. Están intentándolo de nuevo.

La cara de Kerman se ensombreció.

—Vamos. Todavía tenemos una hora de camino.

—Lo haremos en menos de una hora —aseguré.

Cuando estaba por colgar el receptor, la operadora me informó de que el teléfono estaba bien pero no cogían la llamada.

Colgué el receptor con rabia y salimos corriendo del colmado. Hice que el Buick saliera disparado por la calle principal y en cuanto dejé la ciudad subí aún más la velocidad.

Kerman trataba de leer el periódico, tarea difícil a la velocidad que llevábamos.

—La encontraron esta tarde —me gritó al oído—. Se envenenó cuando Salzer denunció la muerte de Quell. No dice nada de Anona ni de la enfermera Gurney.

—Es la primera a la que le entra miedo —dije—. Puede que la obligaran a beber el veneno. Al diablo con ella, de todos modos. Temo por Paula.

Kerman afirmó después que nunca había viajado tan rápido en un coche y que no quería volver a repetir la experiencia. En un momento dado, la aguja del velocímetro se clavó en ciento ochenta y allí se quedó, mientras el coche rugía por el amplio camino costero con el claxon aullando.

Nos siguió una patrulla de caminos, pero no pudo darnos alcance. Se nos pegó unos kilómetros, pero después desapareció del retrovisor. Sospeché que llamaría al siguiente pueblo con nuestra descripción, de modo que me salí de la ruta principal, desviándome por un camino de tierra que no tenía más de seis metros de ancho. Kerman cerró los ojos y rezó.

Llegamos a Orchid City quince minutos antes de lo calculado. Eso era saber conducir; más de noventa kilómetros en cuarenta y cinco minutos.

Paula vivía en Park Boulevard, cerca del hospital Park. Cruzamos el bulevar a toda pastilla y frenamos delante de la finca con un chirriar de neumáticos que pareció un cerdo en día de matanza.

El ascensor se arrastró hasta la tercera planta; le costó lo suyo, pero llegó. Salimos a la carrera en dirección al piso de Paula. Toqué el timbre con fuerza. Nada.

Mi cara estaba tan empapada como si acabase de salir de la ducha.

Di unos pasos atrás.

—Vamos, juntos —le dije a Kerman.

Arremetimos contra la puerta con los hombros. Era una buena puerta, pero nosotros éramos tipos fuertes; a la tercera embestida saltó el cerrojo y entramos al pequeño y pulcro recibidor.

Cruzamos el salón, armas en mano, y entramos a la habitación de Paula.

La cama estaba sin hacer. La manta y la sábana estaban tiradas en el suelo.

Registramos el baño y el cuarto de huéspedes. El piso estaba vacío. Paula y Anona habían desaparecido.

Corrí al teléfono y llamé a la oficina. Trixy me dijo que Paula no había llamado; por el contrario, sí lo había hecho, dos veces, un hombre que no había querido dejar su nombre. Le dije que si volvía a llamar le diera el número de Paula y corté la llamada.

Kerman me dio un cigarrillo. Le temblaban las manos. Lo encendí sin pensar en lo que hacía y me tumbé en la cama.

—Tenemos que ir al Dream Ship —apuntó Kerman, tenso y duro—, y tenemos que hacerlo ya.

Negué con la cabeza.

—Tranquilo.

—¡Al diablo con la tranquilidad! —estalló Kerman, caminando hacia la puerta—. Tienen a Paula. ¡Vamos!

—Tranquilo —repetí, sin moverme—. Siéntate y no seas tan predecible.

Kerman se acercó a mí.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Crees que podrías acercarte al barco a plena luz del día? Usa la cabeza. Iremos cuando oscurezca.

Kerman hizo un gesto de fastidio.

—Yo iré ahora. Si esperamos puede que sea demasiado tarde.

—¡Cállate! —exclamé—. Echa un trago y quédate dónde estás.

Dudó y fue a la cocina. Volvió un rato después con una botella de whisky, dos vasos y una jarra de agua. Preparó los tragos, me pasó uno y se sentó.

—Si decidieron darles un golpe en la cabeza ya no podemos hacer nada —dije— y aunque no lo hayan hecho hasta ahora, lo harán en cuanto nos vean llegar; no podemos ir antes de que oscurezca.

Kerman no abrió la boca. Se quedó mirando un punto fijo en el suelo, sin moverse, esperando sin más. Nos quedaban cuatro largas horas, o más, antes de que pudiéramos actuar.

A las seis y media todavía estábamos sentados. La botella de whisky estaba por la mitad; los ceniceros, rebosantes de colillas. Nos subíamos por las paredes.

Entonces, sonó el teléfono. En el silencio del piso, el pitido adquirió un tinte estremecedor y siniestro.

—Déjame a mí. —Mis entumecidas piernas me llevaron hasta el aparato.

—¿Malloy? —preguntó una voz masculina.

—Sí.

—Soy Sherrill.

No dije nada. Miré a Kerman y esperé.

—Lo sé —contesté.

—Será mejor que venga a buscarla —continuó—. A eso de las nueve; no venga antes. En el muelle habrá un bote esperándole. Venga solo y no diga ni una palabra a nadie. Si viene con la policía o con alguien más, la tiraremos por la borda. ¿De acuerdo?

Acepté.

—Entonces nos veremos a las nueve —apostilló.

Se cortó la comunicación.

El teniente Bradley, de la oficina de personas desaparecidas, era un policía de mediana edad desilusionado y gordo que se pasaba las horas detrás de un escritorio desvencijado en una oficina pequeña de la cuarta planta del departamento de policía, tratando de responder preguntas que carecían de respuesta. Lo llamaban día y noche o lo visitaban a cualquier hora para denunciar parientes desaparecidos, con la esperanza de que pudiera encontrarlos. No era una tarea fácil. En la mayoría de los casos, la gente que desaparecía se había ido porque estaba harta de sus casas, sus mujeres, sus maridos, y se esmeraban para que no pudieran encontrarlos nunca más. Era un trabajo que yo no habría aceptado ni por un sueldo veinte veces mayor que el de Bradley.

Llamé a su puerta y una voz débil y cordial me invitó a pasar.

Allí estaba, sentado detrás de su escritorio, con la pipa en la boca; los ojos marrones, cansados y astutos. Era un hombre grande, de camino a la calvicie y con marcadas bolsas debajo de los ojos. Hacía bien su trabajo pero no recibía por ello ni crédito ni publicidad; tampoco quería tales reconocimientos.

Su plácida frente se arrugó al verme entrar.

—Váyase —dijo—. Estoy ocupado. No tengo tiempo para escuchar sus problemas. Tengo los míos propios.

Cerré la puerta y me apoyé sobre ella. No estaba de humor para tratar con un oficial afable. Además tenía prisa.

—Necesito su ayuda, Bradley. Y tiene que ser ya. ¿Me va a ayudar o debo recurrir a Brandon?

Sus pálidos ojos marrones mostraban sorpresa.

—No hace falta que me hable así, Malloy. ¿Qué ocurre?

—De todo, pero no tengo tiempo para entrar en detalles. —Me acerqué al escritorio, apoyé los puños en el secante y lo miré fijamente—. Quiero que me diga todo lo que sepa sobre Anona Freedlander. ¿Se acuerda de ella? Una enfermera del doctor Salzer, del sanatorio de Foothill Boulevard, que desapareció en 1947, el 15 de mayo.

—Me acuerdo —contestó. Sus pobladas cejas se levantaron un centímetro—. Es usted la segunda persona que me molesta con lo mismo en las últimas cuatro horas. Me divierte cuando vienen a verme a pares.

—¿Quién fue?

Bradley apretó un timbre de su escritorio.

—Eso a usted no le interesa. Siéntese.

Acerqué una silla al escritorio y al momento entró un agente de policía.

—Traígame otra vez la carpeta de Freedlander. Rápido. Este señor tiene prisa —le dijo Bradley.

El empleado me dirigió una mirada despectiva y se alejó como si fuera un anciano subiendo una cuesta.

Bradley encendió su pipa y se miró los dedos manchados de tinta. Respiraba con dificultad.

—¿Todavía sigue con los asuntos de los Crosby?

—Todavía.

Sacudió la cabeza.

—Vosotros los jóvenes ambiciosos no aprendéis. Supe que MacGraw y Hartsell lo visitaron la otra noche.

—Sí. Me rescató Maureen. ¿Qué le parece?

Sonrió.

—Me habría gustado estar allí. ¿Fue ella quien le pegó a MacGraw?

—Sí.

—Vaya mujer.

—Supe que Salzer tuvo problemas —dije—. Me parece que vuestros fondos para deportes se verán perjudicados.

—A mi edad los deportes no me preocupan. No me verá llorar por eso.

Nos quedamos en silencio un rato. Luego pregunté:

—¿No recibió ninguna denuncia sobre una chica llamada Gurney? Era otra de las enfermeras de Salzer.

Se tocó su nariz gorda y meneó la cabeza.

—¿Otra de las enfermeras de Salzer, dice?

—Sí. Buena chica; bonito cuerpo. Claro que es posible que usted esté mayor para interesarse por los cuerpos bonitos.

Bradley dijo que sí, que estaba mayor para esas cosas. Pero me miró pensativo.

—De todos modos, no le serviría de nada: está muerta.

—¿Trata de decirme algo o intenta marcarse un farol? —me preguntó, con una nota ácida en la voz.

—Supe que la señora Salzer la secuestró de su piso. La chica rodó por las escaleras de emergencia y se rompió el cuello. La señora Salzer la escondió en algún lugar en medio del desierto. Calculo que cerca de la clínica.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Me lo dijo una gitana que lo vio en su bola de cristal.

Se rascó la mejilla con el extremo de la pipa y me miró fijamente. Su expresión era inescrutable.

—Hay que contárselo a Brandon. Eso es un homicidio.

—Le he dado información, amigo, no pruebas. Brandon siempre quiere hechos. Puede que no esté preparado para dárselos. Si se lo he dicho a usted, ha sido con la esperanza de que sepa qué hacer con esa información.

Bradley suspiró. Advirtió que se le había apagado la pipa y cogió las cerillas.

—Vosotros los jóvenes sois unos tramposos. Bien, se lo diré a mi paloma mensajera. ¿Cuánto de lo que me ha contado es verdad?

—Todo. ¿Por qué cree que se suicidó la señora Salzer?

El empleado regresó y dejó una carpeta sobre el escritorio. Se fue caminando, a una velocidad deliberadamente lenta. Seguramente su cerebro y sus piernas funcionaban al mismo paso de tortuga.

Bradley desató las cintas y abrió la carpeta. Nos quedamos mirando la media docena de hojas en blanco.

—¡Joder! —exclamó Bradley con los ojos fuera de sus órbitas.

—Tranquilo —dije. Cogí la carpeta y hojeé las páginas en blanco. Eran solo eso: papeles en blanco.

Bradley presionó el timbre; el empleado debió de olerse que había problemas, porque llegó enseguida.

—¿Qué demonios es esto? ¿A qué estamos jugando?

El empleado vio las páginas en blanco y se quedó boquiabierto.

—No lo sé, señor —contestó—, cuando la saqué de su sitio, la carpeta estaba atada.

Bradley estuvo a punto de decir algo, pero cambió de idea y señaló la puerta.

—¡Fuera! —bramó.

El empleado se fue.

—Esto puede costarme mi trabajo. El hijo de puta aquel debe de haber cambiado los papeles.

—¿Está diciendo que alguien ha cambiado el contenido de la carpeta?

Bradley asintió.

—Tiene que haber sido él. Teníamos una foto, una descripción y un informe de las pesquisas.

—¿No tiene copia?

Negó con la cabeza y yo me quedé quieto un instante, pensativo.

—¿El tipo que le pidió la carpeta era alto, moreno y fuerte como una estrella de cine?

—Sí. ¿Lo conoce?

—Le he visto.

—¿Dónde?

—¿Quiere que le traiga los papeles?

—Claro que sí. ¿Qué insinúa?

Me puse en pie.

—Espéreme hasta las nueve de la mañana. Le traeré los papeles o al tipo que los ha robado.

Tiene que ver con mi trabajo, Bradley. Prefiero que no metamos a Brandon en esto. No cuente nada hasta mañana por la mañana, ¿de acuerdo?

—¿De qué habla? —preguntó Bradley.

—Digo que si se queda sentado y no abre el pico, mañana por la mañana tendrá aquí los papeles o al ladrón.

Me dirigí a la puerta.

—¡Eh, vuelva aquí! —gritó Bradley, levantándose pesadamente.

Pero no le hice caso. Bajé corriendo las escaleras en dirección a la calle, donde Kerman esperaba dentro del Buick.

Éramos cuatro: Mike Finnegan, Kerman, yo y un tipejo bajo y serio que llevaba un sombrero de ala baja grasiento y negro, una camisa sucia y unos pantalones blancos sin la pertinente americana; su nombre era Joe Dexter. Estábamos en el cuarto trasero del Delmonico con una botella de whisky y cuatro vasos.

Joe Dexter tenía una empresa de transportes y llevaba carga a los barcos que estaban anclados en el puerto. Finnegan decía que eran amigos, pero por el modo en que se trataban, no lo parecían.

Le conté cuál era mi propuesta y se me quedó mirando como si estuviera loco.

—Lo siento, amigo —sentenció—, pero no puedo hacer lo que me pide. Arruinaría mi negocio.

Kerman estaba apoyado en su sillón. Le colgaba un cigarrillo y tenía los ojos cerrados. Abrió uno de ellos y dijo:

—¡A la mierda con el negocio! Tú necesitas un descanso. En la vida hay otras cosas además de los negocios.

Dexter se pasó la lengua por los labios, frunció el ceño y se repantingó en la silla. Se volvió hacia Mike y lo miró suplicante.

—No puedo hacer algo así —dijo—. El Dream Ship es uno de mis mejores clientes.

—Pues pronto dejará de serlo —aseguré—. Coge el dinero mientras puedas. Con este convenio te ganarás cien dólares.

—¡Cien dólares! —Dexter me miró con desprecio—. Sherrill me paga mucho más que eso todos los meses, dinero regular. No, no lo haré.

Le pedí a Mike, mediante señas, que se tranquilizase. Lo veía inclinarse, tenso, haciendo un sonido ronco con la garganta.

—Mira —insistí—, solo tienes que entregar un cajón de provisiones. Hazlo y te ganarás cien dólares. ¿Qué es lo que te asusta?

—Que usted irá en el cajón —señaló—. No quiero saber nada de esto. Nadie puede entrar en el barco sin permiso. Si lo pillan, que lo harán, sabrán que estoy involucrado y Sherrill, con toda seguridad, me cerrará la cuenta; eso si no manda a alguien para que me parta la cabeza. No lo haré.

Volví a llenar los vasos. Mi reloj marcaba las siete y media; no quedaba mucho tiempo.

—Escucha, Joe —dijo Mike—. Este chico es mi amigo, ¿comprendes? Necesita subirse a ese barco. Y si quiere hacerlo, lo hará. Sherrill no es el único que podría romperte la cabeza. ¿Harás lo que se te pide o voy a tener que ponerme duro?

Kerman puso su Colt del 45 sobre la mesa.

—Cuando termine Mike, sigo yo —dijo.

Dexter vio la 45 y esquivó la mirada brillante de Mike.

—No pueden amenazarme de este modo, señores —protestó.

—Podemos hacer un intento —replicó Kerman con calma—. Te doy diez segundos para que te decidas.

—No lo atosiguen, chicos —aconsejé.

Saqué de la cartera diez billetes de diez dólares. Los tiré sobre la mesa y los acerqué a Dexter.

—Vamos, coge el dinero y date prisa. Sherrill está acabado. Mañana su barco del vicio estará lleno de policías. Coge el dinero ahora que aún puedes.

Dexter dudó, pero finalmente cogió los billetes y los hizo crujir entre sus sucios dedos.

—No haría esto por nadie más. —Miró a Mike.

Nos terminamos las bebidas, nos levantamos y nos fuimos a la costa. Era una noche calurosa y tranquila, pero el cielo anunciaba lluvia; la silueta del Dream Ship se recortaba en el horizonte.

Caminamos hasta el almacén de Dexter. Estaba oscuro. Nos dio la bienvenida un olor mezcla de alquitrán, goma, aceite y ropa húmeda.

Era un almacén grande, con un impenetrable desorden de cajas, bobinas de cuerda y bultos envueltos en papel alquitranado listos para ser enviados a los barcos atracados en el puerto. En medio de la sala había una caja de unos dos metros cuadrados.

—Esta es —señaló, sombrío, Dexter.

La abrimos.

—Necesito un martillo y un cincel —exigí.

Mientras Dexter buscaba las herramientas, Kerman dijo:

—¿Estás seguro?

Me ratifiqué en mi postura.

—Con un poco de suerte llegaré al barco media hora antes de lo esperado. Es mucho tiempo. Cuando lleguéis vosotros a las nueve, buscaré el modo de haceros subir. Después decidiremos qué hacer.

Dexter me trajo las herramientas.

—Ten cuidado al clavar —le recordé a Kerman—: quiero poder salir fácilmente.

Mike invitó a Dexter a marcharse.

—Ya nos ocuparemos del resto nosotros, amigo. Tú quédate sentado y pórtate bien.

No quería que Dexter viese el subfusil Sten que Kerman llevaba en su maleta, y que procedió a dejar en el fondo de la caja.

—Aquí sobra bastante sitio —observó—. ¿No quieres que vaya contigo?

Me metí en la caja.

—Ve al punto de encuentro con Mike a las nueve. Si el bote de Sherrill lleva más de un tripulante y crees que no podrás con ellos, vete tú solo: te confundirán conmigo. Si oyes disparos, busca a Mifflin o a alguno de sus agentes, ¿de acuerdo?

Kerman asintió. Se le veía preocupado.

—Mike, tú irás con Dexter —continuó—. Si mete la pata, tíralo por la borda.

Mike frunció el ceño con furia y dijo que eso era exactamente lo que haría.

Cuando Kerman puso la tapa, en la caja había espacio suficiente para jugar un partido de tenis. Por las juntas entraba aire; salir de allí no iba a costarme ni un minuto.

Kerman clavó la tapa y entre los tres llevaron la caja hasta una carretilla de transporte. El traslado no fue sencillo, y para cuando llegué al bote de Dexter mi cuerpo estaba lleno de golpes.

Arrancó el motor de la embarcación y esta nos llevó mar adentro entre explosiones. Por las grietas entraba un viento cortante; el movimiento del bote me resultaba incómodo.

Pasaron unos minutos. Entonces, Mike me informó de que estábamos rodeando el Dream Ship.

Oí una voz que gritaba y una conversación de nave a nave. Al parecer, a alguien le disgustaba la llegada de cargamento a esas horas. Dexter cumplió con su papel: dijo que el día siguiente tenía que visitar a su hermano enfermo, y que si no subía la caja ahora no lo haría hasta dentro de dos días. El hombre del barco insultó a Dexter y le ordenó quedarse allí hasta que pusiera la grúa.

Mike me mantenía al tanto de lo que pasaba a través de los agujeros de la caja.

Después de un rato, la caja se sacudió con violencia y se elevó en el aire. En previsión de un duro aterrizaje, me rodeé con los brazos; efectivamente, fue lo que se dice un aterrizaje forzoso. La caja cayó en alguna parte de las entrañas del barco con un estruendo que me hizo temblar de pies a

cabeza.

El hombre que había insultado a Dexter continuó con su retahíla. Su voz sonaba cercana. Después, se oyó un portazo y me quedé solo.

Esperé y traté de escuchar. No oí nada. Decidí que era seguro salir, de modo que golpeé ligeramente una de las juntas con el cincel, hice palanca y tiré. Salir de allí me llevó menos de un minuto. Estaba en una estancia completamente a oscuras que me recordó al almacén de Dexter. Supuse que era la bodega del barco.

Cogí una linterna y recorrí el sitio. Estaba lleno de mercancías, licores, toneles de cerveza y silencio. Encontré una puerta, la abrí unos centímetros y espí. Daba a un pasillo estrecho y bien iluminado.

El Sten me resultaba incómodo, pero Kerman insistió en que lo llevara. Un Sten me nivelaba con media tripulación, dijo. Yo lo dudaba pero le hice caso, más para su tranquilidad que por mi propia seguridad.

Avancé por el pasillo, pegado a la pared, y llegué a una escalera de hierro que imaginé que conducía a la cubierta superior. A mitad de camino me detuve forzosamente: vi unos pies, y luego unos pantalones blancos, sobre la escalera. Un segundo después tenía frente a mí a un marinero boquiabierto.

Era grande, casi tan grande como yo; y de aspecto rudo. Le apunté con el Sten. Levantó las manos tan rápidamente que sus nudillos chocaron con el cielorraso.

—Si abres la boca te parto por la mitad —gruñí.

Se quedó quieto, mirando fijamente el Sten. La mandíbula le colgaba floja.

—Date la vuelta —le ordené.

Le di un golpe en la nuca con la culata, lo cogí de la camisa en plena caída y lo acomodé suavemente en el suelo.

Tenía que deshacerme del cuerpo antes de que apareciera alguien más. Había una puerta muy cerca de mí y decidí correr el riesgo de abrirla; era un camarote vacío, probablemente el del propio marinero.

Lo cogí por las axilas y lo arrastré adentro. Cerré la puerta y eché el pestillo.

Lo desnudé, me quité mi ropa y me puse la del marinero, todo muy rápidamente. La gorra marinera me iba un poco suelta, pero tenía como contrapartida la ventaja de cubrirme la cara.

Amordacé al marinero, lo enrollé dentro de una sábana y lo até bien fuerte con su cinturón y un trozo de cuerda que había en el camarote; después lo llevé hasta una litera. Me puse la 38 en el bolsillo delantero de mis pantalones y me dispuse a salir. Abrí la puerta un poco y espí: el pasillo estaba tan tranquilo y vacío como la mente de un muerto. Apagué las luces, salí de la cabina y cerré la puerta.

Mi reloj marcaba las ocho y veinticinco. Faltaban treinta y cinco minutos para que apareciera Kerman.

Me detuve bajo la sombra de un ventilador y calculé todo el largo de la cubierta. La brisa hacía ondular un toldo rojo y beige; el suelo de la cubierta estaba completamente revestido por una alfombra de color rojo; a lo largo de la barandilla, luces verdes y rojas formaban una hilera de cuentas luminosas.

Más allá del puente, había dos marineros vestidos de manera impecable apostados en la pasarela bajo un par de focos. En ese momento subían a bordo dos hombres de esmoquin y una chica con vestido de noche. Los marineros los saludaron al pasar. Entraron en el restaurante brillantemente iluminado, que estaba entre las cubiertas y el puente. Las ventanas, grandes y oblongas, dejaban ver las parejas que bailaban al compás de saxofones con sordina y del latido de los tambores.

Arriba, sobre el puente, apoyadas en el pasamanos, tres figuras blancas observaban la corriente inacabable de recién llegados. Estaba oscuro allá arriba, pero pude distinguir que uno de ellos estaba fumando.

Nadie me prestó atención. Después de una mirada furtiva de izquierda a derecha pasé de la sombra del ventilador a un bote salvavidas. Me detuve allí, escuché, miré a ambos lados y luego corrí a parapetarme en otra sombra bajo el puente.

—Sigue llegando gente —dijo una voz sobre mi cabeza—. Será otra buena noche.

—Sí —asintió otra voz—. Oye, mira a esa de rojo. Menudas curvas... apuesto que...

No me quedé a ver qué apostaba; temí que miraran para abajo y me vieran. Había una puerta a mi lado. La abrí unos centímetros y vi una escalera que llevaba a la cubierta inferior. Cerca, resonaba la risa de una chica.

—Borrachas como cubas —dijo uno de los hombres del puente—. Así me gustan las mujeres.

Subieron a bordo tres chicas y tres hombres. Una de ellas estaba tan borracha que apenas podía caminar. Cuando llegaron al restaurante bajé las escaleras. La luz de la luna, cubierta por una ligera niebla, era suficiente para ver que la cubierta estaba desierta. De un lejano ojo de buey llegaba una luz tan notoria como una mancha de sopa en un vestido de novia.

Caminé hacia allí, con cautela y sin hacer ruido. Me tuve que detener cuando delante de mí apareció una figura blanca que avanzaba en mi dirección. No había sitio para esconderse. La cubierta estaba tan desprotegida como la palma de mi mano. Cerré los dedos sobre la culata de la pistola mientras me apoyaba en el pasamanos.

Un hombre alto y de espaldas anchas, vestido con chaqueta y pantalones blancos, se interpuso entre el ojo de buey y yo, y vino caminando hacia mí. Pasó a mi lado murmurando y ni siquiera me miró.

Respiré aliviado y retomé mi camino hacia el ojo de buey. Me detuve y eché una mirada dentro. Casi me desmayo de la alegría.

Paula estaba sentada frente a mí, en un sillón. Leía una revista con aspecto solitario y encantador. Contaba con encontrarla en aquella cubierta (no se me ocurría en qué otro lugar podían retenerla) pero no había esperado conseguirlo tan rápido.

Abrí y entré; fue como entrar en un invernadero en pleno verano. Al verme, Paula saltó emocionada. Los pantalones blancos y la gorra le impidieron reconocerme de inmediato, pero una vez que lo hubo hecho se dejó caer otra vez sobre el sillón y sonrió. Su mirada de alivio compensaba con creces mi viaje dentro de aquella caja.

—¿Lo estabas pasando bien? —pregunté, sonriendo.

De no haber sido por su maldito autocontrol, la habría besado.

—De maravilla. ¿Tuviste problemas para llegar aquí? —Trataba de parecer indiferente, pero había un temblor en su voz.

—Me las apañé. Todavía no saben que he llegado. Jack y Mike estarán aquí a las nueve. Es posible que tengamos que nadar.

Tomó aire y se puso en pie.

—Sabía que ibas a venir, Vic —dijo. Justo en el momento en que debía soltarse el pelo, siguió —, pero, ¿cómo es que has venido solo? ¿No se te ocurrió llamar a la policía?

—Me imaginé que no querrían acompañarme. ¿Y Anona?

—No lo sé. Dudo que esté aquí.

El calor del camarote me hacía sudar.

—¿Qué pasó? Cuéntamelo rápido.

—Llamaron a la puerta y creí que eras tú, pero eran cuatro matones. Dos se metieron en mi habitación. Anona gritó. Los otros me dijeron que me traerían al barco. Uno de ellos tenía un cuchillo y me pareció que estaba esperando la oportunidad para usarlo. Me bajaron por el ascensor y me sacaron a la calle. El tipo del cuchillo me presionaba con el acero. Cuando nos alejamos vi un Rolls grande y negro aparcado frente a mi finca. Uno de los matones salió con Anona en brazos. Todo esto, a plena luz del día. La gente miró pero nadie hizo nada. A ella la metieron en el Rolls y ya no la volví a ver. A mí me trajeron aquí y me encerraron. Me dijeron que me quedara callada o me rebanarían el pescuezo. Son horribles, Vic.

—Lo sé; los he visto. El Rolls es de Maureen Crosby. Quizá se llevaron a Anona a la casa de los acantilados. ¿Alguien se te acercó?

Negó con la cabeza.

—Quiero echar un vistazo al barco antes de que nos larguemos; por si acaso Maureen está aquí. ¿Crees que estarás segura si vienes conmigo?

—Si descubren que me he escapado darán la alarma. Creo que lo mejor será quedarme aquí hasta que estés listo para irnos. Ten cuidado, Vic, ¿vale?

No estaba seguro de cuál era la mejor decisión: si largarme del barco con Paula o comprobar si Anona y Maureen estaban por allí.

—Si no las veo en cubierta, nos iremos —prometí, secándome la cara con un pañuelo—. Oye, ¿tengo fiebre o en este camarote hace demasiado calor?

—Es el camarote. Durante la última hora se ha ido poniendo cada vez peor.

—Es como si hubieran encendido la calefacción. Aquí te quedas, chica. Enseguida vuelvo.

—Cuídate.

Le di un golpecito en el brazo, le dediqué una sonrisa y salí a cubierta.

Eché el cerrojo y me dirigí a la popa del barco.

—¿Qué demonios haces aquí arriba? —preguntó una voz desde la oscuridad.

Casi me desmayo.

Ante mí había un marinero bajito, salido de la mismísima nada. Ni yo podía ver su cara ni él podía ver la mía.

—Os tengo dicho que no vengáis a esta cubierta —gruñó mientras se acercaba.

Vi que su brazo subía de golpe y me agaché. El golpe me pasó encima de la espalda. Yo le di un puñetazo en el estómago con todas mis fuerzas. Contuvo la respiración en un agónico jadeo y se inclinó hacia delante, tratando de recobrar el aliento. Le propiné un puñetazo en la mandíbula que casi me destrozó la mano.

Cayó y se deslizó por las escaleras hasta quedar tendido de espaldas. Me incliné sobre él, lo cogí de las orejas y le estrellé el cráneo sobre la cubierta; fue cuestión de segundos.

Regresé al camarote de Paula, saqué el cerrojo, la abrí bien, metí dentro al hombre inconsciente y lo dejé caer al suelo.

—Acabo de encontrarlo.

Le levanté los párpados: estaba inconsciente y el bulto blando de la nuca me indicaba que se quedaría así durante un largo rato.

—Mételo en el armario —propuso Paula—. Yo lo vigilaré.

Estaba pálida pero tranquila. Se necesitaba mucho más que eso para ponerla nerviosa.

Lo arrastré por la cabina y lo metí en el armario; lo tuve que aplastar, y para cerrar la puerta tuve que hacer fuerza con todo mi peso.

—Uff. —Me sequé la frente—. Si no se ahoga, estará bien. Esto parece un horno.

—Estoy preocupada, esto empieza a estar demasiado caliente, incluso el suelo. ¿Se estará incendiando algo?

Apoyé la mano en la alfombra. Estaba muy caliente. Abrí la puerta del camarote y toqué los tablones de la cubierta: casi estaban hirviendo.

—¡Qué extraño! Tienes razón, este maldito barco se está incendiando en alguna parte. —La cogí del brazo y la saqué a cubierta—. No puedes quedarte aquí. Venga, te vienes conmigo. Echaremos un vistazo rápido y luego subiremos a la cubierta superior. —En mi reloj eran las nueve menos cinco—. Jack llegará en cinco minutos.

—¿No tendríamos que activar alguna alarma? —sugirió Paula—. Hay mucha gente en este barco, Vic.

—Todavía no. Lo haremos después —dije.

En la cubierta había una puerta ubicada en una compuerta estanca. Me acerqué, pegué la oreja y la abrí.

Allí dentro hacía más calor que en un horno al máximo de su potencia; la pintura de las paredes comenzaba a derretirse. Era un camarote bonito, grande, bien ventilado y mejor amueblado, en parte oficina y en parte sala de estar. A cada lado había ventanas que daban a la playa de Orchid City y al Pacífico. Una lámpara de escritorio arrojaba un poco de luz sobre la alfombra. El resto estaba en penumbras. Desde arriba llegaban los sonidos de la música y de los pasos de baile.

Saqué el revólver y entré en el cuarto. Detrás entró Paula y cerró la puerta; olía a humo y a incendio. Me acerqué al escritorio. La alfombra estaba ardiendo y el humo subía en espirales por las paredes.

—El fuego debe de estar justo debajo de nosotros —dije—. Quédate junto a la puerta. Es posible que el suelo deje de ser seguro. Apuesto a que este es el despacho de Sherrill.

Rebusqué en los cajones sin tener muy claro qué estaba buscando. Hallé un sobre cuadrado en uno de los cajones de arriba. Con solo verlo supe que era el historial de Anona Freedlander. Me lo guardé en el bolsillo trasero.

—Vale —dije—, salgamos de aquí.

—¡Vic! ¿Qué es lo que hay detrás del escritorio?

Había algo allí; algo blanco que bien podía ser un hombre. Apunté la lámpara hacia esa dirección.

Paula lanzó unos sollozos entrecortados.

Era Sherrill. Yacía de espaldas, con una sonrisa macabra en la boca. Su ropa ardía. Le habían disparado a bocajarro y tenía un lado de la cabeza aplastado.

Cuando me agaché para mirarlo, oí un sonido sibilante; dos lenguas de fuego brotaron del suelo y casi le quemaron la cara.

En la puerta, un pequeño matón nos sonreía. Me apuntó al pecho con una automática de cañón corto. Su fea y oscura cara brillaba a causa del sudor y sus pequeños ojos desprendían odio; no sabía de dónde había salido.

—Deme el sobre —exigió, extendiendo la mano—, ¡rápido!

Yo tenía el revólver en mi bolsillo, apuntando hacia abajo. No iba a poder disparar antes de que lo hiciera él. Saqué el informe con la mano izquierda. Al hacerlo vi todo el odio y la maldad de sus ojos. Cuando levantó el seguro vi que el dedo del gatillo estaba rígido. En una fracción de segundo supe que iba a dispararme.

Paula tiró una silla entre el matón y yo; eso desvió sus ojos y su puntería. Disparó y erró el tiro por medio metro. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, yo abrí fuego. Tres balas le atravesaron el pecho como si se las hubieran clavado con un martillo y le hicieron caer contra una pared. La cara se le retorció en una mueca espantosa y la automática cayó de su mano.

—Salgamos —le dije a Paula.

Ella recogió la automática del matón y salió. El suelo cedía bajo nuestras pisadas. Oí un crujido repentino; hacía tanto calor que parecía que corríamos sobre brasas. El piso cedió por completo y se desmoronó. Pensé que me hundiría con él, pero la moqueta aguantó hasta que llegamos a la puerta. Dentro del despacho de Sherrill, los muebles fueron cayendo al horno con gran estrépito. Paula me cogió del brazo y corrimos juntos por la cubierta.

El humo subía y el alquitrán se filtraba entre los tablones.

Alguien nos disparó desde la oscuridad cuando estábamos a mitad de camino de la cubierta. La bala se estrelló contra el espejo de un camarote.

Oculté a Paula detrás de mí, consciente de que la ropa que llevaba me hacía un blanco fácil.

Más disparos. Una bala me rozó la cara.

El proyectil provenía de detrás de uno de los botes salvavidas. Distinguí una silueta y disparé dos veces; el segundo disparo impactó. Una figura se tambaleó detrás del bote y cayó sobre la cubierta caliente.

—No te detengas —le dije a Paula.

Seguimos corriendo. La cubierta estaba tan caliente que las suelas de los zapatos no servían de gran ayuda. Conseguimos llegar a la escalera que daba a la cubierta superior. Aparte del ruido de las llamas, ahora también se oían chillidos desesperados y el ruido de los vidrios rotos.

Subimos a la cubierta superior. La barandilla estaba repleta de hombres y mujeres vestidos de etiqueta. El humo formaba un manto negro sobre todo el barco; allí arriba hacía tanto calor como en la cubierta inferior.

Tres o cuatro oficiales intentaban que no cundiera el pánico; era como tratar de cerrar una puerta giratoria.

—¡Jack tiene que estar por aquí! —grité—. No te separes de mí. Quédate junto a la barandilla.

Tuvimos que forcejear entre la multitud. Un tipo cogió a Paula y se la llevó lejos de mí; no sé qué pensaba hacer. Tenía la cara crispada y los ojos perdidos. Le di un puñetazo en la mandíbula lo hice girar sobre sí mismo, lo empujé y agarré del brazo a Paula.

Una chica que tenía rota la parte de arriba de su vestido se colgó de mi cuello y empezó a gritar. Olía a whisky con una intensidad capaz de levantar ampollas. Intenté sacármela de encima, pero se aferraba a mí con fuerza estranguladora. Paula me la arrancó de un tirón y le dio un golpe en ambas

orejas. La chica cayó entre la multitud, tambaleándose y gritando como la sirena de un tren.

Llegamos a la barandilla. De todos lados aparecían flotas de botes.

—¡Oye, Vic! —La voz de Kerman se alzaba entre los gritos. Estaba cerca de nosotros, aferrado a la barandilla y alejando a patadas a la turba enloquecida—. ¡Ven aquí!

Tuvimos que luchar para alcanzarle y Paula perdió parte del vestido.

Kerman sonrió excitado.

—¿Hacía falta incendiar el barco? —gritó—. Vaya pánico. ¿Qué les pasa? Antes de que se hunda esta nave pasarán semanas.

—¿Dónde has dejado el bote? —pregunté, empujando a un viejo listillo que trataba de colarse—. Tranquilo, abuelo. Está demasiado mojado para nadar y están llegando al rescate todos los barcos del mundo.

—Aquí mismo —dijo Kerman, señalando abajo. Ayudó a Paula a saltar la barandilla mientras yo forcejeaba para que no la siguiera una multitud de desconocidos. Del lado del barco colgaba una escalerilla de sogas que Paula bajó como un marino veterano.

—Usted se queda aquí, señora —gritó Kerman a una chica que trataba de abrirse paso—. Esta es una fiesta privada. Pruebe un poco más para allá.

La chica estaba histérica. Dando unos tremendos alaridos se agarró a sus piernas.

—¡Por Dios! —gritó—. ¡Me va a sacar los pantalones! ¡Vic, échame una mano con esta loca!

Me balanceé por encima de la barandilla.

—Pensé que te gustaban así. Podrías llevarla contigo, hacéis una bonita pareja.

No sé ni cómo conseguí librarle de sus garras. Jack cayó al bote sobre mí y estuvo a punto de arrojarme al mar.

—Con calma —dije, cogiéndolo para que se afirmara.

Mike había arrancado el motor y comenzaba a alejarse del barco. Tuvimos que movernos con cuidado. La cantidad de botes que rodeaban al Dream Ship era impresionante. Era como volver a Dunkerque.

—¡Bien hecho! —exclamé, dándole un golpe en la espalda a Mike—. Una sincronización perfecta, amigos —agregué, mirando el Dream Ship. La cubierta inferior ya era prácticamente pasto de las llamas y salía humo a borbotones por ambos costados—. ¿En cuánto estará asegurado?

—¿Fuiste tú el del incendio?

—No, burro. Sherrill ha muerto. Lo mataron e incendiaron el barco. Nadie lo habría sabido si no lo hubiéramos encontrado en ese momento.

—Pues como funeral ha sido un tanto caro —dijo Kerman.

—No, si tienen un seguro. Entretén a Paula; que quiero ver algo —dije, sacando el informe de Anona.

Jack me pasó una linterna.

—¿Qué es?

Me quedé en la primera página. No podía creer lo que veían mis ojos.

—Vic, ¿por qué no nos dices qué hay que hacer? —dijo Paula.

—¿Hacer? Jack y yo buscaremos a Anona. Tú le contarás a Mifflin lo de Sherrill. Quiero que vaya a casa de Maureen ya mismo. Esto tiene que terminar esta noche.

Paula se me quedó mirando.

—¿Por qué no vas tú a ver a Mifflin?

—No tengo tiempo. Si Anona está en casa de Maureen, corre un grave peligro.

Kerman se inclinó.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

Le señalé el informe.

—Está todo aquí; al imbécil de Mifflin no le pareció importante comentarlo. Anona sufre de endocarditis desde 1944. Te dije que alguien mantenía un gato encerrado en una bolsa. Pues acaba de salir.

—¿Anona tiene problemas de corazón? —preguntó Kerman—. ¿No habrás querido decir Janet?

—Escucha la descripción de Anona —dije—: un metro cincuenta, piel morena, ojos castaños, rolliza. ¿Qué piensas?

—Pues que está equivocada. Anona es alta y rubia —respondió Kerman—. ¿Qué insinúas?

Paula ya se había dado cuenta.

—No buscamos a Anona Freedlander, ¿verdad?

—No, no la buscamos a ella. Anona murió de un ataque cardíaco en Crestways. ¡La chica de la clínica es Janet Crosby!

De pie, al borde de un acantilado casi vertical, mirábamos la oscuridad. En el horizonte, un resplandor rojo señalaba el incendio del Dream Ship. En el cielo nocturno se veía una columna de humo en forma de seta.

—¿Quieres que suba allí? ¿Acaso crees que soy un mono?

—Discute eso con tu padre —respondí—. No hay otro modo. La entrada principal la custodian dos portones eléctricos y centenares de kilómetros de alambrada; ese es el mejor camino para entrar.

Kerman retrocedió y estudió el aspecto del acantilado.

—Son como cien metros —calculó, aterrado—. ¡Será de lo más divertido!

—Venga, vamos a intentarlo.

Los primeros metros no resultaron difíciles: al pie del acantilado, las grandes peñas formaban una plataforma bastante sencilla de trepar. Nos quedamos sobre una roca plana mientras yo iluminaba el camino que debíamos seguir con mi linterna. Encima de nosotros se erigía la dentada cara del acantilado, que formaba un saliente casi en la punta.

—Ese es el trecho que más me gusta —dijo Kerman—, allí donde se curva hacia delante. Eso sí que será divertido.

—Quizá no sea tan complicado como parece. —A mí tampoco me gustaba demasiado—. Si tuviéramos una cuerda...

—Si tuviéramos una cuerda me iría en silencio a algún lugar apartado y me ahorcaría; me ahorraría tiempo y trabajo —repuso, sombríamente, Kerman.

—Cállate ya, maldito pesimista —murmuré. Comencé a trepar por la ladera del acantilado. Había resquicios para apoyar los pies y las manos, y habría resultado fácil de trepar de no haber sido tan perpendicular. Pero no era así, y sabía que un simple tropiezo podía acabar conmigo. Caería directamente al vacío.

Después de subir unos quince metros me detuve para coger aire. No podía mirar para abajo. El más mínimo intento de asomarme podía hacerme caer.

—¿Cómo vas? —le pregunté a Jack. Me apretaba contra la superficie del acantilado y clavaba los ojos en un cielo lleno de estrellas.

—Tan bien como era de esperar —gruñó Kerman, sorprendido de seguir con vida—. ¿Esto es peligroso o es mi imaginación?

Me agarré de una roca saliente y me arrastré unos centímetros.

—Solo es peligroso si te caes. En ese caso será fatal.

Seguimos avanzando. De pronto oímos un estruendo de rocas y Kerman contuvo la respiración. Se me pusieron los pelos de punta.

—Ten cuidado con las rocas —jadeó.

—Lo tendré a partir de ahora.

Tras recorrer una cuarta parte del camino llegué a un saliente de un metro de ancho. Trepé y apoyé la espalda contra la ladera del acantilado, en busca de aire. Un sudor frío me recorría el cuello y la espalda; de haber sabido que iba a ser tan duro habría intentado cruzar los portones, pero ya era demasiado tarde para arrepentirse. Subir todavía era posible; bajar ya no.

Kerman se me unió en el saliente. La cara le brillaba por el sudor y parecía que le temblaban las piernas.

—Ya no me entusiasma el alpinismo —reconoció, jadeando—. Alguna vez fui tan tonto que

pensé que sería divertido. ¿Crees que podremos subir por la zona combada?

—Tenemos que hacerlo sí o sí. Ahora no hay otra solución: no podemos volver atrás.

Dirigí el haz de luz de mi linterna otra vez hacia la ladera del acantilado. A la izquierda y arriba había una grieta de un metro y medio de ancho que llegaba justo hasta el saliente.

Kerman respiró profundamente.

—¡Qué ideas se te ocurren! Eso es imposible.

—Claro que no. Lo intentaré.

—No seas tonto. Te caerás.

—Si quieres probar por el saliente, hazlo. Yo voy por aquí.

Me asomé por el saliente, pasé la mano por la ladera hasta encontrar un asidero y subí lentamente. Fue una tarea ardua y lenta. La niebla no me facilitaba demasiado el trabajo y la mayor parte del tiempo tuve que tantear los puntos de apoyo.

Cuando tuve la cabeza y la espalda al nivel de la grieta, el saliente sobre el cual estaba yo parado cedió. Movido por el instinto, salté hacia delante y me aferré a la grieta en un esfuerzo frenético por sostenerme. Enganché los dedos a un resquicio de roca del cual quedé colgado.

—¡Ten calma! —gritó Kerman, histérico como una dama a la que se le ha incendiado el vestido—. ¡Enseguida estoy contigo!

—¡Quédate donde estás! —dije—. Solo conseguirás que te arrastre abajo conmigo.

Traté de apoyar los pies, pero las puntas de mis zapatos resbalaban sobre la ladera y pataleaban en el aire. Traté de levantarme cargando todo mi peso sobre las puntas de los dedos, pero no lo conseguí. Apenas pude alzarme cinco centímetros.

Toqué algo con el pie.

—Ten cuidado —rogó Kerman debajo de mí, guiando mi pie hasta su hombro—. Ahora apóyate en mí y levántate.

—¡Te haré caer, estúpido! —grité.

—¡Venga! ¡Tengo un buen apoyo! No hagas ningún movimiento brusco.

No había nada más que pudiera hacer.

Con sumo cuidado, transferí el peso de mi cuerpo a sus hombros y pasé mis dedos a una roca mejor.

—Lo estoy consiguiendo —le informé—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo Kerman. Sentí que estaba firme.

Me levanté haciendo fuerza con los brazos y los hombros, y me deslicé por la grieta. Allí me quedé, tumbado, jadeante, hasta que Kerman asomó la cabeza. Me incliné hacia delante y lo levanté. Nos dejamos caer, sin decir nada, el uno junto al otro.

Después de un rato me puse de pie tambaleando.

—Una noche cojonuda. Lo estamos pasando muy bien —comenté, apoyándome contra la pared de la grieta. Kerman me miró de reojo.

—Sí. Espero que me den una medalla por esto.

—Mejor te pago un trago —dije, y aspirando profundamente apoyé la espalda en la pared y coloqué los pies en la pared opuesta. Hice presión con los hombros tan fuerte como pude. Después de un rato en esta posición, conseguí mantenerme sentado entre las dos paredes.

—¿Piensas quedarte en esa posición? —preguntó Kerman aterrorizado.

—Sí, es una vieja costumbre suiza.

—¿Y pretendes que yo también lo haga?

—No hay otra forma; a menos que quieras quedarte aquí el resto de tus días.

Comencé a subir. Las rocas afiladas se me clavaban en los omóplatos y el avance era lento y costoso, aunque firme. No iba a tener problemas para llegar a la cima mientras no me fallaran los músculos de las piernas. En caso contrario, la caída sería rápida y el aterrizaje, duro.

Seguí con mi ascensión. Era mejor hacerlo de esa manera que encarar el saliente por el exterior. Subí un tercio del camino y tuve que parar a descansar. Los músculos de las piernas me dolían como si hubiera corrido cien kilómetros.

—¿Cómo vas, compañero? —gritó Kerman iluminándome con la linterna.

—Todavía estoy subiendo —respondí—. Espera a que llegue a la cima y luego prueba tú.

—No hace falta que te des prisa. No tengo prisa.

Comencé a subir nuevamente. Me dolía la espalda y me costaba trabajo mantener la marcha. Miré el cielo engalanado de estrellas: parecía estar más cerca. Tal vez solo fuera una ilusión, pero me ayudaba a continuar.

Seguí subiendo, con la respiración entrecortada, los dientes apretados, la espalda machacada y las piernas entumecidas. Arriba y arriba; centímetro a centímetro. Sabía que no podía volver atrás. Era todo o nada.

La grieta se hizo más estrecha y mi ascensión se volvió más lenta todavía. Tenía que acercar las rodillas hacia el mentón, lo cual me dificultaba hacer palanca. De repente, me detuve: no podía avanzar más. La grieta se había estrechado encima de mi cabeza y ahora apenas tenía un metro. Apretando el cuerpo contra las paredes saqué la linterna e iluminé las rocas encima de mi cabeza. Cerca de mi mano, sobresaliendo de una roca, había un pobre arbusto. A mi derecha, la parte superior del saliente terminaba en un borde estrecho.

Guardé la linterna en el bolsillo y estiré la mano hacia el arbusto; me colgué y siguió sosteniéndose. Entonces aspiré profundamente, aflojé la presión de los pies sobre la pared y me columpié en el vacío. Fue un momento terrible. El arbusto cedió ligeramente pero tenía buenas raíces. Me columpié de un lado a otro; un sudor helado me recorrió el espinazo. Me balanceé un poco más hacia el saliente y con la mano que tenía libre me agarré a la roca. Clavé los dedos en una grieta, no con la fuerza suficiente para sostenerme pero sí para afirmarme. Me quedé colgando, presionando el cuerpo contra la pared de piedra, con los pies en el vacío, la mano derecha aferrada al arbusto y la izquierda clavada en la grieta. Sabía que cualquier movimiento en falso me haría caer; en mi vida había pasado por muchos momentos de pánico, pero ninguno como ese.

Con sumo cuidado me apoyé en la mano derecha y tiré con la izquierda. Así, lentamente, me fui levantando. Pronto, mi cabeza y mi espalda se alzaron por encima del saliente. Me incliné hacia delante hasta que mi pecho tocó el borde de piedra. El corazón me latía fuerte y la sangre me zumbaba en los oídos; ya casi lo había logrado. Después de unos instantes, conseguí reunir fuerzas y subí unos centímetros más. Arrastré una rodilla y la apoyé sobre el saliente. Después, con un frenético esfuerzo, me levanté y me encontré de espaldas sobre el saliente, consciente únicamente del violento latido de mi corazón y de mi respiración agitada.

—¡Vic!

La voz de Kerman me llegaba desde el fondo de la grieta.

Hice un sonido parecido al croar de una rana y me acerqué al borde.

—¡Vic! ¿Estás bien?

Su voz parecía estar a varios kilómetros de distancia; era un desmayado susurro que surgía de la oscuridad. Miré hacia abajo y distinguí un punto de luz que hacía señas de un lado a otro.

—¡Sí! —grité—. Dame un minuto.

Después recobré los nervios y el aliento.

—No podrás hacerlo, Jack —grité hacia abajo—. Tendrás que esperar a que regrese con una cuerda. Ni lo intentes: es demasiado peligroso.

—¿Y de dónde vas a sacar una cuerda?

—No lo sé, ya encontraré algo. Tú espérame ahí.

Di media vuelta e iluminé la oscuridad con mi linterna. Quedaban diez metros hasta la cima del acantilado; lo más difícil ya había pasado.

—¡Ahora regreso! —grité—. Espera hasta que consiga una cuerda.

Los siguientes diez metros los hice prácticamente caminando. Salí directamente junto a la elegante piscina de Maureen. Había una solitaria luz encendida en una de las ventanas de la casa.

El porche estaba vacío y la hamaca seguía en su sitio, con el mismo aspecto confortable que invitaba a sentarse, me habría encantado tumbarme en ella y dormir doce horas seguidas.

En el salón habían dejado encendida una lámpara clásica con pantalla de pergamino amarillo. Todas las puertas del porche estaban abiertas.

En el borde de los escalones me sorprendió una voz femenina que no coincidía con la tranquila noche de verano, ni con el perfume de las flores. Era una voz fuerte y estridente. Tal vez la dueña de la voz estuviera enfadada y el tono crispado se debiera a la furia contenida.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate! —bramó la voz—. ¡Ven aquí! ¡Ya has hablado demasiado! ¡Simplemente ven y cállate!

La vi, arrodillada sobre uno de los grandes sofás. Me daba la espalda y sostenía el teléfono con su puño pequeño y fuerte. La luz caía directamente sobre su hermosa cabeza, y hacía que sus matices azabache lucieran mejor que de costumbre. Llevaba puestos unos pantalones de cintura alta color verde botella y una camisa de seda del mismo color, como el personaje de una pintura de Varga. Era su tipo de mujer: piernas largas, caderas pequeñas, pecho firme; vital y rápida como el mercurio.

—¡Ya basta! —insistió—. ¿Por qué quieres seguir y seguir? Ven y ya está. Eso es todo lo que tienes que hacer.

La situación no requería de sofisticaciones, y además estaba demasiado cansado para preocuparme por los modales, de modo que entré en el salón sin preocuparme por el sigilo. Mis piernas todavía temblaban, me faltaba el aire y mi humor estaba tan sensible como el gatillo del revólver de un ladrón profesional. Mis pisadas sonaron como pequeñas explosiones.

Tensó la espalda, giró lentamente la cabeza, miró por encima del hombro y abrió mucho los ojos. No me reconoció; solo vio a un marinero grande con los pantalones hechos harapos, tan sucios que hasta los tintoreros se habrían negado a limpiarlos, y una cara con más tierra que pecas.

—Hola —dije, tranquilamente—. ¿Se acuerda de mí? Soy su compañero Malloy.

Me recordó. Inspiró profundamente, se levantó del sofá y se incorporó sobre sus bellos pies.

—¿Cómo ha llegado aquí? —preguntó.

—Escalando el acantilado. Cuando se tranquilice debería probarlo. Es bueno para la figura; no es que quiera desmerecer su silueta.

Se miró el pulgar. Luego se lo mordió para probarlo.

—Todavía no la ha visto.

—¿La palabra «todavía» quiere insinuar algo?

—Es posible. Depende de usted.

—¿Sí? —Me senté—. ¿Tomamos un trago? No me siento el de siempre; mis reflejos son mejores cuando bebo whisky.

Cruzó el salón en dirección al bar.

—¿Lo del acantilado es verdad? —preguntó—. Sería el primero.

—Leandro cruzó el Helesponto y Hero no le llegaba a usted a los talones —dije, frívolamente.

—O sea que es verdad. —Regresó con un vaso de whisky lleno de hielo.

—Pues sí, lo hice realmente —asentí, cogiendo el vaso—. Por sus encantadores ojos negros y por la silueta que no he visto... todavía.

Se quedó de pie a mi lado, observando cómo me bebía un tercio del vaso. Encendió un cigarrillo, se lo sacó de su boca roja y sensual y me lo dio. Nuestros dedos se rozaron.

—¿Su hermana está aquí? —le pregunté, colocando con cuidado el vaso de whisky sobre la mesilla de café que estaba junto a mí.

Volvió a mirarse el pulgar. Luego me miró por el rabillo del ojo.

—Janet está muerta. Murió hace dos años —contestó.

—Desde que me contó esa historia hice un montón de descubrimientos. Sé que la chica que su madre mantuvo cautiva durante dos años en la clínica es su hermana Janet. ¿Quiere que le cuente todo lo que sé?

Sonrió y se sentó.

—Si quiere, no me opondré.

—En parte lo descubrí por deducción, así que tal vez usted quiera ayudarme mientras se lo cuento —dije, acomodándome en el sillón—. Janet era la favorita de su padre. Usted y su madre, las dos, sabían que la mayor parte de su herencia quedaría para ella. Janet se enamoró de Sherrill, quien no ignoraba que ella iba a heredar todo ese dinero. Un tipo impetuoso, como le gustan a usted. Tuvo un romance secreto con él, pero Janet los descubrió y rompió el compromiso. Ustedes dos discutieron y una de las dos cogió el revólver. Su padre entró en el momento más inoportuno. ¿Fue usted o fue Janet quien disparó?

Encendió un cigarrillo y tiró la cerilla en el cenicero.

—¿Qué importa eso? Si quiere saberlo, fui yo —dijo.

—En ese momento había una enfermera en la sala: Anona Freedlander. ¿Por qué?

—Mi madre estaba mal de la cabeza —dijo, indiferente—. Ella creía lo mismo de mí. Convenció a mi padre para que contratase a alguien que me cuidara. La enfermera Freedlander me espiaba.

—¿La enfermera Freedlander quiso llamar a la policía?

Ella asintió y sonrió; los ojos negros como el carbón no acompañaron esa sonrisa.

—Mi madre dijo que si se descubría la verdad terminaría en un asilo. La enfermera Freedlander se convirtió en un fastidio. Mamá la llevó a la clínica y la encerró. Después, Janet insistió en que me encerraran también a mí, y mi madre accedió. Me mandó aquí: esta es su casa; pero Janet pensó que me encerrarían con los locos. Descubrió que no estaba allí, pero no sabía dónde estaba. Para eso le escribió a usted, para que me buscara. Luego, la enfermera Freedlander tuvo un ataque y murió: era una oportunidad demasiado buena para no aprovecharla. Mamá y Douglas llevaron el cadáver a Crestways y le dijeron a Janet que yo necesitaba hablar con ella, así que fue a la clínica y la encerramos en el cuarto de Freedlander, a quien colocamos en la cama de Janet. Un plan brillante, ¿verdad?

»Llamé al doctor Bewley, y este firmó el certificado. El resto fue muy fácil; los apoderados no sospecharon nada y yo heredé la fortuna de mi padre. —Se inclinó para dejar caer la ceniza sobre el cenicero y siguió hablando con su voz monocorde—. Le conté la verdad sobre Douglas. Esa rata asquerosa se me puso en contra, me chantajeó y me obligó a comprar el Dream Ship. La maldita criada de Janet también me chantajeó: sabía que Janet no había muerto. Ahí aparece usted. Creí que si le contaba parte de la historia Douglas se asustaría, pero no funcionó. Lo quiso matar, pero no se lo permití; lo quería dentro de la clínica. Jamás imaginé que escaparía y sacaría de allí a Janet. En cuanto supe dónde estaba hice que los chicos de Sherrill me la trajeran.

—¿También fue idea suya matar al padre de la enfermera Freedlander?

Sonrió con desagrado.

—¿Qué otra cosa podía hacerse? Si le llegaba a contar a usted lo de la dolencia cardíaca de su hija, usted iba a sospechar la verdad. Me entró el pánico. Supuse que silenciándolo y robando los

informes de la chica que manejaba la policía podríamos seguir adelante. Pero me temo que ya no hay ninguna esperanza.

—Entonces ¿Janet está aquí?

Se encogió de hombros.

—Sí, está aquí.

—Y usted trataba de decidir qué iba a hacer con ella.

—Sí.

—¿No se le ocurrió nada?

—Quizá.

Me terminé el trago. Lo necesitaba.

—Le disparó a Sherrill e incendió su barco, ¿no?

—Ha descubierto muchas cosas.

—¿Y usted?

—Ah, claro. Sabía que me abandonarían si me arrestaban. Lo de incendiarle el barco fue muy divertido. Siempre lo odié. ¿Se quemó bien?

Le conté lo bien que se había quemado.

Durante unos minutos nos quedamos en silencio, mirándonos.

—Creo que usted y yo podríamos formar un buen equipo —me dijo—. Darles todo ese dinero a unos viejos y malhumorados científicos me parece un sinsentido. Deben de quedar casi dos millones.

—¿Cómo sería ese equipo?

Se mordió el pulgar pensando la respuesta.

—Usted sabe que Janet está aquí. No puedo retenerla mucho tiempo más. Si se descubre que está viva lo perderé todo; lo mejor sería que muriera.

No dije ni una palabra.

—Estuve frente a ella con un revólver tres o cuatro veces —dijo—. Pero cada vez que iba a apretar el gatillo, algo me obligaba a detenerme. —Me traspasó con la mirada y añadió—: Le doy la mitad.

Apagué mi cigarrillo.

—¿Me está sugiriendo que la mate?

Esta vez, los ojos acompañaron la sonrisa.

—Piense en todo lo que podría hacer con el dinero.

—Puedo pensarlo, pero no soy capaz de imaginarlo.

—Se lo daré. Le haré un cheque ahora mismo.

—Pero podría guardarse el cheque en cuanto lo haga. O pegarme un tiro como a Sherrill.

—Cuando hago una promesa, la cumplo. Además, podría tenerme también a mí.

—¿Sí? —Traté de mostrarme menos desinteresado de lo que estaba realmente—. De acuerdo —dije—. ¿Dónde está?

Me miró fijamente. La parte superior de su mejilla comenzó a dar saltos.

—¿Va a hacerlo?

—¿Por qué no? Deme el revólver y dígame dónde la encontraré.

—¿Quiere que primero le haga el cheque?

Me negué.

—Me fío de usted. —Quizá exageré mi mueca de tonto.

Señaló la puerta junto a los ventanales.

—Está allí.

Me puse en pie.

—Deme un arma. Haremos que parezca un suicidio.

Estuvo de acuerdo.

—Sí, eso fue lo que pensé. No... no le hará daño, ¿verdad?

En sus ojos no había expresión. Su cabeza se había ido de paseo a las nubes.

—El arma.

—Ah, claro. —Se encogió de hombros, frunció el ceño y miró al cuarto—. Está en alguna parte.

—La mejilla volvió a saltar como si escondiera un sapo debajo de la piel—. Debe de estar en mi bolso.

El bolso descansaba sobre uno de los sillones. Fue hasta allí pero yo llegué antes.

—De acuerdo —dije—. Ya la busco yo. Usted, siéntese y quédese tranquila.

Levanté el bolso y lo abrí.

—¡No lo abra, Malloy!

Me giré en décimas de segundo.

Manfred Willet estaba en la entrada de los ventanales. Tenía una automática y me apuntaba con ella.

Maureen se puso a chillar como una loca.

—¡Imbécil! ¿Por qué no esperaste? ¡Estaba a punto de hacerlo! ¡Estúpido sin cerebro!

Los fríos ojos de Willet fueron de ella a mí.

—Claro que no —la reprendió, cortante—. Solo quería tu arma. Ahora tranquilízate y deja que yo me haga cargo.

Se puso tensa y se dio la vuelta. En sus ojos había destellos de fiebre.

—¿No iba a hacerlo? —preguntó—. ¿No?

Dije que no con la cabeza y le sonreí.

—Esto ya se ha pasado de rosca —dijo Willet, acercándose—. Siéntese. Quiero hablar con usted. Y tú siéntate también —ordenó, apuntándole con el revólver—. Estás loca como tu madre. Es hora de ponerte una correa.

Ella sonrió y dio la vuelta al sillón donde había dejado el bolso. Se sentó, se cruzó de piernas y comenzó a morderse el pulgar.

Willet se quedó de pie frente a una chimenea vacía. Sostenía el revólver a la altura de la cintura; su rostro expresaba preocupación y estaba demacrado. Sus ojos seguían pasando de ella a mí una y otra vez.

—¿Dónde está Janet? —preguntó.

Maureen no dijo nada, pero yo señalé la puerta que daba a los ventanales.

—Según Maureen, está allí.

—¿Está bien?

—Creo que sí.

Se relajó, pero no bajó el arma.

—¿Se da cuenta de que todavía puede salir ganando si se alía conmigo? Todavía podríamos mantener este asunto bajo control. Mi error fue darle demasiada libertad a ella. Creí que era menos peligrosa; es decir, sabía que estaba desequilibrada como su madre, pero creía que en el fondo era inofensiva. Habría sido más rápido si Sherrill no me hubiera bloqueado. Ahora que está muerto, todo será más fácil: el único obstáculo que me queda es usted. ¿Qué le parecen cincuenta mil por cerrar el pico?

Levanté las cejas.

—Ella acaba de ofrecerme un millón.

Willet me miró con impaciencia.

—Oiga; esto no es un intercambio mercantil, no me haga perder el tiempo. Ella no tiene un millón y si lo hubiera tenido tampoco se lo habría dado. No puede cobrar el seguro del Dream Ship; yo sí que puedo.

—¿Y qué va a pasar con ella? —pregunté.

Miré a Maureen. Sus ojos estaban completamente en blanco.

—La encerraremos en un loquero. No tiene elección, a no ser que quiera que la encierren por homicidio. El resto tiene arreglo: Janet nos dará problemas, seguramente podré convencerla de que haga lo que se le ordene. Recibirá el dinero depositado y usted y yo cobraremos el dinero del seguro del Dream Ship.

—Déjeme aclarar algo —dije—. ¿Usted planeó todo esto?

—No hace falta hablar de eso —contestó.

—Fue idea suya desde el principio —confesó Maureen—. Jugaba con el dinero del depósito y Janet lo descubrió. Convenció a mi madre para ingresar a Janet en la clínica, y de no haber sido por Douglas, también a mí me habría encerrado.

—¡Cállate! —la interrumpió Willet.

—Sospechaba algo así —dije—. Alguno de los apoderados tenía que estar metido en esto. Me dio mala espina que usted se negara a consultar al resto de los albaceas. Luego, cuando se llevaron a Janet del piso de mi secretaria lo entendí todo. Excepto Paula, usted y yo, nadie más sabía el paradero de Janet.

—¿Qué más da? —exclamó con impaciencia—. Si no hubiera sido por Sherrill y esta chiflada, habría resultado. Odio los homicidios. Apenas comenzaron a matar traté de ponerles un freno. no. ¿Vendrá conmigo a recoger el dinero del seguro? Mitad y mitad.

—¿Qué pasará si no voy?

—Lo tengo todo preparado para escapar de la policía. No quiero irme, pero lo haré si es necesario. Tendré que retenerlos aquí hasta que recoja el dinero del seguro. No será fácil, pero se puede hacer. Sea listo y venga conmigo.

Miré a Maureen.

—¿No va a decir nada?

—No puede decir nada —se interpuso Willet, con impaciencia—. El asilo o la cárcel. Es un peligro para estar en libertad.

Lo ignoré y volví a ella.

—¿No quiere decir nada?

Sonrió. Fue una sonrisa tensa y dura.

—No, pero hay algo que quiero hacer.

Seguramente había tenido el revólver con ella todo ese tiempo. Disparó como un trueno. El fogonazo chamuscó el tapizado del sillón.

Willet dejó caer su revólver y dio dos tambaleantes pasos hacia delante, apretándose el pecho con ambas manos; se le doblaron las rodillas. Entonces cubrí la distancia que me separaba del sillón de Maureen y le cogí la muñeca en el momento en que apuntaba su arma hacia mí. Salió un disparo y el fogonazo me quemó el cuello. Caímos los dos al suelo, le quité el arma de la mano, le di un fuerte empujón y me puse en pie de inmediato.

—¡Muy bien, todo el mundo quieto! —vociferó Mifflin desde los ventanales. Él y Jack Kerman entraron en la sala.

—¿Te encuentras bien, Vic?

—Sí. ¿Habéis oído todo eso?

—Lo oímos —dijo Mifflin—. ¿Está malherido? —preguntó, acercándose a Willet.

—¡Cuidado con ella! —exclamé, dando un salto hacia delante.

Maureen se había escabullido por los ventanales. La sujeté durante unos segundos, pero fue demasiado hábil. Corrió hacia el porche y bajó las escaleras.

—Está muerto —comprobó Mifflin.

Kerman y yo corrimos en pos de Maureen. Cuando llegamos a la segunda terraza, ella ya estaba en la cuarta. Sujeté a Kerman y lo frené.

—Que la persiga Mifflin si quiere.

Mifflin llegó corriendo pesadamente escalones abajo.

—¿Hacia dónde ha ido?

Se lo indiqué.

Mifflin empezó a seguirla pero se detuvo; Maureen corrió directamente al acantilado. Todavía corría cuando saltó.

Nos quedamos inmóviles, escuchando y mirando. No se oyó nada. Fue como si el espacio entre el acantilado y el mar se hubiese abierto para tragársela.

—Es lo mejor —dije. Y volví a la casa. No me sentía bien. Estaba loca pero había sido hermosa, y siempre siento pena cuando se rompen las cosas hermosas.

Ya en el porche le pregunté a Kerman si había subido por el acantilado.

—Por la parte externa del saliente —contestó. Temblaba exageradamente—. Soñaré con ello el resto de mis días. Paula está buscando a Janet Crosby.

—Ahora habrá que explicárselo todo a Brandon —dije. Mifflin venía detrás, jadeando—. Será divertidísimo.

—¡Se hizo pedazos! —exclamó Mifflin. Echaba chispas por los ojos—. ¡Venid, jodidos listillos! ¡Entrad ahí y contádmelo todo!

Entramos y se lo contamos todo.

notes

[1] Rip Van Winkle, personaje del cuento homónimo de Washington Irving. (N. del t.)